

Olga Behar
Carolina Ardila Behar

EL CASO KLEIN

El origen del
paramilitarismo
en Colombia



© ISAAC NESSIM

OLGA BEHAR

Periodista, politóloga y escritora colombiana.

Ha trabajado en medios impresos, radio y televisión. En los últimos veinte años ha sido corresponsal extranjera para la cadena Univisión y la organización europea vJ Movement.

Docente universitaria en facultades de Comunicación y Cine.

Ganadora de los premios de periodismo Simón Bolívar, ANIF 10 Años y CPB.

Autora de *Las guerras de la paz* (Planeta, 1985; *Círculo de Lectores*, 1986), *Noches de humo* (Planeta, 1987; *Claves Latinoamericanas de México*, 1987; Editorial usc, 2010) y *Penumbra en el capitolio* (Planeta, 1991).

En 2012 recibió el primer Premio Nacional de Periodismo del *Círculo de Periodistas de Bogotá* (CPB) en la categoría «Obra bibliográfica de un periodista» por su libro *El clan de Los Doce Apóstoles*, publicado por Icono Editorial en abril de 2011.



CAROLINA ARDILA BEHAR

Nació hace 22 años en México, D.F.

El hecho de vivir su infancia y su adolescencia en varios países, le permitió adquirir una visión bastante amplia de la realidad latinoamericana.

En Bogotá realiza estudios de Gobierno y Relaciones Internacionales en la Universidad Externado de Colombia, hasta cuando decide viajar como migrante a Israel, donde en la actualidad adelanta su carrera de Ciencias Políticas en la Universidad de Haifa.

Otros títulos publicados en esta colección:

De Rasguño y otros secretos del bajo mundo
Juan Carlos Giraldo

El clan de Los Doce Apóstoles
Olga Behar

Los testimonios que hundieron a Santofimio
Gonzalo Guillén

EL CASO KLEIN

Los desiertos israelíes, las selvas amazónicas, Rusia, el Magdalena Medio, Liberia, los bananeros de Urabá, la INTERPOL, las islas caribeñas, el narcotráfico, Panamá, la CIA, los diamantes de Sierra Leona, el Mossad, Tegucigalpa, contraguerrilla, dictadores, paramilitares y militares, Policía... todos estos nombres tienen algo —o alguien— en común para nosotros: el enigmático coronel YAIR KLEIN.

Hace dos décadas, este personaje se convirtió en un mito para la sociedad colombiana, y recientemente en un reo inalcanzable para nuestras autoridades que trataron de manera infructuosa de lograr su extradición para que pagara una condena de casi once años, por haber dirigido el entrenamiento de tres grupos de jóvenes paramilitares, que luego cometerían abominables y dolorosos crímenes.

Para el periodismo colombiano, KLEIN fue un hombre esquivo que siempre justificaba su paso por Colombia cuando decía que las autoridades civiles y militares del país supieron de su presencia. Pero su versión, superficial e incompleta, no aportó la claridad necesaria para entender este terrible período del país que mantiene sus secuelas.

Con este libro, YAIR KLEIN rompe su silencio, cuenta a las autoras cómo y por qué vino a Colombia, narra las minucias de los entrenamientos y opina sobre sus repercusiones. *El caso Klein* es también una profunda investigación, en la que intervienen otros protagonistas como Juan Manuel Galán, hijo del asesinado candidato a la Presidencia Luis Carlos Galán, que ayudan a esclarecer los hechos. Un relato apasionante sobre las truculentas aventuras de este personaje en los rincones del mundo.

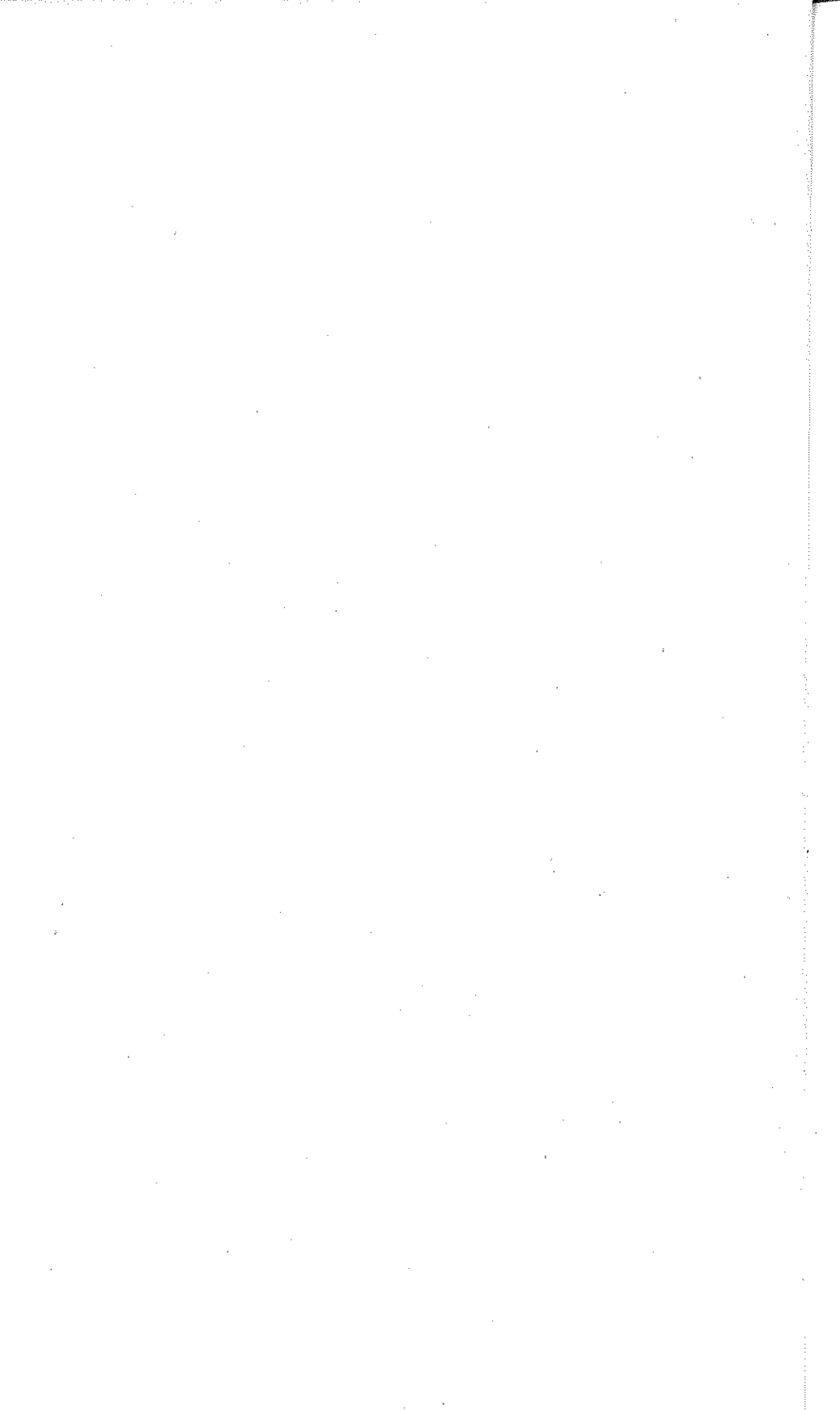
ICONO •

978-958-8461-24-3



9 789588 461243

EL CASO KLEIN



37242
B3UC
41

mor

jun 22/42 (8/10/42)

FLA

Olga Behar
Carolina Ardila Behar

EL CASO KLEIN

El origen del
paramilitarismo
en Colombia

icono •

icono •

©2012, Olga Behar, Carolina Ardila Behar

©2012, Icono Editorial Ltda.

Carrera 10 A No. 70-62

Teléfono: (57-1) 317 8905

TelFax: (57-1) 317 8898

Bogotá, D.C., Colombia

www.iconoeditorial.com

Diseño de colección y cubierta:

Nancy Cruz

Imagen de cubierta:

El soldado Yair Klein, del Ejército israelí, en 1968.

ISBN: 978-958-8461-24-3

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial

de esta publicación, mediante cualquier sistema,

sin previa autorización escrita de la editorial.

A-1337722

*A todas las víctimas del conflicto,
con la ilusión de que estas letras
contribuyan a sanar sus heridas.*



AGRADECIMIENTOS A:

Todos los que desnudaron su alma para nosotras, intentando reconstruir esta historia.

David, fundamental para que este libro fuera posible. Por sus gestiones, contactos y la traducción impecable de los diálogos realizados en hebreo con Yair Klein.

D. y G., por su hospitalidad, cariño y solidaridad.

Renée, por su paciencia, responsabilidad, gran destreza y prudencia.

Gerardo, como siempre, por ser el primer lector de nuestras obras.

Sulamita Kaim, por su sabia orientación jurídica y el cariño que siempre le imprime a nuestros trabajos literarios.

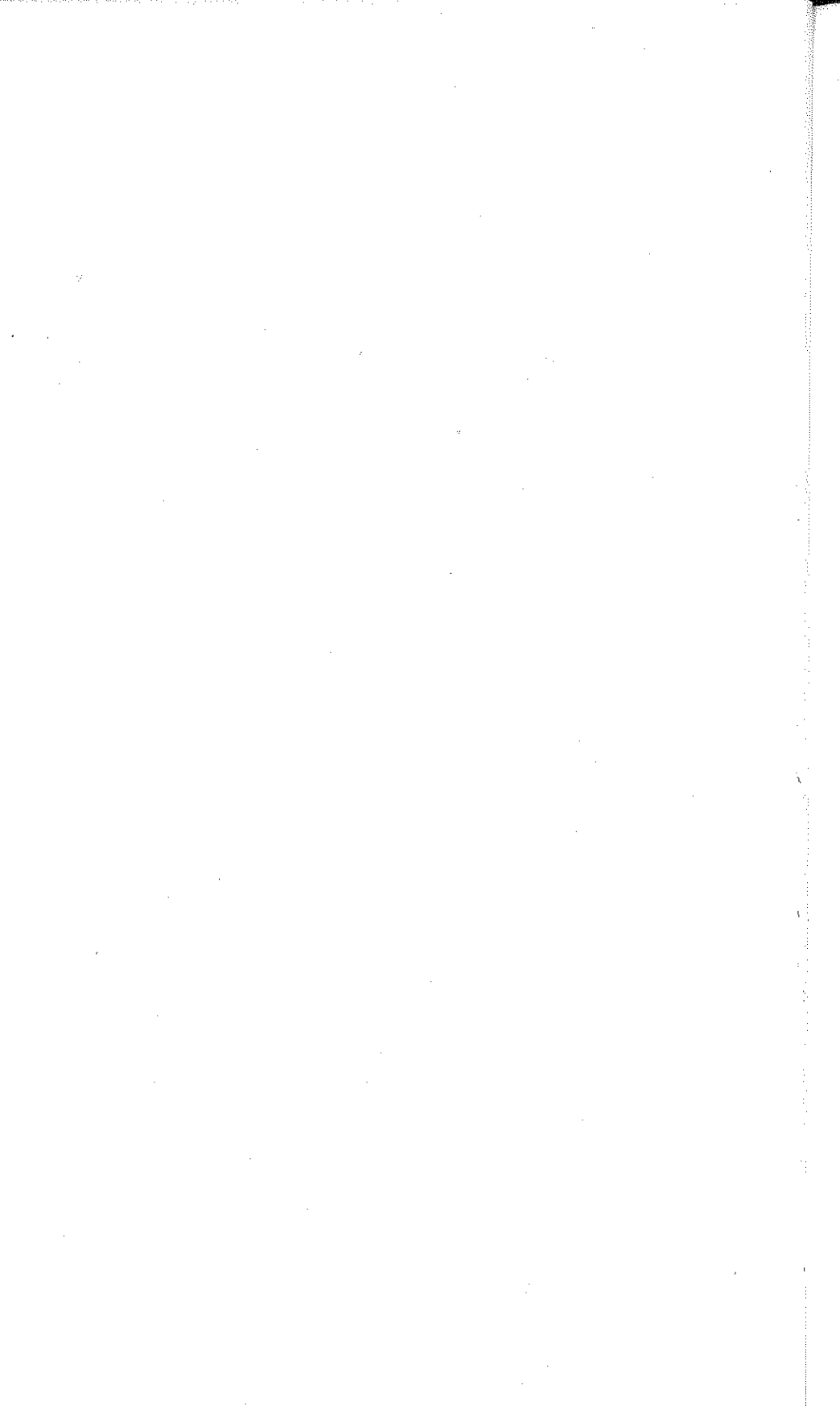
A Jose, por su valentía y compromiso, al entender los riesgos que representa formar parte de esta familia.

A Gustavo Mauricio, Lucía, Ángela y todo el equipo editorial, por su incondicional respaldo y su generosa amistad.



*El periodismo no puede ser invención,
pero creo que puede ser arte
cuando a partir de hechos y personas reales
produce lo que yo llamo literatura de la realidad.*

GAY TALESE



Contenido

Capítulo i: Yafo	15
Capítulo ii: Tel Aviv	19
Capítulo iii: Moscú	23
Capítulo iv: Urabá	35
Capítulo v: Puerto Boyacá	43
Capítulo vi: Beer Sheva	59
Capítulo vii: Honduras	71
Capítulo viii: La Isla de la Fantasía	77
Capítulo ix: Sde Boker	91
Capítulo x: La finca	99
Capítulo xi: Amazonas	105
Capítulo xii: Panamá	115
Capítulo xiii: Antigua	129
Capítulo xiv: Soacha	135
Capítulo xv: Las Granjas	159
Capítulo xvi: Cruce de caminos	167
Capítulo xvii: África	183
Capítulo xviii: Yafo	203
Cronología	209
Bibliografía	213
Índice onomástico	215



Capítulo 1: Yafo

Bajamos del carro y miré a mi alrededor. Me encontraba en la ciudad de Yafo, Israel, llamada así por su belleza y esplendor, considerada un patrimonio por ser uno de los puertos más antiguos del mundo y famosa por ser uno de los pocos lugares donde árabes e israelíes viven en armonía.

En esta ciudad vivía el hombre al que yo venía a conocer después de varios meses de búsqueda.

La mañana en que mi mamá me había pedido ubicar a Yair Klein parecía lejana. Por fin el arduo trabajo daba resultado: no solo lo encontramos sino que estaba dispuesto a hablar con nosotras y escuchar nuestras propuestas.

Cuando Olga me mencionó por primera vez el nombre de Yair Klein, yo no tenía idea de a quién se refería. Todo comenzó con una llamada telefónica que parecía de rutina:

—¿Cuál es tu proyecto ahora?

—Necesito que me consigas a un tipo que se llama Yair Klein. Vive en Israel. Le quiero hacer una entrevista.

—¿Qué hace el tipo?

—Ya lo verás, *googlea*. Te va a parecer difícil, pero apasionante su historia.

Googlea... Esa palabrita mágica del siglo XXI, que acorta distancias y permite conocer un mundo complejo en segundos. No estaba equivocada mi mamá. El panorama que se abrió ante mis ojos me pareció escalofriante.

—Voy a ver cómo encuentro a Klein. ¿Qué tengo que decirle?

—Que vamos a escribir un libro sobre su historia. Pero que el compromiso es que cuente la verdad. Porque ya han salido otros relatos que han pasado sin pena ni gloria porque son, básicamente, recopilaciones de prensa que recogen la verdad oficial.

Queremos saber qué hay detrás de su paso por Colombia y quiénes son los responsables de todo lo que sucedió en el Magdalena Medio durante los cursos que dictó acá. A él le tiene que quedar muy claro que no se trata de un publlirreportaje. Que es posible que al final no salga bien librado, pero que es su única oportunidad de hablar, de contar por fin su versión de la historia.

Al otro lado de la línea oía sus palabras en plural, «vamos a escribir, queremos saber».

—¿Estás tratando de decirme que, si Klein habla, voy a hacer el libro contigo?

—Claro. Si Yair Klein acepta, te lo habrás ganado. Además, creo que tienes la capacidad y el talento.

Me costó trabajo asimilarlo. Sabía que mi madre guardaba celosamente varios de mis escritos, siempre trabajos académicos en los que plasmaba mis sentimientos y experiencias juveniles. Pero, ¿escribir un libro? Esas eran palabras mayores.

—Mira, Carolina. Me paso la vida enseñándoles a chicos de tu edad a escribir su primer libro. ¿Por qué no hacerlo en la práctica? Además, esa será la única garantía de que el libro se hará. Porque no me puedo pasar un año de tu vida pidiéndote favores, que busques tal documento, que llames a Klein, que le tomes la foto, que le repreguntes esto o aquello...

—Acepto. Me emociona el tema y tomo el proyecto como un verdadero reto. A ver si de verdad tengo el talento.

Al recurrir al internet para enterarme un poco de la vida del hombre al cual me habían encomendado buscar, lo que encontré fue terrorífico. Cuando se referían a él, parecía que hablaran más de un monstruo que de un ser humano. ¿Por qué querría mi madre conocerlo y hacer un libro sobre él?

La respuesta se encontraba en el último piso de este edificio antiguo, construido hace más de trescientos años, en donde me esperaba Yair Klein.

Y ahora yo estaba aquí, frente al portón de la calle Pinchas Ben Yair número 12, que se abrió sin mayor esfuerzo.

Respiré hondo y comencé a subir. Fueron cinco filas de unas viejas escaleras de madera que posiblemente han vivido cientos de

historias desde que fueron construidas por obreros turcos hace tres siglos y que me dejaron frente a una puerta rota y astillada. Me pregunté, ¿cómo puede vivir así uno de los hombres más buscados del mundo, con circular roja de INTERPOL y todo? ¿No teme por su seguridad?

Poco después, durante nuestra primera charla, me enteraría de que esa puerta era la única pista que habían dejado aquellos que entraron a su residencia a robarle un capítulo específico del libro que viene escribiendo durante años: el capítulo sobre Colombia.

Toqué dos veces el portón, aterrada. Por fin estaba a punto de conocer al «monstruo», al supuesto causante de tanto dolor y muerte. Y ahí estaba él, sonriendo.

—¡Carolina!, me da mucho gusto conocerla. Y gracias por permitirme contar mi versión.

Lo sentí al ver sus ojos azules de mirada penetrante, no parecía ser un asesino. Lo pensé de inmediato: es solo un alma atormentada que se muere por gritar al mundo su verdad, pero no tiene quién la quiera oír.

En ese momento me propuse escuchar con atención, ya que con un poco de suerte, su verdad podría acercarnos a la nuestra.

Capítulo II: Tel Aviv

«**P**repárese para ver el atardecer más bello de su vida». Con esa simple recomendación, sentimos que nuestro objetivo estaba cerca. Un rápido estrechón de manos y la promesa de llegar una hora más tarde a su apartamento, remataron una semana de angustia y muchas presiones.

Ocho días antes, tratábamos de refrescarnos, sentadas en el salón de la casa de Marina, nuestra amiga griega. El calor abrasador del verano que sentíamos en Methamorfosis —uno de los suburbios de Atenas— nos asfixiaba. De pronto, recibimos un anuncio inesperado: el abogado de Yair Klein, Michael Levin, le prohibía a su cliente dar cualquier entrevista. Y más aún si era para el libro de unas desconocidas, provenientes de Colombia, ese país lejano que solo había traído desgracias a la vida del militar israelí. Levin echaba todo para atrás, luego de más de dos meses de aproximaciones y negociaciones.

Nuestro traductor explicó por teléfono que el abogado no veía ningún beneficio para su cliente y que, por el contrario, la locuacidad y la rabia que caracterizaban a Klein podrían enredar las cosas. Como si su situación pudiera agravarse: confinado en los 20.700 kilómetros cuadrados de su propio país por la amenaza de la circular roja de INTERPOL, sin dinero, abandonado por su mujer, en lo más bajo del prestigio social y político... A Yair Klein no podía pasarle nada peor.

Pero David, nuestro traductor, insistió en que Levin creía que lo mejor era dejar todo como estaba. Y punto.

—David, no puede ser posible, estoy a una hora y media de trayecto de avión, he recorrido medio mundo para estar en Israel el 7 de julio frente a frente con el personaje.

—Olga, no hay nada que hacer. Dijo que no va a haber entrevista.

—Por favor, llama al abogado. Dile que los boletos están comprados, que Carolina y yo queremos ir a hablar con él y que por ahora no diga si autoriza o no. Que nos dé la oportunidad de plantearle nuestros puntos de vista.

Mientras esperábamos impacientes, el traductor llamó al abogado. Michael Levin aceptó.

Su bufete está ubicado en una bella zona de Tel Aviv. La decoración es simple, el ambiente es acogedor. Cuando Michael Levin entra en la sala de juntas, comprendemos que no será fácil convencerlo. Es un hombre bajito, algo pasado de kilos, cordial pero no precisamente simpático. Sus frases son medidas, su prevención es evidente.

Argumentos van y vienen, en una mezcla idiomática que contribuye a complicar las circunstancias. Hebreo, inglés y español fluyen sin orden y cuando Levin está a punto de pararse y despedirnos con un no, entra su secretaria y le murmura al oído: «Llegó el señor». El abogado hace una mueca de desagrado y segundos después, lo veo en el quicio de la puerta.

Es más bajo y menos fornido de lo que imaginé. Está vestido de manera informal, tiene un bello bronceado, y la barba grisácea recién delineada. Sé que tendré que encontrarme pronto con sus ojos azules de mirada penetrante. Siento miedo de mirarlo, de mirar a la bestia.

Saluda con cordialidad; hace esfuerzos por comunicarse en inglés, pero desiste pronto y pasa al hebreo. Sus palabras surgen a borbotones. El abogado intenta callarlo sin éxito. Está exasperado.

Yair Klein me mira directamente. Encuentro sus ojos y no siento miedo. Más bien veo en ellos una súplica, un ruego para que su voz sea escuchada. Levin vocifera.

—David, ¿qué le está diciendo?

—Le dice: «Cállate, que todavía no estoy convencido, no he autorizado nada y tú, con todo lo que dices, estás dando declaraciones a periodistas del extranjero».

—*Don't worry, Adoní, we are not taping* (No se preocupe, señor, no estamos grabando) —le digo para que se tranquilice. Y le

explico que nada de lo que allí se converse será utilizado, a menos que recibamos su autorización.

Klein vuelve a su precario inglés para decirnos que él sí quiere hablar, que se muere por decirle a Colombia lo que realmente pasó, que hay que convencer al abogado.

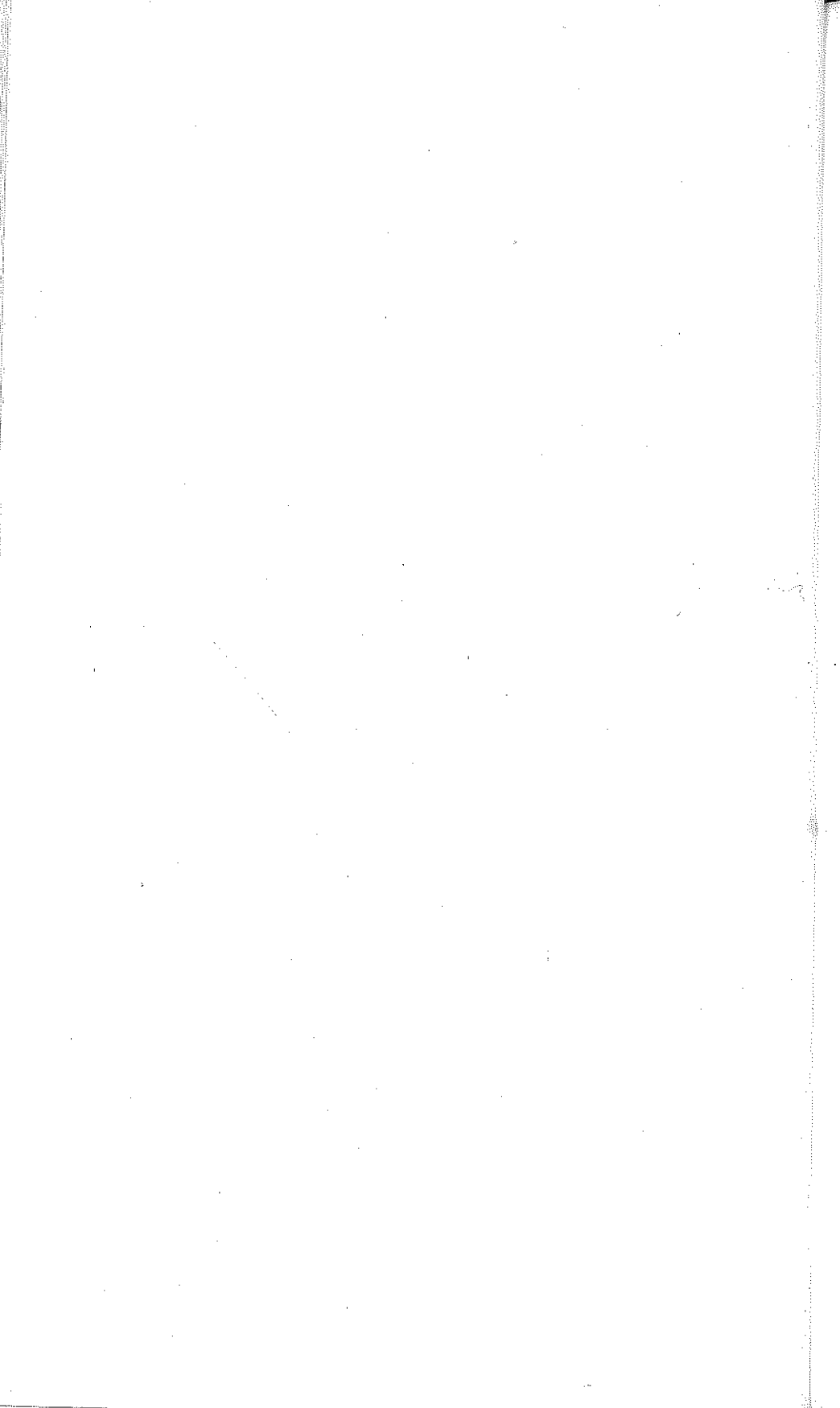
Toma entre sus manos mis obras anteriores y pide explicaciones. Le expongo nuestra metodología de trabajo y le hago un breve relato de cómo se hicieron *Noches de humo* y *El clan de Los Doce Apóstoles*. Yair Klein queda totalmente convencido de que está frente a las personas correctas para contar su verdad. Pero el abogado sigue dudando. Una sola frase lo convence: le digo que para Israel es importante que se sepa cómo pasaron las cosas, que para los colombianos, hay una lectura —que juzgo equivocada— que consiste en creer que el Estado de Israel mandó mercenarios a Colombia a entrenar criminales. Que si se siente patriota, si ama a Israel, es su oportunidad para que los colombianos sepamos de una vez por todas cómo sucedió todo. Es el *ábrete sésamo*. Levin se pone de pie y da el visto bueno para comenzar de inmediato.

Klein sonríe satisfecho y hace la V de la victoria con su mano derecha y conversa con David para establecer el cronograma. Como ya son casi las cinco de la tarde, le proponemos vernos una hora después. Salimos del bufete y David sentencia:

—Les saldrá caro, me merezco un *sushi* en el mejor lugar de este barrio.

—Eso y más, para que tengas fuerzas. Lo que viene será difícil y muy largo.

Tres horas más tarde y cuando ya hemos comenzado a desnudar el alma del extranjero más buscado por Colombia en el mundo entero, suena el llamado de la mezquita para el rezo vespertino. Son varios minutos en los que el ruido ensordecedor nos obliga a suspender la conversación. Mientras él se acerca a la baranda de su terraza, lo observo distante. Su silueta es delineada por los mil tonos del azul, el lila, el naranja y el rosa. Cae la noche en el Mediterráneo israelí. Y sí, soy testigo del espectáculo de la naturaleza más sobrecogedor que he visto: el atardecer más bello de mi vida.



Capítulo III: Moscú

El viento helado del inicio del invierno golpeó con fuerza su rostro. Pero en lugar de sentirse molesto, Yair Klein recibió la ráfaga con placer: era un viento de libertad. Después de más de tres años de un encierro absoluto que solo era alterado por una hora de sol, o de lluvia, o de nieve a la semana, podía por fin respirar sin ataduras ni angustias.

Se cerraba un nuevo capítulo en su vida, que estaba lejos de ser el último. Todavía lo esperaban varias controversias y nuevos azares. Pero por lo menos podía sentir la tranquilidad de saber que en menos de cinco horas, la vieja puerta de cedro centenario de su edificio se abriría para darle un aliento de paz. Yafo estaba a solo 2.650 kilómetros de Domodédovo, el aeropuerto moscovita al cual llegaba con premura para poder alcanzar el último vuelo a Tel Aviv.

* * *

Fui a Rusia para encontrarme con quien podía llegar a ser mi socio en el negocio de los árboles. Durante el año y medio anterior, había realizado doce salidas desde Israel a distintos países; fueron diecinueve meses en los que salí sin problemas.

Cuando viajé a Moscú, tenía dos objetivos en Rusia. Yo era socio en Israel de una empresa que blindaba carros llamada Industrias Maguen David (MDT) y quería encontrarme con un oficial de las fuerzas de seguridad interna de Rusia (PSB¹) para ofrecerle el tema del blindaje porque ellos querían ser clientes de la compañía. Por otro lado, tenía interés en concretar un proyecto de asociación para la explotación maderera en Liberia, África. El hombre de Rusia —que ahora está fuera de su país (se escapó cuando empezaron

a investigarlo)—era Serguei Berezovski. Iba con todos los planes a ver a Serguei, a contarle de los permisos que tenía de Liberia. (Aún tengo conmigo los originales que le voy a mostrar, Olga.) Apenas aterricé, me encontré con el traductor que trabajó con nosotros.

En este punto, debo explicarle que seis meses antes de ir a Rusia, había cambiado de nuevo mi apellido de Gal a Klein², pero ese no había sido el problema, porque dos meses antes de lo sucedido, yo ya había viajado allá con mi nuevo apellido: Klein. Fui dos veces, entré y salí de Rusia sin inconvenientes. Mi interpretación es que ellos habían tratado de detenerme en esa ocasión, pero como buscaban a Gal, no me ubicaron y pude entrar y salir de Rusia con destino a Israel.

Al volver a Moscú, del aeropuerto me fui con el traductor directamente a la casa de Serguei, que nos dijo que teníamos que quedarnos a dormir en su casa, que no íbamos a ir a ningún hotel.

Serguei y yo empezamos a ver los proyectos de Liberia esa misma noche. Al otro día, en la mañana, llamó un vecino suyo, que era el exportador de maderas más grande en Rusia y nos comentó sobre qué tipo de madera quería; él sí sabía hablar y leer inglés, y pudimos comunicarnos con más facilidad y revisar los documentos que yo llevaba. Cuando se enteró de los detalles, dijo que el plan le gustaba mucho, pero preguntó:

—¿El terreno es tuyo?

—El terreno es mío, yo lo compré. Aquí están los documentos que lo prueban.

—¿Y eso aparece en el sistema de propiedades de Liberia?

—Sí.

Entró al sitio web en su computador y dijo:

—Aquí apareces.

Entonces me propuso:

—Voy contigo a Israel, luego voy y miro todo en Liberia, y si compruebo que está bien, invierto la plata necesaria para el desarrollo del proyecto.

Pero Serguei dijo:

—Qué va, yo quiero hacer ese negocio, no voy a dejar que me lo roben.

Empezó una discusión entre los dos, en ruso, que yo no podía entender, y al final me informaron que habían decidido que ambos iban a invertir en él.

Quedamos en que yo volvería a Israel, donde luego nos encontraríamos. Como por esos días era mi cumpleaños, me fui por tres días a Chipre y regresé a Israel. No había tiempo que perder. Al otro día viajamos a Bélgica y luego a Liberia.

Después de África, regresé a Rusia. Fue cuando empezó de nuevo el presentimiento: es algo que se percibe en la nuca, siento que se me paran los pelos. Esa sensación la había tenido semanas atrás, durante el viaje anterior a Rusia con el traductor Zeev Drori (cuando conocí a Serguei y a su adinerado vecino). Pero ahora iba tranquilo, porque al fin y al cabo en la ocasión precedente no había pasado nada.

Cuando llegué al aeropuerto de Domodédovo, procedente de Israel, ingresé a una de las casillas de Inmigración. El traductor atravesó los controles sin problema, pero a mí me retuvieron. Como Drori estaba del otro lado esperándome, le hice señas para que viniera —pues necesitaba entender lo que me preguntaban y que tradujera mis respuestas—, pero él me hizo la seña con la mano de quedarme callado, y yo lo hice. Desde allá me preguntó:

—¿Qué pasa?

—Hay un problema.

—¿Cuál es el problema?

—No sé, no entiendo lo que hablan. Quiero que vengas, veo que hay un problema y quiero que escuches lo que están hablando.

Alcancé a mirar que en la pantalla del computador de la casilla de Inmigración había una estrellita con una advertencia. El funcionario también la detectó, pero no sabía qué hacer, no entendía cuál era el problema. Cogió mi pasaporte y se puso a jugar con él hasta que decidió llamar a su jefe, quien sí sabía con exactitud lo que estaba buscando.

El jefe de Inmigración abrió el pasaporte directamente en la tercera página, donde se detalla el cambio de apellido. Eso signifi-

caba que alguien me estaba esperando. Si hubiera habido una orden internacional de extradición, me hubieran arrestado en ese mismo instante. Pero me permitieron entrar. Recuperé la tranquilidad, porque me dejaron entrar.

¡La salida fue otra cosa! El arresto fue cuatro días después en el mismo aeropuerto, cuando iniciaba el camino de regreso a Tel Aviv, después de todas las citas.

De Inmigración me llevan a la INTERPOL; en la INTERPOL hay gente de la PSB y son ellos los que me hacen el interrogatorio, y no la INTERPOL. Es cuando me muestran la orden de arresto por solicitud del cónsul de Colombia en Moscú. Ese es un asunto privado entre el cónsul de Colombia, la PSB, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Rusia, Israel y Colombia. Eso es lo que pienso. La INTERPOL es la que ejecuta las órdenes de arresto, pero en este caso no lo hizo; quien hizo el trabajito fue el cónsul colombiano con la oficina de inteligencia del Ministerio de Relaciones Exteriores, la PSB. Eso es un asunto privado, porque debería haber pasado a través de la INTERPOL y no fue así. Ahora, ¿cómo iban a saber que Yair Klein iba a llegar a Rusia?

Aunque en ese momento no lo podía establecer, hoy pienso que la trampa provenía de Israel y no de los rusos, porque «ellos» estaban sorprendidos de que hubiera regresado sin problema a mi país luego del último viaje a Moscú.

¿Y quiénes son «ellos»? le pregunto sin entender muy bien lo que me revela.

«Ellos» son dos personas muy importantes de Israel que tienen negocios con las autoridades militares de Colombia. Aunque no tengo pruebas, sé perfectamente quiénes son: dos israelíes con quienes tengo una disputa anterior y cuyos nombres quisiera revelarle, pero no puedo hacerlo, no le puedo autorizar la publicación de sus nombres.

Ellos, los que querían que yo fuera arrestado en Rusia, se sorprendieron de que pudiera volver a Israel por segunda vez sin que me pasara nada; investigaron y descubrieron que ya no era Gal sino Klein. Por eso la advertencia en el computador semanas después y mi detención al final de este viaje.

El Ministerio de Relaciones Exteriores de Israel no hizo nada cuando supo de mi detención. Un periodista ruso, Miki (no recuerdo el apellido), le preguntó a la canciller Tzipi Livni por qué no se preocupaban por Yair Klein, y ella le dijo que hablara con Ehud Barak, que es el ministro de Defensa. ¡Ella es la ministra de Exteriores!, ¿para qué mandarlo donde Barak y no responder qué estaba haciendo mi gobierno al respecto? Luego, Shimon Peres³ se encuentra en Moscú con el primer ministro de Rusia, Dimitri Medvedev. Una periodista le pregunta por qué no están haciendo nada por Yair Klein y él contesta: averigüe con el Ministerio de Defensa [de Israel].

Como le expliqué, hasta ese día yo no sospechaba nada. Resulta que Mijael, el abogado, pidió una cita con un ex funcionario del MOSSAD⁴ —hoy en día es un VIP— que tiene buenas conexiones en Rusia y le contó la historia de lo que pasaba conmigo. El ex funcionario averiguó y llamó a mi abogado: «Vas a recibir una respuesta». Dos días después le contestaron a Mijael: «Eso es un problema económico, chequeen en Israel».

Mijael me hace llegar una comunicación en la que me pide que averigüe y le escriba quiénes son mis enemigos en Israel. «No tengo enemigos», le aseguro.

Empezamos a meternos en Internet. Allí descubrimos que varios israelíes tenían oficinas en Colombia para el comercio de armas. Yo no sabía, nada. Me dijeron luego que incluso el actual presidente de Colombia, Juan Manuel Santos, aparece en la publicidad de una de esas empresas⁵, pues tienen negocios en Colombia desde cuando él era ministro de Defensa.

Lo cierto es que en el aeropuerto me esposaron y pasó lo que le menciono de los dos cuartos contiguos. La mujer de Inmigración me dijo que tenía que ir a la oficina de la INTERPOL y allí llegaron dos personas del cuarto de al lado, de la PSB. Lo primero que me dijeron fue que un abogado estaba en camino, que no demoraba en llegar. En efecto, apareció un hombre grandote y gordo, sacó una tarjeta que contenía información escrita en ruso y me dijo que era abogado... pero yo no hablo ruso. Me aseguró: «Esto va a ser algo corto, yo voy a arreglar todo y pronto te van a soltar».

No importó lo que yo tuviera que declarar. Él escribió lo que quiso, me pidió que firmara y eso fue lo que firmé, como un idiota —porque yo no leo ruso, fui muy confiado—, pero creo que así funcionan las cosas en Rusia.

Como en la declaración el abogado escribió que yo admitía tener una plantación de coca en Colombia, me arrestaron por narcotráfico. Eso no tiene ni pies ni cabeza, pero en Rusia todo vale. En la cárcel hicieron de mí un narcotraficante. En la televisión rusa salieron todas las noticias sobre mi arresto; al día siguiente dijeron que la PSB estaba investigando si yo había hecho algo contra Rusia; después de tres semanas, los noticieros de televisión de Moscú revelaron que Rusia no tenía nada en contra de Yair Klein.

Un día después de mi detención llegó el comandante de prisiones de la zona de Moscú a decirme que luego de una semana era probable que me dejaran en libertad.

En este punto, usted se preguntará: si yo había llegado a Rusia para hablar con la PSB antiterrorista sobre el negocio de los carros blindados, ¿por qué estaba preso? Lo que pasa es que hay dos PSB, una del Ministerio de Relaciones Exteriores y otra de Antiterrorismo. El organismo ruso del Ministerio de Relaciones Exteriores fue el que me arrestó, porque no sabía que iba a hablar con sus colegas de Antiterrorismo. Hay que explicar además que la PSB de Antiterrorismo es más fuerte que la PSB del Ministerio de Relaciones Exteriores, y los primeros empezaron a utilizar sus palancas para soltarme. Por ese motivo le pidieron a Israel escribir una carta de respaldo. Hubiera podido quedar libre después de una semana, pero Israel se negó a escribirla.

Curiosa situación la que se le presentaba a Klein: dos organismos de inteligencia rusos con una papa caliente entre sus manos. Y «ellos», sus rivales, que querían sacarlo del camino. Pero de un momento a otro emergía un nuevo protagonista a complicar la escena: el gobierno colombiano, en busca de su extradición, para que pagara la condena por entrenamiento a escuadrones de la muerte durante la década de los años ochenta. Ante tal maraña de circunstancias e intereses, Yair Klein se convirtió en un prisionero apetecido.

Técnicamente, yo nunca estuve preso; estuve detenido durante más de tres años en una habitación en la cárcel de Moscú, zona 4. Medio año después, para mi desgracia, sucedió algo que hizo que se despertara en Putin⁶ el interés de extraditarme a Colombia. ¿Por qué? Putin estaba buscando una manera de hacer dinero rápido, antes de acabar su mandato. Según pude saber, él le ofreció al gobierno de Colombia 2,5 billones de dólares, como crédito para comprar armas.

Hubo visitas oficiales de miembros del gobierno colombiano a Moscú, en las cuales se habló de esa negociación, y como contraprestación, se mencionó que Colombia requería la extradición de Klein.

El entonces presidente colombiano se habría pegado un tiro en el pie. Uribe hubiera tenido inconvenientes al importar armas rusas porque perjudicaría, a sabiendas, a los estadounidenses, sus principales proveedores de armamento. Se habría desatado un problema político. Tal vez Putin recibiría la comisión del diez por ciento del negocio (250 millones de dólares); pero su mandato terminó tres meses después y, según pude establecerlo, su sucesor, Dimitri Medvedev, canceló esa opción con Colombia, debido al pronto inicio de la crisis de la economía mundial. En consecuencia, desde ese momento nadie volvió a interesarse en enviar a Yair Klein a Colombia.

No obstante, Rusia entendió de pronto que yo podía servir a sus propios intereses. El gobierno ruso contactó al de Israel: si quieren a Klein, denos a Nevzlin, un millonario ruso, acusado de asesinato, que vivía aquí en Israel⁷. Aparentemente, él ordenó asesinar al alcalde de una ciudad rusa y fue juzgado en ausencia, pero sus abogados sí estuvieron presentes. La Fiscalía de Rusia lo está pidiendo hace unos dos o tres años. Lo cierto es que hay una ley para nosotros: no se extradita a un judío que viva en Israel, a ningún judío lo van a extraditar desde Israel. Y él tiene la doble nacionalidad; es ruso, pero también es israelí. Entonces Rusia dijo: denos a Nevzlin y reciban a Klein. Lo supe por fax, recibí un fax en el que me informaban sobre ese posible convenio y de inmediato respondí:

«Con la sangre judía no se negocia», y que no quería oír más sobre ese tema. Por ahí no era la solución. ¿Cómo iba a aceptar que extraditaran a un israelí hacia otro país? Nevzlin, este desgraciado, fue donde mi novia, Mijal, y le ofreció dinero. ¿Que cómo supo él sobre mi respuesta? Se enteró porque yo di una declaración y él me vio por televisión; allí repetí mi argumento: «Con la sangre judía no se negocia», y entonces hizo una cita con mi abogado Mordejai Tzivin, a la que asistieron también su abogado y Mijal.

Le preguntó qué necesitábamos. (Habíamos vendido todo lo que teníamos e incluso recibimos plata de algunos amigos porque se nos había acabado nuestro dinero.) Mijal le dijo: «Se acabó toda nuestra plata, vendimos la casa y tenemos dificultades». Todavía estamos esperando la plata de Nevzlin [sonríe con nostalgia].

Fui procesado en Rusia, me llevaron a la corte para legalizar mi situación. Mi abogado explicó que en Colombia me habían juzgado en ausencia y que no fue legal, por lo que no me podían extraditar. Además, el tratado de extradición por terrorismo entre los dos países había sido aprobado después de mi salida de Colombia y la aplicación de las normas no puede ser retroactiva. Así que no me podían extraditar. En Rusia la ley era: o Putin o dinero. No importaba lo que dijera mi abogado. Presentaron una apelación, me juzgaron a través del Internet y yo no escuché nada, no entendí nada. De todas maneras no importaba. Dijeron que me iban a mandar a Colombia. Como el abogado era el mismo que había defendido a Jodorkovski⁸, imaginaba que eso iba a pasar, y mucho antes de mi juicio, había mandado los documentos a Estrasburgo para detener la extradición. Al Tribunal de Estrasburgo⁹ le tomó año y medio liberarme, porque en Estrasburgo el juicio es con siete jueces y en ese momento había 24.000 peticiones contra Rusia de personas que habían sido juzgadas como se me juzgó a mí: nadie te escucha, no importan los hechos, los procesos en Rusia no son justos. De haber puesto setenta jueces, habrían tardado seis años, pero adelantaron el mío por ser extranjero.

Entonces, había siete jueces y todos tenían que estudiar el caso. Cinco de los siete votaron a favor de enviarme a Israel y dos

dijeron que a Colombia. Estos dos últimos eran uno de Rusia y el otro de Azerbaiyán y, curiosamente, los dos judíos.

En Colombia, tres o cuatro personas son asesinadas a diario en las cárceles. Se asesina por política, y había una duda razonable de que a mí, con todo el escándalo sobre mis actividades en Colombia, me podrían tratar de asesinar tras las rejas. Como allí arrestan gente de la política, era probable que con todo lo que se ha dicho de mí en Colombia, cuando me metieran preso, me mataran.

No tengo duda de que la declaración del entonces vicepresidente Francisco Santos¹⁰ tuvo un efecto en los jueces, pero de todas maneras no creo que haya cambiado la decisión, por los tratados.

A pesar de la decisión de Estrasburgo de enviarme a casa, no me soltaron porque Rusia apeló. Tuve que estar medio año más detenido porque, aunque Rusia no está obligada a cumplir las decisiones del Tribunal de Estrasburgo al no pertenecer a la Comunidad Europea, no iban a jugar conmigo y tampoco harían nada oculto contra la Comunidad Europea. Pero lo cierto es que ya no tenían interés en mi detención. Esa fue una de las razones por las cuales presentaron la apelación: para demostrarle a Colombia que yo estaba limpio, que hacían lo máximo posible, pero seguirían las indicaciones finales de la justicia europea.

Después de la sentencia del Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo, según explicaron, «por razones de seguridad» ya no me podían extraditar a Colombia y porque, además, no hay tratado de extradición.

Yo todo el tiempo estuve optimista, quería volver a Israel cuanto antes. Sin embargo, creo que si me hubieran enviado a Colombia no me habrían matado: en prisión me habrían alejado de los paramilitares y a mi alrededor habrían puesto gente que piensa que en Colombia no hay lugar para la guerrilla. También supongo que el gobierno de Colombia me habría cuidado y protegido por el interés de la opinión internacional. Además, después de todo el lío que hubo, creo que yo hubiera podido apelar mi condena en Colombia.

Luego de la confirmación de Estrasburgo, todo pasó muy rápido. El 9 de noviembre, se ratificó que no debería ir a Colombia.

Ese mismo día, en Israel, ya había empezado el despelote: alguien filtró información falsa de que yo estaba ahí. Pero, a pesar de haber ganado la apelación, todavía me encontraba en Rusia, en la cárcel. Alguien oyó que Estrasburgo había dicho que debían liberarme, y en todos los noticieros salió que yo estaba en Israel.

Al día siguiente, Rusia dijo que acataba lo dicho por la corte europea de derechos humanos y negó mi extradición. El 12 de noviembre, es decir, tres días después de la decisión de Estrasburgo, llegó a la cárcel el cónsul de Israel en Rusia y me preguntó: «¿Tú hablaste con alguien en Israel? Porque en las noticias dijeron que estabas allá y el Ministerio de Relaciones Exteriores me mandó para saber lo que está pasando».

En la televisión israelí ya estaban anunciando que Estrasburgo había solicitado en dos ocasiones que me liberaran, pero que Rusia no cooperaba. Sentía que algo grande iba a pasar, pero no sabía que me iban a liberar. Solo lo supe en el instante en que abrieron la puerta, lo descubrí cuando vino un guardia que no hablaba sino en ruso y me dijo: «Toma tus cosas, te vas a casa». ¡Y yo le entendí!

Apenas tuve tiempo de empacar algunas cosas y llegar a donde tenía que devolver la ropa de la prisión, cuando vi allí a Dimitri Yampolsky, mi abogado ruso, a quien debo mi liberación. Él es la principal persona que se preocupó de mi salida de Rusia, un profesional increíble, extraordinario. Tenía que viajar a las siete de la noche y salir de una cárcel rusa demora entre cinco y seis horas; él había llegado a acelerar el proceso. Fue entonces, al encontrarme con mi abogado, que entendí que había quedado en libertad.

Al primero que vi fue a mi hijo Shiri, que estaba esperándome en la puerta de la cárcel. Él trabajó siempre con Mijal (mi ex) para lograr mi liberación. Dimitri venía con los tiquetes y nos llevó hasta el aeropuerto. Nadie nos acompañó. Durante el recorrido constatamos que no nos estaban siguiendo. A los rusos en realidad no les interesaba nada de esto. Solo hubo un momento antes en que repararon en mí: cuando la cuestión de Putin. Creo que el PSB y el Ministerio de Relaciones Exteriores también querían hacer plata,

junto con Putin, pero cuando el PSB de Antiterrorismo les dijo que no intervinieran, se quedaron callados.

Ahora, verdaderamente, era un hombre libre.

Llegué a Israel un viernes por la noche, en una hora que no es muy conveniente para la televisión, y aún así era una locura ese aeropuerto: llegaron cientos de personas, incluso amigos míos del Ejército, periodistas de todos los noticieros y periódicos, y fue una semana entera, televisión aquí, televisión allá.

Así terminaron 1.180 días; tres años y casi tres meses de suplicio en Rusia, un período de quietud, incertidumbre, pero sobre todo de mucha reflexión. Yair Klein sintió que renacía, como cuando llegó al mundo un cálido 28 de agosto, 68 años atrás, en el kibutz de pioneros Nitzanim. Pero no solo bastaba con intuir que iniciaba una nueva vida; sintió que tendría que exorcizar los fantasmas y empezar a buscar el camino de la verdad, y no solo por él, sino para poder encontrar su lugar en la historia de Colombia.

Notas

¹ *Presidentskaya Sluzhba Bezopasnosti* (Servicio de Seguridad Presidencial).

² En Israel, los ciudadanos pueden cambiar con facilidad sus nombres y apellidos.

³ Shimon Peres, figura emblemática del Estado de Israel. En ese momento, presidente del país.

⁴ MOSSAD, sigla del Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales, la principal agencia de inteligencia de Israel. Entre sus funciones están, además, todas las tareas de contrainteligencia, antiterrorismo y espionaje fuera del territorio nacional.

⁵ En el video promocional de Global CST, compañía dirigida por el militar retirado Israel Ziv, aparece Santos, destacando la cooperación de la compañía en la lucha antisubversiva (ver <http://www.youtube.com/watch?v=ZZvHfRgbBPA>). El entonces ministro de Defensa aparece durante diecisiete segundos, a partir del minuto 2:43.

⁶ Vladímir Putin, en ese entonces primer ministro de Rusia.

⁷ Leonid Borisovich Nevzlin nació en Rusia el 21 de septiembre de 1959. Fue un alto ejecutivo de la petrolera Yukos, que fue nacionalizada por el gobierno ruso. En los años 2003 y 2004 fue mencionado por la revista *Forbes* como una de las cien personas más ricas del mundo. Acusado de conspiración y asesinato y juzgado en ausencia, fue sentenciado a cadena perpetua y Rusia reclama su extradición. Desde Israel, donde vive, ha denunciado a Vladimir Putin por haber orquestado lo que llama «el *show* en la corte».

⁸ Mijail Jodorkovski, magnate ruso, condenado por varios delitos económicos.

⁹ Los magistrados invocaron el artículo tercero de la Convención Europea de Derechos Humanos que prohíbe la extradición cuando la persona tiene el riesgo de sufrir «torturas, penas o tratos inhumanos o degradantes», lo que era argumentado por el abogado de Klein, Mordejai Tzivín. Además, el jurista presentó documentación que señala los peligros que podría haber contra su vida, con información sobre individuos que habían sido asesinados en prisiones colombianas.

¹⁰ El entonces vicepresidente de Colombia, Francisco Santos, dijo que «está claro que queremos que nos entreguen a Klein para que pueda pudrirse en prisión como castigo por todo el mal que ha hecho a nuestro país», lo que aprovechó el abogado Tzivín, para advertir al Tribunal de Estrasburgo sobre el peligro que correría su defendido en caso de ser extraditado.

Capítulo iv: Urabá

A sus 44 años, Yair Klein era todo un aventurero. Más que el dinero —que no era nada despreciable para él—, su vocación era vivir emociones fuertes e ir tras sus sueños. Tenía una forma particular de ver el desarrollo y la democracia: para vivir en paz y lograr el progreso, hay que derrotar a los enemigos. Total, con esa visión se crece en Israel, una nación que tal vez nunca ha conocido la paz y en donde sus ciudadanos tienen tan clara su misión que ir al Ejército no es solo un deber sino un verdadero orgullo. Por eso, estar quieto en un mismo lugar era algo que difícilmente podía soportar.

Ya le había pasado una vez, a finales de los años setenta. Estaba tratando de acostumbrarse a su próspero negocio en Mifgash HaBika (cuya traducción es algo así como «encuentro del valle del Jordán»), un complejo que incluía estación de gasolina, restaurante y heladería, que había montado antes de su primer retiro del Ejército¹. La ubicación del enorme establecimiento era entonces privilegiada, porque quedaba en un cruce de caminos entre el Lago Kineret y el Mar Muerto. Para explicar mejor por qué se convirtió en poco tiempo en una mina de oro, Klein recuerda que también era una estación de gasolina militar. Nadie creyó que iba a funcionar, pero llegó a tener un éxito increíble. En seis meses se convirtió en uno de los proyectos más lucrativos de Israel, porque era un lugar de entrenamiento del Ejército y por esa área pasaba una carretera muy importante entre Jerusalén y el norte del país. Ya no se usa porque la gente tiene miedo de pasar por allá, pero en esa época cada bus que iba hacia el norte, o del norte a Jerusalén, transitaba por ese lugar.

Para darte un ejemplo, cada dos días tenían que traerme un camión con Coca-Cola. Una vez una compañía de distribución (llamada Strauss) tuvo un problema y por un tiempo no pudo llevar productos a ningún lado del país, y sin embargo a mí me seguían trayendo porque vendía tanto que no querían dejar de atenderme.

Después de un año abrí un garaje para carros e hice una escuela para temas relacionados con la agricultura. Había mucha plata.

Pero en 1982 tuvo una gran oportunidad de volver a su ideal de vida. Cuando comenzó la Guerra de Shalom HaGalil², fue convocado como reservista por su vasta experiencia en paracaidismo, y muy pronto demostró su fuerza y su capacidad. Sus cargos en la Tzavá³ siempre habían estado relacionados con el combate y como instructor dictaba muchos cursos en esa materia. Además, había sido comandante de la Unidad Antiterrorista del centro del país. Su participación en esta ocasión fue destacada, lo que le permitió hacer conexiones muy rápidamente con los miembros de las falanges del Líbano.

Cuando terminó la guerra y pasó de nuevo a la reserva, Klein, que había creado años antes una compañía de seguridad privada a la que llamó Hod b'Janit (Punta de Lanza), decidió quedarse en el Líbano para ayudarlo a las falanges a luchar contra los musulmanes. Las falanges estaban relacionadas con el gobierno del Líbano. Bashir Gemaye⁴ era el presidente y trabajaba con ellas —los drusos y los cristianos combatían a los musulmanes. En el Líbano había un sistema semidemocrático cuyos puestos se definían de acuerdo con la religión. Por lo tanto, el presidente siempre debía ser cristiano, aunque también había cargos ocupados por drusos, musulmanes y demás. En esa época el centro de poder lo tenían los cristianos. Los miembros de la OLP, los que hoy son el Hezbollah, eran musulmanes.

Sobre mí se ha dicho tanto en estos años, que hasta me han acusado de tener relación con las matanzas de Sabra y Chatila⁵. Estaba en la Tzavá, pero no cerca de esa zona y no tuve nada que ver. Durante la posguerra, Israel apoyaba a los cristianos y yo trabajé con permiso del Estado de Israel en Líbano.

Existen versiones según las cuales, Klein vendió equipos personales (nunca armas) a los falangistas por dos millones de dólares. Hacia 1987, regresó a sus actividades comerciales en Israel. Allí se encontraba cuando recibió una visita que cambiaría su vida para siempre.

Llegó a mi oficina un hombre llamado Isaac Shoshani Me-rayot. Se presentó como representante de la compañía de seguridad estatal israelí TAAS⁶ en Colombia. Me contó que se acababa de

retirar de esa oficina y quería comenzar a trabajar en Colombia de manera privada. Me dijo que tenía un proyecto para mí, en sociedad con TAAS.

Aunque no sabía nada de Colombia, debido a que tengo un grado en Historia sí sabía que hablaban español y dónde se localizaba en un mapa. Pero solo eso.

No conocía a Shoshani en persona. En el Ministerio de Defensa de Israel hay un libro donde aparecen las diferentes empresas relacionadas con ellos. Yo aparecía en ese libro con la mía, Hod haJanit, especializada en combatir el terror. En todo ese libro solo figurábamos dos compañías antiterrorismo. Shoshani llegó a mí mediante ese directorio.

¿Que por qué confié en Shoshani, si no lo conocía? Él era el representante de TAAS en Colombia. Con eso era suficiente. Era teniente coronel retirado (*Sgan Aluf*) del Ejército, comandante de una brigada de tanques. En el 88 solo había tres brigadas en Israel; o sea que solo había tres coroneles de brigada. Que hubiera llegado a ese nivel en el Ejército, ya era razón suficiente para confiar en él.

Si llega un comandante de brigada que había sido representante de una compañía de seguridad israelí en Colombia durante siete años, que había trabajado mano a mano con el Ejército de Colombia y que le había vendido armas, ¿quien iba a conocer mejor la situación de Colombia que él? ¡Para mí, es el experto!

Me dijo que había una solicitud de una organización bananera para combatir en esa zona contra los guerrilleros, porque los atacaban todo el tiempo.

De nuevo, una aventura a la medida de sus ideales. Una lucha anticomunista que sonaba interesante y que, además, podría ser muy útil para darle vigencia y dinero a su compañía de seguridad. Pero había que tener claridad sobre las condiciones, se debería tratar de algo oficialmente avalado por las autoridades de Israel. Shoshani le explicó que sería una tarea coordinada con otras instituciones oficiales.

Yo iría en esa acción en sociedad con la HanCal (la industria militar del Estado de Israel). Shoshani fue quien conectó a HanCal con Colombia. Esa compañía se dedicaba a la seguridad electrónica.

Ellos aceptaron el trabajo y se dedicarían a poner cercas mientras yo instruía al personal de defensa del lugar. El entrenamiento tenía que durar un mes. En ese mes se puede llegar a un buen nivel, pero no a uno comparable con el de un profesional o el de los paracaidistas que yo preparaba antes. Aprendes sobre todo a defenderte, pero no mucho a atacar. Ellos pidieron específicamente defensa, querían aprender a defender sus fincas. Por supuesto que aprendieron a atacar en caso de ofensa. Es decir, a atacar cuando eran atacados. Cuando eres agredido, tú siempre sales en modo de ataque, pero esto no es atacar en el sentido de ser proactivo, de buscar confrontación, de planear.

Me reuní con el administrador de HanCal y él me explicó el proyecto. Me dijo que había que verificar en el terreno si era viable o no: «Tú te vas antes que nosotros, analizas la situación y nos avisas si vale la pena ir».

Una pregunta importante que se hacía HanCal era: si el Ejército era incapaz de defender las plantaciones bananeras, ¿cómo iba a defenderlas un grupo de civiles? Por eso me mandaron antes a mí, para responder a esa pregunta. Como yo era el experto en combatientes, me mandaron a ver si había con qué trabajar. Dos semanas después de esa reunión viajé a Colombia con Shoshani. El representante de los bananeros nos recibió en el aeropuerto Eldorado de Bogotá.

De ahí fuimos a la casa del director de la organización bananera. No recuerdo su nombre. De él me acuerdo que era sano, no tan gordo, pero como grande, y con mucho pelo blanco —mucho pelo, pero corto.

Me agradeció por venir, me dijo que al otro día me iba a encontrar con el comandante general de las fuerzas armadas y que él me daría las instrucciones para llegar al área de trabajo y la protección que iba a tener para llegar allá. También me dijo que él me explicaría lo que era permitido y lo prohibido a la hora de entrenar combatientes en Colombia. Porque lo que yo iba a entrenar era a civiles. Al día siguiente conocí al comandante general de las fuerzas armadas.

De inmediato le pregunto su nombre. No lo recuerda. Incluso, dedicamos más de una hora a ver fotografías por Internet, de los militares y los civiles que podrían ser quienes se encontraron con él e impartieron las órdenes. Creemos en su sinceridad, cuando dice que no los reconoce: Si fueran fotografías de esa época, tal vez; pero miren cómo se ven hoy. Ha pasado mucho tiempo, son veinticinco años en los que la gente cambia mucho. Desistimos y decimos: si las autoridades quieren investigar, podrán dar con libros, bitácoras, decretos y otros elementos que les permitirán saber quiénes son. Lo dejamos seguir con su relato.

Nos reunimos en el Club de Oficiales Retirados del Ejército en Bogotá. Del lugar recuerdo que era muy elegante, con muebles muy antiguos; me dio muy buena impresión. La reunión duró solamente media hora. A mí no me interesaba quiénes estaban allá. Yo iba a una guerra, a combatir guerrilleros. Lo que menos me importaba eran esas reuniones políticas. Yo era un combatiente. Yo solo pensaba en llegar al área, convertirla en lo que la quería convertir y regresar. La guerrilla hacía muchas emboscadas. Yo solo pensaba que mañana tenía que viajar al área, ver lo que pasaba allá y regresar. Para mí, sentarme con un general y hablar, no significaba nada. En la reunión estábamos Shoshani (que también hacía las veces de traductor), el comandante general de las fuerzas armadas y alguien de la zona (un bananero). Esa persona fue la que nos llevó a la plantación al otro día. Si hubiera sabido que me iba a encontrar en la situación en que estoy hoy, habría llevado una grabadora, pero en ese momento no parecía muy importante.

El comandante general de las fuerzas militares me explicó que yo no tenía permitido tocar personalmente un arma; que en el instante en que yo tocara un arma, mi estatus pasaba a ser el de terrorista. Recuerdo que el general llevaba un gorro negro. Era grande, alto y con pelo blanco, como fornido. Creo que fumó pipa, pero no estoy seguro. Es que ya ha pasado mucho tiempo y no recuerdo ciertos detalles.

«Aparte de eso, no me importa lo que hagas. Puedes enseñar lo que quieras y como quieras. Solo no sostengas un arma en tus manos», recuerdo claramente que dijo.

Según la ley colombiana, si yo no soy un hombre del Ejército y/o trabajo con autorización como guardia de seguridad, no tengo permitido andar armado.

A la mañana siguiente, viajamos con el representante de los bananeros. Fuimos Shoshani, él y yo. Al llegar, tuvimos reuniones en las que escuchamos todos los cuentos de la gente sobre el drama que estaban viviendo. Sentí mucho interés por lo que pasaba. Salí a entrevistar al director de la plantación, a los trabajadores, al director de seguridad, a todos los que viven en el área y uno ve el miedo en la gente. Entrevisté a todo tipo de gente: gerentes, trabajadores, de todo. Para entender la realidad tienes que hablar con todos. De un trabajador escuché esta historia: En la plantación de bananos hay un cable que atraviesa toda la zona. Por ese cable cuelgan los bananos y los transportan de un lugar a otro. Me contó que la guerrilla se colgaba por esos cables y se metía en la plantación. Eso me contaron los trabajadores.

Quería quedarme también en la noche para ver la situación, pero el Ejército no quiso. Me dijeron que no estaban dispuestos a quedarse y que nos íbamos ese mismo día, que no querían viajar de noche. Ahí yo ya sentí el peligro.

Cuatro días después volví a Israel. Me encontré con el gerente de HanCal y le dije: «Si en tres meses no comienzo a trabajar y a entrenar a los campesinos, no va a haber con quién trabajar ni a quién entrenar, porque la guerrilla se va a apoderar de todo». Sentí que no quedaba mucho tiempo. Pero HanCal se tomó su tiempo para pedir permisos, hacer presupuestos, planes, cosas de esas. Ya sabes, burocracia. Cuatro meses después, la guerrilla se tomó la zona. Si hubiera ido en ese momento, habría sido distinto. Luego se acabó el trabajo en Colombia, ya no había con quién trabajar.

Mientras los bananeros salían despavoridos de sus tierras, abandonándolo todo, Yair Klein regresaba, desilusionado, a su rutina en Israel. Pero no pasaría mucho tiempo para que Shoshani Merayot le presentara un nuevo proyecto: una aventura total.

Notas

¹ Ocurrió en 1978.

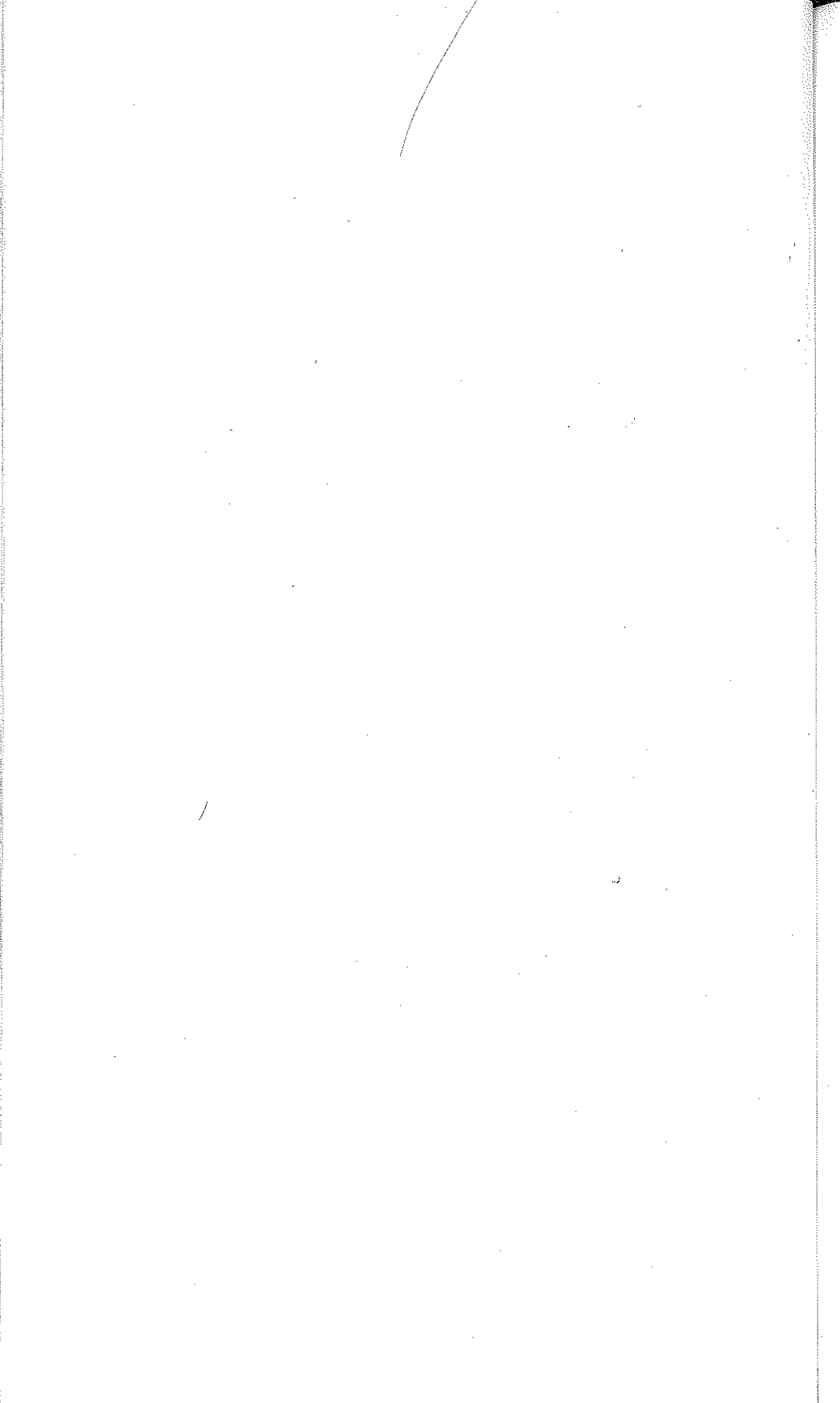
² Guerra Shalom haGalil, también conocida como la Primera Guerra del Líbano o Paz para Galilea. Allí, Israel cercó y bombardeó la capital, Beirut, como represalia contra la Organización para la Liberación de Palestina, por el atentado contra su embajador en Inglaterra. El acoso fue tan fuerte que la OLP decidió salir de la ciudad. Beirut continuó ocupada durante varios meses más por tropas israelíes.

³ Tzavá, nombre hebreo para el Ejército.

⁴ Bashir Gemayel, político libanés perteneciente al partido falangista cristiano. Gobernó al Líbano menos de un mes porque fue asesinado junto con otras veintiséis personas.

⁵ Durante la ocupación israelí, permitieron el ingreso de las milicias falangistas cristianas libanesas a los campos de refugiados, en donde los falangistas realizaron una ejecución masiva de cerca de mil refugiados palestinos, conocida como las Matanzas de Sabra y Chatila.

⁶ TAAS, la industria militar de Israel, la compañía más grande de seguridad que perteneció al Estado hasta febrero de 2005, cuando fue privatizada. En la época en que Shoshani Merayot era el representante para Colombia, todavía pertenecía al Estado.



Capítulo v: Puerto Boyacá

Mira, soy un coronel del Ejército, comandante de la unidad antiterrorista; fui la *crème de la crème* de los cursos del Tzavá [el Ejército israelí], crecí en un kibutz. En la vida no había hecho nada ilegal. Viajé a Colombia a ayudar a los campesinos en contra de la guerrilla y de repente soy un criminal que entreno a los narcotraficantes y soy un terrorista.

Yair Klein es tajante. Con este abrebocas, quiere que quede claro que su paso por Colombia estuvo amparado y motivado por las autoridades de ese momento y por la que él creía, era «gente de bien».

Como te decía, en ese momento, después de la frustración por lo de los bananeros, se acabó el trabajo en Colombia; ya no había con quién trabajar, la guerrilla era la dueña y señora de Urabá.

En Tel Aviv, Klein siguió atendiendo sus negocios particulares, desde su empresa Hod haJanit (Punta de Lanza). Hasta que una visita cambiaría su suerte para siempre.

Dos meses después vuelve Shoshani y me dice:

—Yair, la organización de ganaderos de Colombia escuchó sobre ti y están interesados en que hagas lo que ibas a hacer con los bananeros.

—¿De quiénes se trata?

—Son los ganaderos del Magdalena Medio, el lugar específico se llama Puerto Boyacá.

Le prometí pensarlo.

Comenzaba el año de 1988, cuatro meses después de mi primera visita a Colombia, y allí me encontraba de nuevo. El avión aterrizó en el aeropuerto Eldorado de Bogotá. Me recibió Shoshani con un hombre al que me presentó como Luis Meneses¹. Me explicó que era un oficial retirado del Ejército Nacional, que conocía a todo el mundo en la región y que sería mi guía en todo este proceso.

Una hora después, estábamos sentados en una de las mesas de un restaurante especializado en carnes en el centro de la ciudad. Hasta allí llegaron dos personas del Departamento Administrativo de Seguridad, DAS, y el presidente del Banco Ganadero. Me dijeron que habían escuchado de mí, sabían que yo había venido antes y querían que yo entrenara a su gente en Puerto Boyacá: «En nuestra zona, la guerrilla ataca todo el tiempo las fincas; todos los que usted va a entrenar son personas que ya han sido atacadas antes por la guerrilla; a algunas, la guerrilla les ha matado a sus padres o a otros familiares. En otras palabras, ya tienen experiencia en esto».

A la mañana siguiente viajamos hacia Puerto Boyacá. Como salimos tarde, nos quedamos a dormir en un hotel a mitad del camino llamado Las Palmeras. Después, muchas veces nos quedamos en ese hotel. Allí descansábamos porque era muy tranquilo. Por ahí hay un pueblo que se llama El Camino. También recuerdo un puente muy grande, muy bonito, que cruza el río Magdalena. Todo el recorrido es bonito.

Antes de mediodía llegamos a Puerto Boyacá. La primera reunión fue con el alcalde y el presidente de la junta de ACDEGAM², Henry Pérez. También estuvieron uno de los del DAS, Luis Meneses y el coronel de la brigada del Ejército de la zona³. El alcalde nos agradeció por venir, nos explicó los problemas que tenían con la guerrilla, la situación de los campesinos; nos habló sobre el esfuerzo que estaban haciendo los campesinos para pagar el entrenamiento, sobre ACDEGAM y su relación con el Ministerio de Agricultura. Después, también me reuní con el comandante de la brigada.

Me acuerdo de una curiosidad. Cuando llegué, quería dejar bien cerrado el carro porque mi maleta estaba adentro, y el alcalde me dijo: «No lo cierres, nadie te va a quitar nada. En esta ciudad no hay ladrones, no hay homosexuales, acá todo camina derecho. Esta es la Colombia que queremos».

Me llevaron a ver el área de entrenamiento. Había gente que ya se estaba entrenando, es decir, esto ya estaba marchando desde mucho antes de llegar yo a ese lugar. Había campos para el deporte, había un camino de obstáculos. Todo era muy primitivo. Estaban

muy entrenados físicamente, de manera profesional. Como el Ejército colombiano.

Allí el alcalde me explicó que hacían un esfuerzo muy grande para pagarme. Después de ver a los jóvenes, les dije que no habría ningún problema en entrenarlos. Lo que yo no sabía en ese momento era que el combatiente colombiano piensa muy distinto al soldado israelí. Los colombianos no tienen capacidad de improvisación. Saben a la perfección cómo copiar o seguir una instrucción, pero no tienen iniciativa. Son buenos combatientes, no le temen a la muerte, ¿pero improvisar durante el ataque? Nada. Eso lo entendí cuando comencé a entrenarlos. Explicué que el curso duraría tres semanas y estuvieron de acuerdo.

Yo viajaría a Israel para tramitar una serie de permisos y definir ciertos detalles. Y luego regresaría a Colombia una semana antes que los entrenadores, para preparar el terreno, organizar todo lo que había que tener listo. Así que regresé de Puerto Boyacá a Bogotá, donde me quedé unos cuatro días. Es decir que yo llegué, conocí el terreno, vi que se podía hacer el curso con los combatientes y me fui para Bogotá. Allí había un hotel donde dormíamos siempre, el Country 85. Yo todas las noches salía a caminar por la calle. Durante el día no se podía porque había mucha gente y hacía calor. Por ahí cerca quedaba un restaurante que se llamaba el Pollo Campero que me gustaba mucho. Tanto, que cuando terminó todo en Colombia —después del tercer curso— al volver a Israel, monté un restaurante... ¿y saben cómo lo llamé? Pollo Campero [*risas*].

Al otro día, en el mismo asadero de carnes en el centro de la ciudad nos reunimos con el tipo del DAS que no había ido con nosotros al terreno. Él me dijo: «Tiene programada una reunión con el DAS, la institución quiere entrenar a sus fuerzas antiterroristas, han escuchado de usted y quieren que usted sea el que las entrene».

A la mañana siguiente fui a mi cita en el DAS. Les dije en general lo que se hacía y cómo se hacía. Me preguntaron cuánto les cobraba. Yo no quería ganar plata con ellos porque me parecía

más importante establecer el contacto. Entonces les dije: «Veinte mil dólares, que es el precio para pagar a los entrenadores».

Fue una reunión de altísimo nivel: estaban el comandante de instrucción del DAS, el comandante de operaciones del DAS; y cuando estábamos ahí sentados, alguien abrió la puerta, metió la cabeza, nos miró y se fue. Me preguntaron: «¿Sabes quién es? Es el general Maza⁴».

En todas las citas estuvo Shoshani porque él era el que me traducía. Un día después de reunirme con los del DAS, Shoshani me organizó una reunión con el tipo más importante del negocio de esmeraldas en Colombia en ese momento. Era Juan Beetar⁵. El objetivo era proponerme un curso del mismo estilo, debido a la situación de violencia que se había recrudecido en la región esmeraldífera de Boyacá.

Volví a Israel y de inmediato pedí una reunión con el Ministerio de Defensa, más específicamente con el SIBAT⁶. Yo no podía hacer nada sin su permiso, pues estaba inscrito en el directorio de esa oficina en el Ministerio de Defensa.

A la reunión llegué con mi abogado, Ygal Shapira⁷, y también estaban ahí el gerente de SIBAT, Zvi Roiter, un representante del Ministerio de Relaciones Exteriores y un representante del SHABAK (el DAS israelí).

Obviamente, antes de llegar a la cita, les habíamos escrito todas las cartas de petición de permisos y habíamos aportado los documentos pertinentes.

Lo primero que me dijeron es que no podía trabajar con Juan Beetar porque era uno de los cinco criminales más grandes de Colombia.

Con el DAS tampoco me dejaron trabajar; aunque para Israel era muy buena esa vinculación –por un tema de conexiones–, su razón fue que si entrenábamos al DAS en contra de la guerrilla comunista, podría haber peligro o represalias contra la comunidad judía en Colombia. Y eso, por supuesto, es un tema muy delicado. Esa fue una petición directa del presidente de la comunidad judía de Colombia, que fue acogida por mi gobierno.

En relación con los ganaderos, me dijeron: «Es tu problema, a nosotros no nos importa. Según la ley israelí, si le vendes pasta dental al Ejército, necesitas nuestro permiso; pero si entrenas civiles, no es nuestro problema. El problema es de Colombia».

Por el lado de Israel, ellos sabían que yo estaba en Colombia; el DAS sabía que estaba en Colombia; el Ejército sabía que estaba en Colombia. Y ahora dicen que estuve entrenando terroristas.

Un mes después de la entrevista con el SIBAT viajé a Colombia.

Cada entrenamiento constaba de treinta personas, e hice tres entrenamientos⁸. Eso suma solo noventa personas y ahora me acusan como si hubiera entrenado a millones.

Fui con tres adiestradores y cada uno de ellos recibió a diez personas como sus alumnos. Dos de ellos fueron los mismos las tres veces: Tzadaka Abraham y Teddy Melnik. El tercero, Amatzia Shuali, fue con nosotros las dos primeras veces. Los tres eran coroneles del Ejército de Israel. Tzadaka había sido también comandante del colegio de entrenamiento antiterrorista. Amatzia era miembro de la Unidad de Reconocimiento Golani y comandante de batallón en retiro. Teddy había estado en Inteligencia.

Los escogí especialmente porque los tres hablan español. Tzadaka, desde el hogar, ladino⁹. Teddy aprendió también el español en su casa, porque es de Chile. Amatzia Shuali había sido comandante de seguridad en la Embajada de Italia y aprendió muy rápido el español (por sus conocimientos de italiano). El único que no hablaba español era yo y luego dijeron que yo entrené a los combatientes directamente. ¿Cómo pude haberlo hecho si no podía hablar con ellos?

Tzadaka y yo habíamos sido entrenadores de paracaidismo. Shuali fue el entrenador en el SHABAK y me entrenó a mí en armas, en el colegio de entrenamiento antiterrorista. Teddy Melnik fue el comandante de Inteligencia de mi brigada. Los tres ya estaban retirados. Pensé en personas que fueran las mejores y que hablaran español, y eso fue lo que encontré. No tuve mucho problema en convencerlos. Les ofrecí una aventura, algo interesante, y dinero. Cada uno recibió cinco mil dólares por cada entrenamiento.

Cada curso costó 75.000 dólares. Haz la cuenta: quince mil para los entrenadores. Cinco mil para Dror Eyal (también hablaba español, había sido encargado de defensa de la Embajada de Guatemala y también lo conocí en el Tzavá), que se quedaba en Bogotá y era nuestra relación con Israel, porque en esa época no existían los celulares. Tuve que pagar cinco mil dólares —por cada uno de ellos— de seguro de vida. Agrégale que los pasajes costaron un promedio de dos mil dólares cada uno. Además, en Israel tenía que pagar el cuarenta por ciento de impuestos.

Al final de los tres entrenamientos solo quedé con 36.000 dólares. Eso en Israel no alcanza ni para comprar un carro. Por una suma así de ridícula perdí toda mi vida.

Cuando explotó todo el tema, vino la Policía israelí a revisar mi casa y había con ellos un hombre que trabajaba en la oficina de impuestos. Ellos vieron todos los papeles y mi declaración de impuestos en el aeropuerto y no podían creerlo.

A mí me acusaron de recibir ochenta mil dólares, pero eso no lo recibí de Colombia. Eso lo recibí después de Estados Unidos por mi trabajo en Panamá. De esto no vi un peso; era una transacción para comprar armas. Claro que esa es otra historia, que te contaré más adelante.

De regreso a Colombia, me fui una semana antes que el resto de los entrenadores. Cuando ellos llegaron, nos marchamos al terreno y lo preparamos para los entrenamientos. Alistamos la zona de disparos, la carrera de obstáculos, escogimos a las treinta personas y comenzamos el primer curso.

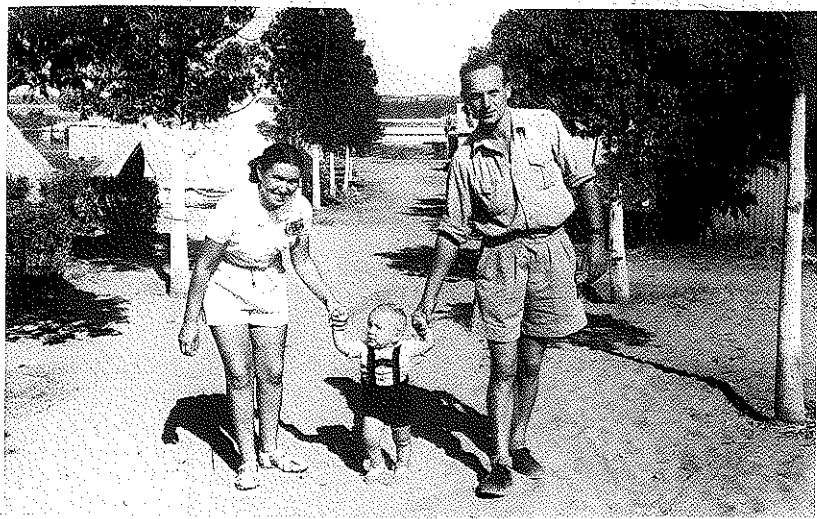
En la finca, no había condiciones para quedarnos a dormir. Por eso aceptamos la idea de alojarnos en Las Palmeras. Salíamos del hotel como a las siete de la mañana, llegábamos a las ocho al terreno, y empezábamos el entrenamiento hasta las nueve de la noche, cuando volvíamos al hotel. Siempre íbamos y regresábamos en campero. El hotel era rústico; dormíamos allí los tres entrenadores: Amazia Shoali, Tzadaka y Teddy, y yo.

A las personas que recibí les hice un examen de entrada. Lo más importante era la coordinación, que contaran con capacidades mentales normales y que tuvieran buen estado físico.

EL CASO KLEIN



▲ Yair Klein, soldado del Ejército israelí en 1968.



▲ El niño Yair aprende a caminar de manos de sus padres al año de edad. Al fondo, las tiendas de campaña donde vivían los pioneros que fundaron el kibutz Nitzanim.



▲ El oficial Klein es saludado por el comandante del Ejército de Israel.

EL CASO KLEIN



▲ Klein, sonriente, instruye a uno de sus soldados en cielos israelíes, durante un curso de paracaidismo.



▲ Klein, como oficial del Ejército israelí, en 1970 (tercero, de derecha a izquierda).



▲ Diploma de aprobación del curso de comandante de brigada.

Para asegurarme de que los entrenadores nunca tocaran un arma, les compré fusiles M-16 de plástico para que pudieran explicar y dar los ejemplos. Las armas de plástico las compré en una tienda de juguetes en Bogotá. Era en un centro comercial cerca del hotel donde me estaba quedando. Un segundo después de hablar con el comandante general de las fuerzas armadas, en el encuentro que tuvimos previamente, y de que él me dijera que si tocábamos un arma nos volvíamos terroristas, lo primero que se me ocurrió fue pensar en que cuando realizara algún entrenamiento en Colombia, tendría que comprar armas de plástico. Fue obvio para mí en ese momento.

Ya había visto el almacén, muy cerca del hotel Country 85. Me acuerdo que fui a ese centro comercial, que era grande; entré a la juguetería y lo primero que pensé fue que todos los juguetes venían de Estados Unidos.

El arma se veía absolutamente real. Eso fue lo que me llevó a comprarla. Podías poner un arma real al lado y prácticamente no veías la diferencia. Ahora no hay juguetes tan reales porque todo es más barato, de menor calidad.

Eran combatientes excelentes. Lo que se explicaba en el entrenamiento era lo que iba a suceder en el terreno. No hay bobadas, instrucciones inútiles, como en Israel. Y muy obedientes, tanto que hubo situaciones muy chistosas. Recuerdo que durante un entrenamiento nos dimos cuenta de que si explicábamos y explicábamos, nos podíamos quedar hasta el otro día. Lo que servía era dar ejemplos, mostrarles. Uno de los entrenadores salió a mostrar cómo era el ejercicio, se tropezó con una piedra y se cayó al barro. Todos los que salieron después a hacer el ejercicio, hicieron las cosas de tal manera que se tropezaban con la misma piedra y se caían al barro. No importó cuántas veces dijimos que eso no era parte del ejercicio, que era un error del entrenador, pero no ayudó. Ellos siempre se tiraban al barro.

Llega el momento de preguntarle por sus alumnos. Ya varios (entre ellos Carlos Castaño¹⁰) han reconocido haber estado en el curso. Su respuesta me sorprende y él nota mi incredulidad.

No recuerdo a ninguno de los entrenados. La verdad es que como yo no hablaba español, no tenía relación con ellos.

De nuevo al Goógle. Busco una foto de Carlos Castaño, El Pelao (The Kid, le traduzco). Cuando se la muestro, no parece reconocerlo.

Ha pasado demasiado tiempo, usted dice que lo llamaban El Pelao. Le juro que no recuerdo ni siquiera ese apodo. Todos eran jóvenes y aquí, en estas fotos, veo a gente bien adulta.

Me aclara: Yo estuve en los entrenamientos, entrené a los instructores y me encargué de la logística de los cursos. No individualicé a ninguno de ellos, en ningún momento fue necesario. Si los entrenadores hablaban perfecto español, ¿qué tenía que hablar yo con ellos?

Todo el entrenamiento incluía lecciones de preparación para enfrentamientos de los alumnos contra combatientes de la guerrilla, y nunca de combatientes para matar a civiles, que fue lo que, desafortunadamente, al final hicieron. Nosotros supervisamos el entrenamiento para que los civiles se tomaran la ley en sus manos, así estaba convenido. El entrenamiento iban a tomarlo los campesinos, los civiles, porque el Estado no hacía su trabajo.

En este primer curso, yo mismo vi cómo el Ejército, los soldados con los que nuestros alumnos jugaban fútbol durante los fines de semana, traían las armas y las municiones. Que incluían granadas. Todo ese material de guerra era facilitado por el Ejército de Colombia, para que los alumnos pudieran entrenar con armas y municiones de verdad.

Esa fue la idea por la que me llevaron: estás frente a los cuerpos estatales, ellos saben lo que estás haciendo allí y no te dicen que estás cometiendo una falta. Todos sabían que yo estaba allí, incluido el DAS.

No soy ingenuo, pero estoy convencido hasta el día de hoy de que en esa época, en ese período, eran idealistas. Pienso que hasta cuando los trajeron al curso, esas personas eran puras, pero después del curso, después de haber adquirido esa fuerza, se dejaron comprar para ser terroristas, creo que se corrompieron. Puede ser que ya hubiera grupos ilegales (que no conocí) que quisieran

apoyarlos o dominarlos, aprovechando que los campesinos no tenían dinero. Los finqueros de pronto tenían otros intereses (que desconocía), pero ante el hecho de que cada uno nos mostró las vacas que iba a vender para poder financiar el plan, me queda muy difícil creer que era un *show*. Si fuera mi país, eso no hubiera ocurrido nunca, un *show*. En mi país, si supieran que estoy actuando contra la ley, me arrestarían.

Lo cierto es que eso pasó con la aprobación de las autoridades colombianas. Y después de diez años, llegaron a la conclusión de que yo había hecho algo malo. Y si nadie me detuvo durante diez años, es que la situación allá cambió.

Te voy a dar un ejemplo para demostrarte que yo siempre he sabido cuáles son mis límites: yo entrené a los Carabinieri¹¹ en Italia, que son los policías especiales, considerados los mejores; pedí permiso al Ministerio del Interior de mi país y a la Policía de Israel. El Ministerio de Defensa me dijo: «No es nuestro problema, estás trabajando con civiles». Entrené a los italianos en Israel, y aunque sabían que era una institución italiana, ninguna autoridad de mi país dijo nada. Lo único fue: «Habla con la Policía».

Y la razón era que, como el entrenamiento era aquí en Israel, era un problema de la Policía, no del Ejército. Fui a la Policía israelí, pedí autorización y recibí una respuesta del comandante de la base de operaciones: «Tienes licencia de entrenador y es válida; el permiso para entrenar en campos de tiro está vigente; lo único que te pedimos es que nos des una lista con los nombres de quienes van a entrenar contigo para investigar que no tengan ninguna relación con mafia, drogas, etcétera».

Yo le había pedido a cada uno de los alumnos un certificado médico y uno judicial y se los pasé a la Policía. La Policía de Israel me contestó entonces: «No hay problema, puedes entrenarlos».

Empezó el entrenamiento y al tercer día llega Ygal Shapira, mi abogado, y me dice:

—Suspende de inmediato el entrenamiento; el Ministerio de Relaciones Exteriores dice que estás entrenando a la mafia italiana.

—Un momento, Ygal. Yo tengo permiso de la Policía.

—No me interesa la Policía, te estoy diciendo lo que dice el Ministerio de Relaciones Exteriores. Lleva a tres personas del curso a donde el agregado militar italiano que te está esperando en la Embajada de Italia en Herzliya Pituach¹². Él quiere ver ya a cualquiera de estas personas.

De inmediato suspendí el curso y mi traductor italiano les contó a los estudiantes lo que estaba sucediendo.

Fuimos las tres personas, el traductor y yo, a donde el agregado militar italiano. Cuando llegamos a la Embajada, el italiano estaba esperándonos a la entrada. Recuerdo que estaba vestido de forma muy elegante y llevaba puestas muchas condecoraciones y medallas. Hizo el saludo militar; se dieron la mano. Habíamos escogido, entre ellos, a dos que servían para demostrar la transparencia de nuestra actividad: uno era el hijo del comandante de las fuerzas armadas (de los paracaidistas) de Italia. Como el agregado lo reconoció de inmediato, lo saludó militarmente. El segundo era también comandante de los paracaidistas, hijo del ministro de Agricultura y también pertenecía a los Carabinieri. Los tres italianos entraron con él a la sede de la Embajada y media hora después salieron riéndose, con una carta en la que nos autorizaban a seguir con el entrenamiento.

Es un ejemplo de que si se piensa que algo malo se está haciendo, en Israel me detienen de inmediato. Yo tenía licencia y pude continuar con ese entrenamiento. A pesar de ser gente del Ejército, vino de manera independiente, cada uno pagó por la preparación. O sea que era un curso privado, como lo fue el de Puerto Boyacá.

Lo interesante fue que tres días después de regresar a Italia, mis estudiantes del curso en Israel atacaron a la mafia italiana en Sicilia y esos tres alumnos míos —los que fueron conmigo a la Embajada de Italia— fueron los primeros en subir al avión que los llevaría a ese ataque.

Teniendo toda la instrucción que reciben normalmente en Italia, te preguntarás por qué llegaron a Israel... Porque habían oído hablar de Yair Klein.

En una reunión que tuvimos, luego del éxito de la acción en Sicilia, se paró el hijo de un comandante y dijo: «Ahora entiendo

lo que antes no entendíamos», y se comprometieron a venir a otra instrucción.

Eso demuestra el profesionalismo de los italianos, pero también que así es la situación en un país que no tiene problemas como los que hay en Colombia.

Durante este primer curso, Klein cometería el error más grave de su vida: grabar un video. Lo que para él era simplemente aprovechar la oportunidad de tener a los estudiantes y a los entrenadores en acción, para hacer una grabación que le permitiría elaborar un video propagandístico sobre su compañía Punta de Lanza, años más tarde, sería la «prueba reina» de los investigadores judiciales, para su condena a más de diez años de prisión. Pero en ese momento, Klein estaba lejos de imaginar que con ese rodaje, él mismo le daría un golpe mortal a su vida.

Tenía la intención, y así lo pensé, de establecer la compañía de seguridad más grande del mundo. Ya estaba en negociaciones con Guatemala. En Honduras podía, pero no quería trabajar (después contaré qué fue lo que me pasó en ese país; esa es otra aventura). De hecho, también había hablado con autoridades de Bolivia, para hacer un curso similar allá. Sentía que estaba listo para avanzar; también pensaba que podría recibir más trabajos en Colombia. Y quise hacer este video como un comercial, como publicidad para mi compañía. Lo que nunca imaginé fue que algo hecho por mí —este filme— lo cogieran y lo usaran en mi contra.

Todo se desarrolló durante el primer entrenamiento. Ellos trajeron a un joven camarógrafo (todavía recuerdo su sobrenombre: Arepa —yo le decía «Telearepa»). Fui yo quien pidió que trajeran uno. Él era ciudadano, y fue quien filmó la película. Te cuento que el video promocional estaba listo para mostrarse, incluso estaba editado porque ya tenía el trabajo organizado para el futuro. Nosotros lo repartimos a cada uno de los participantes en los entrenamientos... Fueron decenas de copias, centenares. Con solo las de los participantes, eran treinta. Los finqueros eran como quince en Puerto Boyacá; cada persona que se sentía especial quería una copia. El Negro Vladimir, que sale allí, ese asqueroso también

recibió la copia. Hoy no tengo el original, pero ya no me importa. Todos saben que yo hice la película.

Sé que después el periodista Daniel Coronell y otros periodistas fueron citados para dar una declaración en el proceso y dijeron que no tuvieron que ver con la realización del video y que a su redacción (del Noticiero Nacional) llegó un sobre con el casete. Eso es correcto, él no tuvo nada que ver. Cualquiera pudo habérselo mandado, porque había muchas copias en circulación. Además, mostraron la película por primera vez en CNN. Tú me ves en ella comandando. Si hubiera pensado que era ilegal, no la hubiera filmado ni entregado a tanta gente. La clave de esta historia es que yo no sabía que estuviera trabajando con gente que no fuera del gobierno. Si hubiera tenido una sombra de duda, no habría hecho la película. Esta es la mejor muestra de que no tenía intención alguna de hacer algo incorrecto. De mí se puede decir cualquier cosa, menos que soy un idiota.

Uno adquiere experiencias en la vida y luego las lleva a otro país, para transmitir las. Como yo sé que Israel es un país organizado que no permite realizar prácticas ilegales, cuando llegué a Colombia pensé que era lo mismo. No me hubiera podido imaginar que había semejante despelote.

Hoy lo digo con total convicción: aunque resolviera mis problemas jurídicos, sin importar cuán legal pudiera ser lo que se me ofreciera en Colombia, yo —incluso con mi espíritu aventurero— a Colombia no vuelvo. Luego de más de veinte años de lo sucedido conmigo, todavía Colombia no es un país organizado, y ahora entiendo que por más claro que parezca el panorama, uno en realidad no llega a saber para quién es que está trabajando.

Al culminar las tres semanas, teníamos programado el «examen final», que no era otra cosa que un simulacro en el cual los aventajados estudiantes tendrían que poner en práctica los conocimientos adquiridos. El último simulacro también servía para presentar los resultados del entrenamiento a los finqueros, para que entendieran en qué estaban metiendo su dinero.

Entrenadores y entrenados sentían que la misión estaba cumplida. Al menos eso pensaban los israelíes, que desconocían que días

después llegarían otros instructores —esta vez ingleses— a enseñarles otro tipo de prácticas, como la utilización de explosivos para la fabricación de bombas.

Como los colombianos sentían que ya estaban listos para trabajar en el mundo real, le propusieron a Klein y a sus tres profesores hacer un ataque, pero de verdad, a un campamento de las FARC. Así lo recuerda claramente Klein.

Ellos fueron los de la idea, llegaron a la conclusión de que debíamos hacer un verdadero operativo como parte del ejercicio final. Cuando me senté a hablarles, me plantearon una idea que tenían: tomarse un campamento guerrillero. No estaba lejos de allí. Alguien soltó esa idea y yo dije que no tenía ningún inconveniente sobre dónde y cómo hacer el ejercicio. Y si a la vez que hacíamos el ejercicio final, podíamos lastimar a la guerrilla comunista, a las FARC, ¿por qué no? Me pareció una buena idea. Total, ese era el objetivo, era la razón por la que me habían llevado.

Yo no fui ni a trabajar con el cartel de las drogas ni en su contra. Si hubiera ido a trabajar con el cartel, tampoco hubiera hecho un ejercicio final en su contra. Pero como yo fui a trabajar contra la guerrilla, estuve dispuesto a que los muchachos hicieran el operativo de verdad.

Luis Meneses dijo en esa reunión que tenía que ir a verificar si sí se podría hacer, es decir, si nos darían autorización, y al regresar dijo que no, que «ellos» habían dicho que no, pero no explicó quiénes eran «ellos». Creo que la consulta fue hecha a la CIA, porque él todo el tiempo me había ofrecido reunirme con la CIA. No sé si fue la agencia la que desaprobó, pero así lo creo.

Los muchachos aprendieron muy bien las lecciones, según Klein, debido a su obediencia. Y pronto tendrían ocasión de demostrarlo.

Durante el curso, se les enseñó una técnica que es la de correr gritando, porque al hacerlo, se logran dos cosas: primero, sacas del cuerpo todo el impacto de ser atacado; y segundo, cuando gritas, de inmediato empiezas a disparar. Es instintivo.

Pocos días después de terminar el primer entrenamiento, pudieron comprobar que vencían el miedo al ser atacados y que,

además, gritar y disparar confunde al enemigo. Fue lo que los ayudó cuando estaban haciendo un patrullaje y la guerrilla los emboscó. Sabían que simplemente tenían que correr hacia adelante, gritar y matarlos. Los guerrilleros no entendieron lo que estaba pasando, ni siquiera dispararon. Estaban sorprendidos. Los de la emboscada no se lo esperaban. La guerrilla planeaba, como siempre lo había hecho, «matar patos», y de repente les estaban gritando y disparando; no solo se defendieron sino que supieron cómo atacar a sus agresores. Mataron a todos los guerrilleros, que entraron en *shock* y no hicieron nada. Aunque fueron los guerrilleros quienes planearon el ataque, murieron todos y mis estudiantes ni siquiera resultaron heridos.

Además, en esa emboscada se llevaron la plata del tesorero de la guerrilla (muerto en el enfrentamiento) y ese dinero lo usaron para el segundo entrenamiento. Pero eso fue después de mi partida porque yo regresé a Israel con las manos vacías. Como pasó bastante tiempo para recibir el dinero por el primer curso, no quería volver a entrenar al segundo. ¿Por qué se demoraron? Porque según me explicaron desde el principio, para pagarme, cada ganadero debía vender una cantidad específica de vacas, y hasta que no las pudieron vender, no me pagaron. Para mí ya es casi un chiste cuando dicen que yo me dediqué a entrenar al cartel de la droga... ¿Y entonces por qué tuve que esperar a que vendieran las vacas para pagarme?

La segunda vez no quería regresar a Colombia; mandaron a Shoshani para que me convenciera, mandaron a Luis Meneses hasta Israel... y yo siempre respondía: «Yo a Colombia no vuelvo».

Notas

¹ Luis Antonio Meneses Báez, teniente destacado del Ejército Nacional. En su última etapa como miembro del Ejército, comenzaron los rumores y las investigaciones contra él por su relación con el paramilitarismo. Ya retirado, tomó el alias de Ariel Otero y terminó convertido en el segundo al mando de la organización criminal liderada por Henry Pérez en el Magdalena Medio. Asumió la comandancia del grupo luego del

homicidio de Pérez, en 1991. Fue asesinado en enero de 1992, tras las disputas al interior del movimiento y estar trabajando con el Cartel de Cali.

² ACDEGAM, Asociación Campesina de Ganaderos y Agricultores del Magdalena Medio. Según un informe del DAS, citado por la revista *Semana* (<http://www.semana.com/especiales/prontuario/50197-3.aspx>), «De acuerdo con la información del DAS la directiva de ACDEGAM está integrada por los siguientes capos de esa organización: Henry Pérez, Gonzalo de Jesús Pérez y Luis Rubio, alcalde popular de Puerto Boyacá».

³ Klein se refiere al comandante del Batallón Bárbula, coronel Luis Arsenio Bohórquez Montoya, quien estuvo a cargo de esa sede militar entre diciembre de 1987 y junio de 1989. Una investigación adelantada por el DAS, citada por *Colombia: Nunca más* en su investigación «Puerto Boyacá» (<http://www.derechos.org/nizkor/colombia/libros/nm/z14I/cap1.html>), señala que «él había permitido el uso del batallón como centro de comunicación y entrenamiento para grupos paramilitares de la región (...) el coronel Bohórquez y los 1.300 soldados a sus órdenes habían acompañado a las patrullas paramilitares y dado refugio a cabecillas paramilitares, cuando llegaban investigadores civiles a la región». Ante el escándalo público que suscitó la presencia de Yair Klein y los instructores australianos e ingleses, fue llamado a calificar servicios el 6 de junio de 1989.

⁴ Miguel Maza Márquez, general retirado de la Policía Nacional. Fue director del Departamento Administrativo de Seguridad —DAS— entre 1985 y 1991.

⁵ Juan Beetar Dow, empresario de las esmeraldas, a quien le adjudicaron en 1973, junto con Benito Méndez Silva, la concesión de la explotación de las minas de Coscuez, a través de una empresa de propiedad de ambos, ESMERACOL, durante el gobierno del presidente Misael Pastrana Borrero. De los pocos zares de las esmeraldas que había logrado sobrevivir a las diferentes fases de la guerra que asoló la zona esmeraldífera de Boyacá, fue asesinado por sus propios subalternos.

⁶ SIBAT, agencia del Ministerio de Defensa de Israel encargada de las exportaciones para la defensa y la cooperación internacional en el mismo campo.

⁷ Ygal Shapira, reconocido abogado israelí. Perteneció al servicio secreto israelí, el MOSSAD. Representó a Klein, en Israel, en los procesos de Colombia y Sierra Leona.

⁸ Aunque Klein identifica como un solo gran terreno el escenario de los hechos, según investigaciones judiciales, en realidad se trataba de seis fincas de la región. También se asegura que fueron convocados, para cada curso «entre cincuenta y ochenta hombres... En el primer curso los cincuenta participantes estaban repartidos así: veinte del Magdalena Medio escogidos por Henry de Jesús Pérez Durán, veinte de Pacho (Cundinamarca) escogidos por Gonzalo Rodríguez Gacha, cinco de los Llanos propuestos por Víctor Carranza y cinco de Medellín enviados por Pablo Escobar y Fabio Ochoa» (tomado de <http://www.derechos.org/nizkor/colombia/libros/nm/z141/cap1.html>).

⁹ Ladino, idioma judeoespañol hablado desde el Medioevo por los habitantes judíos de la Península Ibérica, que se extendió a otros países mediterráneos como Turquía y Grecia. Actualmente presenta una mezcla en la que el español antiguo (de la era cervantina) es la base, pero tiene terminología proveniente del hebreo, el turco y el griego.

¹⁰ Años después se sabría que en este primer curso participaron jóvenes que luego engrosarían –según un informe confidencial del DAS– las filas del sicariato, como asesinos a sueldo de Gonzalo Rodríguez Gacha –*El Mexicano*–, Pablo Escobar, Fabio Ochoa Vásquez y Víctor Carranza. Pero más impacto causaría saber que Carlos Castaño Gil (quien después de convertiría en el líder de las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC) fue uno de los alumnos aventajados del curso dictado por los instructores de Klein. También se menciona a su hermano Fidel, al ex guerrillero Vladimir, Ponzón y Henry, quienes después estarían involucrados en asesinatos colectivos.

¹¹ Uno de los cuatro cuerpos de seguridad de Italia; equivale a la Policía Militar.

¹² Herzliya Pituach, exclusiva zona cercana a Tel Aviv, donde está ubicada la mayoría de las embajadas de gobiernos extranjeros en Israel.

Capítulo VI: Beer Sheva

El paisaje se volvía más y más desértico a medida que el tren avanzaba hacia el sur. Era como cambiar de mundo, dejando atrás los altos edificios y el mar azul de Haifa para ser recibida por el desierto infinito de Beer Sheva¹.

Y así era exactamente como se sentía ese viaje... como un regreso a lo básico, a lo original. Estaba dejando atrás las historias bien elaboradas por políticos y jueces, para buscar la verdad en la fuente, de manera directa.

Durante las dos horas y media de viaje en tren, trataba de imaginar lo que iba a encontrar al llegar a mi destino. Tenía mil ideas de cómo podría ser este hombre de quien había escuchado mucho, pero que nunca había conocido.

Tal vez sería un hombre fuerte y serio que no tendría interés alguno en colaborar con su historia y preferiría seguir con su vida tranquilamente. O algún charlatán, feliz con la oportunidad de llamar la atención y contar una historia poco confiable. Todas estas ideas me pasaron por la cabeza, pero en realidad no sabía qué pensar.

Después de medio trayecto, las deseché todas. Antes de encontrarme con Yair Klein me había imaginado a un monstruo, y ese temido supuesto asesino, al final nos pareció un hombre honesto y, bajo su aparente seriedad, hasta desvalido. Un hombre que te llama en las festividades para desearte un buen día y preguntarte dónde y con quién vas a celebrar. Un ser humano que llora, siente arrepentimiento, y que no se enorgullece por su pasado en Colombia.

¿Quién era yo para juzgar a este nuevo personaje?

Al llegar a mi destino lo llamé por celular:

—Ya estoy aquí.

—Dame un minuto y te veo en la entrada de la estación.

Me paré justo ahí y comencé a observar alrededor. ¿Cómo lo iba a reconocer? ¿Todavía tendría ese porte de militar que lo caracterizaba en las fotos que había visto donde Yair?

Miré a la derecha y me encontré con un hombre que caminaba hacia mí, sonreía y me saludaba con la mano. Amatzia Shuali resultó ser de mediana estatura, con vestimenta muy informal (algo común en este país) e intensos ojos azules que reflejaban amabilidad y alegría. Me saludó calurosamente y se puso a mi absoluta disposición.

—Carolina, ¿dónde prefieres hacer la entrevista? ¿Ya comiste algo?

—Gracias, sentémonos en un lugar tranquilo a tomarnos algo y así podremos charlar —le respondí ya mucho más serena.

Enseguida nos decidimos por una pizzería al aire libre, donde podríamos hablar mientras nos tomábamos un café y disfrutábamos del fresco viento de la ciudad.

No nos detuvimos mucho en formalidades. Fuimos directo al grano, a la historia.

Sin más, me dijo: «Para mí, Colombia fue una experiencia increíble, nunca lo vi como algo malo, hasta que explotó todo el asunto. De hecho, todavía me cuesta ver como algo negativo todo lo que pasó en Colombia».

Aunque no figura en los expedientes, no ha tenido inconveniente en hablarnos del tema. De hecho, medios israelíes lo entrevistaron hace ya más de una década, cuando se destapó el asunto. Él lo recuerda con absoluta nitidez:

«El abogado de Yair Klein vino y me dijo: “Tú habla con los periodistas porque ellos van a creer todo lo que digas”. ¿Por qué me creen? Porque yo cuento exactamente lo que vi, no me interesa nada además de eso; como no averigüé más allá de lo que viví, no tenía nada que ocultar. Cuando un hombre no tiene qué ocultar, entonces dice la verdad».

Amatzia Shuali fue uno de los elegidos por Klein, cuando diseñó el programa de entrenamientos en el Magdalena Medio. Ser uno de los oficiales retirados de la élite del Ejército israelí y poder

comprender el idioma español —la verdad, de manera tan precaria que incluso me significó hablar en hebreo durante varias horas con él— fueron factores clave para integrar el equipo de instructores.

* * *

Conocí a Yair Klein hace mucho tiempo. De hecho, me acuerdo muy bien cómo fue. Lo conocí cuando trabajaba en el SHABAK —equivalente al DAS, acá en Israel— en instrucción de disparos, y empezaron los entrenamientos de batallones pertenecientes a las mejores unidades del Ejército de Israel. Parte de ese curso era de prácticas en disparo y yo les di ese entrenamiento. Así, entré en contacto con su batallón. Entrené a su batallón en disparo. Y así fue como nos conocimos y nos encontrábamos de vez en cuando. Después de eso, él se mudó a Tzemach, en el límite del río Jordán [lugar donde Klein creó su negocio en el cruce de caminos]. Fuimos a visitarlo y ahí comenzó con todo el tema de Mifgash HaBika. Como yo ya no estaba en el SHABAK, sino en la Unidad para la Lucha Contra el Terror, nos frecuentamos en un periodo de diez a doce años. Recuerdo que estaba por esa zona, entonces me reunía mucho con los amigos de la región. Así que de vez en cuando bajaba por la zona donde estaba Yair. En esa época comencé con la formación de la Unidad para la Lucha Contra el Terror y tenía libertad de hacer lo que quisiera e ir a donde quisiera. Cuando me preguntaron en el SHABAK por qué me quería pasar a la Unidad para la Lucha Contra el Terror, yo respondí: «¿No es obvio? Me dan un campero y me dejan hacer lo que quiera». A mí me gusta pasear y podía hacerlo por todo el país libremente.

Yair comenzó a levantar su negocio y yo bajaba a ayudarlo en los fines de semana. Fue mucho trabajo porque él no sabía vender: sacaba a las personas que pedían cosas que él no tenía en ese momento. Yo le decía: «Yair, no es así. Tú tienes que decirle a la gente: “Justo en este momento se me terminó, pero tengo algo más”,

por ejemplo. Ellos vienen a comer, no a pelear». Tú lo conoces como habla... Él les decía «¡No hay!» y las personas salían corriendo despavoridas [*risas*].

Siempre estuvimos en contacto, unas veces más, otras menos. Él conoció mi lado profesional. Como trabajé con el SHABAK cinco años de entrenador y fundé la Unidad para la Lucha Contra el Terror, él tenía claro que si se iba a ir con su empresa Punta de Lanza por el camino del adiestramiento en disparo y en lucha contra el terrorismo, me tenía que llevar. No tenía duda con respecto a eso. Pero antes de ir a Colombia había estado en Italia con mi esposa. Ella había trabajado con Yair Klein en su negocio del Jordán. Para mí, en Italia fueron como unas vacaciones, un lugar muy agradable.

Fue cuando Amatzia Shuali aprendió italiano. Luego se involucró con entrenamientos en defensa, varios de ellos fuera de Israel. Un par de veces trabajé en Guatemala, pero no con Yair Klein. Después comenzó toda la relación con Colombia. En esa época yo estaba en la Policía de Fronteras (Mishmar HaKbul) y fue cuando empezó el primer trabajo en Colombia.

En esos días me reuní con un muchacho que vino de Colombia, uno muy simpático. Yo no sabía lo que pasaba allí con la mafia y las drogas. Sabía que había drogas en Colombia, por supuesto, pero no lo que sé hoy: que no hay lugar en Colombia que no haya sido tocado o sea tocado por las drogas. Yo siempre he dicho que eso es culpa de los estadounidenses que son la demanda. Porque si no hay quien compre, no hay venta.

El joven al que se refiere Amatzia Shuali era Luis Meneses, oficial de la Policía de Colombia que luego se convertiría en el jefe paramilitar Ariel Otero. Shuali se sintió muy tentado a aceptar la propuesta, por la seguridad que le inspiraba Klein.

Durante todo el camino hacia allá, tampoco tenía mucha idea de qué era lo que íbamos a hacer, o si era legal o ilegal. Para mí era claro que todo estaba bien porque yo trabajaba en la Policía de Fronteras y no me habrían dado permiso de viajar si fuera algo ilegal. Mi comandante en la Policía de Fronteras me dijo que no

sería problema tomarme unas vacaciones para ir a hacer eso. Aunque no tuve permisos escritos, les dije lo que iba a hacer y me autorizaron salir. Si me hubiera ido así como así y desaparecido, habría tenido problemas para regresar al trabajo. La verdad, no sabía nada de Colombia, absolutamente nada. Y fuera de lo que leí en libros —porque me gusta mucho leer—, nada. Leí las obras de García Márquez, que me ubicaron en el terreno. Cuando llegué a Colombia entendí sobre qué escribía. Nada cambiaba —en especial en la zona rural—, las cosas no cambiaron. Eran exactamente iguales a como él las describió.

¿Porque aceptó ir a Colombia?

No tenía problema con ir. Mi carrera es hacer entrenamientos, no hago nada más. Yo amo entrenar y cada vez que tengo la oportunidad, lo hago. Y tengo mi modo de hacerlo. Algo que a mí me gusta hacer es «levantar» cosas, comenzar proyectos de cero, incluso hoy en día. Ya no soy joven, tengo 67 años, pero siempre me gusta tener algo que hacer, algo interesante.

Recuerdo que nos reunimos con un muchacho de apellido Shoshani², que en esa época vivía en Colombia. Sé que tenía algún tipo de relación con la «élite» y nos preparó con respecto a Colombia y nuestra relación con los colombianos. La verdad es que utilicé mucho sus consejos. Por ejemplo, él nos dijo: «Nunca le digas a un colombiano que lo está haciendo mal» (justo como le dije a Yair en su restaurante). «No le digas que está mal; dile que es excelente para otra cosa, pero que vas a enseñarle la manera como tiene que hacerlo».

Esto lo usé la vez que nos mostraron el lugar donde querían hacer el entrenamiento. Les dije: «Es excelente para otro tipo de curso, pero para la instrucción de principiantes en armas necesitamos un terreno abierto donde la gente se pueda tumbar en el piso y aprender a apuntar».

Otra cosa que nos dijo Shoshani fue: «Nunca hablen mal de los demás», para no generar desconfianza. Si yo voy a donde alguien y le digo que el otro no sabe nada y que hace todo mal, él va a ponerse a pensar: «Un momento; cuando él nos deje, también

va a hablar así de mí». Lo que hay que hacer es decir en qué uno es bueno, qué es lo que sabe hacer, y que los demás se hagan su idea.

Llegamos al principio a un pueblito de camino a Puerto Boyacá. Era como un lugar de adaptación para nosotros. Dormimos ahí tres noches. Yair necesita ponerse a cocinar todo el tiempo y recuerdo que hizo una sopa en la que se acabó casi medio tarro de páprika picante. Esa sopa le sacó a la gente humo por las orejas. Hicimos algunos paseos por la zona. No recuerdo el nombre del pueblo³ pero sí que el clima era excelente, no muy húmedo. Nos quedamos en un hotel pequeño y muy agradable con cuartos grandes. Paseamos por el centro del pueblo. Había un pequeño café donde tomábamos jugo de guanábana.

Y de ahí ya bajamos a Puerto Boyacá. Llegamos a un hotel, el lugar más lujoso de Puerto Boyacá. Allí se quedaban los trabajadores que venían de afuera. Salimos a buscar dónde comer y recuerdo que había un restaurante que se llamaba Pollo Campero, el lugar favorito de Yair y Tzedaka. Lo cierto es que era muy bueno, pero el pollo era caro. Pero era muy sabroso. Y en la noche nos llevaron a un bar muy barato, y no me refiero solo a los tragos sino también al tipo de gente que había. Recuerdo que Tzedaka se comenzó a quejar de piojos ocho días después. También recuerdo que los niños salían a las cinco de la mañana gritando «¡buñuelos!».

La verdad es que el ambiente era excelente, la gente era muy simpática. En las noches salía con Teddy⁴ –Teddy era el que sabía perfecto español, el de Chile– a jugar basquetbol. Íbamos a la cancha y con toda la gente de alrededor, hombres y mujeres, jugábamos basquetbol. Era un ambiente increíble, sin recelo, sin nada. Al final les gastábamos a todos Coca-Cola.

En la calle, las personas se sentaban a jugar ajedrez, ese ajedrez rápido, como lo llaman. El ambiente era tan bueno que hasta podíamos dejar todo entre el carro. Lo que oigo ahora es que hubo un *boom* y todo cambió, pero en esa época no había sensación de miedo. ¡Nada! Era muy tranquilo, muy agradable.

Estuvimos allá unos cuatro o cinco días y después comenzó el entrenamiento. En el primero de ellos viajábamos todos los días

muy temprano hasta el terreno. El camino desde allí era como de hora y media. Cuando nos levantábamos, muy temprano, el mercado ya estaba abierto; lo abrían a las 4:30 de la mañana. En el camino veíamos águilas y había un lugar llamado precisamente Punto de Aguilar, una especie de mirador desde donde recordaba pasajes de los libros de García Márquez. Era un sitio de referencia que todo el mundo conocía en la carretera.

De camino a los ejercicios, yo conducía. Una vez Tzedaka quiso manejar por un tema de hacerse el macho, pero al «macho» se le olvidaron las gafas, y el hecho de que él no viera bien en la noche me asustaba mucho. «Tzedaka, no te preocupes, yo manejo. Tú no ves bien», le dije. El camino era hermoso. Con fincas, cocodrilos, serpientes. Simplemente hermoso.

En las mañanas veíamos lo que llamaban «sol de ganadero», que hasta las diez es como rosado y amarillo. Viajábamos al lugar de los entrenamientos por un camino espectacular. En cada cruce del camino había como unos kioscos en los que no había electricidad pero sí aparatos de comunicación. Daba la impresión de que el área estaba controlada. Ahora dicen que era la mafia o algo así, pero a mí no me parece. Todas nuestras relaciones allá eran con ACDEGAM, la organización de ganaderos de la zona. Trabajaban de muy buena manera; nosotros nos sentábamos en las oficinas de ellos y podíamos ver que las cosas que pasaban ahí no eran como que nos llevaron para engañarnos sobre quiénes eran. Todo tenía que ver con temas de veterinarios y doctores que debían ir a ver las vacas, y llegaban personas a entregar pedidos que ponían en la bodega de abajo. Todo funcionaba por medio de esa oficina. Tú veías que todo funcionaba como tenía que funcionar, no intentaban ocultar nada. Nada, todo era de la manera más sencilla. Nunca percibimos que trataran de ocultar algo.

Según el relato de Yair Klein, el trato con el Ejército en la zona era cotidiano y permanente. Shuali coincide en esa apreciación.

Ellos venían y se paraban al lado nuestro en los entrenamientos. Y traían municiones. Yo sabía que eran ellos los que traían las municiones y las balas para nuestros ejercicios. O sea, el Ejército

estaba siempre en contacto. Llegaban mucho a los entrenamientos. Venían a ver cómo entrenábamos.

Otro tema muy simpático fue el de la creación del campo de tiro. Cuando nos llevaron al lugar donde querían hacerlo, les dije «no, no, no» y los llevé al otro lado: «Aquí es donde quiero el campo de tiro. Quiero acá 150 metros». Le comenté al sargento de ellos, que se llamaba Beto⁵: «Mañana todos a limpiar» [*lo dice en español*]. Volvimos a la mañana siguiente y los 150 metros estaban totalmente limpios. Me di cuenta de que había una motivación muy grande y tocaba aprovecharla. Entonces, le ordené: «Bien, mañana quiero un cobertizo del tamaño de todo este terreno y bancos en toda la parte interna del cobertizo». Al otro día había cobertizo. Le dije: «Beto, muy bien. Mañana cada cincuenta metros, quiero una fila de veinte columnas enterradas en la tierra. A cada columna le ponen un caucho». Les expliqué cómo preparar los objetivos: «Todo lo que hay que hacer es agarrar el palo del objetivo, enterrarlo para que quede parado en la tierra, agarrar el caucho y darle dos vueltas alrededor del palo y listo. En el Ejército no hacen esto, todavía tienen ideas tontas». Llegué al otro día y todo estaba hecho.

«Beto, una última cosa: mañana en los 150 metros cavas un canal y lo conectas al río, de manera que cuando llueva el agua escurra por ahí. Pones adentro superficies y una muralla de madera de medio metro de alto sobre el canal. En ese canal vamos a entrenar objetivos en movimiento».

Y así hicimos los entrenamientos. No se necesita electricidad ni electrónica. Así todo funciona bien y además es lo más barato que hay. Eso cuesta lo mismo que el almuerzo de diez soldados y no se necesita nada más. Les tomó dos días y quedó todo listo. Entonces comenzamos a entrenar.

Era increíble porque no había que regañar por nada, no había que preguntar por qué llegaron tarde. Eran muy obedientes, pero no era una obediencia por temor, sino por motivación. Por ejemplo, en los primeros días del entrenamiento decidimos hacer una pista de obstáculos. Salían de acá, le disparaban al blanco,

seguían corriendo y volvían a disparar. En un momento, me paré con Yair en un vallecito y él les dio una explicación de la táctica del ejercicio. Teddy iba traduciendo la instrucción. Y con todo y que Teddy les explicó en español, no entendieron nada. Podríamos haber hablado solo en hebreo y habría sido lo mismo. Pero con todo y eso, eran muy educados y siempre respondían: «Sí señor, sí señor». Pero no porque no fueran inteligentes; eran muy inteligentes. Lo que pasa es que no entendían nada de táctica.

Algo importante de este primer entrenamiento es que yo le dije a Yair: «Hay un programa por día. Hay un plan de entrenamiento. No nos movemos de ahí. No existe que porque llegaron un minuto tarde los ponemos a correr como castigo. No hay tiempo para eso. Para cada cosa hay tiempo». Lo mismo con el estado físico. Les tirábamos todo de un solo golpe. Todos los días andábamos; primero un kilómetro, después dos, después tres, así.

Un día Yair hizo una exposición como de veinte minutos y «sí señor, sí señor, sí señor». Termina la explicación y le decimos al primero que comience. Él mira a Yair y... ¿viste alguna vez a una vaca mirarte con compasión? Así. Le digo a Yair: «Yair, esta no es la manera». Agarro el arma y comienzo el ejercicio. Corro, me agacho, me arrastro, disparo y de repente me tropiezo con una piedra y caigo al barro. Desde allí disparo y doy en el blanco. Todos, los veinte que venían detrás de mí, se tiraron al barro sin percatarse de que yo había tropezado. La verdad, no importaba mucho, porque con esa humedad todo era barro.

Como todos los días se bañaban en el río, les organicé allá un puente para que dejaran secando la ropa, y la dejaban ahí secando y se ponían ropa nueva. ¡Todos los días!, en la mañana y en la tarde. Al lado del puente había una familia y todas las mañanas, los tres niños caminaban como tres kilómetros hasta el colegio. Todos muy limpios, las niñas con vestidos blancos muy lindos. Después le compré unos así a mi hija, y el niño también iba con camisa blanca. Cuando volvían del colegio, ¡qué mugre! Pero al otro día en la mañana, otra vez estaban todos limpiecitos y vestidos de blanco. La limpieza de esas heroínas era impresionante.

También había ahí otro puente que se había caído al parecer unos años antes, pero a ellos no les importaba. Dejábamos los carros de un lado, pasábamos el puente a pie y del otro lado nos estaban esperando otros carros ¡nuevos! ¿En dónde en Israel se dejan esos carros en un lugar donde no hay nadie? Yo les decía que no hay lugar donde no haya nadie y que si te quieren robar, van a ir cuando tú no te des cuenta. Pero ellos dejaban los carros abiertos, con la llave adentro y volvían después y todo estaba ahí, no faltaba nada. Era ilógico.

Nos dividimos en dos grupos. En uno estaban Yair y Teddy y en el otro Tzedaka y yo. Todo se enseñaba con demostraciones. Con ellos no había pérdida de tiempo ni pendejadas. Se instruía sin lloriqueos. Trabajamos en defensa contra uno, contra varios, contra carros. Pero todo con demostraciones que se conocen como PCA (Posibles Cursos de Acción), consistentes en simulaciones de casos críticos, para entender cómo resolverlos.

Yo ya había enseñado muchas veces a disparar y siempre me decían que era muy intenso. Los hacía tirarse al piso, arrastrarse. Nunca se quejaban. Eso era bueno porque en la vida real nadie puede decir que le cuesta o que hay piedras en el piso, nada. Obviamente empezábamos en terrenos suaves para que lo aprendieran bien, pero con ellos no había problema.

Primero era importante que aprendieran a hacerlo con la técnica correcta y después los empujábamos a más, les poníamos ejercicios más difíciles o les pedíamos que fueran más rápidos. Yo tenía que asegurarme de que esas treinta personas salieran disparando igual que yo.

Hubo muchas anécdotas. ¿Conoces la historia del vendedor de sombreros y los micos? *No la conozco y le pido que me la cuente.*

Hasta allá iba gente del pueblo. Un día fue un vendedor de sombreros que se acostó a hacer una siesta bajo un árbol. Dejó su bolsa de sombreros en el piso, se puso uno en la cabeza para que le tapara el sol y se durmió. Cuando despertó vio que dentro de su bolsa ya no había sombreros. Miró hacia arriba y vio que todos

los micos tenían puestos los sombreros. De la rabia, se quitó el sombrero que tenía en la cabeza y lo tiró al suelo. Y en ese mismo momento, todos los micos tiraron sus sombreros [risas]. Era exactamente lo que sucedía en los entrenamientos: yo hacía el ejercicio y les mostraba cómo tenía que ser, y ellos lo imitaban. Por eso no había problema con ellos. Todos hacían exactamente lo que debían hacer. A algunos les costaba un poco más y había que ayudarles, pero todo de buena gana y con buen ambiente. Si había que pararse en la línea, todos lo hacían; si había que hacer un ejercicio, lo hacían uno tras otro, de manera simple y con buena voluntad.

Llega la pregunta inevitable: nombres, lo que siempre quiere saber todo el mundo. Y la respuesta es, de nuevo, similar a la de Klein. El paso del tiempo, la dificultad con el idioma, la distancia que había entre ellos y sus discípulos, todo juega en contra de esa precisión. No es evasivo. Es un asunto de pedirle a un hombre mayor, que vivió esta experiencia hace más de veinte años, que devuelva la película y lo aclare todo.

No recuerdo mucho de nombres... Sé que uno se llamaba Baquero, era como negrito. Había también otro que era paramédico, que después nos contarón que tomaba mucho. Ya sabes, cuentos que pasaban de acá para allá pero que uno no puede saber. Ninguno de ellos hablaba hebreo. Tampoco había necesidad: yo les hablaba en español, Teddy también y Tzedaka les hablaba en ladino. Tzedaka siempre los dejaba confundidos, porque las palabras no siempre eran iguales en español y no entendían muy bien qué era lo que quería decirles. Lo otro es que él venía de una escuela de instrucción diferente: había trabajado en la Unidad para la Lucha Contra el Terror de los paracaidistas, algo totalmente distinto a lo mío.

Yo solo estuve en dos de los entrenamientos. En el tercero ya no. Igual, el tercer entrenamiento se canceló por un sabotaje que hubo o algo así. Pero yo estaba en Israel haciendo otro trabajo. El que estaba con Yair en el tercer entrenamiento era Teddy. No podían hacer nada sin Teddy porque era el traductor designado. Y también estaba Dror Eyal, no sé si de entrenador o no, pero era nuestro contacto con Israel en los primeros cursos.

El ejercicio final fue muy conmovedor porque estaban emocionados de mostrar lo que habían aprendido. Recuerdo que había varias personas viéndolo; también había gente del Ejército. No me fijé mucho quiénes estaban, pero había bastante gente.

Así terminan sus recuerdos sobre la primera aventura en Colombia. Se acercaba la pascua judía (Pesaj) y querían estar en casa. No imaginaban que muy pronto estarían de nuevo en un avión que haría la ruta Tel Aviv-Bogotá y que antes de la mitad del año 1988, se encontrarían con un nuevo grupo de «alumnos de antiterrorismo». Alumnos que pocos meses después se convertirían en auténticos protagonistas del terror.

Notas

¹ La ciudad de Beer Sheva (traduce del hebreo «Siete Pozos») es hoy una urbe moderna, pero tiene uno de los sitios arqueológicos más antiguos del mundo, que data del siglo IV antes de la era cristiana, Patrimonio Histórico de la Humanidad. Beer Sheva es mencionada varias veces en el libro más antiguo de la Biblia, el Génesis. La primera referencia aparece en Joshua 19. Los cálculos indican que fue fundada hace cerca de 3.200 años (fuente principal: rabino Rafael Cohen, congregación judía de Cali, Colombia).

² Isaac Shoshani Merayot, ex funcionario del gobierno israelí, contacto de Klein para llegar a Colombia.

³ Se refiere al hotel Las Palmas, ubicado en la población de Villeta, Cundinamarca.

⁴ Teddy Melnik, traductor de Klein y su equipo durante todos los viajes a Colombia.

⁵ Marcelino Panesso, alias *Beto*, acusado luego de participar en varios crímenes, uno de ellos el secuestro y posterior masacre de dieciséis comerciantes, en la vereda Campo Seco de Cimitarra, Santander.

Capítulo VII: Honduras

Yair Klein estuvo solo tres días en Honduras. A pesar del corto tiempo, vivió toda una aventura que lo hizo pensar que lo mejor era continuar con sus actividades en Colombia. Pero antes de empezar a contarnos sobre las aventuras en el país centroamericano, quiere aclarar algo que considera esencial para entender el resto de esta historia.

Yo no vendía armas, mi tarea era la de entrenar a combatientes. Si alguien necesitaba armas, lo ponía en contacto con la gente que las comercializaba, pero no me ocupaba de eso.

Después dijeron que yo había vendido las armas que llegaron a Antigua, pasaron a Panamá y de allí a Colombia, y que con una de esas armas mataron a Galán¹. Yo vi el cheque, los conecté con Pini Sachar² y fue él quien hizo el pedido a TAAS³.

Antes de iniciar el segundo curso en Colombia, llegamos —Shoshani y yo— a Bogotá. Dormimos una noche allí y al día siguiente viajamos a Honduras. El avión por lo general hacía escala en Tegucigalpa y luego seguía hacia San Pedro Sula. Nosotros teníamos que bajarnos en Tegucigalpa, pero Shoshani se quedó dormido. Le pregunté a la azafata dónde debíamos bajarnos y ella contestó, «aquí». Desperté a Shoshani, pero me dijo: «Qué va, la azafata puede bajarse aquí... nosotros nos bajamos en la segunda parada».

Resultó que teníamos que habernos bajado en la primera, donde la azafata había dicho. Salimos del aeropuerto y nos percatamos del error. Decidimos ir al centro a coger un bus a Tegucigalpa —eran cinco a seis horas de trayecto. Yo tenía hambre, había carne y como no tengo problemas digestivos, decidí comprar. Shoshani gritó:

—¡El bus se va, el bus se va!

—Si no te hubieras dormido, no estaríamos en este problema. Yo con hambre no me subo, tomemos el próximo, dentro de una hora.

Por esos días tenía tres temores y no me los permitía: el frío, el hambre y los árabes. Me senté a comer y el bus se fue. Una hora después, en el otro bus, observé a dos hombres adelante y uno atrás de nosotros. Como Shoshani y yo hablábamos en hebreo, se dieron cuenta de que éramos turistas. Le dije a Shoshani:

—Estamos en problemas.

—¿Qué piensas que podemos hacer?

—Mira, fuera de caca en los pantalones, no tenemos nada; pero tengo un cuchillo. Ahora, mira un *show*.

Saqué el cuchillo y empecé a jugar con él, me limpié las uñas, los dientes y lo guardé. Los tipos se quedaron mudos. Cuando le pregunté a Shoshani por lo que estaban hablando antes de mi *show*, me dijo:

—No tienes ni idea de lo que estaban tramando contra nosotros antes de que jugaras con el cuchillo.

—¿Y ahora qué están diciendo?

—Este gringo es peligroso.

El bus hizo una parada en el camino y volví a comer carne; luego seguimos y apareció un retén en el camino. Nos bajaron a todos y fue cuando vi, a un lado del camino, quince cadáveres. Eran del bus anterior que debíamos haber cogido, hubo una emboscada. Asombrados, Shoshani y yo comentamos lo que había pasado, en hebreo. Los tres tipos le preguntaron a Shoshani en inglés qué idioma hablábamos. Él les contestó en español:

—Hablamos hebreo. Somos de Israel y vamos a encontrarnos con el ministro de Defensa y el presidente.

Inmediatamente, los tipos se callaron, sacaron carnés de guardias de seguridad y luego nos dijeron:

—Menos mal no nos metimos con ustedes. Nos aseguraremos de que lleguen bien al hotel.

Obviamente, ellos querían atracarnos, los sueldos de este tipo de empleados son pésimos.

Los del bus anterior habían sido asesinados por la guerrilla. A eso iba a Honduras, no por los «contras». Fui a entrenar fuerzas de contraguerrilla de la Policía y al Ejército. Era algo oficial.

Llegamos al hotel; los tres tipos hicieron que el bus llegara hasta el hotel. Vi que la entrada estaba llena de sacos de arena, pregunté por qué y me dijeron que la guerrilla estaba por todas partes.

Una hora después arriba un grupo de soldados, pilotos estadounidenses que habían venido en cuatro aviones y traían equipo de combate para los «contras». ¡Y a los norteamericanos les tienen prohibido intervenir para tumbar gobiernos!

En la noche nos encontramos con Abe Harel, el israelí que nos había traído a Honduras; nuestro contacto nos llevó a un restaurante y luego a un club nocturno. Le pregunté cómo funcionaban las cosas con la guerrilla alrededor y me contestó que no me preocupara, que todo estaba muy bien.

En el club, me presentó a una mujer preciosa, exótica, y me anunció: «Esta es para ti, pero solo hasta las dos de la mañana. Es que es la esposa del comandante de las Fuerzas Armadas de Honduras». ¡Y yo tenía que encontrarme con él al otro día! Le dije que no era posible y él me respondió que entonces no podría encontrarme luego con el comandante.

Subimos a mi habitación en el hotel. Divina, impresionante, sexy, extraordinaria, ella no se fue a las dos sino a las cinco de la madrugada. Y al día siguiente estaba con el comandante. No entendía lo que estaba pasando. Colombia es un país organizado en comparación con Honduras.

Apenas entré a la oficina del comandante, lo primero que me dijo fue: «Necesito entrenar gente para dar un golpe de Estado. Yo seré el próximo presidente. Para eso te presté a mí esposa como parte de pago. De aquí sales a encontrarte con el comandante de la Unidad Antiterrorismo».

Yo no entendía un carajo, pero no pregunté nada. Los primeros cuestionamientos se los hice al comandante de dicha unidad:

—¿Qué es lo que quiere el comandante de las Fuerzas Armadas?

—El presidente es completamente impotente. Aunque tiene buenos guardas de seguridad, quieren formar un grupo mejor que el del presidente para combatir a la guerrilla.

Le digo a Shoshani:

—Mañana nos largamos de aquí y volamos en el primer avión como locos.

—Yair, nosotros no podemos irnos mañana.

—¿Por qué?

—Pues porque tenemos una entrevista con el presidente.

—Shoshani, de aquí no salimos vivos, siento que mi vida está en peligro. Dios me trajo aquí a comer pinchos de carne y no a subirnos al bus donde pudimos morir, ¿y ahora vamos a jugar con el destino?

—¿Sabes? Yo no juego con tus presentimientos.

—¿Regresamos a Colombia?

—No, vamos a coger el primer avión que se vaya de Honduras; salgamos de aquí.

Y como el primer avión salía para Miami, nos fuimos directamente para allá.

Con el contacto que nos llevó a Honduras, me encontré aquí en Israel hace unos cuatro años. Me recriminó por lo que habíamos hecho:

—Yair, por culpa de tu juego, perdí todo lo que tenía en Honduras.

—Pero ambos estamos vivos.

—No te imaginas cuánta razón tienes, qué peligro había allá.

Al final no hubo ningún golpe en Honduras. No pasó nada.

La misma sensación de peligro la tuve con mi novia, Mijal, varios años después. También nos salvamos de una emboscada en Liberia, África. Pero esa es otra historia. Esa percepción del peligro me salvó muchas veces más.

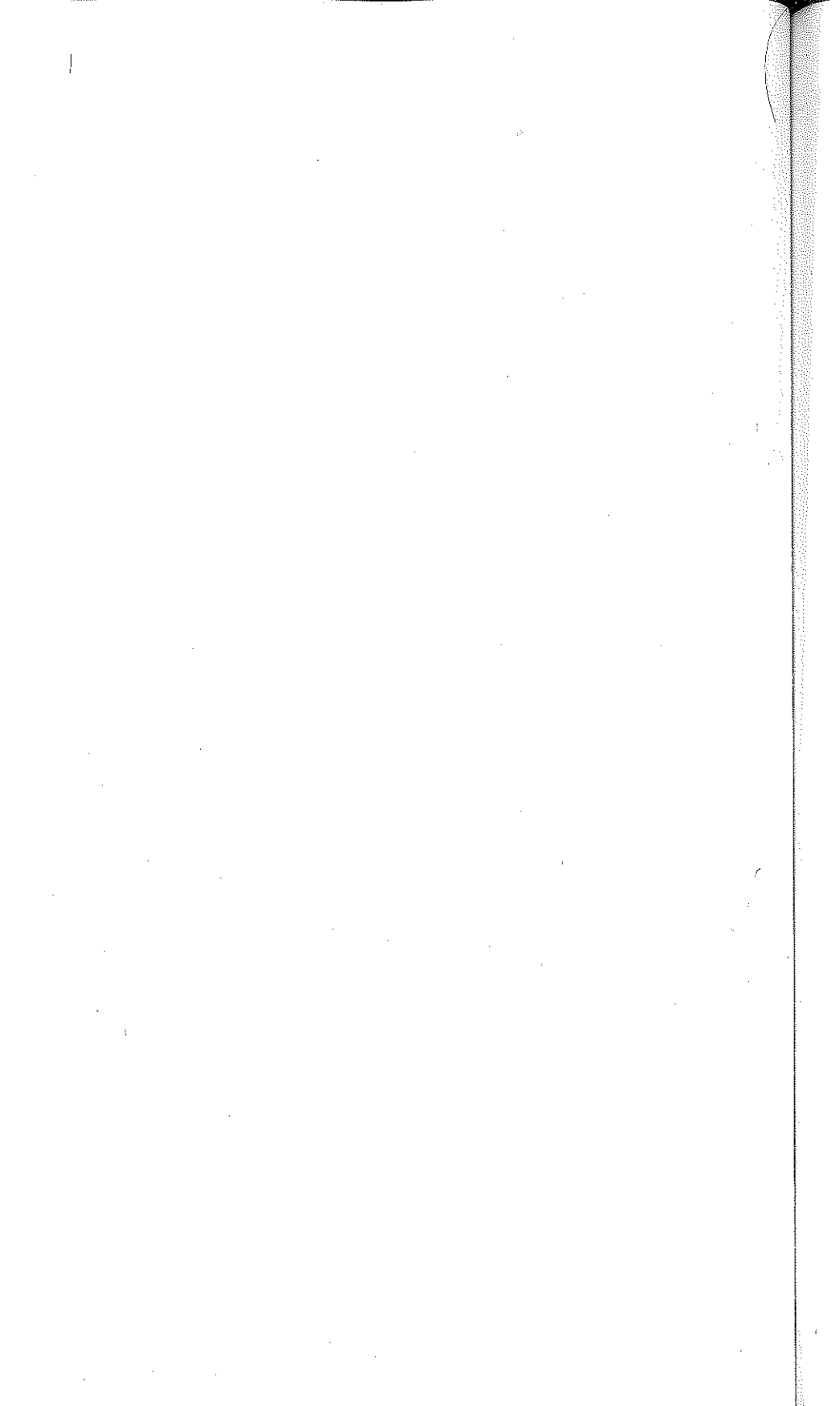
Después del episodio en Honduras, regresé a Bogotá y me fui directo a la zona de entrenamiento en el Magdalena Medio.

Notas

¹ Luis Carlos Galán Sarmiento, líder liberal y candidato presidencial asesinado en agosto de 1989, al llegar a una concentración pública en la plaza principal del municipio de Soacha, Cundinamarca.

² Pini Sachar, coronel del Ejército de Israel.

³ TAAS, la compañía de la industria militar israelí encargada de elaborar armas, municiones y desarrollos tecnológicos para sus Fuerzas Armadas y para exportar.



Capítulo VIII: La Isla de la Fantasía

Yair Klein ya iba a borrar a Colombia de la película de su vida. Después de fracasar en su intento de entrenar a la guardia privada de los bananeros y seguir con los bolsillos vacíos —luego de dos semanas sin recibir su pago por el primer entrenamiento de paramilitares en Colombia—, había decidido dedicarse a otras aventuras. Pero Luis Meneses reapareció en la escena.

Llegó a Tel Aviv a tratar de convencerme de hacer un segundo curso, pero yo no quería porque se habían demorado en pagarme. Finalizado el entrenamiento, me había quedado una semana más esperando a que vendieran las vacas. Me dije: «Yo no vuelvo a Colombia». Pero llegó Luis Meneses, me pidió ver el lugar de mi nacimiento, lo llevé ese fin de semana a Nitzanim a donde mis padres, y entonces me dijo que le gustaba mucho y que quería vivir en el kibutz. Si me mintió o me engañó, no puedo saberlo. Todo puede ser, en Colombia todo puede ser.

Al final, Meneses lo convenció de regresar a Colombia. Le ofreció, de nuevo, 75.000 dólares y le aseguró que en esta ocasión le pagarían de contado y antes de terminar el entrenamiento. Fue cuando Klein y Shoshani pasaron por Honduras y Miami y de allí volaron directo a Bogotá.

Durante el primer curso, dormíamos en la ciudad de Puerto Boyacá, en un hotel. Pero como había que viajar dos horas —ida y vuelta cada día—, pedí para el segundo curso que nos dieran una cabaña de madera en el lugar mismo y allí instalamos gas y pusimos un calentador y tanques para recoger agua de lluvia, que era limpia, porque el agua de la zona no era potable. Hubo algo muy interesante: nos dijeron que todas las noches, a las nueve, llovía. Yo me reí.

—¿Cómo así que llueve todas las noches a las nueve?

—Deben planear los entrenamientos de tal manera que a las nueve de la noche ya estén de regreso.

Y fíjate que todas las noches, a las nueve, llovía. Es un fenómeno increíble, podías poner el reloj. No hacíamos entrenamientos en lluvia o lodo, eran campesinos acostumbrados a su clima. Todas las noches nos sentábamos en una colina de doce metros de altura, abajo había un campo de fútbol; cada mañana tomaba fotos del agua que había caído, llegaba a dos metros y medio de altura, la altura del arco. Las fotos que tomaba eran a las siete de la mañana y a las ocho ya no había nada de agua, que seguramente bajaba hacia el río. Llovía toda la noche, siempre hasta las tres o cuatro de la madrugada. Eso no se ve en Israel, una cantidad de agua increíble. Como el terreno era un poco bajo, entre colinas, la corriente llegaba de un cierto punto, y por la mañana todo estaba inundado. Incluso a las ocho de la mañana se podían ver caimanes pequeños de unos 15 a 20 centímetros de largo, en el agua. Llegaban con la corriente y se iban al río Negro. Los muchachos capturaban a los animalitos, les abrían la panza para sacar las vísceras del cuerpo, los dejaban secar y hacían llaveros. Había de diferentes tamaños.

Creo que la finca se llamaba La Cincuenta. En los tres entrenamientos estuvimos en el mismo terreno. Pero desde la segunda vez, nos alojamos en la cabaña. Entre el primero y el segundo curso transcurrieron tres meses¹. También, en esta segunda ocasión el curso duró tres semanas. Después de culminado, regresé a Israel y no sé quién vivió en la cabaña entre el segundo y el tercer curso.

Fue una época de mucho trabajo, pero también la pasábamos bien. Recuerdo mucho las peleas de gallos, que eran toda una novedad para mí. Siempre me encontraba allí con el coronel Velandía². A Velandía lo conocí porque él estuvo en la primera cita que hicimos con el alcalde de Puerto Boyacá. Todos los fines de semana había partidos de fútbol contra el equipo del Ejército, y en una ocasión vi que él pasaba y salía por la puerta dos veces, mientras nosotros jugábamos junto a la base. Como nuestros entrenamientos se hacían en áreas adyacentes a las áreas del Ejército, era muy cómodo jugar los fines de semana, porque nadie hacía nada fuera de estar allí, esperando el reinicio del curso que dictábamos de lunes a viernes. No era en terrenos del batallón; la cancha estaba

ubicada fuera del cerco del batallón. Siempre eran once de los nuestros contra once de ellos. Los entrenadores nunca jugábamos.

De hecho, después del fútbol, íbamos a las peleas de gallos, y él también estaba allí. Yo no estaba con Velandia, nunca tuve en realidad una amistad o relación cercana con él. Pero estábamos allí, en el mismo recinto. Y después estuvimos, cada semana, en corridas de toros. Yo sé que las armas para los entrenamientos eran de su brigada; no puedo probarlo, pero eso era lo que decían, eran los rumores que nos llegaban. Porque si bien es cierto que nosotros usábamos armas de juguete, los alumnos sí utilizaban armamento de verdad. Lo que sé es que él era el comandante de la brigada de toda esa zona, y en esa época estaban buscando, y encontraron, petróleo³. Si hay o no hay mucho petróleo, no sé, pero lo buscaban. Yo nunca me senté a hablar con él, porque no sé español. Y como no era una relación necesaria para nuestro trabajo, ni siquiera con traductor tuve que comunicarme con él.

No parábamos. Los fines de semana íbamos a ver jugar fútbol, después a riñas de gallos, luego a corridas, luego íbamos a un bar-restaurant muy grande con música latinoamericana.

De nuevo, en esta segunda ocasión percibí que la gente era «cuadrada». Por eso, siempre, el curso consistía en convertirlos en combatientes partiendo de cero.

Por esa época, nunca oí hablar de la Isla de la Fantasía⁴ ni de que allí se cometieran actos desenfrenados. Si era un epicentro de planes, fiestas, de rumbas con mujeres, no lo sé. Una vez estuvimos en una isla llamada la Isla del Placer: nos llevaron en carro, luego en bote, comimos carne y, sí, había música y mujeres. Regresamos antes de anochecer, luego de permanecer allí un par de horas. Viajamos con Henry Pérez, Luis Meneses, los otros entrenadores... fuimos todos y con ellos estuve todo el tiempo. Pero, a diferencia de mi relación más directa con Meneses, con Henry Pérez no tuve mayor contacto. Lo veíamos los fines de semana, nunca lo vi en el entrenamiento. Me da la impresión de que iba a disfrutar, no a trabajar. Era un hombre simple, su padre era mucho más impresionante; a él lo veíamos los fines de semana en las peleas de gallos, en corridas de toros y en el bar donde tomaban hasta caerse.

A pesar de que los alumnos ya tenían un poco de experiencia, había que enseñarles técnicas de manejo de armas. Por eso, lo primero fue el entrenamiento con armas. Como ellos ya sabían desbaratarlas, limpiarlas y cargarlas, no era necesario que los instructores manipularan las armas verdaderas. Empezábamos en el campo de disparos. Tenían toda clase de armas: M-16, M-1, Kalachnikov, AK-47 –vi dos carabinas, pero la mayoría eran AK-47 y M-16.

Al igual que en la anterior ocasión, cada entrenador tenía un promedio de diez alumnos que aprendían las cosas y no se mezclaban con los otros. No llegamos a montar más que grupos de patrulleros. Salían máximo nueve personas a patrullar su terreno, a pie y con vehículos.

Después de entrenarlos en disparo, seguíamos con camuflaje y ejercicios de combate en lugar abierto. Se empezaba de a uno, luego varios, hasta grupo contra grupo. Más adelante venía el ejercicio de cuidar una edificación y el resguardo o protección de fincas, los mismos nueve o diez combatientes. También hacíamos tareas de emboscadas, si iban de patrullaje en vehículo o a pie. Esta práctica era muy importante porque por lo general lo que la guerrilla hacía en las vías era emboscadas. En la parte final se desarrolló un curso básico de enfermería: cada uno tenía un vendaje personal que aprendieron a usar. Lo dictaban un médico civil de ACDEGAM y unos enfermeros colombianos. Les enseñamos a estar en forma y conservar ese estado físico.

«¿En tres semanas se puede hacer todo eso?», preguntamos con asombro.

Miren, yo soy un soldado israelí. ¿No suponen que puedo estar en capacidad de llevarlos a cierto nivel? Al terminar, ellos no podían creer que en solo tres semanas los entrenara así de bien, y la razón es que el colombiano es obediente (a un israelí no se le podría enseñar tan rápido). Tampoco hay que olvidar que cada grupo fue entrenado por un coronel del más alto nivel que existe en Israel.

Mi papel en estos cursos era el de dirigir, supervisar y coordinar todas las actividades. Durante las tres semanas, andaba entre

los grupos para observar a los entrenadores. En este nivel, no tenía que llamarles la atención porque su trabajo era impecable. Pero deambulaba por el terreno, viendo qué se podía renovar, lo que se podía hacer a continuación, la adecuación al terreno, al horario... Solo tienes tres semanas, tienes que saber cuándo correr y cuándo parar. Era nuestra primera vez que hacíamos un entrenamiento de esta naturaleza. El Ejército israelí requiere de tres meses solo para el entrenamiento de los novatos. Nosotros en tres semanas alcanzamos el nivel de entrenamiento de grupo, no hay comparación. Y los colombianos eran buenos soldados. No podría llevar a un soldado israelí a ese nivel en tan poco tiempo. Un israelí hace preguntas, quiere saber, tienes que explicarle todo; no puedes salir a entrenar sin explicarle y ponerle ejemplos.

La conversación es interrumpida por una música árabe que sale de unos parlantes y por la luminosidad de fuegos artificiales que penetran el azul petróleo y el naranja que se mezclan en el cielo. Todo proviene de la mezquita que se divisa a la perfección desde la terraza de la casa de Klein. Es hermoso el espectáculo del bello minarete silueteado por el atardecer. Al fondo, el imponente Mediterráneo nos ubica en este punto del mundo en donde intentamos encontrar la verdad.

Tanto ruido por un matrimonio, dice Klein entre risas. No puede dejar de evocar sus fracasos matrimoniales y, pensando en voz alta sobre el futuro que le puede esperar al novio, dice: Qué idiota, para un vaso de leche no necesitas toda la vaca. Pero rápidamente se reconecta con nuestro tema.

En Israel los principiantes no tienen a un coronel para entrenarlos. No se le pide al soldado ningún nivel, hace turnos en la cocina, en tres meses se trabaja con el «fondo», en una semana se necesita una educación general. Además, los colombianos no tenían límites como el israelí —que trabaja en sus horarios y sin mayor presión. Ellos tenían un ritmo loco, con muchísima dedicación, como si ya estuvieran combatiendo a la guerrilla durante el entrenamiento. Los «paras» tenían mucha gente, pero nos mandaron a los mejores y, en especial, a aquellos que habían sido heridos por

la guerrilla. Es como si hubiéramos recibido a un grupo de patrulleros en Israel.

Como yo no trabajaba físicamente con ellos, no podría decir quién se destacaba. Pienso que sus entrenadores eran los que tenían el contacto. Como yo no hablaba español, tampoco podía tener una relación que me permitiera conocerlos, conocer sus ideales, sus preocupaciones, su nivel intelectual.

Al igual que en el primer curso, en el segundo terminamos con un ejercicio final que contenía todos los elementos que habían aprendido durante el entrenamiento.

Desde cuando llegamos allá por primera vez cavamos canales: eran trincheras que se comunicaban entre sí y que habíamos cavado porque teníamos el temor de que la guerrilla nos atacara de verdad durante el curso, pero nunca pasó. Entonces, la retirada se hacía recorriendo las trincheras, hasta llegar a un punto específico en la retaguardia desde donde se podía hacer observación, pero garantizando que estaban protegidos del tiroteo. Les enseñamos cómo una de las fuerzas toma control de la edificación de los entrenadores, otra captura la cocina, otra el campo de tiro, otra el lugar donde ellos dormían, y así, cada una de las fuerzas recaptura todo. Además, las fuerzas se protegen entre sí. Eran buenos combatientes porque entendían que no se hacía ningún movimiento sin cubrimiento. Si salen seis, tres se arrodillan y disparan. Si atacan nueve, los nueve se cubren.

El ejercicio final tenía todo: movimiento, ataque, defensa. En esta ocasión, el simulacro consistió en hacer de cuenta que ellos estaban en un campamento, la guerrilla los atacaba; ellos hacían como que se retiraban para tratar de saber qué estaba pasando, quiénes atacaban; recuerden que todo eso sucede en la selva, donde no puedes ver más allá de cincuenta metros. En este ejercicio final estuvieron todos los campesinos de la zona como observadores. ¿Quiénes eran en particular? No sé.

De nuevo reitero en que si hubiera sabido que había relación con terroristas o narcotraficantes, nunca en mi vida hubiera ido a Colombia, sin importar la suma que me ofrecieran y, como

es obvio, menos con la risible cantidad que se me pagó. Mi sensación era que yo venía a prestar un servicio de defensa a la gente que estaba combatiendo a la guerrilla. Las personas que entrenamos eran campesinos. Tú diferencias entre un campesino y un combatiente. El negro que después rindió testimonio en Estados Unidos, dijo ante el Senado⁴ que a los israelíes nos habían ocultado todo el tiempo las motivaciones de esa gente.

En ese momento, nos parece oportuno citarle la biografía del líder paramilitar Carlos Castaño, que realizó el periodista Mauricio Aranguren⁵. Allí hay una frase atribuida a Castaño. Se la leemos: «Yo creo que Klein vino engañado a Colombia por Ariel Otero, que es Meneses, y por dos militares activos y corrompidos del Ejército. Meneses era un hombre despreciable, fue el segundo hombre de Henry Pérez; el instructor israelí siempre pensó que el Estado colombiano lo contrató, el gobierno, para dictar esos cursos». Observamos su reacción: sentía alivio al saber que uno de los hombres que al parecer había participado en los entrenamientos corroboraba su versión.

Eso es exactamente lo que digo. Hicimos las cosas paso a paso. Si, por ejemplo, hoy vengo a Israel y me encuentro con el comandante de las Fuerzas Armadas, con el ministro de Agricultura, con el alcalde de la zona donde voy a trabajar, y estoy pegado al Ejército en la zona donde ellos están, yo tengo claro que sí trabajo para ellos. Ahora, cuando me traen combatientes para entrenarlos, puede que los jefes de la droga más grandes del mundo estén ahí, pero si los lleva gente que pienso que es del gobierno, no voy a revisar uno por uno a ver quién es o qué es.

Yo recibí a cuarenta, cincuenta estudiantes, de los cuales escogimos treinta en cada ocasión. Sabíamos que eran de distintas regiones, pero ¿quiénes eran?, ni lo sabía ni me interesaba. En absoluto. Si hubiera tenido que verificar a cada uno, hubiera gastado las tres semanas solo en eso. Tenía la confianza de que quienes me llevaron allá, trabajaban con el gobierno y sabían a quiénes estaban llevando para que los instruyéramos.

Es como si acabara de entender la dimensión de lo que originaron sus actividades en Colombia. El daño causado ya es irreparable.

Pero por primera vez Yair Klein quiere que los colombianos entendamos lo que hay en su corazón. Su voz se quiebra y notamos sus ojos aguados.

Lo que puedo ahora decir a los colombianos es que lo siento mucho, que me arrepiento de haber ido allá y que si alguien salió perjudicado por algo que hice sin querer, solo puedo pedirle perdón. Lo único que sé es que, si yo no sabía, los colombianos tampoco estaban enterados de lo que estaba pasando y por eso me acusaron a mí de todo lo sucedido.

Hubo rumores de que los habíamos entrenando con explosivos para acciones terroristas. En los tres meses que transcurrieron entre el primero y el segundo curso, llegaron oficiales de unidades especiales británicas que, como nosotros, venían de las mejores unidades de su Ejército⁶. Fueron ellos quienes entrenaron con explosivos. Ninguno fue llevado a la corte, no les hicieron absolutamente nada, porque a los británicos no les interesa Colombia, ni la gente con la que lo hicieron, y le tiraron todo el bulto a Israel.

Hay otra cosa: cuando llegué al segundo entrenamiento, el gobierno israelí me dijo que yo no podía entrenar a Juan Beetar, el esmeraldero; que ellos no me autorizaban porque era un criminal. Y no lo entrené. Al bajarme del avión, en el aeropuerto Eldorado de Bogotá me estaban esperando unos funcionarios del DAS. De allí me llevaron a un restaurante donde me dijeron:

—Hay algo grave. Nos han informado que tú estás entrenando a la gente de Juan Beetar.

—Eso es imposible porque yo acabo de aterrizar y mi gente apenas llegará dentro de una semana. ¿Cómo puedo estar entrenándolos si estoy aquí sentado con ustedes?

Aparentemente, lo que sucedió fue que mientras yo estaba en mi país, otro israelí llegó a Colombia y en efecto estuvo entrenando a la gente de Beetar. Pero yo no tengo nada que ver con él. Se trataba del héroe de guerra israelí Leo Gleser⁷.

Por la noche en el hotel, Dror Eyal —nuestro contacto en Bogotá— me dice:

—Yair, vi en el hotel a Leo Gleser.

Él es dueño de una de las compañías israelíes de entrenamiento antiterrorista, lo cual, de por sí, no tendría nada de malo, pero tampoco me parecía normal que estuviéramos tantos israelíes haciendo lo mismo por allá. Leo estaba con un oficial colombiano. Dror me contó que lo había saludado:

—Yair está aquí, en el hotel.

—Ahora voy a salir. Esta noche veo a Yair.

Se me prendieron inmediatamente los bombillos. ¿Por qué? Porque Leo Gleser había sido soldado mío en uno de mis grupos de patrulla. ¡Y cuando un soldado encuentra a su comandante en el exterior, lo primero que quiere hacer es verlo! Y lo primero que hizo Leo fue volarse. Por la noche, Dror y yo nos sentamos por turnos en las dos entradas del hotel, a esperarlo. Llegó por la nochecita. Al tenerlo frente a mí, me paré y lo saludé. Él estaba pálido, se sentó a mi lado a tomar café y fue cuando yo le pregunté:

—Leo, ¿tú estás entrenando a la gente de Juan Beetar?

—Yo puedo hacer lo que me dé la gana y no tengo que rendirle cuentas a nadie.

—Tienes razón, pero me están achacando a mí el cuento. Te pido —no sé cómo lo vayas a hacer— quitarme esta historia de encima.

—Por mí, que todos se me sienten en la verga (perdón, pero eso fue lo que dijo). O sea, me importa un carajo lo que tú pienses o necesites.

Inmediatamente después de esto, Dror llamó a Luis Meneeses y yo pedí una cita urgente con el DAS. Luis llegó con gente del DAS: uno de rango inferior, que fue quien viajó con nosotros a Puerto Boyacá; y el otro, el que siempre me esperaba en el aeropuerto, el mismo que me había pedido entrenar a la unidad antiterrorismo del DAS. Les informé quién era el entrenador de Beetar y me aseguraron que se iban a encargar de la situación y que en tres días él estaría fuera de Colombia. Yo creo que él estaba terminando el entrenamiento y no lo volví a ver más en Colombia.

Cuando llegué a Israel después del segundo entrenamiento, el primer paso que di fue ir al Ministerio de Defensa, SIBAT (donde

se expiden las licencias) a preguntar si Leo Gleser había solicitado una. Me contestaron que no. Fue cuando les informé quién estaba en el entrenamiento de Beetar y que esperaba que esa historia no recayera sobre mí. ¿Y por qué lo hice? Porque Biran⁸, el oficial de seguridad de la Embajada de Israel en Colombia, me había mandado un mensaje a través de Arik Afek⁹, un exportador de flores que trabajaba en Colombia, a quien yo conocía. Según Biran, tenía información según la cual yo estaba entrenando a los hombres de Beetar pese a que no me habían autorizado.

Arik vino a decirme lo de Beetar, y yo le repliqué: «No me cuentes ese cuento, yo no los entreno».

Yo había llegado ese mismo día, y allí entendí que el Ministerio de Relaciones Exteriores «sabía» que yo estaba entrenando a Beetar. Por eso fui al Ministerio de Defensa, al SIBAT, a darles el nombre de quien estaba entrenando a Juan Beetar: Leo Gleser. En esta situación, SIBAT ha debido citar a Gleser y efectuar una investigación, pero ellos hicieron como si no hubiera pasado nada. El Ministerio de Defensa no lo llamó y todo el asunto se cerró. ¡No fui yo y no fue nadie!

En esa época, cuando Leo Gleser estaba entrenando a su gente, Juan Beetar se enfermó y estuvo en el hospital. Por eso, Gleser entrenó a la gente del subcomandante de Beetar. Cuando se acabó el entrenamiento, dos días después de que Gleser abandonara Colombia, la gente que él había entrenado asesinó a Juan Beetar. Una locura.

Pero regresemos al segundo entrenamiento. Nos fuimos al terreno a reunirnos con los treinta combatientes. En este segundo curso hubo dos cosas raras. El primer sábado, día de deporte, cuando las fuerzas regresaron del juego de fútbol, nosotros decidimos salir hacia la ciudad. Y resulta que, en nuestra ausencia, los pupilos se emborracharon allí mismo en la finca, cogieron el carro —la camioneta del campamento—, manejaron como locos y se accidentaron. El domingo nos avisaron que el curso no iba a empezar porque los habían echado a todos por esa falta grave de disciplina y habían traído un nuevo equipo. Nos pareció extraño, porque el

grupo era para la autodefensa, no era un campamento militar. Por eso nos pareció muy raro que los echaran por haberse emborrachado. Pero fue un precedente de disciplina.

La segunda cosa rara sucedió cuando ya estábamos con los nuevos alumnos. Una semana después, llegó un carro militar; nos pidieron a todos que saliéramos del campamento y nos metieron a la selva, incluidos los entrenadores y yo. Pregunté a los instructores qué estaba pasando y me respondieron que les informaron que había una disputa entre el coronel Maza Márquez (del DAS) y el Ejército, y que gente del DAS estaba supervisando quién y cómo se entrenaba en el área. No vimos a nadie, y después de dos horas volvimos al campamento. Esta situación me prendió las luces de alarma. ¡Cómo así que el DAS contra el Ejército! Cuando fuimos a la ciudad, durante el fin de semana, le pedí a uno de mis instructores que hablara con alguno de los oficiales del Ejército que estaban allí. Al mismo tiempo pedí un encuentro con Henry Pérez para decirle que quería entender con exactitud por qué habíamos tenido que abandonar el campamento. El encuentro se dio en su casa de Puerto Boyacá, donde también estaba el oficial de la base del Ejército —creo que era el comandante del batallón, por sus insignias. Entonces se me dijo que había un conflicto de intereses, que la gente del DAS trabajaba con el Cartel de Cali y que el Ejército luchaba contra el Cartel de Cali, y por eso había enfrentamientos entre Maza y el Ejército. También, que había intrigas dentro del DAS mismo. Así comencé a entender que había algo completamente torcido dentro del gobierno, dentro del Estado.

Después de contarme todo esto —lo del conflicto, que el Ejército le generaba problemas al Cartel de Cali y que también había disputas internas en el DAS—, aunque la explicación no me tranquilizó sí tuve la sensación de que no había un verdadero obstáculo para seguir trabajando porque los conflictos eran internos. No debemos olvidar que antes de mi llegada la segunda vez, el primer grupo que entrenamos había tenido ese enfrentamiento con la guerrilla, donde mataron a todos los guerrilleros y encontraron el dinero. Todos hablaban de eso, inclusive el Ejército. Ni olvidar

que esos treinta combatientes lucharon como ejército en grupo: no los dispersaron; por el contrario, eran los que llevaban la bandera, eran la punta de lanza. De hecho, luego se supo que ya los «paras» habían infiltrado al Ejército. Puede ser que esa fuera la razón de la llegada de Maza a la zona, algo que para mí en ese momento no era claro. El DAS ya conocía la historia. Pero esta es una suposición mía. Maza en persona no llegó al campamento, pero los otros vinieron a ver lo que se hacía, a quiénes se entrenaba y quiénes los entrenaban. Ellos, incluido Maza, sabían quiénes éramos, quién entrenaba; todo parecía torcido, extraño; nada era claro. Nunca entendí a qué fue el grupo de Maza al campamento.

Sin más contratiempos, terminamos el curso; como siempre, duró tres semanas. Los instructores regresaron a Israel y yo viajé con Teddy a la casa de Luis Meneses en Cartagena. Allí conocí a su esposa y a una niña pequeña¹⁰. A Meneses lo vi muchas veces, incluso, cuando vino a mi país y me dijo que quería vivir en Israel, que estaba harto de Colombia. Eso fue después del tercer curso.

Regresamos a Tel Aviv, sin una oferta concreta para el futuro. Pero tres meses después estaba allí, de nuevo, Luis Meneses ofreciéndome volver a Colombia.

Notas

¹ El segundo curso se realizó en el mes de mayo de 1988 y el tercero hacia octubre del mismo año.

² Teniente coronel Diego Hernán Velandia Pastrana, entonces comandante del Batallón de Infantería No. 15 Francisco de Paula Santander. Fue acusado de reclutar a ex guerrilleros amnistiados para que engrosaran las filas del paramilitarismo. Uno de ellos aparentemente fue Diego Viáfara. En 1989 fue llamado a calificar servicios, luego de acusaciones sobre asesinatos ordenados por él.

³ La compañía estadounidense Texas Petroleum Company estaba instalada en la zona y en esa época se reportaron hallazgos de petróleo. Algunos testimonios de antiguos paramilitares mencionan los aportes que esa empresa multinacional habría hecho para financiar la conformación

de grupos de autodefensa en la región. El apoyo de la Texas a las actividades de ACDEGAM fue exaltado por el alcalde Luis Alfredo Rubio Rojas, quien reconoció públicamente el «concurso generoso de la compañía Texas Petroleum Company, de sus directivos y personal en general, que impulsan las iniciativas del municipio y aportan elementos y dinero para obras que (...) hacen de Puerto Boyacá una ciudad más amable y acogedora» (Medina Gallego, Carlos, *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia*, Editorial Documentos Periodísticos, Bogotá, 1990, p. 231).

⁴ Diego Viáfara Salinas, ex guerrillero y luego paramilitar, era conocido como *El Médico*, aunque nunca terminó la carrera. Participó en los cursos, dando instrucciones en temas de primeros auxilios. Luego huyó hacia Estados Unidos y allí declaró ante el Senado norteamericano sobre la presencia de Klein y los entrenadores. El propio Viáfara aparece en las imágenes del video grabado en el primer curso.

⁵ Aranguren, Mauricio, *Mi confesión*, Oveja Negra, 2001, p. 99.

⁶ Según informes oficiales que reposan en los diferentes expedientes, los británicos fueron identificados por el DAS y la DIJIN como David Tomkins, Stuart McAleese y Alexander Lennox. También hay reportes sobre el australiano Terrence John Tangney.

⁷ Leo Gleser, coronel israelí, famoso por participar en grandes operaciones, como el rescate de un avión secuestrado en Entebbe, Uganda. Al retirarse del Ejército israelí, fundó la compañía International Security and Defense Systems (ISDS), especializada en seguridad y antiterrorismo. Durante los años ochenta se rumoró sobre su participación en el entrenamiento de personas que después formaron parte de escuadrones de la muerte en Honduras.

⁸ Joseph Biran, entonces funcionario de seguridad de la Embajada de Israel en Colombia. Klein lo acusó de «conspiración» contra él y fue procesado. Al final, fue despedido de la embajada.

⁹ Arik Afek, hombre de negocios israelí. También tenía nacionalidad estadounidense. Dueño de una exportadora de flores que comerciaba el producto desde Colombia hacia Estados Unidos. Después de ser uno de los más cercanos colaboradores y amigos de Yair Klein, se convirtió en informante de las autoridades norteamericanas. Murió asesinado en Estados Unidos. Después de que un diario israelí insinuara que había tenido

relación con su muerte, Klein se sometió a la prueba del polígrafo, de la que salió airoso.

¹⁰ Según contó Shoshani Merayot en el libro *El profeta de la muerte*, de Jairo Tarazona (Planeta, Bogotá, 2008), Meneses «montó» la historia de su supuesto matrimonio y la paternidad sobre esa niña, en un intento de engañar a Klein con la intención de mostrarle que quienes lo contactaban eran personas honorables.

Capítulo ix: Sde Boker

*P*romedia la mañana y el clima es agradable, mucho mejor de lo que imaginaba, pues el sur de Israel es desértico y sus olas de calor memorables. Pero noviembre es ya el comienzo del invierno. La terraza de esta pizzería sencilla —típica muestra de los negocios que normalmente se ubican cerca de las estaciones de tren o de buses— tiene ahora bastante movimiento. Nuestras tazas están vacías, pero ni siquiera se nos ocurre pedir otro café, otra aromática. El tiempo corre vertiginoso y ambos entendemos que tal vez sea nuestro único encuentro. Cuando cada uno siga su camino, Amatzia Shuali regresará a sus sembrados en el kibutz Sde Boker¹, donde es gerente de una plantación desde hace quince años. Y de nuevo sepultará los recuerdos de una Colombia distante, mientras comienza un nuevo proyecto con granadas —no las explosivas, sino las deliciosas frutas repletas de jugosas pepitas color fucsia. Ahora intenta refrescar las experiencias, para entregarnos su versión sobre esos singulares episodios.

En el segundo entrenamiento nos mudamos a un terreno construido, donde había unas cuantas casitas. Me parece que el terreno era del Ejército. Estaban levantadas como en ronda y ahí nos dejaban entrenar.

Nos mandaron a un muchacho camarógrafo que le llamábamos Telearepa. Arepa es esa «galleta» blanca que comen allá, y como él tenía una cara blanca así, redonda, le decíamos Telearepa. Él estaba siempre en los entrenamientos, y entonces cuando llegamos a instruir al terreno edificado, lo entré conmigo a un cuarto y los alumnos tenían que disparar desde la puerta hacia adentro de la casa.

Le dije: «Nosotros nos paramos acá en el centro, entre los objetivos (uno ubicado al lado derecho y el otro al izquierdo del cuarto), y cuando ellos lleguen allá, disparan a la derecha y cuando lleguen allá le disparan a ese otro de la izquierda. Nosotros desde

acá filmamos». Yo creo que él quedó traumatizado de por vida con esa experiencia.

Telearepa filmó con su cámara de video de tres cuartos de pulgada todo lo sucedido, en medio del terror que le produjo la posibilidad de caer, allí mismo, asesinado por una bala perdida. Pero según Amatzia, no había realmente un riesgo para él.

Lo que pasa, Carolina, es que yo ya tenía confianza en los muchachos; antes de ese ejercicio, ya los había puesto a hacer todo tipo de cosas y lo hacían muy bien. Desarrollamos un programa en el que, en tres meses, podían aprender muchísimo.

Klein y su equipo pensaban que ese tiempo era suficiente para tener una formación que los convirtiera en personas capaces de defender a los finqueros de los ataques de la guerrilla.

Los primeros tres meses acá en Israel, cuando entran al Ejército, se les enseña todo lo básico que tienen que saber para el combate, de manera ordenada, sin pérdida de tiempo. Se les enseña lo que tienen que saber para ser el mejor soldado, el mejor combatiente. Y después se ven los resultados. Cuando un soldado aprende eso, ya no importa si está en la presión del combate o no; el soldado puede pensar y actuar como sabe hacerlo. Si queda bien aprendido, puede actuar en cualquier situación. Lo aprendido no sale de la nada, sale de la cabeza.

Es el momento de preguntarle si durante sus instrucciones, manejó armas de verdad o de juguete. Contrariamente a lo que plantea Klein, Amatzia Shuali afirma que las que él usó eran armas verdaderas.

En el arsenal teníamos todo tipo de armas: viejas, nuevas, de todo tipo. Pero todas funcionaban a la perfección. Las armas que utilizábamos los entrenadores disparaban; sí, eran de verdad.

En las dos ocasiones en que fui entrenador de estos muchachos, hubo presencia del Ejército de Colombia. No había una relación especial con ellos, para nada. Recuerdo que de vez en cuando, en los ejercicios, ellos se paraban a un lado a ver cómo entrenábamos y, sí, hablé con algunos de ellos en alguna ocasión. Recuerdo que nos decían que no estaban seguros de que en tan

poco tiempo pudiéramos llegar a buenos niveles de entrenamiento y que siempre preguntaban quién nos había enseñado a nosotros. Yo les decía:

«Nadie. Si consigues a alguien en Israel que diga que me enseñó todo lo que sé, te creeré. Pero no lo vas a encontrar, nadie me enseñó».

En el segundo entrenamiento volvimos al mismo lugar del primero. Viajamos directo a Puerto Boyacá, pero nos quedamos en otro hotel, un hotel más cerca del mercado. Durante tres o cuatro días íbamos y veníamos todos los días. Ya en la primera semana del entrenamiento nos habían organizado la casa, allá en el terreno de las prácticas. Yo por lo general me quedaba a dormir en la casa. El primer fin de semana nos quedamos todos. En el segundo, yo volví a quedarme, no quise viajar hasta el pueblo. Me dio pereza.

En esta ocasión, hicimos obras en el terreno. Construimos como una callecita, cuatro o cinco casitas, pusimos objetivos nuevos, escaleras. Parecía un pueblo de vaqueros, menos agreste que la primera vez.

En ambos cursos trajimos carros y los entrenamos para enseñarles cómo actuar en una batalla en movimiento, cómo salir del carro, cómo disparar mientras estás viajando, cómo dar vueltas, ejercicios de encuentro, entre otros. Eran muy buenos en todo lo que les poníamos a hacer; además se divertían. Disfrutaban todo.

Me encantó entrenar a los colombianos. Lo disfruté mucho porque era como agarrar plastilina y moldearla. Es decir, tenían el potencial pero necesitaban a alguien que los moldeara para convertirlos en soldados. Hacían lo que se les decía, no había necesidad de regañar o corregir. Había algunos muy simpáticos. Ya no recuerdo sus nombres porque han pasado muchos años.

Queremos su versión sobre un tema nodular: la presencia de personajes relacionados con el mundo de las drogas, integrantes de los carteles. Noto tranquilidad y percibo sinceridad en sus palabras al responderme.

Yo no vi nada de eso. Nunca nos hablaron de eso. Nunca nos llevaron a ver plantaciones de droga; nos llevaron a ver cultivos

de mango, nos hicieron paseos por los campos. Nos contaron que todas las fincas estaban «asociadas» con ACDEGAM. Nos llevaron a conocer y nos recibieron todos muy bien. Ahí había como un líder, el campesino que vivía en Puerto Boyacá. Recuerdo que estaba más preocupado por su amante que por su esposa, y todo el mundo se la pasaba avisando dónde estaba la esposa. No me parece que nada más importante los preocupara o que escondieran algo; aunque puede ser, no sé. Del tema de las drogas, no oí nada. Y la verdad es que tampoco me interesaba mucho. Yo no me preocupaba por esas cosas; me preocupaba por el entrenamiento y en los fines de semanas me gustaba quedarme leyendo y disfrutar del campo. En ese momento nunca oí nada. Luego, cuando volví a Israel, sí escuché sus nombres y escuché historias, pero mientras estaba allá, no, nunca oí nada. Recuerdo que un día alguien vino de visita y tiempo después —ya en Israel— Yair me dijo que qué tal que ese hubiera sido Gacha, pero nunca supimos si fue él o no. Es que no se daba allá el ambiente de mafia que uno se imagina, que llegaran en un Cadillac con mil guardaespaldas. Era un ambiente muy tranquilo.

Lo que sí sucedió fue algo tenso casi al final del segundo entrenamiento: nos dijeron que la Policía colombiana había oído del campamento y que iba a venir, que teníamos que salir de Puerto Boyacá y desarmar el campamento. Eso hicimos, pero pocas horas después regresamos y todo continuó con normalidad.

En esa época todos eran jóvenes. Según los rumores, hubo fiestas y bacanales, mujeres y ríos de licor. Shuali no lo percibe así. Primero que todo, casi todos los días trabajábamos. Recuerdo que una vez fuimos a una especie de discoteca, como un club nocturno, pero regresamos antes de la medianoche, a las diez y media u once, porque teníamos que levantarnos temprano al día siguiente para trabajar. Nunca hubo una fiesta así, intensa, memorable. A mí me interesaba más jugar basquetbol con Teddy y los lugareños. O pasear con las que trabajaban en las oficinas. Pero nada especial, yo era casado y pensaba que había cosas con las que es mejor no jugar. También íbamos a ver peleas de gallos y una vez a un rodeo donde

tomaban vino blanco de un barril del que nunca hubiera tomado en otro lado, pero por lo visto en el rodeo se acostumbraba. Pero no tengo recuerdos de nada especial: entrenábamos en la mañana, comíamos en la noche en el hotel o en algún restaurante (como el Pollo Campero) y regresábamos a dormir.

Cuando creo que ha terminado la frase, agrega en tono bur-lón: Además, como Yair no es un gran bailarín, no creo que se fuera de parranda.

Me acuerdo que el campamento quedaba cerca del Lago de Isabel. El río pasaba por ahí y recuerdo que una noche estábamos sentados ahí y comenzó a granizar fuertísimo y después siguió lloviendo. Creo que cayeron como cincuenta mililitros por hora. A la mañana siguiente, el agua tapaba todo el campo de entrenamiento, la cancha de fútbol, todo había desaparecido bajo el agua.

Y la Isla de la Fantasía: era como un gran jardín, muy bonito; fuimos después del primer entrenamiento a descansar. En ese jardín hay una isleta donde construyeron una casita rústica, chiquita, en donde nos quedamos unos días. Pero allí no hicimos nada especial, solo descansar. Recuerdo que Yair volvió en otra oportunidad, yo solo fui una vez.

Aunque tenemos bases testimoniales y jurídicas para concluir que los cursos se desarrollaron en 1988, Amatzia Shuali dice no recordar. Hace cuentas y asegura que debieron ser en 1982, en el 83, luego asegura que en el 86. No puede ser el 88, porque yo ya vivía en Mitzpe Ramon. En el primer entrenamiento vivía en Kfar Saba y el segundo fue cuando estaba en Jerusalén, también trabajando en la Policía de Fronteras. Parece como si pudieran recordarlo todo, menos los nombres de las personas y las fechas concretas. Decido no insistir en el tema porque supuse inútil hacerlo.

Tampoco le puedo decir que la finca donde entrenamos fuera del narcotraficante Rodríguez Gacha. No tengo ni idea. De verdad, no sé. Nosotros no estábamos metidos en esas cosas. Teníamos un delegado de contactos que se encargaba de esas cosas, un muchacho joven que después me dijeron que lo habían matado. Hablaba inglés muy bien, cosa que no pasaba mucho entre los colombianos. Se llamaba Luis, Luis Meneses.

De los hermanos Castaño, tampoco puedo decirle nada. No me acuerdo de ninguno de los dos. La verdad es que ni siquiera había oído nada de esto antes. ¿Qué hacen ahora?, ¿quiénes son? Si estuvieron en los cursos, la verdad es que no los recuerdo. Durante los entrenamientos me sabía los nombres de todos, pero ha pasado tanto tiempo...

Todos los días entrenaba grupos distintos, esa era mi profesión. Entonces aprendía sus nombres con rapidez durante el entrenamiento y me olvidaba de ellos tan pronto terminaba. Lo que sí quedó en mi memoria fue la rutina diaria: cada mañana se paraban en formación y cantaban el himno colombiano, todas las mañanas. El entrenamiento en sí era para llegar a un nivel alto, que normalmente requiere de cuatro a cinco meses. Los muchachos llegaron a un 94 por ciento del nivel máximo de disparo a objetivos, sabían tirar granadas... muchas cosas de este tipo, incluidos ejercicios nocturnos.

Recuerdo algo que me había dicho Yair. Dijo que el DAS quería que los entrenáramos a ellos también, es decir, que teníamos peticiones para entrenar a más gente. Y que les construyéramos un campo de tiro, porque los norteamericanos cobraban mucho y nosotros lo hacíamos muy barato.

En esta ocasión, no hicimos entrenamiento final. Creo que fue por lo de la visita del DAS o la Policía al terreno, la vez que tocó desarmar el campamento. Pensé que podía estar pasando algo raro con nuestro entrenamiento, pero creí que el Ejército no quería que los demás organismos supieran lo que ahí sucedía porque era «su zona». Ahora entiendo que de pronto había algo ilegal en nuestro entrenamiento y que querían revisar no sé qué. De pronto drogas o algo así. Aunque a mí ACDEGAM me parecía muy natural, muy bien estructurado. Nunca pensé que podía ser una farsa o que algo anduviera mal.

Pasó el tiempo. Yair me había invitado a hacer un entrenamiento a los trabajadores de EGGED (la empresa de buses de Israel) en Herzliya. Después de eso viajamos a Cesaria, pero el problema que teníamos era que Yair no podía mover un dedo sin que diez

periodistas estuvieran tras él. Y ahí fue donde comenzaron las dificultades para mí. Me mudé con mi familia a Mitzpe Ramon, y recuerdo que cuando todo explotó estábamos en verano.

No había nada interesante en esa época en la televisión. Moshe Shamir era primer ministro. Él no buscaba llamar la atención y su esposa no andaba metida en temas políticos. De repente les cae a los periodistas un «pato» y, como es obvio, lo aprovechan porque eso vende periódicos. El tema aparecía en todos los medios. Incluso mandaron a un fotógrafo a Mitzpe Ramon de inmediato: había una empresa llamada Shoalei Shimshon, pero como ellos entendieron Shuali Shimshon, tuvieron al fotógrafo sentando ahí todo el día, hasta la noche, y a la mañana siguiente tocó la puerta y al preguntar por mí, le dijeron que no me conocían.

Después me llegó a la casa pidiendo fotos y le entregué una en la que yo aparecía con mi esposa. Yair llamó luego a decirme que me necesitaba. Le dije que bueno y me fui para allá. Nos reunimos en Tel Aviv, fuimos por una investigación, porque todo el mundo le preguntaba al Ejército por qué no nos habían indagado o detenido. Fuimos cuando nos citaron a Petach Tikva y nos hicieron preguntas. El primer día fueron puros periodistas quienes preguntaban y preguntaban. Más adelante nos reunimos con el abogado de Yair y él me dijo que hablara yo, que ellos me iban a creer lo que yo dijera. Conté entonces todo lo que vi en Colombia y no tuve problema con eso.

Empezó el interrogatorio en Petach Tikva. A mí me pusieron en un cuarto y a Yair en otro. Un investigador iba de uno a otro y hacía preguntas. Después me dijo:

—¿Ustedes se pusieron de acuerdo? Están contando exactamente lo mismo.

—No planeamos nada. Solo estamos contando la verdad —le respondí.

Luego nos pusieron en un cuarto juntos y todos los investigadores se sentaron a que les explicáramos todo, ya no como parte de una investigación sino a que les echáramos el cuento.

Y no pasó nada. No cambió nada para mí. Yo llevo una vida tranquila, trabajo, tengo familia. La verdad es que después de que pasó toda la ola de publicidad acá en Israel, yo seguí mi vida como siempre.

Llega el momento de despedirnos. En pocos minutos partirá mi tren de regreso a Haifa. Creo que la versión de Amatzia Shuali refuerza los argumentos de Klein, pero además recrea y alimenta de manera muy especial esta historia. Lo veo perderse en la distancia y lo imagino cultivando sus granadas mientras olvida para siempre lo que muchos colombianos nunca podrán sacar de sus mentes ni de sus corazones.

Notas

¹ Sde Boker, granja comunitaria (kibutz) fundada en 1952 y ubicada sesenta kilómetros al sur de Beer Sheva, en pleno desierto. Sus cultivos principales son uvas, aceitunas y nueces (poco intensivos en uso de agua). Este kibutz es muy apreciado porque fue el hogar de retiro del primer primer ministro que tuvo Israel, David Ben Gurion.

Capítulo x: La finca

De nuevo, Colombia se cruzaba en la vida de Yair Klein. Y como siempre, era Luis Meneses el intermediario que lo convencía de regresar.

La verdad es que Meneses quería a mi secretaria. Era casado, pero no le importaba. Yo pienso que la primera vez que Meneses vino con su esposa, tuvo algo con mi secretaria. Se llama Meirav Amar. Yo creo que él vino por ella desde la segunda vez, y de hecho, estaban juntos las veinticuatro horas del día. Ella era bonita y, claro, joven. Era yemenita, nacida en Israel pero de padres que habían migrado a Israel desde Yemen.

No sé en qué idioma hablaban, porque Meneses no sabía mucho inglés, pero cuando se está desnudo, la comunicación es perfecta. Y sobre todo cuando la antena está afuera [risas].

Esta vez Klein no lo dudó. Sentía que se había enamorado de Colombia, a pesar de los problemas de violencia tan agudos que persistían en la nación suramericana. Pero él pensaba que pronto algunas regiones estarían saneadas y que guardias como los que estaba entrenando contribuirían a derrotar definitivamente a la guerrilla. Por eso tomó una decisión: echaría raíces en este maravilloso país.

Mi propósito era quedarme en Colombia en algún momento. La vida me parecía fácil, las personas con las que trabajaba eran sencillas pero muy buenas, eran campesinos. Yo soy kibutznik¹ y ellos campesinos. También, me daba la impresión de que se podían hacer buenos negocios en Colombia; de hecho me parecía que nada estaba explotado, era como empezar un país. Por ejemplo, las fincas se construían con madera que se cortaba en la selva, limpiabas el terreno, ibas al Ministerio de Agricultura y la tierra era tuya. No tenías que pagar nada: por el hecho de cortar la selva y construir una finca, la tierra era tuya.

Ahora, lo que no entendía era por qué cortaban los árboles, los dejaban podrir en la tierra y en tres meses los gusanos se los

comían... ¿Por qué no cogían esos árboles para venderlos como madera? Se podía hacer muchísimo dinero. Hacer fincas y vender carne a Israel. Israel compraba carne de Argentina, ¿y por qué no de Colombia? Es más fácil llegar, por la distancia. Yo, en la selva, me tomé una foto con un mango del tamaño de mi cabeza. Pensé cultivar mango y exportar a Estados Unidos. Mango, aguacate, todo el año, y en Estados Unidos no hay todo el año. Había opciones increíbles allá. Yo amo a mi país, crecí en mi país, presté servicio militar en mi país, luché por mi país, pero tomé la decisión de que allá podía hacer negocios y también vivir muy bueno.

Hice el tercer entrenamiento. Las cosas transcurrieron tal y como las habíamos planeado. Nos quedamos viviendo de nuevo en la cabaña y nos concentramos en lo que estábamos haciendo.

Yo no tomo nada, ni vino, ni cerveza; no fumo. Tzadaka tampoco. Teddy y Amatzia sí pasaron bueno. Mujeres, no mucha parranda. Teddy tomaba y tenía mujeres locales; Amatzia tuvo novia durante las tres semanas. Pero se cuidaban mucho porque tenían miedo del SIDA y más todavía de contraer sífilis. Teddy y Amatzia eran solteros. Tzadaka y yo éramos casados, pero no podría decir que fuéramos santos. Si hubiera habido una chica que me gustara no le hubiera dicho que no, pero no sucedió. En el interrogatorio de la Policía en Israel se me dijo después que yo me había acostado con la esposa de uno de los capos del cartel y que me había escapado en helicóptero a Cartagena. Esas son las noticias que llegaban de Colombia. Eso no tiene pies ni cabeza.

Los instructores continuaron el trabajo y mientras el curso terminaba, viajé a Bolivia para encontrarme con la unidad de lucha contra las drogas, contra el terror y con el jefe de las Fuerzas Armadas. Decidieron que yo entrenaría a la unidad antidrogas, curso que, de hecho, era financiado por los estadounidenses. En ese momento, ellos pagaban a los campesinos bolivianos que cultivaban coca para la sustitución de sus cultivos, pero no los entrenaban. En Bolivia el cultivo de la coca es legal; la utilizaban porque Bolivia está a 3.000 metros sobre el nivel del mar, no hay oxígeno y los obreros la recibían para su trabajo. Viajé con Dror; el día de

la entrevista con el comandante de la unidad de la lucha contra las drogas, llegué temprano a una casa de tres pisos donde vivía y tenía su oficina. Me quedé a esperar a Dror en la entrada de la oficina en el tercer piso. Y Dror no llegaba. La secretaria trataba de hablar conmigo en español y no le entendía ni una palabra. Decidí entonces bajar a buscar a Dror. Lo vi sentado en el segundo piso, totalmente pálido, desmayado, tomando té de coca.

Apenas se recuperó un poco subimos a la oficina del comandante, que nos preguntó si queríamos té normal o té de coca. Lo increíble era que el comandante de la lucha contra las drogas nos estuviera ofreciendo té de coca. A los campesinos que cultivaban coca, que es completamente legal allá, los estadounidenses les ofrecieron cultivar otro producto (verduras) y les pagaron al año por plantar otra cosa; y los campesinos no cultivaron nada porque recibían plata para, básicamente, no trabajar.

Pero como el cultivo de coca en Bolivia es legal, los norteamericanos trataban de parar el proceso inicial de la hoja, cuando la convierten en una masa —como brea— y la mandan a Colombia a través de Perú. Ellos querían que nosotros entrenáramos a la unidad para parar este proceso, porque en ese período, los campesinos que hacían este primer proceso también eran combatientes, y como el Ejército —la unidad— tenía miedo de entrar en combates, querían instruirlos. Se cerró el contrato con un apretón de manos, porque de hecho había plata norteamericana y el deseo de llevarlo a cabo por parte de los bolivianos.

Me habían ofrecido en Bolivia 150.000 dólares por curso. Para entrenar a más de quinientas personas, se necesitan muchos cursos, y eso era solo el principio. En ese mismo viaje, también fui a Dallas, porque me habían conectado con el jefe de seguridad del aeropuerto. Recibí la oferta de entrenar a la fuerza de seguridad del aeropuerto de Dallas, el más grande de Estados Unidos. De hecho, si no me hubiera complicado en Colombia, hoy tendría la compañía de seguridad más grande del mundo. En Dallas no alcancé a saber cuánto me ofrecerían. El entrenamiento era para la unidad de antiterrorismo.

Regresé entonces a Colombia, hacia el final del entrenamiento, y me encontré con Henry Pérez y Luis Meneses. Me dijeron que querían que el examen final fuera hacer ejercicios de defensa de una finca. Y me llevaron a un terreno muy bonito.

—¿Quién es el dueño? —pregunté.

—Al dueño lo mató la guerrilla.

La finca quedaba entre Puerto Boyacá y La Dorada. Era muy pequeña, tenía solo tres trabajadores y cincuenta vacas; estaba abandonada, pero se le veía el potencial. Yo tenía la idea de montar una lechería. En esa época era difícil conseguir quesos de calidad en Colombia y me hacían mucha falta, porque Israel es líder mundial en productos lácteos y quesos. Y vas a Colombia, y allá no hay nada. Me dije: «Ganado para carne, sí, pero en especial lechero; es lo que quiero hacer».

—Yo quiero comprar una finca en Colombia, quiero quedarme en Colombia. Me gusta Colombia. ¿Este lugar está en venta?

Pregunté quién era el dueño actual de la finca y me lo presentaron.

—¿Cuánto vale esta finca?

—Cincuenta mil dólares. Nos da un adelanto de 5.000 y así pisamos el negocio.

Les di los 5.000 y ya me sentía propietario de esa finca. No pagué los 45.000 dólares restantes porque el remate de este viaje fue muy atropellado. Perdí los 5.000 y no cumplí mi sueño. Y tampoco hicimos el examen final en el lugar porque como supuestamente ya era mío, no quise hacerlo ahí.

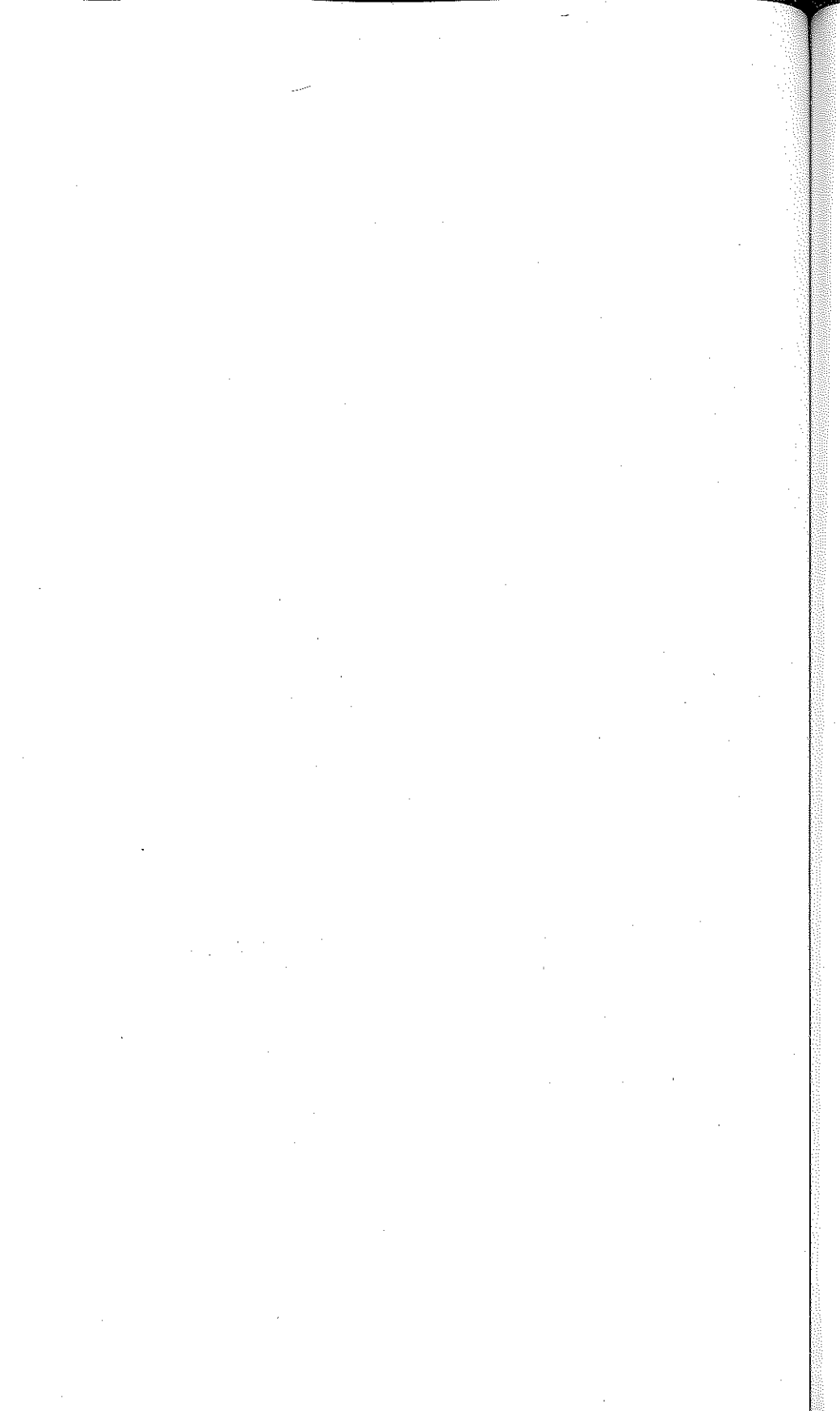
Terminado el simulacro y antes de despedirnos, fuimos a ver la finca que había comprado. Nunca me hubiera imaginado que sería la última vez que vería ese hermoso lugar. Al volver a Bogotá me encontré con mi amigo Arik Afek en el hotel. Me dijo: «Escucha, te están buscando, te quieren arrestar. El DAS quiere detenerte: ellos sostienen que estás trabajando sin licencia, sin permiso de las autoridades de Israel. Y el capitán de seguridad de nuestra embajada, Yosef Biran, me pidió que le informara inmediatamente de tu llegada».

La versión era que el DAS quería arrestarme, pero el que armó el lío fue Biran. Él, de hecho, lo que quería era extorsionarme, junto con alguien del DAS. Pedían 30.000 dólares... ¿saben cuánto es en Colombia? El del DAS seguro recibía trescientos dólares de sueldo. Los campesinos a quienes entrené ganaban el equivalente a treinta dólares antes de que los instruyera, y después recibían ochenta dólares.

Pues ese fue el principio del fin para mí. Y no fue un colombiano el que acabó conmigo allá. Fue un israelí.

Notas

¹ Kibutznik, habitante de un kibutz, el tipo de granja colectiva que nació con el Estado de Israel.



Capítulo XI: Amazonas

Sentía satisfacción por la misión cumplida. Tres entrenamientos, noventa combatientes preparados para defender a los finqueros de las atrocidades de la guerrilla. Todo un capital para erradicar a las FARC del centro de Colombia. Yair Klein tenía la certeza de que su paso por este país era, por fin, la «punta de lanza» —como el nombre de su compañía— para grandes negocios. A tal punto que, apenas regresara a Israel, lanzaría una campaña mediática encaminada a convertirse en el empresario antiterrorista más grande del mundo. Ya tenía en circulación el video promocional y ahora se trataba de hacer un diseño que lo catapultaría por encima de sus competidores, todos ellos israelíes.

Lo que nunca imaginó es que estos dos propósitos —el de darse a conocer por medio del video de Puerto Boyacá y la campaña para superar a sus adversarios— se convertirían en un verdadero búmeran.

Estaba en Bogotá, a punto de partir hacia Israel. Arik Afek me dijo que Biran, el oficial de inteligencia de la embajada le había comentado que me estaban buscando y que querían arrestarme. Y temo que Biran también trataba de extorsionarme. No veo ningún otro interés. Le dije a Afek que no me iba a dejar arrestar de nadie.

De inmediato contacté a una persona a quien no quiero identificar. Solo le diré que es un israelí. Le conté la historia delante de Arik Afek. El personaje me dijo:

—Voy a movilizar un grupo de rescate que se encargará de sacarte del país.

—Yo no pienso quemar un grupo de rescate, no quiero ser un peso para Israel. Te agradezco, pero esto es problema mío y ya me encargaré de salir del país por mis propios medios.

En realidad, lo que yo quería era asegurarme de la necesidad de volarme. En una situación así, prefiero consultar a alguien profesional, porque yo soy solo un combatiente. En ese momento

me dijo que yo debería tratar de salir y que «quiero que sepas que a mí me parece que Biran está tratando de extorsionarte».

Biran, sin licencia de Israel, estaba entrenando al DAS, estaba conectado monetariamente con ellos, tenía negocios con ellos y recibía dinero por su trabajo con el DAS, en contra de los requisitos de licencias que tiene el Estado de Israel. Y no podía dejar de pensar que en ese momento estaba trabajando en confabulación con el DAS para arrestarme.

—¿Por qué crees que están amangualados? —pregunté a Afek.

—¿De dónde crees que Biran sabe que quieren arrestarte? Si el DAS quiere arrestarte, te esperan en el aeropuerto y te arrestan.

Entonces decidí escaparme, rescatarme yo mismo para salir de Colombia. Esa es mi profesión —entrar y salir de lugares—, eso hace parte del trabajo de la lucha antiterrorista (que luego me ayudaría a escapar de una cárcel en Sierra Leona).

Le dije a Arik —a quien consideraba como un amigo y que me ayudaría— que pensaba salir a través de Perú y que fuéramos al aeropuerto a comprar los tiquetes con destino a Lima. Compramos ropa de campesinos, sombreros grandes y botas de cuero, llegamos al aeropuerto y le dije a Arik: «Ve y compra los tiquetes a Perú. Y cuando vayamos hacia el muelle internacional, no trates de pasar ningún objeto que pueda despertar sospechas».

Le di mi tarjeta de crédito Visa. En realidad no sé por qué, pero me entraron sospechas. Lo miré todo el tiempo y lo seguí sin que se diera cuenta —es un sexto sentido que me ha salvado muchas veces—, lo vi dirigirse hacia un teléfono público; no sé con quién ni sobre qué habló, y luego fue a comprar los tiquetes aéreos.

Cogimos los pasajes, yo atravesé primero por la máquina detectora de metales y, ya del otro lado, mientras estoy parado mirando la pantalla de la máquina, veo que Arik hace pasar el maletín que contiene un cuchillo de comando. Le recordé que le había advertido sobre no pasar objetos que pudieran llamar la atención. Pero, a pesar de haberlo hecho a propósito, el maletín siguió de largo, no lo detectaron. Como noté de inmediato su desconcierto

y la manera como empezaba a tartamudear, tuve la impresión de que lo hizo de adrede para que lo detuvieran y se armara un lío.

«¿A quién llamaste?», le pregunté. Y tartamudeando me echó un cuento cualquiera. Presentí entonces que había hablado con el oficial de seguridad de la embajada (Biran) y le dije que me esperara allí un momento. Cogí los pasajes, fui al mostrador de la aerolínea y pedí que con los mismos pasaportes y pasajes nos hicieran el favor de cambiarnos de destino porque queríamos ir a Leticia.

Leticia queda en el triángulo limítrofe de Colombia, Brasil y Perú. Es imposible llegar por tierra, solo por aire. Eso fue lo que pensé, que podríamos escapar por allí y que cuando Biran o el DAS se dieran cuenta, ya estaríamos en un lugar seguro.

Regresé con los pasajes para Leticia, pero no le dije nada a Arik, que pensaba que nuestro destino era Perú. Cuando ya solo faltaban diez minutos para la salida del vuelo, nos fuimos caminando hacia la puerta correspondiente, pero en realidad, mi objetivo era chequear si había algún movimiento extraño y seguir hacia la salida para Leticia. Desde allí, alcanzamos a divisar la entrada a la sala del vuelo a Perú, y veo un grupo de gente que empieza a chequear a los viajeros y sus pasaportes. Sin duda estaban buscando a Yair Klein. Yo, con mi sombrero, parecía colombiano.

—Mírame a mí, y no te voltees —le dije a Arik—. Si te volteas, será la última vez que lo puedas hacer. Sígueme, nos vamos al avión que va para Leticia.

—Pero nosotros volamos a Perú.

—No volamos a Perú, nos vamos a Leticia.

Subimos al avión y despegamos casi de inmediato.

Según la forma como trabajaban los colombianos, era claro que si no tenían información de que estábamos en Leticia, no nos buscarían en ese apartado lugar. En esa época, no estaba todo computarizado; eso fue hace más de veinte años.

Cuando aterrizamos en Leticia, le ordené sin mayores rodeos: «Yo bajo primero, tú me sigues. Si hacen preguntas o hay problemas, tú hablas, porque yo no hablo español».

Pasé por la ventanilla, presenté el pasaporte y me dejaron seguir sin problema. Es decir, no había ninguna advertencia. Esperé

a Arik afuera... cinco minutos, diez minutos, un cuarto de hora... no había ni rastros de Arik Afek. Tomé un taxi y me fui «volando» a Brasil. En el lado brasileiro había un hotel donde también se alojaba el equipo de pilotos y azafatas. Además, allí se preparaban los sándwiches para el siguiente vuelo, el vuelo a Manaos. Me alojé en ese lugar. Una hora después llegó Arik Afek con un cuchillo de comando en la cintura. Recuerda que en esa época Tabatinga era una pequeña ciudad y ese era el mejor hotel. Estaba localizado apenas al pasar la frontera entre los dos países. Parecía obvio pues que si nos encontrábamos, sería allí.

Le dije tajantemente: «Arik, desde este momento si me dices una sola mentira, será el fin de tu vida».

Él me conoce, sabe perfectamente quién soy yo, él sabe que conmigo no se juega. Entonces me cuenta que se había vuelto amigo de un funcionario del DAS en el aeropuerto de Leticia y que ese funcionario le iba a ayudar a conseguir el sello de salida para el pasaporte, para ir a Brasil. Yo en realidad pienso que trataron de buscarme, de encontrarme; pero en este punto de la historia, yo ya no estaba en Colombia, sino en Brasil.

—Arik, ¿qué piensas hacer ahora?

—Oye, necesitamos visa para Brasil. Sin visa, no podemos volar.

—¿Y cómo piensas resolverlo?

—Me voy a sacar plata y luego donde la cónsul de Brasil en Colombia, en Leticia. Ella me tiene que poner el sello, voy a ir con ese muchacho del DAS. Pero eso nos va a costar 5.000 dólares.

Él ya se había dado cuenta de que no me podrían atrapar, pero el del DAS trató de aprovecharse de la situación para ganar un poco de dinero. Arik fue a encontrarse con la cónsul, mientras yo me instalé en un cuarto del hotel. Pero no tenía dentro de mis planes lo que me iba a suceder.

Apenas oscureció, salí al balcón de mi habitación, me bajé por la canal —no era muy alto, estaba en un segundo piso— y me fui al puerto que está en el río Amazonas. Con un poco de inglés, un poco de español y muchas señas con las manos y los pies, pregunté

a dónde podría ir desde allí. Me dieron tres nombres y me informaron cuánto costaba y cuántos días se demoraba en llegar el barco a cada uno de esos destinos.

Me dije: «Estoy en el hotel, voy a mirar hacia el lado colombiano a ver si Arik me engañó. Si es así, me bajo y me voy con mi maletín al puerto, y salgo hacia Brasil. Allí no necesito pasaporte, ni nada. Desde el hotel al puerto hay escasos doscientos metros. Y ya tengo los horarios para los destinos de los barcos».

Los colombianos no podían detenerme en el lado brasileiro. Solo si hubiera colaboración con los brasileiros, podrían entrar al hotel y cogerme, pero eso no es tan fácil. Solo necesitaba montarme en un bote pequeño por la noche, pagar el doble y volarme. Solo si llegaba a la conclusión de que estaba en problemas.

Dos horas después de anochecer, aparece Arik Afek, solo, sonriente; llega con los sellos en los pasaportes, de los dos lados de la frontera. En Israel, cuando me interrogaron, me dijeron que me escapé. Yo les dije: «¿Por qué? Aquí están los sellos de Colombia y de Brasil».

Al otro día nos montamos al avión y volamos a Manaos. Le dije a Arik: «Tú no vas a ningún lado, ni telefoneas a nadie».

Ya en Manaos, él compró un pasaje para Miami y yo me compré uno para Frankfurt. Me aseguré de que su vuelo saliera antes que el mío, lo vi montarse en su avión, y una hora después subí al mío, y sin contratiempos y en total calma pude regresar a Israel. Solo un año después, cuando reventó todo el asunto, después de que estallara lo de Panamá y lo de Colombia, salieron los titulares en los periódicos: que Yair Klein había recibido 800.000 dólares del narcotráfico, y supe que quien más filtraba información era Biran, el funcionario de seguridad de la Embajada de Israel en Colombia. Me invitaron a una entrevista en la televisión: solo había un canal, el Canal 1. Era con Chanan Azran, en ese tiempo el mejor periodista de Israel —ahora es la mejor mierda. Era viernes, todo Israel estaba viendo la televisión y todo Israel quería saber qué fue lo que hizo este criminal. Le conté la historia de lo que estaba realizando en Colombia, y que de hecho había tenido que

fugarme de allí porque el funcionario de seguridad de la Embajada de Israel trató de hacer dinero o alguna otra triquiñuela, y revelé su nombre en la televisión. Dije que era Joseph Biran. En Israel eso era más problemático que el asunto de Yair Klein. Imagínate, un funcionario de seguridad de la embajada que estaba tratando de entregar a uno de los ciudadanos del país.

Al otro día, el abogado del Ministerio de Defensa, cuyo nombre ya no recuerdo, dio declaraciones a la televisión, que indicaban que si no me retractaba, me demandaría. Y un día después, un gigantesco titular en *Yediot Aharonot* (el periódico más leído de Israel) reveló que el Ministerio de Defensa tenía planeado llevarme a juicio. Yo contesté: «Con mucho gusto».

Así entendieron que algo no estaba bien. La persona cuyo nombre no quiero revelar fue contactada por las autoridades israelíes para certificar la misma información que, en realidad, yo tenía gracias a él. Él fue quien dio la información sobre Biran. Convocaron a Biran a Israel, lo enjuiciaron, le dieron casa por cárcel por un año, lo sacaron del trabajo durante un año y al cabo del año, con todo «ordenadito» gracias a sus amigos, volvió a su puesto. Fue juzgado por trabajo ilegal con el DAS. Y como si lo hubieran suspendido de su trabajo por un año, lo volvieron a recibir.

Se preguntarán por el desenlace de la historia de Arik Afek. Al llegar a Estados Unidos, él trató de pasarse de listo. Era un fenómeno, tenía una memoria increíble. Cuando estalló la historia, él —para recibir la Green Card¹— contó que había trabajado conmigo en Colombia, que estuvo conmigo en Cartagena y que yo supuestamente había planeado tumbar el avión que llevaba a Bush a la cumbre antidrogas en Cartagena². Llevó el cuento al comandante de Policía de Miami, él lo conectó con el FBI, el FBI de inmediato chequeó y vio que Afek tenía problemas con la Green Card y le propusieron que si los llevaba directamente a la información correcta, le conseguirían la Green Card.

Ellos mismos lo trasladaron a la unidad de seguridad presidencial de la CIA, la unidad lo contactó con la oficina de inmigración y le prometieron que si firmaba un contrato, recibiría la Green Card.

En ese momento, yo no sabía nada de lo que estaba pasando. Tres semanas después del escándalo, recibo una llamada de Arik Afek, que me dice:

—Hay alguien que quiere los misiles antiaéreos, el mayor colombiano que estuvo en tu entrenamiento.

Eso me sonó alucinante. Pensé: «No hubo ningún mayor en mi entrenamiento y de qué misiles me está hablando».

—Arik, estás fantaseando, te estás metiendo en problemas y quiero que sepas que tu teléfono está interceptado —le contesté con absoluta firmeza.

—Qué va, yo no tengo el teléfono intervenido.

—Tal vez el tuyo no, pero el mío sí, y en la medida en que el mío está intervenido, tú también estás siendo escuchado.

—Quiero que nos encontremos en «la bota» (se refería a Italia) para hablar del asunto de los misiles.

—Arik, tú eres un idiota, no tienes idea del lodazal en el que te estás metiendo. Tú no sabes con lo que estás jugando, estás jugando con tu vida, esto no es el escape de Colombia.

—Yair, todo está bajo control.

Arik llamó al abogado Ygal Shapira, que se encontraba en Washington, y le empezó a contar todas estas insensateces. Ygal le respondió: «Mira, yo, estaré en Washington durante los siguientes tres días. Podemos encontrarnos en este hotel».

Arik Afek se reunió con Ygal, que no solo es un abogado de mucho prestigio sino que también es un ex integrante del MOSSAD, uno de los importantes. Ygal le dijo a Arik: «Mira, tú sabes de lo que yo me ocupo. Te recomiendo que desde aquí, desde Washington salgas a Israel, porque si no, no vas a vivir muchos años. Tú estás metiéndote con la élite de la élite, y en el momento en que se sientan engañados, dejarás de respirar».

Tres días después, Arik Afek fue asesinado³. Yo sé lo que pasó, lo supe por varias fuentes, entre ellas, una familiar muy cercana de él. Todas sus entrevistas y encuentros fueron en el aeropuerto. Arik no me explicó con quién se encontraba, pero me dijo que no me preocupara, que nadie lo estaba «chuzando». Pero sus

encuentros fueron con los servicios de seguridad presidencial o con la CIA. Él los obligó a hacer grandes cambios en el plan de seguridad del viaje de Bush a Colombia, porque estaban convencidos de que iban a tratar de «bajárselo».

Cuando descubrieron que Arik había montado todo eso para recibir la Green Card, en ese momento se acabó su vida. Me acusaron de su asesinato aquí en Israel, los mismos que me acusaron de haber tumbado un avión en Colombia⁴ cuando yo estaba en Israel. Me citaron de inmediato a un interrogatorio en la Policía.

—Ustedes están locos, yo estaba aquí en Israel —les dije.

—Vete a casa —me contestaron.

En esas semanas, llegó aquí a Israel el comandante de la Policía de Miami a investigar el caso. También pidió hablar conmigo. Le dije que solo había un cuerpo que podría hacer eso: la CIA. Me preguntó por qué y le conté toda la historia, incluido su encuentro con el abogado Ygal Shapira. El americano salió de Israel y regresó a Estados Unidos sin ningún resultado de la investigación. Pero, antes de irse, parece que hizo una solicitud especial: preguntarme si yo aceptaría que me examinaran con el polígrafo, porque era uno de los sospechosos.

Un periodista, que es también abogado, Ron Ben Yishai⁵, me preguntó a través de la prensa si yo estaría dispuesto a someterme a la prueba del polígrafo. Le contesté que sí. Me llevaron al polígrafo y lo pasé. Pasé la prueba del polígrafo hablando la verdad. Salió un artículo muy grande en *Yediot Aharonot* que afirmaba que Yair Klein decía la verdad, y contaba toda la historia—incluso lo que dije: que la CIA lo asesinó.

Seis años más tarde, el comandante de la Policía de Miami se jubiló y publicó un libro sobre cómo la CIA había asesinado a Arik Afek. Es el seguro de vida del comandante, porque como ya se jubiló, no lo pueden tocar. Además, hizo mucha plata.

Hay que mencionar que antes de la muerte de Arik Afek, asesinaron a Luis Meneses, a Henry Pérez, al padre de Pérez... A todos los que estaban conectados conmigo, los mataron.

Notas

¹ Green Card, la tarjeta de residencia permanente en Estados Unidos.

² En 1990, los presidentes Virgilio Barco de Colombia, Jaime Paz Zamora de Bolivia, Alan García de Perú y George Bush (padre) de Estados Unidos participaron en la primera Cumbre Regional Ampliada sobre el Problema Mundial de las Drogas, Seguridad y Cooperación del Caribe en Cartagena.

³ Arik Picciotto Afek, de 39 años, fue encontrado muerto dentro de una camioneta en el estacionamiento del Aeropuerto Internacional de Miami. Las autoridades revelaron que fue asesinado días antes por múltiples disparos. El hallazgo de su cuerpo se debió al mal olor que reportaron clientes del estacionamiento, lo que originó la búsqueda de la Policía al interior de la minivan.

⁴ Un Boeing 727-21 de la aerolínea Avianca, que hacía el vuelo 203, explotó en el aire en cercanías al aeropuerto Eldorado, en zona rural del municipio de Soacha, el 27 de noviembre de 1989. La investigación estableció que el avión fue destruido por una bomba colocada por el Cartel de Medellín. Apparently, el atentado estaba dirigido contra el entonces candidato presidencial del liberalismo, César Gaviria, quien para su fortuna ese día no abordó el mencionado vuelo.

⁵ Ron Ben Yishai, periodista del diario *Yediot Abaronot*, a quien Klein demandó luego porque Yishai escribió que él había recibido 800.000 dólares de un cartel de la droga para entrenar a sus paramilitares en Colombia.

Capítulo XII: Panamá

Yair Klein estaba a salvo en su recién reformado apartamento de la ciudad ancestral de Yafo, ubicada a escasos kilómetros de Tel Aviv. Como siempre, encontró refugio en sus negocios. Su salida de Colombia había sido atropellada. Pero no pensaba que esto pasaría a mayores, pues confiaba en el respaldo de las autoridades civiles y militares del país suramericano. Por eso se sentía tranquilo.

Sin embargo, una vez más, con todo y los peligros que había enfrentado vendría de nuevo la tentación de la aventura. Un conocido habría de conducirlo hasta un lugar mucho más cerca de Colombia de lo que él hubiera podido imaginar.

A pesar de que me había escapado de Colombia, los estadounidenses estaban interesados en mí porque conocían mi trabajo allá. Aunque nadie hablara, todos sabían a quién entrenaba y para combatir a quién.

Todo empezó cuando fui contratado por los norteamericanos a través de Zvi Bar¹, que en ese entonces era comandante de la guardia fronteriza, y allí conoció al embajador de Panamá en Israel, Eduardo Herrera². Zvi me dijo que el «presidente en el exilio» Erick Arturo del Valle³, se quería encontrar conmigo. En ese exilio, Herrera era el ministro de Defensa.

Viajé con Zvi y Dror Eyal a Miami. Dror era mi segundo de a bordo, siempre trabajé con él. Como él sabe español, era muy importante para mí. Nos encontramos en la primera cita con el presidente exiliado Del Valle y con Eduardo Herrera, quien trabajaba con él de forma permanente y era el contacto del gobierno en exilio con la CIA. Todo esto tenía como fin hacer caer el régimen de Noriega. Eduardo Herrera, comandante en jefe antes de los hechos que originaron el exilio, fue también embajador de Panamá en Israel y ministro de Seguridad Pública del gobierno en exilio del presidente destituido.

Zvi no participó en esta primera cita, porque ninguno quería —ni él ni los demás. En esa reunión me contaron por qué estaban en Miami y todo lo relacionado con Noriega, la manera como se había tomado el poder y cómo querían salir de él. De hecho, pienso que querían asesinarlo, aunque no mencionaron el término «asesinar» específicamente. En resumen, querían removerlo del poder y poner a Eduardo Herrera como presidente. Del Valle había reemplazado a Torrijos después de su muerte.

Me dijeron que querían retomar el poder en Panamá, que habían oído de mí en el Ministerio de Defensa de Israel y que como conocían a Zvi Bar, hablaron con él y al final me escogieron para intentarlo.

No me tragué del todo la historia que me contaron porque sabía que en realidad era la CIA la que me había escogido. Me vieron trabajar en el Líbano, tenían la información completa del Ejército sobre mí, habían visto mi trabajo en Colombia y ellos lo decidieron.

Una operación así no se le ofrece a cualquiera. Era un golpe de Estado; no una revolución popular en realidad, sino un golpe desde afuera para tomar el poder.

—Queremos que nos presentes un plan de trabajo, Klein.

—Eso no se puede hacer de manera improvisada. Necesito regresar a Israel, recabar información, hacer inteligencia; se requiere de muchas cosas para formular un plan y necesito meter gente en Panamá para estar constantemente enterado de lo que está pasando.

Nos pusimos de acuerdo. Una cosa que me convenció fue la aventura. Era en realidad una operación ilegal, doblemente ilegal: primero, porque en Estados Unidos está prohibido realizar maniobras para deponer gobiernos; por eso activan gobiernos en el exilio, para que los gringos queden en segundo plano, en la sombra. Pero tendríamos el total respaldo de ellos, de los norteamericanos.

Después de la cita en Miami, regresé a Israel a organizar y diseñar el plan de trabajo con los panameños. Tres semanas más tarde volví a Miami, donde me encontré con Eduardo Herrera. Tenía mi plan general y lo presenté ante el gobierno en exilio: consistía en entrenar fuerzas en el exterior, primero en Colombia y luego trasladaríamos todo a Antigua⁴, más cerca de Panamá.

Yo monté en persona una compañía de seguridad en la ciudad de Panamá, con permiso del gobierno panameño, del general Manuel Antonio Noriega. Nuestro proyecto consistía en tener un centro de operaciones para alarmas electrónicas, que permite que al sonar se mandara a alguien a revisar. No existía en Panamá una compañía así en aquella época. Se llamaba Punta de Lanza... todo lo que hice en el mundo se llamaba así. Conseguimos una oficina y el personal para poder observar dentro del país, hacer inteligencia, que era nuestro primer propósito. En ese momento quedó claro para mí: sin los estadounidenses sería imposible desarrollar una operación así, pero no tenía prueba alguna en directo de que los ellos lo aceptarían.

Para entrenar a los combatientes, pensaron en Colombia y en la pequeña isla caribeña de Antigua, donde el gobierno local dio el permiso respectivo. Para el armamento requerido, Klein contactó al brigadier general en retiro del Ejército israelí, Pinchas Sachar, y a través de Eduardo Herrera se recibió el dinero: 80.000 dólares.

Y fíjate que el mejor contacto que teníamos en Panamá era Luis Meneses⁵. Sí, el mismo Luis Meneses del Magdalena Medio. Su hermana estaba casada con un integrante de los escoltas personales de Noriega y quien los entrenaba era un capitán israelí que fue uno de mis soldados en la patrulla «espía»; su código era «Pescador» porque siempre estaba en el mar, pero no recuerdo su nombre⁶. Él, de hecho, trabajaba en ese tiempo con el Estado de Israel, con el conocimiento y permiso de Israel. Estaba conectado con Harari⁷, uno de los jefes del MOSSAD. Harari tenía negocios con Noriega.

Como yo trabajaba en Panamá, tuve relación directa con la inteligencia que se hacía, y en unas cuantas semanas pude dar a los norteamericanos una información crucial sobre Noriega: que se había vuelto homosexual. Que Noriega, a quien consideraban el prototipo del «macho» porque se acostaba con todas las mujeres de sus oficiales, era homosexual o, cuando menos, bisexual.

Entrevistamos a un joven con quien Noriega se había acostado y luego lo había hecho tirar por un despeñadero. Pero el joven

sobrevivió y lo contactamos a través del funcionario de seguridad que era cuñado de Luis Meneses. Este oficial nos confesó que él mismo había arrojado al joven al abismo y que después supo que el muchacho había sobrevivido, pero postrado en una silla de ruedas. El oficial se encargó del joven después.

Investigando, descubrimos también la base donde se encontraban las urnas con los votos falsificados para las elecciones que serían tres meses después. Quiero que entiendan que allá teníamos una red de cuatro personas súper profesionales, encargadas de hacer inteligencia de campo e inteligencia económica y de desarrollar un sistema de información que es indispensable para el trabajo y que cuesta muchísimo dinero.

Mis investigadores llegaron en forma clandestina, como si pertenecieran a un grupo de periodistas británicos. Todos eran súper profesionales retirados de los servicios de seguridad de Israel y de Gran Bretaña.

También recibimos información certera de que si pasaba algo, como un ataque a Noriega o una revuelta, sus guardias no iban a intervenir debido a que lo odiaban a muerte porque los trataba como perros. Una semana después de recibir el informe, Herrera me llamó y me pidió que fuera con urgencia a Miami.

—Las personas con las que trabajo no aceptan tu informe, dicen que estás mintiendo, que te inventaste todo.

—Tú trabajas con idiotas, los de la CIA nunca han logrado nada en ninguna parte. Pero no hay problema, dame lo que me debes y me voy.

—Bueno, vete y te daré el dinero.

Regresé entonces de Miami a Israel, y tres semanas después se apareció Zvi Bar en mi oficina:

—Oye, Eduardo Herrera está tratando de comunicarse contigo desde hace una semana y no te encuentra. Él habló con Dror porque entiende que tú no estás dispuesto a hablar con él. Quieren que regreses de inmediato a trabajar en Panamá.

—Zvi, yo no vuelvo a Panamá; no trabajo ni con ladrones, ni entre idiotas.

—¿Por qué ladrones? —pregunta.

—Me deben plata, saqué dinero de mi bolsillo, le pagué a la gente y no he recibido lo que habíamos convenido.

—Tú recibirás toda tu plata, pero debes volver a Panamá.

—Zvi, yo quiero mi plata y no hablaré de nada hasta que me la entreguen.

Cuando transfirieron el dinero a mi cuenta bancaria, les di gracias pero no volví. Eran 250.000 dólares.

Empezaron a enviar emisarios: Zvi vino, Herrera también llegó una vez a Israel... Me pidieron perdón y por primera vez admitieron que la CIA estaba detrás de todo, que las fuerzas que trabajaban en Panamá les dijeron que lo que yo había señalado era pura paja, pero alguien de la CIA —precisamente quien había dado el visto bueno a mi llegada— solicitó hacer una investigación sobre lo planteado en el informe, y resultó ser cierto. Les dije que por el servicio adicional, me debían pagar 250.000 dólares más y por adelantado. Así lo prometieron. Todo se usaría exclusivamente para gastos.

Tres semanas después de reanudar mi trabajo, recibí un mensaje urgente que me pedía ir a Miami. Cuando llegué, Herrera me anunció que teníamos que salir de Panamá de inmediato.

—No depende de ustedes, ustedes no tienen nada que ver. No puedo decirte por qué, pero tienen que salir ya.

—Yo no me voy.

—¿Por qué?

—Hasta hoy he trabajado con pérdidas y no me voy hasta que me paguen lo que me deben.

Después de hacer toda una investigación, descubrí que Herrera recibió toda mi plata y no me la dio. Era una suma importante —250.000 dólares— para completar los 750.000 dólares que habíamos acordado por la totalidad del trabajo. Se habla de grandes sumas porque son países, no compañías, los involucrados. Eduardo Herrera llamó a la CIA y se quedó con los 250.000 dólares. Pero en ese momento yo no tenía ni idea de lo que él había hecho.

—Primero, Eduardo, yo no me voy de Panamá porque no me han pagado; y segundo, usted no me puede ordenar salir.

—Tú sabrás los motivos después de tres meses —me contestó.

Como una amiga que estaba en Miami me había invitado a tomar un crucero por el Caribe, al salir del encuentro con Eduardo me fui directamente.

Es curioso que Zadok Maganda, un amigo del restaurante en Israel, hubiera estado en Miami y, al llamarlo, decidiera hacer el crucero con nosotros.

Y mi amigo Arik Afek también se encontraba en el barco, porque había resuelto ir con nosotros al paseo.

Al segundo día del crucero, Zadok me propuso participar en una competencia de tiro a platillos de arcilla que había:

—Ve a competir, eres un oficial israelí y seguro que ganas.

—Un oficial no puede disparar a platillos de arcilla, eso es para profesionales. ¿Y además qué gano?

—El que quede de primero, recibe una cena con el capitán.

—El capitán no me interesa.

—Ah, tú tienes miedo —tú esto, tú lo otro...

Fui para tratar de detectar cuál era el cuento. La máquina disparaba los platillos; había un tiro fácil primero, después uno más difícil, luego uno más difícil —se tiraba al aire sobre el agua— y más adelante el más difícil, porque el platillo iba a ras del agua. El último se soltaba a lo largo del barco: la máquina estaba fuera del barco como a un metro, y quien quisiera dispararle al platillo, tenía que agacharse por fuera de la borda para darle.

Vi la cuestión y decidí participar. Como les di a los platillos, por la noche estaba en la cena con el capitán, a la vista de todos. En medio de la comida, mi acompañante se levanta como toda una dama elegante para ir al baño, y de pronto la veo pálida, haciéndome señas de que fuera a donde ella estaba. «¿Qué puede pasar en medio del Caribe?», me pregunté. Fui a ver qué le sucedía. Ella me previene: «Yair, saliste en CNN⁸. Cada media hora están pasando una película en la que muestran cómo entrenaste a la gente del cartel de las drogas en Colombia y mencionan tu nombre».

Me dice que vaya a mirar, y veo que aparece en CNN la película que yo mismo hice, y que en la misma CNN la interpretan como que soy un criminal, un comandante israelí que entrenó al cartel.

Le pedí a la chica que se calmara y volvimos a la cena. De ahí en adelante solo salí de mi cuarto dos veces en los cuatro días del crucero. Tenía claro que los norteamericanos, la CIA específicamente había montado este juego y con seguridad la agencia sabía que estaba en Estados Unidos y me seguía el rastro.

La primera vez que salí de la habitación en esos cuatro días fue a buscar un uniforme de aseo; la segunda fui a la lavandería del barco, donde encontré ropa del servicio de limpieza, balde, trapos, gorro y me los llevé al cuarto. Yo sabía que solo podría salir así del barco.

Cuando llegamos al puerto, me puse el overol azul, el gorro; tomo con mis manos el balde y el trapo y espero a que la línea de gente empiece a salir. Le digo a mi compañera que coja mi pasaporte y salgo con la gente como uno de los empleados. No miré si me buscaban o no; simplemente atravesé la puerta de entrada al puerto. Afuera me había quedado de encontrar con la joven. A Arik y a Zadok Maganda les dije que se alejaran de mí —este último estaba con su hija y una amiga.

Pasé inadvertido y me encontré con mi amiga, a quien le pedí el pasaporte y que se fuera. Aunque mi objetivo primordial era llegar a Israel lo más pronto posible, tuve que esperar un día en Miami pues cada viernes hay un vuelo directo de El Al a Israel vía Toronto y un día antes el vuelo es de venida: Tel Aviv-Toronto-Miami.

El viernes llegué al aeropuerto de Miami y me encontré con un joven llamado Bella, un funcionario de seguridad de la aerolínea El Al en el aeropuerto. Habíamos estado juntos en el Ejército como capitanes. Nos encontramos, nos abrazamos, sin que él supiera cuál era mi rollo. Quería preguntarle si ocurría algo, si había una orden de extradición, porque él de seguro me lo diría. Al parecer, no había orden oficial de capturarme.

Hice todo el procedimiento con mi pasaporte y mandé la maleta. Solo en ese instante comprendí cuán idiotas son los estadounidenses. Ellos buscaban a Yair Klein y en mi pasaporte soy Yair Gal. Todo se remonta a una época muy anterior a todos estos

hechos, en la que pertenecía al Ejército israelí como soldado activo. Salí con una delegación de oficiales, después de matar a veintidós terroristas que venían en tres grupos para entrar a Beit Shaán, Petach Tikva y Jerusalén en la noche de la fiesta de la independencia. Como premio, el Tzahal (Ejército de Defensa de Israel) había dado una botella de champaña por cada terrorista muerto y el grupo iba a un restaurante. Por este caso, a mí me unieron al grupo de oficiales en la delegación (anual) y como Klein no es hebreo, tuve que hebraizar mi apellido a Gal. Durante veinticinco años, mi nombre fue Gal y cuando trabajé en Colombia mi apellido era Gal. Los norteamericanos buscaban primero apellido y luego nombre... Buscaron Yair Gal. En todas partes yo escribía Yair Klein Gal y en la marquilla de la maleta también, porque si no, no la encontraría.

En ese momento Arik no trabajaba con los estadounidenses, pero creo que desde ahí empezó a hacerlo. Luego sabría que Arik en realidad se prestó de manera voluntaria a informar sobre Yair Klein.

Cuando reventó el asunto en la televisión, no salió nada sobre mi trabajo en Panamá. Fue el episodio de Colombia el que hizo que yo me largara de Panamá. Lo cierto es que cuando el Senado dio el visto bueno a los soldados para invadir a Panamá, ya no necesitaban de mis servicios.

Mandé la maleta de Miami y subí a los ventanales del aeropuerto para mirar qué pasaba. Me dije: «Si veo que la maleta sale, me monto al segundo bus que lleva a los pasajeros al avión». Vi a lo lejos cómo el primer bus sale, después de doscientos metros lo paran, la Policía lo intercepta, bajan a todos los pasajeros, cada cual identifica su equipaje y queda una maleta. Hay situaciones en las que se chequea que cada maleta tenga su dueño y que no hayan metido una bomba. Aquí no se corre ningún riesgo.

Pensé en la grave posibilidad de que los norteamericanos supieran que yo que estaba tratando de salir hacia Israel y decidí viajar a Toronto en otro vuelo, pensando que tal vez alcanzaría a coger el vuelo de El Al de Toronto a Tel Aviv. Lo importante era salir de Estados Unidos. Logré llegar a Toronto y me fui directa-

mente al mostrador de El Al. Allí estaba una chica llamada Tova, que había sido mi novia a los diecisiete años. Me dice: «Yair, has ocasionado un despelote terrible: el avión fue retenido durante dos horas porque te estaban buscando y no te encontraron, y solo después de la búsqueda dieron permiso de despegar».

Me preguntó cuál era la historia y yo con rapidez le conté todo. En ella encontré una solidaridad total: «Espera, voy a traer a la azafata jefe del vuelo Toronto-Tel Aviv (que iba a relevar a la azafata del vuelo Miami-Toronto); ella te pasará directamente al avión. Es amiga mía».

La llamó por radio y al rato llegó. Era Orli, una amiga muy querida; se me tiró encima y me besó. Ella está casada con mi mejor amigo, Benzi Weiner.

—Yair, ¡estás loco!

—¿Qué pasó?

Me muestra el periódico *Yediot Aharonot*, en donde habían reproducido todo lo que había salido en CNN.

—Cuando te avise, te subes conmigo, de la mano, directo al segundo piso del 747.

Llegó el avión de Miami y subimos. Así fue como regresé a Israel.

Aquí nadie sabía de mi regreso. De lo contrario, hubiera habido gran conmoción. Del aeropuerto, ese viernes, mi abogado y el periodista Chanan Azran⁹ me llevaron a su programa de televisión para contarle toda la historia. Entonces Azran me dijo: «¡Voy a escribir sobre todo!, voy a hacer un libro».

Tres semanas después, Azran recibió una amenaza de muerte y lo llamaron del Servicio de Seguridad General de Israel para decirle que no intentara escribir un libro y que su vida podría correr peligro al convertirse en blanco de los norteamericanos.

Fue por esos mismos días cuando los colombianos se despertaron, aunque no fueron ellos sino los gringos quienes los despertaron. Les dijeron que yo había trabajado con el cartel de las drogas, cosa que era muy negativa, ya que hace veinte años la cuestión del terrorismo no había relegado como ahora a un segundo plano

el asunto del narcotráfico. Los colombianos entonces me acusaron de haber trabajado con el cartel y con los paramilitares. Más tarde cambiaron la acusación, porque era más cómodo escribir «terrorista», y mientras trabajar con el cartel o los paramilitares tiene prescripción, el terrorismo no.

Yo trataba de contar mi historia, pero a nadie le interesaba. Una semana después de expedir Colombia la orden para mi enjuiciamiento, los estadounidenses dieron un ultimátum a Israel, con amenaza incluida: si no me llevaban a juicio, ellos retendrían las partidas del presupuesto de la ayuda norteamericana a Israel.

Me llamaron de la Policía israelí para un interrogatorio y se me acusó de realizar entrenamientos sin autorización y vender secretos militares. Yo les respondí que había pedido permiso y ellos me dijeron:

—Todo lo que dices es correcto, pero hay una ley en el país que dice que desde el grado de mayor hacia arriba, no se puede trabajar sin permiso.

—Pero si yo pedí permiso. Tengo testigos, mi abogado estaba conmigo.

—No nos interesa lo que tengas con el ministro de Defensa. A nosotros como Policía nos interesa la ley.

Y me llevaron a la corte. Lo hicieron muy rápido. La Fiscalía le pidió a mi abogado que me hiciera admitir mi culpabilidad —para silenciar todo este episodio— y que pediría tres meses condicionales por este delito. Ese sería el acuerdo también con la corte.

Comenzó el juicio y admití lo que el abogado me dijo, lo que también me ahorró tener que traer a un representante del Ministerio de Defensa a rendir testimonio. La juez se retractó tres meses después: «Yo no acepto el acuerdo. ¿Qué la montaña dio a luz a un ratón? Después de todo lo que se dijo... cartel, 800.000 dólares..., ¿él solo queda con lo de la venta de información secreta?».

Ella quería enjuiciarme por todo: por fin recibía un juicio interesante y serio, estaba a punto de jubilarse y le dijeron que eso era lo que la Policía había traído de la investigación, y ella seguro quería lucirse en lo que de pronto resultaría ser su proceso más

importante. Me condenó entonces a un año de libertad condicional y 80.000 shekels¹⁰ de multa. Me puso esa multa que no estaba en el acuerdo, me dio un año de condicional y dejó todos los cargos que indicaban que era un espía que había vendido información.

Debido a la reglamentación vigente (tengo el grado de coronel, es decir, estoy por encima del grado de mayor), yo había admitido haber trabajado sin permiso. Apelamos de inmediato —uno de los jueces era de los más conocidos en Israel— y por la suma simbólica de un shekel me fueron retirados los cargos.

Ante una nueva apelación, mi caso llegó a la Corte Suprema. Allí, cuando conté cuál había sido el acuerdo con la Fiscalía, el juez principal me dijo:

—Señor, ¿me puede explicar —para que yo entienda— por qué entonces confesaron en el juicio? Según su defensa, ustedes recibieron el permiso.

Yo le expliqué que había ido a pedir el permiso y que me dijeron que no se necesitaba en absoluto. Le dije: «Si usted está en el Ejército, hasta para vender una crema dental necesita permiso del SIBAT, pero si entrena, no lo necesita».

(A propósito, después de mi juicio, cambiaron la ley.)

El juez le dijo al fiscal: «Le recomiendo que salga de la sala y hable con ellos, para que se pongan de acuerdo en lo que hablaron antes».

Salimos con el fiscal, que no estaba dispuesto a hacer ningún cambio: él quería dejar los cargos, la multa de 80.000 shekels y la pena por la venta de información secreta.

El juez, una vez adentro, preguntó por el resultado. Dan Cohen, mi abogado en ese momento, le explicó que la Fiscalía no quería hacer ningún acuerdo, a lo que el juez respondió:

—Señor fiscal, le recomiendo que salga y llegue a un compromiso con ellos, porque si yo tengo que terminar esto, quito todos los cargos y anulo la sentencia.

El fiscal pidió un permiso de cinco minutos para llamar a su oficina. Luego regresó y dijo:

—Nosotros cancelamos todo. Dejamos solo lo correspondiente al entrenamiento sin permiso y retiramos la multa. Quedan

los tres meses de libertad condicional, que se cambiarían a un año si repitiera el delito.

Es la primera vez que me juzgan por mi trabajo en Colombia. Según las leyes internacionales, a una persona no se le puede juzgar dos veces por el mismo delito. Y en Colombia me juzgaron otra vez, pero allí cambiaron el cargo (al de terrorista) después de diez años, en 2001.

En todas partes dicen que pagué la multa, pero yo no entregué ni un centavo de los 80.000 shekels.

Notas

¹ Zvi Bar, político israelí que durante cuatro períodos consecutivos fue elegido en Ramat Gan, ciudad contigua a Tel Aviv. En 2004 es interrogado por la Policía, por supuestos actos de corrupción. En 2011, el Ministerio de Justicia lo acusó junto con otros cinco ejecutivos de compañías de construcción inmobiliaria por soborno, fraude, falsificación, obstrucción a la justicia, evasión de impuestos y lavado de activos.

² Eduardo Herrera Hassan, coronel del Ejército de Panamá, fue embajador de su país en Israel hasta 1988, cuando fue destituido por el general Manuel Antonio Noriega y tuvo que vivir refugiado en Miami, Estados Unidos. En esos meses, la prensa divulgó rumores que indicaban que Herrera (pariente del general Omar Torrijos) estaba organizando una fuerza armada irregular para intentar derrocar a Noriega. Pero Estados Unidos decidió invadir Panamá el 20 de diciembre de 1989. Herrera regresó al país tres días después, según él, por pedido del presidente impuesto Guillermo Endara. Noriega se entregó el 3 de enero de 1990, y Herrera Hassan asumió la nueva Fuerza Pública Panameña (FPP).

³ Erick Arturo del Valle, empresario y político panameño. En 1984 fue elegido presidente del Partido Republicano y vicepresidente de la república. Fue presidente entre el 28 de febrero de 1985 y el 26 de febrero de 1988, tras la renuncia del mandatario Nicolás Ardito Barletta, y derrocado por el general Manuel Antonio Noriega. A partir de entonces conformó un gobierno en el exilio en Estados Unidos.

⁴ Antigua, isla del Caribe donde Klein tuvo el propósito de instalar una escuela de entrenamiento para fuerzas antiterroristas.

⁵ Luis Meneses, oficial retirado colombiano, pieza fundamental para el paso de Klein por el Magdalena Medio, que luego tomaría el alias de *Ariel Otero* para convertirse en uno de los líderes del paramilitarismo.

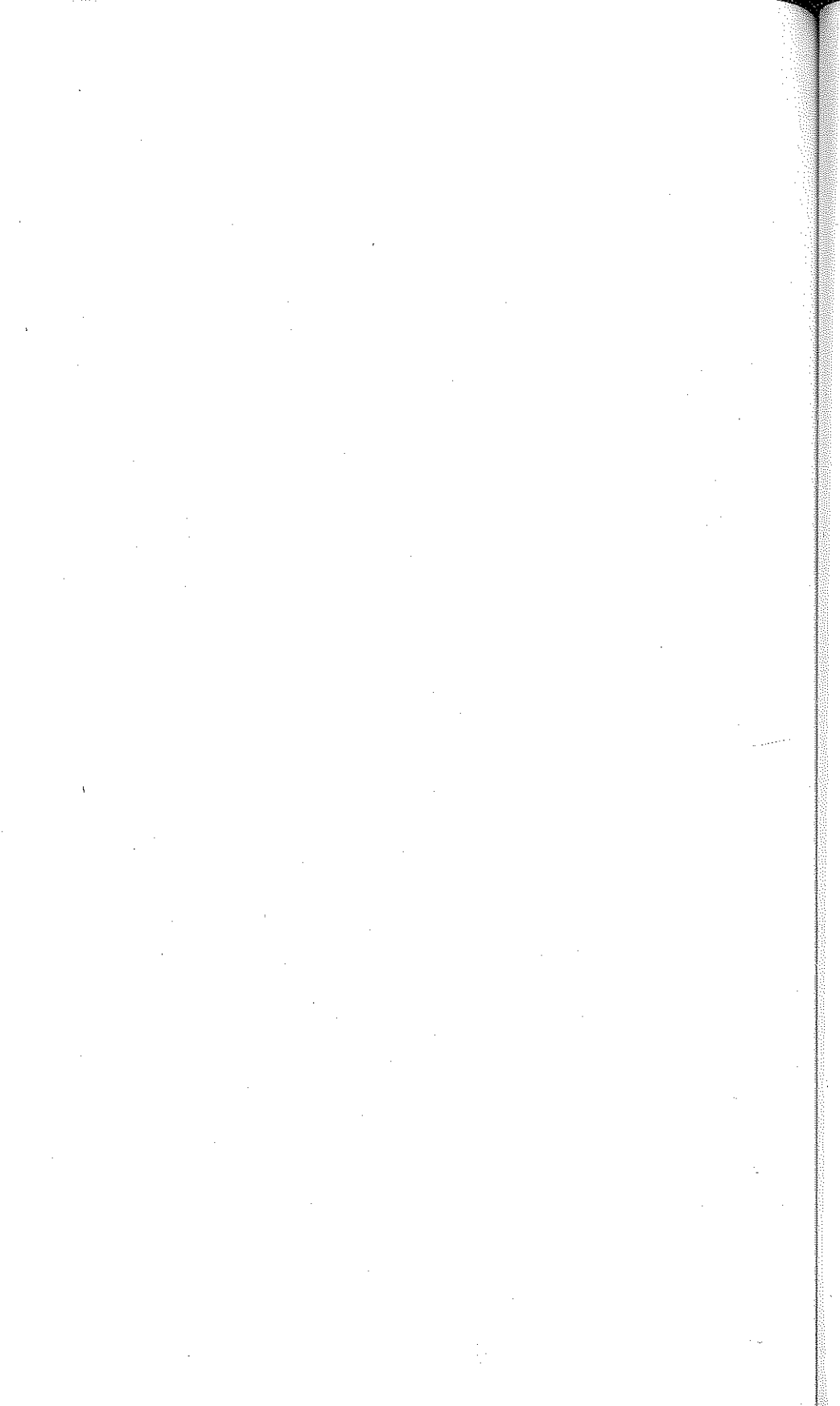
⁶ «Pescador». Así fue identificado un agente secreto de la seguridad israelí que provenía de un sistema de granjas israelíes conocida como *Mo-shav*. Fue asesor en temas económicos y militares del gobierno de Noriega.

⁷ Michael (*Miki*) Harari, ex agente del MOSSAD que recibió del general Noriega el pedido de entrenar a su guardia personal. Gran amigo y socio de Noriega.

⁸ CNN, cadena de televisión estadounidense que emitió por primera vez la filmación. Luego el Noticiero Nacional en Colombia reprodujo también el video grabado por Klein durante el primer entrenamiento en el Magdalena Medio.

⁹ Chanan Azran, periodista de la televisión israelí que escribió luego el libro *Punta de Lanza, la historia de un mercenario israelí*, publicado por la editorial Tammuz en 2004.

¹⁰ Shekel, moneda nacional de Israel. Los 80.000 shekels equivalían a unos 13.400 dólares de Estados Unidos.



Capítulo XIII: Antigua

Uno de los episodios más conflictivos de esta época fue el tráfico de armas israelíes, cuyo objetivo —legal para las autoridades de Israel— era nutrir la escuela de entrenamiento antiterrorista que planeaba instalar Yair Klein en la isla de Antigua.

Localizada al este del mar Caribe, forma parte del Estado Antigua y Barbuda. Su ubicación fue considerada privilegiada por Klein y sus socios, para servir de puente entre el Medio Oriente y el continente americano.

Como lo resume bien el periodista Chanan Azran en su libro *Punta de Lanza*, la historia de un mercenario israelí: «Un barco que transporta armas zarpa de Israel hacia Antigua. El armamento será usado en la escuela de entrenamiento para la guerra contra el terrorismo, que Klein planeó abrir en Antigua. Campesinos de Colombia iban a ser entrenados en esa escuela. De acuerdo con el plan, la fuerza entrenada serviría como punta de lanza de la invasión militar ordenada para Panamá. Pero al final, esas armas encontraron el camino hacia la cabeza del cartel de las drogas en Colombia, Rodríguez Gacha»¹.

¿Qué pasó en realidad? Como se mencionó en el capítulo anterior, según Klein, el primer paso era en Colombia y luego todo sería trasladado a Antigua. Y ese momento se dio cuando Klein preparaba la invasión a Panamá. Así lo recuerda Klein:

Viajamos a Antigua donde contactamos al gobierno local y recibimos su autorización para montar una escuela internacional de antiterrorismo y supervivencia —lo mismo que quiero hacer ahora aquí en Israel. Mencionamos que para una escuela así, se necesitan armas. Los entonces ministros de Defensa y de Relaciones Exteriores de Israel aparecen como firmantes en los permisos de comprar y traer equipo y usarlo. Pero al frente de todo el proceso estuvo el brigadier general (retirado) Pinchas Sachar². Su compañía,

Nova International, gestionó la compra ante la Industria Militar de Israel (IMI). Además, pasé toda la información del proyecto a Maurice Sarfati³, la persona que nos conectó con Antigua: le di la lista de lo que necesitaba y él se ocupó de todo, dinero y armas israelíes.

No sabíamos de dónde provenía el dinero —lo recibimos de Eduardo Herrera— y no me interesaba averiguarlo. Nos entregaron dos cheques, yo tenía una cuenta en Panamá y allí los consigné y transferí el dinero a Israel. Fueron los 80.000 dólares que supuestamente recibí del narcotráfico colombiano, según la acusación que me formularon después. Aunque nadie me lo dijo, no tenía que adivinar de dónde venía el dinero porque lo sabía perfectamente: de la CIA. Estados Unidos se hizo cargo de la parte económica. Prueba de ello son los dos primeros cheques que obran en mi poder y que llegaron de Washington.

No era la primera vez que Antigua se utilizaba como trampolín. Ya Estados Unidos había usado esta paradisíaca isla para transportar armas para la Contra nicaragüense. En Antigua, las autoridades parecían hacerse las de la vista gorda. La familia Bird⁴, controlaba todo el poder y Sarfati era su aliado.

Y fue Vere Bird⁵, entonces primer ministro, quien aprobó la creación de la Escuela de Supervivencia y Antiterrorismo que dirigiría Yair Klein en la isla. Entre sus propósitos no solo estaba el asunto de Panamá, sino la generación de un negocio que pudiera servir a cualquier gobierno o institución que quisiera este tipo de preparación militar.

Según la orden de compra enviada por Sachar, con la firma de Vere Bird estampada, se comprarían quinientas armas entre las que había subametralladoras Uzi, rifles Galil y fusiles de calibres 7.62 y 5.56. También se solicitaron proveedores y balas.

Cuando funcionarios de la IMI pidieron información sobre el destinatario final, el ministro Vere Bird escribió una nota en la que afirmaba que eran para la «guardia de Antigua». En Israel, los propios ministros de Relaciones Exteriores —Shimon Peres— y de Defensa —Yitzhak Rabin—, aprobaron la compra⁶.

El 28 de marzo de 1989, el barco danés Else Thuesen zarpó del puerto de Haifa con el cargamento militar. Pero aquí se presentó la primera irregularidad: la Declaración de Aduanas indicaba que se trataba de repuestos industriales y no de armas. ¿El argumento? Razones de seguridad. Al parecer, no era la primera vez que esto sucedía. Pero, al llegar a Antigua, el contenedor pasó directamente a otro barco, el Sea Point⁷.

El rastro se perdió hasta cuando hubo un allanamiento a una finca del narcotraficante Gonzalo Rodríguez Gacha y allí apareció parte de ese armamento. El gobierno colombiano elevó su protesta y la IMI comprobó que las series de los Galil y las Uzi encontrados en la hacienda del capo provenían del cargamento enviado a Antigua. Los panameños, por su parte, dijeron que las armas eran para ellos y ahora reclamaban su dinero de vuelta.

En medio de este escándalo estaba Yair Klein, a quien acusaron de todo por tener una doble condición: ser entrenador de paramilitares y creador del proyecto de la escuela de contrainsurgencia de Antigua.

Él sostiene que nunca negoció con Rodríguez Gacha, nunca lo conocí ni tuve negocios con él.

A Israel lo culparon de haber mandado armas de manera ilegal a Antigua. Y dijeron que era Yair Klein. A Israel lo acusaron, pero el envío de armas a Antigua fue absolutamente legal. El problema es que en Antigua, cuando estalló mi escándalo [se refiere al video presentado en televisoras de Colombia y Estados Unidos], cogieron un documento de mi compañía, Spearhead (Punta de Lanza); cambiaron todo el contrato—se trataba de cartuchos y repuestos de armas, no de armamento—, borraron la palabra «armas» y escribieron «proveedores de balas». Y yo dije, pero si voy a hacer una escuela, ¿para qué proveedores de balas? Entonces revisé el documento y noté que tenía el logotipo de mi compañía, pero era el logo antiguo que ya no usábamos en ese momento. Mi primer logo es la mitad de un cuerpo con una lanza, y el nuevo es un cuerpo de hombre—un macabeo⁸—entero, también con una lanza como defensa. Entendieron de inmediato que era una falsificación. Lo

triste es que todo lo que hago termina al final generando problemas al Estado de Israel.

Klein tiene razón. Desde que se descubrió este gran negocio de armas vía Antigua, Israel fue mencionado como responsable. Sin embargo, un informe elaborado por una Comisión Judicial de Investigación en la isla, cuyo contenido fue divulgado por el periodista Jeff Leen⁹ en el Miami Herald del 2 de diciembre de 1990, «exoneró al gobierno israelí de cualquier complicidad directa». Según Leen, el comisionado afirmó: «Mi hallazgo central en relación con Israel es que ni el gobierno, ni su Ministerio de Defensa, tuvieron la menor idea de que la remisión de armas y municiones tenía como destino a Colombia, y como destinatarios exclusivos a los barones colombianos de la droga».

De acuerdo con las revelaciones del periodista norteamericano, no obstante «el informe halló a los funcionarios israelíes culpables por negligencia al permitir que las armas fueran a parar en manos de traficantes de cocaína», a lo que el vocero encargado de prensa de la Cancillería israelí, Barukh Binah, respondió: «No hubo negligencia».

Además del contenido del informe de la justicia de Antigua, Leen recordó cómo «la Policía colombiana hizo su propio hallazgo: 215 rifles Galil en una finca de propiedad de Rodríguez Gacha. Los colombianos suministraron los números de serie al gobierno israelí y este identificó las armas como parte de un embarque remitido al gobierno de Antigua y Barbuda (...) Los colombianos protestaron ante el gobierno de Antigua. Este dijo que no le había solicitado armas a Israel». Antigua pasó, pues, de hospitalario anfitrión a inocente actor en el escándalo.

Lo triste y comprometedor de esta historia es que varias de las armas del cargamento de Antigua terminaron implicadas en crímenes de lesa humanidad en Colombia. El más relevante de ellos, el asesinato del candidato liberal Luis Carlos Galán.

Notas

¹ P. 258.

² Pinchas Sachar, brigadier general de las Fuerzas de Defensa de Israel, fue el firmante de la solicitud de armamento para ser transportado a la isla de Antigua, presentada a la Industria Militar Israelí (IMI).

³ Maurice Sarfati, hombre de negocios israelí residente en Antigua y contacto clave para toda la relación entre el gobierno local y Klein.

⁴ Los Bird (Vere y sus hijos Vere y Lester) accedieron al poder desde cuando Antigua se independizó y entró a formar parte de la Mancomunidad Británica. Se repartieron los cargos más altos y, como Lester es abogado, Sarfati aprovechó la circunstancia para utilizar los servicios de su bufete y quedar íntimamente relacionado con esta familia de políticos.

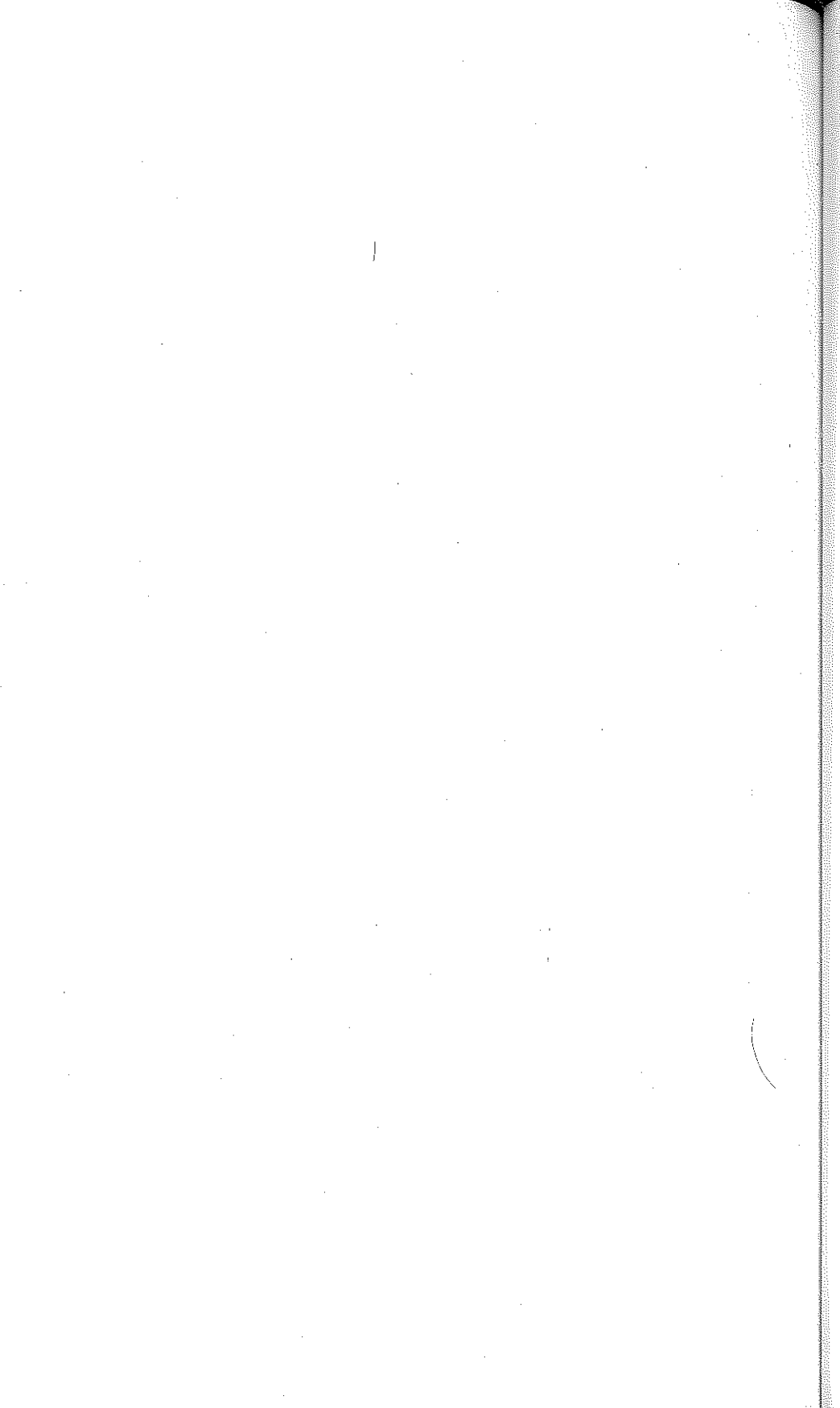
⁵ Vere Bird se interesó en el proyecto porque, como dueño de una agencia de viajes, se dio cuenta de que allí podría haber una mina de dinero: todos los alumnos podrían arribar a Antigua mediante la gestión de su oficina.

⁶ Azran, p. 274.

⁷ Según un artículo publicado en el diario *El Tiempo* de Bogotá el 6 de agosto de 1990, los marineros del *Sea Point* «fueron contratados para la operación a través de la empresa Sea Gulf Overseas, Inc., registrada en Panamá y propietaria del buque *Sea Point*, nave que en abril de 1989 trajo el material bélico hasta aguas jurisdiccionales colombianas, en proximidades al departamento de Córdoba».

⁸ Macabeo, integrante del movimiento de liberación judío, que luchó por independizarse del rey Antíoco IV, en el siglo II a. C.

⁹ «Anatomía del escándalo Klein», *El Tiempo*, Bogotá, 2 de diciembre de 1990 (ver <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-27927>)



Capítulo xiv: Soacha

A tardecía en la fría Bogotá cuando Luis Carlos Galán, candidato oficial del Partido Liberal a la Presidencia de la República, salió a su cita con la muerte. Esa noche del 18 de agosto de 1989, Galán llegó a la plaza principal de la vecina localidad de Soacha; apenas alcanzó a subirse a la tarima cuando cayó en medio de la ráfaga de una subametralladora Mini Atlanta 380¹ disparada por Jaime Eduardo Rueda Rocha, uno de los más aventajados alumnos de Yair Klein en el primer curso que dictó su grupo de instructores israelíes en Puerto Boyacá.

Solo había transcurrido año y medio desde la primera «graduación» y Rueda Rocha, al igual que otros de sus compañeros de aventuras, bañaba de sangre al país. Uno de ellos, Carlos Castaño —ya convertido en jefe de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC)—, fue quien coordinó el operativo, así como los de los magnicidios de Carlos Pizarro Leongómez, comandante del desmovilizado grupo M-19 y en ese momento candidato presidencial², y del aspirante por la Unión Patriótica a la Presidencia de la República, Bernardo Jaramillo Ossa³, y de tantos otros atentados que extinguieron a este último partido político. Según John Jairo Velásquez, alias *Popeye*⁴, fue él quien consiguió el dinero para armar el atentado a Galán y adquirió el arma homicida.

* * *

Tiene cara de niño. De niño bogotano, con su piel blanca y las mejillas rosadas. Me sorprende saber que el año entrante llegará a los cuarenta años. Juan Manuel Galán es la mezcla perfecta de sus dos progenitores, Luis Carlos Galán y Gloria Pachón.

En nuestro primer encuentro, que termina casi al final de una noche de campaña electoral, después de leer varios capítulos de este libro llegamos a la conclusión de que es imprescindible contar lo que pasaba en la Colombia de los años ochenta, para entender cómo y por qué terminaron los israelíes entrenando a los criminales que segaron las vidas de tantos buenos colombianos, entre ellos su padre.

Tres meses después, el nuevo encuentro —esta vez mañanero— está salpicado de anécdotas que nos causan risa, como la de los regaños de Galán cuando las tareas escolares no quedaban bien hechas:

Olga, ¿se acuerda de la fuerza que tenía mi papá para hablar en la plaza pública? Imagínesela igual, pero ya no ante las multitudes. Si llegaba a hacer algo que lo enfurecía... ¡yo era la multitud!

O la situación dramática de amenazas, que obligó a Galán a irse a Oxford por seis meses, que aprovechó para aprender inglés. Comenzaba el gobierno de Virgilio Barco, segundo semestre de 1986. Vivió en el estudio de Malcolm Deas⁵, con un timbre conectado a la Policía inglesa, que debería ser utilizado ante cualquier indicio de algo raro. Un estudio lleno de libros y un sofá-cama, y allí era donde dormía mi papá. Mi mamá fue a visitarlo y recuerda que él era pésimo para cocinar; quiso hacer un arroz y se le quemó. Llegaron los bomberos y la Policía, pero fue por el arroz quemado y no porque hubiera tenido un problema de seguridad.

Otros de sus relatos me causan perplejidad, como: Es curioso, mi papá buscó mucho a Ernesto Samper. Después del atentado a Antequera⁶, en el que salió herido Samper, a mi papá eso le pareció gravísimo y se dedicó a visitarlo todos los días durante no sé cuántos meses en la clínica de Cajanal. Trató de convencerlo de que encabezara su lista al Senado y que asumiera el liderazgo de la campaña, la jefatura de debate. Y Samper creyó que todo eso lo favorecía mucho ante la opinión para seguir solo en su aspiración, que a él no le convenía adherir a Galán. Esa negativa de Samper le cambió totalmente la vida a él: por no haber dicho sí, le tocó posponer su aspiración y terminar aliado con esos tipos.

Conocí a Luis Carlos Galán cuando su mujer y otros reconocidos colegas —recuerdo a Héctor Rincón, Pilar Tafur, Rosita Mora,

Daniel Samper, entre ellos— habían fundado un experimento romántico llamado Periodistas Asociados'. Ya Galán caminaba por el sendero de la vida pública y en cerca de diez años lograría lo que a otros políticos les cuesta decenios de esfuerzo y de trabajo.

Mi papá había tenido una carrera meteórica, vivía muy rápido; inconscientemente sentía que no le iba a alcanzar el tiempo, que tenía que hacer todo rápido, si quería que su carrera trascendiera. En una de las últimas entrevistas (en Venezuela), unas tres semanas antes de su asesinato dio respuestas que después nosotros vimos y nos conmovieron mucho. Le preguntaron:

—¿Tú qué esperas de la vida?

—Ante todo, prolongarla más allá de los noventa.

Él aspiraba a vivir noventa años, pero sabía que el tiempo se le estaba agotando. Lo presentía, porque las frases que dio allá fueron como de testamento. A la salida del Palacio de Miraflores, después de estar con Carlos Andrés Pérez, dijo: «A los hombres se los puede eliminar, pero a las ideas no; en cambio, cuando se elimina a los hombres, se robustecen las ideas».

En Venezuela lo recibieron como presidente y él no se esperaba eso. Había viajado desmoralizado por una coyuntura especial, el atentado que ordenó hacerle Pablo Escobar en Medellín con unos *rockets*: unos muchachos iban a dispararlos a la caravana camino a una conferencia en la universidad. Valdemar Franklin Quintero⁸, comandante de la Policía, lo descubrió; llamó a mi papá y le dijo: «Hemos descubierto un plan para matarlo a usted, se tiene que ir ya; usted no puede dar conferencia, se va para Bogotá». Absolutamente nadie le manifestó solidaridad, nadie lo llamó. Entonces mi papá se sintió tremendamente solo, lo desmoralizó la indiferencia, la indolencia de todo el mundo. Pero todo lo que pasó en Venezuela le levantó la moral; llegó feliz, dichoso. También lo entrevistó Pacheco, a quien le contó que en Venezuela se había encontrado con el ex presidente Rafael Caldera, quien le dijo: «¿Sabe por qué yo quiero que le vaya bien? Porque usted es el único caso que conozco en América Latina, en cincuenta años de vida pública, de una persona rebelde, partidaria del cambio social y la transformación,

que no ha recurrido a la violencia ni al marxismo. Si tiene éxito, usted estaría abriendo un camino en la política en América Latina, demostrando que se puede por otras vías». Él quedó muy tocado con eso. El 18 por la mañana, matan a Valdemar Quintero y la última declaración pública de mi papá fue de rechazo al asesinato de quien le había salvado la vida unos días antes en Medellín.

Hay que retornar al pasado, para entender lo que pasó ese fatídico 18 de agosto de 1989. Juan Manuel recorre la vida de su padre, la fundación del Nuevo Liberalismo, la embajada en Italia, las diferentes elecciones, hasta llegar a un día crucial: el 30 de abril del 84. Es una fecha clave en la vida nuestra, el asesinato de Rodrigo Lara⁹. Ahí la guerra queda absolutamente declarada con Pablo Escobar y el Cartel de Medellín. El episodio previo fue la expulsión de Pablo Escobar de las listas del Nuevo Liberalismo al Congreso del 82, pues cuando las estaba confeccionando, Iván Marulanda, el coordinador del Nuevo Liberalismo en Antioquia, lo llamó:

—Hay un personaje que es suplente de Jairo Ortega en la lista. Se llama Pablo Escobar. Es un señor con muchísima plata, que les da regalos a los campesinos, como motores fuera de borda; es un derroche y él no puede explicar el origen de su fortuna, es un señor raro [un señor como los «mágicos», como se decía en aquella época].

—Iván, hable con Jairo Ortega, y si no lo quita de la lista, a Jairo y a su Movimiento de Renovación Liberal —un movimiento que tenían William Vélez, Ortega, Escobar y Santofimio— se le excluye, simplemente.

Jairo Ortega dijo que no lo sacaba de la lista. Entonces mi papá hizo ese discurso público en el Parque Berrío, en donde lo expulsó. Ese es el episodio previo a todo lo de Rodrigo Lara. Después viene lo de Enrique Parejo, que asume el ministerio y es él quien por primera vez aplica la extradición. Eso le echa carbón a la hoguera y luego a él lo nombran embajador en Budapest y hasta allá Pablo Escobar le manda sicarios. Lo mismo el episodio de Alberto Villamizar. Villamizar era miembro de la Comisión Primera de la Cámara y el plan de ellos era acabar con la extradición,

eligiendo como presidente de la Comisión Primera del Senado a Santofimio y como presidente de la Comisión Primera de la Cámara a Ortega, para abolirla. Pero el Nuevo Liberalismo armó una estrategia para no dejarse y el único que no se murió del susto con la aspiración a presidente de la Comisión Primera de la Cámara fue Alberto Villamizar. Lo eligieron por un voto, de la Unión Patriótica, y obviamente ahí se frustraron todos los planes de ellos y le mandaron a hacer un atentado a Villamizar en la puerta de su casa, ubicada en la calle 104, que casi lo matan. Fuera de eso, están los asesinatos de varios concejales del Nuevo Liberalismo en Antioquia, en Puerto Boyacá, en el Magdalena Medio y un período de amenazas muy fuertes.

En la misma época en que mi papá está en Oxford, nombran a Villamizar —para salvarlo— embajador de Colombia en Indonesia y Pablo Escobar le manda sicarios hasta Yakarta; la Policía de Indonesia le informa haber descubierto unos tipos que habían llegado con la misión de matarlo. Entonces, le ponen escoltas en la puerta del hotel en Yakarta, una vaina absolutamente exótica.

Cuando regresó de Oxford, empezamos de nuevo a recibir llamadas. Claro que nosotros —sus hijos— no sabíamos; siempre nos escondían todo, pues éramos muy jóvenes (teníamos dieciséis, catorce y doce años de edad). Hay una llamada que a él lo impresiona mucho. Resulta que Santiago Medina (que era decorador de esos tipos) le contó una vez algo que lo dejó frío: que él estaba decorando un apartamento como por la Circunvalar y que se había perdido un objeto y que Rodríguez Gacha llegó y dio la orden de cerrar el apartamento con toda la gente adentro y dijo: «Acá aparece el ladrón porque aparece». Los tipos, muertos del susto, delatan quién es el ladrón, y al tipo lo amarran y lo llenan de gasolina y allí mismo lo queman, para que los demás escarmienten. Luego de la llamada de amenaza, hacen el rastreo y descubren que había sido hecha desde ese apartamento de Rodríguez Gacha. Ahí fue cuando mi papá tuvo que entrar en la clandestinidad; andaba dentro de los baúles de los carros, cada noche dormía en una casa diferente, nosotros no sabíamos dónde estaba.

Fue una época dura, él vivía muy tensionado; además, en el 86 tuvo un revés electoral muy grande, pero después se empezó a reconstruir la unión liberal, en la que César Gaviria jugó un papel muy importante, con una presidencia que se iban rotando y el último, Turbay Ayala, fue clave en el proceso. Fue cuando mi papá regresó a la convención liberal en Cartagena —evento al que no iba hacía diez años—, en 1988, e hizo el discurso más importante de su carrera política. Allí los santofimistas lo reciben con mucha agresividad, con gritos, tirándole tomates, y mi papá, con su oratoria y con la organización de sus ideas y planteamientos de hacia dónde quería llevar al partido y al país, le da toda la vuelta a la convención, que termina aclamándolo. Regresó de Cartagena muy animado, comenzó a cambiarle el estado anímico. Se aceleraron las posibilidades de llegar a la Presidencia, ya sus acciones se valorizan, se ve que era una persona con reales posibilidades de llegar al poder. Es cuando esos tipos se dan cuenta de que políticamente no lo podían trancar —era inatajable—, que tenían que pasar a la última opción que les quedaba.

En la convención de Bogotá, de julio del 89, Turbay hace aprobar por unanimidad la consulta popular para escoger al candidato del Partido Liberal a la Presidencia y ahí queda sellada la suerte de mi papá, porque esos tipos dicen: ya con esto, Galán queda catapultado a la Presidencia de la República.

El mismo día que matan a mi papá, divulgan una encuesta que le daba más del setenta por ciento de favorabilidad. Además, César Gaviria había hecho muy buena llave con él, se complementaban muy bien, lo apoyó y fue su jefe de debate y su director de campaña. Gaviria comenzó a tenderle puentes con la clase política liberal tradicional. Mi papá hacía chistes, se reía y decía: en política hay dos tipos de personas, los indultables y los no indultables [*risas*]; entonces vamos a tratar de hacer puentes con los indultables del Partido Liberal. Le trajo muchísima maquinaria, fundamental para triunfar; mi papá ya había sido un candidato de opinión y de encuestas, y eso no era suficiente para ganar. Fue una coyuntura en la que a mi papá se le alinearon los astros políticos, lo favorecieron mucho, lo pusieron en la puerta de la Presidencia.

En esos años, mi papá botaba unas frases como de testamento que nos impresionaron después. Recuerdo una manifestación en Chía, como en el 86... De pronto dice: «Es que la vida en el fondo es muy corta para dilapidarla, pero la vida es apasionante para gastarla al servicio de nuestra patria». No era un habilidoso con las palabras y con la oratoria, sino que hablaba con mucha sinceridad, transmitía esa sinceridad a la gente. Por eso la gente le creía.

Yo estaba terminando bachillerato. Él había escogido un colegio público para nosotros —el Pedagógico [Colegio Unidad Pedagógica]— porque, en medio de su filosofía, quería que nosotros nos educáramos en la realidad de Colombia. Y ese era un colegio transversal, había todo tipo de gente, de clases sociales, de estratos socioeconómicos. Como hice bachillerato pedagógico normalista, yo le decía que me ayudara a preparar las clases, porque yo tenía prácticas en primaria. Para el día del idioma, él se fue conmigo a la Plaza de Bolívar, se tomó medio día, y entre los dos preparamos la clase. Esa fue una experiencia muy chévere, de lo último que compartí con él. Y el 27 de julio del 89, mis abuelos cumplían cincuenta años de casados. Todo lo hicieron en Villa de Leyva, en el hotel El Duruelo, porque en ese pueblo vivieron mi bisabuela y mis abuelos. Esa celebración se volvió una despedida para mi papá. Y yo cumplí mis diecisiete años durante esa celebración. Grabamos un video, donde cada miembro de la familia daba un testimonio; mi papá habló muchísimo sobre su infancia, sobre su vida y fue como un testamento familiar, personal.

Ese viernes 18 de agosto de 1989 me fui al colegio como cualquier día. Yo andaba pendiente de una niña que me gustaba y salí del colegio para hacerle visita. La seguridad estaba crítica, pero uno de adolescente no mide nada, ni riesgo, ni peligro, ni nada. Acababa de pasar un episodio unas semanas antes: un compañero de curso, Vicente Rueda, iba caminando por la 127, donde es el Pedagógico, y paró un carro, lo cogieron y se lo llevaron a dar vueltas. Le gritaban cosas de mí y luego lo soltaron. Recuerdo haber ido con el jefe de escolta de mi papá —Torregrosa— hasta la casa

de mi amigo a preguntarle qué le había pasado. Él contó todo el episodio, que era una amenaza contra mí, y eso fue un incidente que preocupó muchísimo a mi papá, porque una cosa es el peligro que se vive como hombre público, como político (que uno sabe a qué está expuesto), pero cuando uno empieza a ver que le están tocando a la familia, pues es otra historia.

(Ahora entiendo a mi padre, porque yo, cuando vi los informes del DAS de Uribe, sobre mi hijo de cinco años —dónde estudiaba y todo—, me dije: esto ya es otra cosa, esto ya no es conmigo sino que mi hijo está en el listado ese del DAS... es berraco, tenaz.)

A mí me estaban recogiendo a raíz de ese episodio en carro blindado; al salir del colegio le dije al conductor que me llevara a visitar a la niña. Allí recibí una llamada de mi mamá: estaba furiosa, que no tenía nada que hacer fuera de la casa y que «ya lo va a llamar su papá, espere la llamada». Como le decía, mi papá era bravo; cuando se ponía bravo era muy bravo. Entonces un regaño de él era cosa dura. Pero me llamó y estaba muy tranquilo, sereno:

—Mira, viejo (nos decía viejos a los tres): vete para la casa, te he dicho que no salgas porque la situación de seguridad está difícil y hay que estar en la casa.

—¿Y para dónde te vas hoy?

—Me voy a hacer una correría política, nos vemos más tarde.

Esa fue la última vez que hablamos, y yo pienso: menos mal que no fue un regaño la última vez que hablé con mi papá, sino que estaba tranquilo, calmado. Esa fue la última vez que escuché su voz.

Lo curioso es que mi papá dudó mucho en ir a Soacha todo el tiempo. Inclusive mi mamá tiene la agenda original de él: en la agenda escribe «Soacha» y varios signos de interrogación. Dudaba mucho de ir allá, pero lo que le dijo el DAS fue que el operativo de seguridad estaba listo, que no se preocupara. El jefe de escolta, Arturo Torregrosa, inclusive le dijo que la plaza iba a estar acordonada... Falso, la plaza nunca estuvo acordonada; segundo, que ya tenían personas con pancartas al frente de la tarima, y resultó que los que tenían las pancartas allí eran los asesinos. Cuando llegaron a Soacha se dieron cuenta de que había trago por doquier en la plaza

y que había pólvora; tú sabes que los voladores camuflan muy bien los disparos, distraen mucho. En las imágenes de Chucho Calderón¹⁰ se ve claramente cómo el jefe de escolta se va quedando atrás —cuando el jefe de escolta siempre debe ir al lado, es el principal, la primera línea prácticamente. El tipo después se nos desapareció, nunca nos dio la cara. Juan Lozano, que era el secretario privado de mi papá, dice que días antes lo vio recibiendo una llamada muy sospechosa, en inglés, y también en la propia clínica decía por teléfono unas cosas raras.

Y el episodio del cambio de jefe de escoltas. Maza tomó la decisión, junto con director de protección del DAS, el coronel González, de cambiar al jefe de escolta. Torregrosa no tenía ni idea de seguridad, porque la única experiencia que tenía era como jefe de guardianes del edificio del DAS, el que maneja los celadores; no tenía experiencia en su hoja de vida por haber escoltado a tal personaje o a tal otro. No sabía las claves del radio, les rebotaba la radio a los escoltas, porque eso tiene unas claves para reportar los movimientos [que] no las conocía porque, claro, qué se las iba a saber. Y Maza era su paisano —de Santa Marta, Magdalena—, había estado en la Policía con Maza, era su hombre de confianza. Como se los dijo Maza a mis padres, cuando vino al apartamento chiquito que mi papá había organizado como oficina en el primer piso del edificio (nosotros vivíamos en un sexto piso). Allí estuvo Maza tomándose un whisky con ellos y les dijo que él metía la mano en el fuego por Torregrosa, que era de toda su confianza. No dijo mentiras.

Bueno, vuelvo a mi relato de esa noche. Llegué a la casa; nosotros siempre comíamos frente a la televisión viendo la novela de las ocho de Caracol. Y ahí fue cuando llamó Lucy Páez, la secretaria de mi papá, y nos dijo: «Hubo un tiroteo en Soacha, prendan la radio que están dando la noticia».

Prendimos la radio y efectivamente estaban hablando del tiroteo en Soacha: hechos confusos, al doctor Galán lo llevaron a un centro asistencial pero no se sabe si está herido, especulaban mucho en las noticias, que a los heridos, a mi papá, los llevaban

para Cajanal, pero no había claridad. Yo le dije a mi mamá: lo que tenemos que hacer es tomar la patrulla de Policía (que estaba siempre parqueada frente a la casa) e irnos para Cajanal.

Nos subimos a la patrulla de Policía, un Renault 9 —no me olvido. Llegamos a Cajanal, una cantidad de cámaras y periodistas en la entrada, y me pareció muy agresivo el recibimiento que nos hicieron: me acuerdo que empujé a un camarógrafo, yo lo empujé durísimo porque le puso la cámara así a mi mamá y nosotros en ese estado de angustia. Entramos a Cajanal y nos hicimos en el puestico de la entrada donde tenían el radio las ambulancias, y decían, «ya viene una ambulancia con los heridos», y llegó una ambulancia que traía a los escoltas heridos, a Santiago Cuervo —que murió unos días después— y a Pedro Nel Angulo, que sobrevivió. Y decían, «ya viene otra ambulancia», que nunca llegó.

Qué pasó: Torregrosa toma la decisión de llevar a mi papá a Bosa, cuando lo habían podido llevar a Kennedy directamente. Esa ida a Bosa le significó a mi papá dos horas. Lo llevaron al puesto de salud de Bosa —eso no era ni hospital— y allá el tipo deja tirado a mi papá y a los escoltas. Les dice: «Me voy a conseguir una ambulancia de última generación que llegó, soy capaz de conseguirla para transportar al doctor Galán», y se va y nunca vuelve a aparecer. ¿Y qué hacen los escoltas? Aterrorizados en la puerta del puesto de salud, con ametralladoras, temblando, llaman a Víctor Julio Cruz, el antiguo jefe de escolta de mi papá —que después fue escolta de Gaviria en la Presidencia y hoy es el jefe de seguridad de Gaviria— y le dicen: «Por favor venga, porque Torregrosa se fue y nos dejó botados, ayúdenos». Él ya no tenía obligación de nada, ni estaba de turno, pero se va hasta Bosa y lo primero que hace es coger al escolta de la entrada, le quita la ametralladora, la desmonta, porque el tipo iba a cometer una masacre de lo nervioso que estaba, y Víctor Julio es el que toma la decisión de coger a mi papá y llevárselo para Kennedy inmediatamente. Pero mi papá salió de la tarima ya prácticamente muerto, pues si te dan en la vena cava, es un chorro de manguera de bomberos —eso se sale toda la sangre en segundos.

Y por eso usaron la Mini Atlanta con esa munición: cuando mi papá levanta los brazos para saludar, ahí es cuando le disparan por el abdomen. Eran unos tipos profesionales, expertos. No fueron a la cabeza sino a los puntos más vulnerables.

Finalmente supimos que lo habían llevado al hospital de Kennedy. Entonces arrancamos; eso fue una carrera infernal, se me hizo eterno ese trayecto. Los policías con una tensión... sacaban las armas para que la gente diera paso, una cosa muy terrible, agresiva. Llegamos a la clínica y estaban todos los carros de los ministros, del gobierno. Entramos y había mucha gritería, mucha confusión, y pedían el tipo de sangre de mi papá que era O negativo —un tipo de sangre rarísimo, complicadísimo de conseguir—, y me acuerdo que el ministro de Educación de ese momento, Francisco Becerra, tenía ese tipo de sangre y estaba sentado donando. Nos encontramos con el policía de la moto que acompañaba a mi papá, le preguntamos y él bajó la cabeza y nos dijo, «esto es grave», y ahí como que nos dimos cuenta de que eso iba a terminar mal, que no iban a ser buenas noticias. Después de recorrer los pasillos, la sangre, la confusión... nos pasaron a una sala contigua al quirófano, y salió el director del hospital y habló con mi mamá:

—No hay nada que hacer.

—¿Cómo así que no hay nada qué hacer?

Empezaron mis hermanos a llorar y yo, quieto —queda uno como en un suspenso, como en un limbo. Era como estar en un limbo entre la realidad y la ficción, un bloqueo emocional. Yo veía a la gente llorando, pero quedé bloqueado, no podía desbloquearme. Yo veía todo lo que estaba pasando a mi alrededor como una película, con incredulidad: esto no puede ser, y le dijeron a mi mamá que si quería ver a mi papá. Mis hermanos y ella pasaron, yo no quise verlo, me daba mucha impresión. La gente corría, subimos a la oficina del director del hospital de Kennedy —esa salita que se volvió pequeña en un segundo— y empezó a llegar más gente.

Yo había pensado unos días antes, no sé por qué, que si algo le llegaba a pasar a mi papá, yo tenía que hablar, tenía que hacer un discurso, y como lo tenía claro en ese momento, saqué unas

hojas del escritorio del director y empecé a escribir a mano lo que iba a decir en el entierro. Recuerdo mucho lo que gritaba la gente, «justicia, justicia»; cuando el presidente Barco fue al Salón Elíptico, y por la calle mencionaban a otros precandidatos y decían que no se quedarían con los votos de Galán... O sea, muy agresivo el ambiente.

Al otro día, imagínate la escena del Congreso, el Salón Elíptico, mi papá ahí dentro de un ataúd, cuando lo veo muerto por primera vez... obviamente ahí sí me derrumbé del todo, me salió lo que tenía bloqueado. La noche de ese sábado corrió un rumor muy fuerte, que la consulta popular se iba a cancelar, que iban a hacer una nueva convención y ver quién sería el candidato, que ya muerto Galán para qué consulta. (Eran seis precandidatos liberales que iban a ir a la consulta.) Al saberlo, nos reunimos en el comedor, muy angustiados por eso, porque dijimos: «Pucha, cómo es posible [que] su gran bandera de transformación de la política, del Partido Liberal, de la democratización —que es la consulta popular... ¿Cómo es posible que ahora estos tipos la echen al suelo, diciendo que ya para qué si ya no está Galán?». Nos preguntamos: «¿Cómo defendemos la consulta, qué hacemos para defenderla?». Mi mamá dijo: «Gaviria es el único que se puede meter realmente a defender la consulta». A mí me quedó sonando eso; obvio, sin que mi mamá dijera que iba a ser candidato ni nada, porque ella es una persona de un temperamento en todo en su vida, que le gusta hacer «consejo de redacción», es un chip de periodista; para ella es importante intercambiar ideas: idea va, idea viene. Si yo le hubiera dicho, «hagamos esto», me hubiera dicho: «Espere, dejemos que pase el entierro, reunámonos con los del Nuevo Liberalismo, consultémoslos a ver ellos qué opinan». Yo pensé: «Me voy a guardar eso, porque yo sé que si se lo cuento, mi mamá me echa por el suelo la idea».

Allí empecé a maquinar la cosa y dije: «Esto es: tiene que ser la candidatura; si no es la candidatura —pensaba yo—, ¿qué bolas me van a parar?». Los precandidatos no contaban con eso, con que Gaviria iba a llegar a ser protagonista de la historia. El remate de

mi discurso era: «Siempre adelante, ni un paso atrás», la frase de mi papá [original de José Antonio Galán: «¡Ni un solo paso atrás, siempre adelante, y lo que ha de ser, que sea!»¹¹]. Pero quien me antecedió en el uso de la palabra, Gabriel Rosas, que habló a nombre del Nuevo Liberalismo, remató con eso, y me dije, tengo que cambiar el final del discurso. Entonces escribí la frase a mano, para tenerla clara en ese momento: «Y quiero pedirle al doctor César Gaviria, en nombre del pueblo, en nombre de mi familia, que en sus manos encomendamos las banderas de mi padre, y que cuenta con nuestro respaldo para que sea usted el presidente que Colombia quiere y necesita», porque el lema de campaña de mi papá era «el presidente que Colombia quiere, el presidente que Colombia necesita». Y así cerré el discurso.

Gaviria dice que él no había dormido en 48 horas y que cuando yo dije eso, no oyó nada ni entendió nada [*risas*]; él se fue a dormir y al día siguiente, cuando se despertó, fue que captó la dimensión de lo que yo había dicho.

Después del entierro, no sabíamos qué íbamos a hacer. Acabábamos de trastearnos al nuevo apartamento, se había hecho una obra adicional para extender su estudio y su biblioteca; entonces, la ilusión del estudio, la biblioteca. Para nosotros, desbaratar ese apartamento fue terrible. No pude volver al colegio porque Escobar dijo: «Ahora vamos por las familias». Yo me graduaba en noviembre, no pude hacer mi práctica, me tocó mandar los trabajos para terminar el año. El canciller, que era Julio Londoño Paredes, llamó a mi mamá: «Estoy autorizado por el presidente Barco para ofrecerle la embajada en Yugoslavia».

Mi mamá le dijo: «No, tal vez paso». Entonces le ofrecieron la embajada en la UNESCO... Eso sí le llamó mucho la atención a mi mamá, primero por el sitio (París), pero también por ser un organismo de Naciones Unidas, los temas de cultura, educación, de comunicación, la cultura para la paz. Viajamos el 29 de octubre del 89, Bogotá-París. Fueron momentos durísimos: llegar en invierno con ese frío, gris —porque París es muy gris en época de otoño—, las hojas caídas, más el sentimiento de dejar todo en Colombia... fue un invierno muy triste.

Y se nos vino después el secuestro de Maruja Pachón¹², que fue lo que hizo reaccionar a mi mamá, porque ella estaba muy deprimida y el secuestro de Maruja como que la sacudió y se volvió una razón de vivir, de salir adelante y sobreponerse a todo, sacar a Maruja viva del secuestro. Viajó a Colombia y nosotros solos en París. Con Alberto Villamizar, el esposo de Maruja, se preguntaban: «¿Qué hacemos, qué se nos ocurre? Que Colombia los reclama, una campaña de esas», entonces pusieron a hablar a medio país. Hablaron con Hernando Santos, con Turbay, [que] estaban muy negativos: Hernando decía: «Yo ya estoy preparado para que me boten el cadáver de mi hijo en la puerta de mi casa». Y dice Alberto, «espérese, algo se puede hacer», y él, «no, es que usted no sabe cómo son esos tipos», le decía Hernando Santos. Nosotros habíamos vivido lo de mi papá, los atentados a Villamizar, Enrique Parejo, Rodrigo Lara. Y Hernando Santos le decía, «usted no los conoce, usted no sabe cómo son». Entonces mi mamá se puso brava: «Hernando, cálese y oiga a Alberto; escuche lo que tiene que decir», y lo dejaron hablar. Alberto fue trazando el camino para todos esos contactos y lograr la liberación. No se pudo dar lo de Diana [Turbay], pero Francisco [Santos] se salvó; se salvaron Maruja, Azucena [Liévano] y todo fue con el cura García Herreiros que hizo de puente.

Duele la historia de los Galán, un símbolo de lo que pasaron tantas familias: Antequera, Cepeda, Jaramillo, Pizarro y muchas otras, la mayoría de ellas anónimas. La triste conclusión de unos cursos que tenían un supuesto objetivo y desencadenaron una estela de muerte y de destrucción de una generación de valientes y de grandes intelectuales. Han pasado más de veinte años. Ahora, Juan Manuel Galán —como muchos de los hijos de estas víctimas— ha podido rehacer su vida, pero los recuerdos de infancia y adolescencia siguen allí, indelebles.

Me acuerdo de haber oído sobre Yair Klein antes de que mataran a mi papá, cuando aparecieron los famosos videos, esos de los entrenamientos. Eso fue un «noticionón» —en el Congreso hicieron debate y los presentaron—, me acuerdo de Barco y de Maza Márquez hablando de todo eso. Se informaba sobre los escuadrones

de la muerte, de la Unión Patriótica porque, claro, en esa época mataron a Jaime Pardo Leal, a Antequera, todos de la Unión Patriótica. Mi papá tenía un afecto especial por ellos, se llevaban bien; mi papá quería que a la UP le fuera bien, que tuviera éxito y saliera adelante, precisamente para demostrar que las FARC no eran el camino; el camino era la política, con las instituciones. Él le apostó mucho a eso y a todos los esfuerzos del presidente Barco en ese sentido.

Como pasó con otros crímenes, la investigación del de Galán tuvo muchos contratiempos. Primero se acusó a un hombre inocente Júbiz Hasbún¹³. Luego se comprobó que era lo que hoy se denomina en Colombia un «falso positivo» y empezaron a aflorar otras informaciones que permitieron condenar al ex senador Alberto Santofimio Botero¹⁴ y procesar a Miguel Maza Márquez, ex director del Departamento Administrativo de Seguridad, DAS. Los autores materiales están todos muertos. Pero para Juan Manuel Galán, está cerca el momento de que todos los que están vivos, paguen por el crimen.

Pieza fundamental fue [el lugarteniente de Escobar] Popeye, que confesó haber participado en la muerte de mi papá y por su propia confesión lo condenaron. Nadie dijo: «Popeye es culpable»; él mismo confesó que él consiguió la plata y ayudó a traer el arma.

En el complot para asesinar a mi papá hubo cuatro frentes, cuatro piezas clave: una, el narcotráfico en donde estaban el Cartel de Medellín –Pablo Escobar, Rodríguez Gacha, por toda esa historia y esos antecedentes que hemos contado–, pero también el Cartel de Cali, que es una cosa nueva para nosotros. Con los años, he llegado al convencimiento de que el Cartel de Cali tuvo mucho más que ver con el asesinato de mi papá, que el de Medellín. De hecho, tengo la versión de que hubo una gran convención mafiosa: en una especie de tregua momentánea, se reunieron estos mafiosos para analizar el tema de mi papá, y yo creo que hubo unanimidad, una decisión mayoritaria de que a mi papá había que matarlo porque iba a llegar a la Presidencia de la República. En su libro *Noticia de un secuestro*¹⁵, García Márquez hace el recuento

de una conversación que tienen Alberto Villamizar y Escobar el día que este llega a la cárcel de La Catedral y Escobar le cuenta detalles diciéndole, «yo me opuse a esa decisión», pero que —en vista de que todos estaban de acuerdo—, la decisión se tomó. Algo así dijo Escobar. Eso deja ver que hubo algo muy amplio del narcotráfico, de la mafia reunida para tomar esa decisión: que no la tomó solamente Escobar, o Rodríguez Gacha; que no fue una decisión de un narcotraficante loco, violento —como quieren pintarlo en la defensa de Santofimio: que nadie influía en la mente de Escobar. Eso fue una decisión a gran escala, como en una asamblea del narcotráfico, y ahí estuvo el Cartel de Cali. Los de Cali le estaban apostando a eso, porque sabían que les convenía, sabían que era un gana-gana para ellos, porque sabían que la muerte de una figura de la envergadura de mi papá iba a direccionar todo el poder de persecución del Estado hacia Medellín, que Escobar iba a ser declarado culpable. Pero, además, Cali y Medellín estaban librando una guerra muy costosa, violenta, sangrienta. Entonces, Cali no solamente se quitaba esa guerra de encima, porque se quitaba al enemigo —el Estado le iba a pelear esa guerra—, sino que además se iba a librar de la competencia del Cartel de Medellín, que era considerado violento porque los de Cali eran considerados los empresarios, que todo lo hacían con plata y con corrupción, pero que nunca utilizaban la violencia como método mafioso para imponer sus intereses. Maza es una ficha clave de esa decisión, porque como él venía de la Policía, desde allí había tejido nexos *non sanctus* con el bajo mundo, pero en el DAS se volvió una ficha clave para el Cartel de Cali. Por eso era la guerra de Escobar con Maza. Maza decía: «Pero cómo me van a acusar a mí de aliarme con Pablo Escobar para matar al doctor Galán... Eso es ilógico, es incoherente... Si Escobar me quería matar a mí, cómo me voy a aliar yo con él». Pues lo querían matar porque era de Cali, y estaban en guerra, Cali y Medellín. Yo sostengo que la muerte de Galán le convenía mucho más a Cali.

El segundo frente es el paramilitarismo del Magdalena Medio. ¿Cómo están conectados ambos? Pues el narcotráfico siempre

buscó un brazo armado para defender sus intereses de la guerrilla y de otras fuerzas. Esa experiencia y esa lección las vivieron los Ochoa¹⁶ –cuando el secuestro de Martha Nieves [Ochoa]– y crearon el MAS [Muerte A Secuestradores]; se dieron cuenta de que tenían que defenderse y tener brazo armado, porque la guerrilla empezó a atacarlos, a secuestrarlos y a acosarlos. Entonces esa supuesta guerra antisubversiva, contra la UP, fue un poco eso. Era el territorio de Rodríguez Gacha y el trabajo que hace Maza –junto con otros, pero principalmente él– es buscar voltearle ese aparato militar al Cartel de Medellín y traérselo al Cartel de Cali, para proteger sus intereses y la guerra que estaban librando contra Medellín. Todos los autores materiales de la muerte de mi papá salen de ahí, de esos grupos que entrenó Yair Klein, del Magdalena Medio, donde estaban Henry Pérez, Rueda Rocha, Rueda Silva, todos esos tipos que fueron también los asesinos de Teófilo Forero¹⁷. Fue el mismo grupo, con el mismo *modus operandi* que asesinó a mi papá, en donde está el teniente del Ejército, Carlos Humberto Flórez Franco. Él les entregó los carnés del B-2 de Inteligencia Militar y después los escondió en el barrio Galerías durante varios días, mientras pasaban todos los operativos iniciales de capturas y de investigaciones que hacían las autoridades. Está prófugo de la justicia, tiene orden de captura por varios crímenes –entre ellos, el de Teófilo Forero. Lo incoherente, lo absurdo de la justicia, es que lo condenaron por la muerte de Teófilo Forero y lo absolvieron de la de mi papá, cuando son los mismos hechos y el mismo *modus operandi*; lo absolvieron en primera instancia, el Tribunal de Cundinamarca confirmó la absolución en segunda instancia y ahora nosotros acabamos de interponer la demanda en casación.

El tercer frente –los intereses políticos de algunos liberales–, ese grupito que se menciona. Y el cuarto frente son los organismos de seguridad del Estado, donde están el DAS –representado por Maza, todo eso por dentro del DAS–, algunos miembros del Ejército que tenían connivencia con los paramilitares –como el teniente Flórez, que expidió los carnés, que escondió al grupo de asesinos materiales– y la Policía –que ahora, a raíz del juicio de Maza,

se han descubierto los nexos de la Policía con el Cartel de Cali. Por eso se explica que Pablo Escobar tenía como objetivo militar a la Policía, porque la consideraba aliada con Cali, y él se hacía cuidar del Ejército; por eso en La Catedral, él pide seguridad del Ejército, no permite que la Policía se le acerque y paga por la cabeza de cada policía. Popeye le dice en el juicio a Santofimio: «Usted puede decir que yo soy sapo, pero usted es un torcido, porque usted le trabajaba a Medellín, y al tiempo le trabajaba a Cali». Estaba en la nómina de ambos al tiempo, o sea que Santofimio asesoraba a ambos carteles. Además, es un eslabón perfecto en la asesoría política que Cali y Medellín estaban buscando. Santofimio les hizo saber, a los de Medellín y a los de Cali: Galán es inatajable, ustedes tienen que tomar la decisión de eliminarlo porque va a llegar a la Presidencia y a todos ustedes los va a extraditar. Tiene toda la lógica del mundo.

* * *

Aunque el país entero estaba siendo lastimado por esta máquina criminal, Soacha —por casualidades de la vida— volvió a ser el escenario de una inusual masacre. Un avión de Avianca¹⁸ explotó en el aire y sus restos fueron a caer por miles en un terreno de la zona rural de ese municipio. Habían pasado solo tres meses y nueve días desde el magnicidio de Galán, cuando decenas de familias lloraron a sus seres queridos que habían, literalmente, volado en pedazos. Sobre la autoría de este crimen no han quedado dudas: fue ordenado por el Cartel de Medellín, con el supuesto objetivo de aniquilar al sucesor de Galán, César Gaviria Trujillo¹⁹, quien aparentemente cambió de itinerario a última hora.

El avión estalló por la acción de una bomba explosiva cuya confección —se dice— fue enseñada por instructores extranjeros en la zona del Magdalena Medio. Para Juan Manuel Galán, el crimen de su padre y el estallido del avión de Avianca están íntimamente ligados:

Mucha gente no ha entendido bien por qué declararon crimen de lesa humanidad el de mi papá. Algunos eminentes juristas que dicen: «Es que [el de] Galán, por importante que fuera, no tienen por qué declarar el crimen como de lesa humanidad». Nadie pretende que lo declaren por su importancia, sino porque cumple las dos condiciones *sine qua non* para que un crimen sea declarado de lesa humanidad: que haya masividad y sistematicidad. Entonces, así como hubo un intento masivo y sistemático de exterminar a la UP, lo propio ocurrió con el Nuevo Liberalismo. Por eso no son hechos aislados el asesinato de Lara; el atentado a Parejo; el atentado a Villamizar; el asesinato de varios concejales del NL en Antioquia, en Urabá y en el Magdalena Medio; el secuestro de Maruja, y el avión de Avianca —que iba a abordar César Gaviria, que ya era candidato en nombre del Nuevo Liberalismo— era para matarlo a él. Por eso, el crimen de mi papá y lo del avión de Avianca, como hechos que están ligados a eso, los declararon crímenes de lesa humanidad.

* * *

Por ser sus alumnos, y por tratarse de bombas que se enseñaron a fabricar durante entrenamientos en el Magdalena Medio, se ha mencionado a Yair Klein y a sus instructores como los que impartieron las enseñanzas que convirtieron a estos hombres en los peores criminales que haya conocido Colombia. Aunque, directamente, nunca fue acusado por estos crímenes.

Klein es claro al explicar una y otra vez que cuando decidió organizar los cursos de Colombia, solo tenía en mente ayudar al Estado, al gobierno, a derrotar a la subversión. Hoy, con profunda tristeza, lo analiza así:

Yo fui a entrenar personas para defenderse en contra de los que quitan vidas. Y esa misma gente que yo entrené, terminó quitando vidas, muchas de ellas inocentes. Yo no fui a eso. Y nunca

les hubiera enseñado, de haber sabido que ese era su objetivo. Yo no prepararía conscientemente a asesinos.

Y es terminante al asegurar que nunca enseñó a fabricar bombas. He sabido que varios de nuestros alumnos, también tomaron cursos de explosivos. Nosotros solo enseñamos técnicas de defensa y ataque, con el fin de combatir a quienes no dejaban vivir en esa región de Colombia. Pero nunca les enseñamos a usar bombas, a matar civiles o a cometer atentados. Sé que también hubo instructores ingleses, que sí dictaron esos cursos, pero no he oído que hayan sido procesados.

Sus ojos se humedecen al pensar en las víctimas civiles de este episodio de la violencia en Colombia. Rápidamente inclina su cara, para secar un par de lágrimas con su hombro.

Hoy solo puedo arrepentirme de haber ido a Colombia.

* * *

Juan Manuel escucha atentamente la lectura de las confesiones del israelí. Tiene su propio análisis y quiere exponerlo:

Yo creo que Klein y los mercenarios que vinieron del extranjero a esos entrenamientos indudablemente fueron los que transformaron a un grupo de aficionados armados, o que tenían la posibilidad de armarse, en soldados, en hacer un ejército, una banda de sicarios. Porque Klein les enseñó cómo hacer atentados, técnicas en explosivos que —obvio— después terminaron volviendo eso una máquina de exterminio contra la UP y contra mucha gente, que de otra manera no hubieran conseguido el *know how* que alcanzaron.

No hay rencor en sus palabras. Tampoco en su lenguaje gestual. Por el contrario, Juan Manuel Galán hace, con tranquilidad, con mucha paz espiritual, un balance de su propio recorrido para tratar de que Klein pueda cumplir con la historia de este país.

Lo primero era pedir la extradición, de entrada, para que el tipo cumpliera su condena acá. Si no se podía eso, por lo menos

lograr que una comisión de fiscales fuera a Israel, le tomara una declaración y mirara la posibilidad —de acuerdo con lo dicho por él (qué tan valioso y tan cierto era)— de que se pudiera proceder a una contrapropuesta, un principio de oportunidad, si él se hiciera merecedor de eso. Eso era un poco lo que se había tejido. Ahora el tema no sé cómo se está manejando, desde que el ministerio se dividió en dos, en Interior y Justicia. A estas alturas, yo creo que lo deseable sería poder reparar a las víctimas a través de lo único que repara, que es la verdad. Si todas las víctimas de esa época pudiéramos saber quién trajo a Klein, quién lo financió, quién le prestó la colaboración para realizar esos entrenamientos, quién se benefició de ellos, cuál era el propósito; si supiéramos las respuestas a todos estos interrogantes, creo que esa verdad quedaría para la historia. La verdad es la única reparación. En todo lo que hemos avanzado en la reconstrucción de esa verdad, creo que Klein tiene una ficha, un aporte muy importante que dar, pues fue como empezó todo. Es el génesis de toda esa historia narcoparamilitar de los ochenta que todavía estamos viviendo en la parapolítica de las bandas criminales, un proceso de reciclaje, de reproducción de esa violencia que él engendró. Lo único sería buscar un mecanismo para que él sienta una presión y un incentivo —al mismo tiempo— para contar la verdad, y que esa verdad sirva para que se avance en procesos que están en el limbo, que están dormidos por falta de pruebas, pistas e indicios que sirvan a la Justicia para no quedarse con la excusa de que no puede avanzar en el proceso investigativo.

Pienso en los más humildes, los campesinos, la gente que fue víctima de masacres, desplazamiento, despojo de tierras. Si no lo gramos construir esa esperanza de verdad y de justicia para ellos, habremos fracasado como políticos; y en la nación yo creo que ese es el gran reto, que ese acceso a la justicia sea realmente un derecho universal y sea una posibilidad para todos; como nosotros [que] en esta persistencia y perseverancia de tantos años, hemos demostrado que es posible alcanzar. Si se persevera y si se insiste, se obtienen resultados.

Porque realmente no somos las únicas víctimas. Sí, claro, somos la familia, las víctimas de sangre de Luis Carlos Galán. Pero

las víctimas políticas son toda la generación que él interpretaba, que veía en él una esperanza de cambio, de transformación, de que se abriera el camino a una nueva sociedad, que se cambiara la manera de pensar de los colombianos; y eso se frustró. Entonces, toda una generación es víctima de esa frustración [y] le interesa que esto no quede en la impunidad —no solamente a nosotros.

Notas

¹ En *El verdadero Pablo: sangre, traición y muerte* de Astrid Legarda Martínez (Ediciones Dipón, Bogotá, 2005) —libro basado en conversaciones con John Jairo Velásquez, alias *Popeye*, lugarteniente del narcotraficante Pablo Escobar Gaviria—, se asegura que el paramilitar Henry Pérez fue quien le presentó a Rueda Rocha y a sus sicarios a Gonzalo Rodríguez Gacha, encargado por el Cartel de Medellín de consumir el asesinato de Galán. Allí se consigna que esa fue el arma solicitada por el criminal, por su bajo tamaño y peso. Se ha afirmado en algunos artículos de prensa que esta ametralladora formó parte de un cargamento que fue desviado de la isla de Antigua y que originalmente fue adquirido por Yair Klein para su fracasado proyecto de escuela de defensa.

² Pizarro murió en pleno vuelo, cuando se dirigía de Bogotá a Barranquilla, el 26 de abril de 1990.

³ Bernardo Jaramillo fue asesinado cuando ingresaba al Puente Aéreo de Bogotá, el 22 de marzo de 1990.

⁴ John Jairo Velásquez, alias *Popeye*, lugarteniente del narcotraficante Pablo Escobar Gaviria.

⁵ Malcolm Deas, historiador inglés —uno de los más importantes investigadores sobre historia y política colombianas de los siglos XIX y XX—, recibió la nacionalidad colombiana en 2008.

⁶ El 3 de marzo de 1989, José Antequera, líder de la Unión Patriótica, fue asesinado en el aeropuerto internacional Eldorado de Bogotá. En el mismo atentado, fue herido de gravedad el dirigente liberal Ernesto Samper Pizano.

⁷ Periodistas Asociados, pionera como agencia de prensa en manos de un selecto grupo propietario de periodistas que pretendía trascender a partir de la exploración de géneros diferentes a la noticia diaria.

⁸ El crimen del coronel Valdemar Franklin Quintero (ver <http://vimeo.com/10050216>), comandante del Departamento de Policía de Medellín, fue reivindicado por «Los Extraditables», banda paramilitar del Cartel de Medellín.

⁹ Rodrigo Lara Bonilla, ministro de Justicia en representación del Nuevo Liberalismo, fue asesinado al anochecer de esa fecha, dentro del vehículo oficial que le había sido asignado, cuando llegaba a su casa en el norte de Bogotá.

¹⁰ Jesús Calderón, reconocido camarógrafo colombiano encargado del cubrimiento de la campaña electoral de Luis Carlos Galán y quien filmó las imágenes de su asesinato que le dieron la vuelta al mundo (ver <http://www.youtube.com/watch?v=dUesJzXWJ-4>).

¹¹ Ver «Epígrafe» del libro *La guerrilla por dentro* de Jaime Arenas (Icono Editorial, Bogotá, 2009, p. 15).

¹² Maruja Pachón, hermana de Gloria —la viuda de Galán—, fue secuestrada el 7 de noviembre de 1990, junto con otros periodistas, entre ellos Diana Turbay (hija del ex presidente Julio César Turbay), Francisco Santos (periodista e hijo del entonces director del periódico *El Tiempo*, Hernando Santos), el periodista alemán Hero Buss, la reportera colombiana Azucena Liévano y Marina Montoya, hermana del entonces secretario general de la Presidencia, Germán Montoya. Con estos secuestros, «Los Extraditables» presionaban un viraje del gobierno de Virgilio Barco, para suspender la extradición de narcotraficantes a Estados Unidos.

¹³ Alberto Júbiz Hasbún fue víctima de un montaje, que lo llevó a ser acusado del crimen de Galán. Estuvo detenido cuatro años, pero recuperó su libertad al comprobarse su total inocencia. Murió el 27 de abril de 1998, cuando conciliaba con el Estado el monto final de su indemnización, luego de la demanda que presentó por 5.000 millones de pesos.

¹⁴ Ver *Los testimonios que hundieron a Santofimio* de Gonzalo Guillén (Icono Editorial, Bogotá, 2011).

¹⁵ *Noticia de un secuestro*, libro de Gabriel García Márquez (Norma, 1996, p. 329).

¹⁶ El 12 de noviembre de 1981, un comando del M-19 secuestró a Martha Nieves Ochoa, hermana de los narcotraficantes Jorge Luis, Juan David y Fabio Ochoa Vásquez. El plagio originó la creación de una organización

financiada por el Cartel de Medellín, denominada Muerte A Secuestradores (MAS).

¹⁷ Teófilo Forero, sindicalista y directivo del Partido Comunista Colombiano, asesinado el 27 de febrero de 1989, junto con su esposa, el conductor y un aliado político.

¹⁸ El Boeing 727-21, con matrícula HK-1803 de la aerolínea Avianca, hacía la ruta Bogotá-Cali en la mañana del 27 de noviembre de 1989. Ciento siete personas perdieron sus vidas.

¹⁹ A la postre, Gaviria resultó elegido presidente de la República y gobernó a Colombia entre 1990 y 1994.

Capítulo xv: Las Granjas

El avión aterriza con suavidad y sin prisa. Así parece ser todo en la capital del departamento del Huila, a donde llego con sentimientos encontrados. Estar frente al hombre en cuyas manos ha estado la suerte de Yair Klein durante más de una década, el abogado a quien Klein no quiere conocer porque dice que «nunca hizo nada por mí», me causa curiosidad. Pero también algo de nervios.

Por teléfono, Flavio Amador Cortés Delgado parece ser un hombre jovial. Pero las cosas que me cuenta, «tengo que ir a la cárcel de Palmira a entrevistarme con el Negro Vladimir (el temido “alumno” de Klein, que reconoció su autoría en varias masacres)» o «conocí a Henry Pérez (el jefe paramilitar) y luego de su asesinato, fui el abogado de la viuda de Pérez», son como para sentir, al menos, inquietud.

Muy cerca del aeropuerto Guillermo Plazas Alcid, está el barrio Las Granjas. Al transitar sus calles, lo que ahora siento es perplejidad: ¿por qué vive en una zona tan humilde —«estrato dos», me dice el conductor— este hombre, que se codeó con gente tan adinerada? Y para completar el panorama, cuando se me indica, «es aquí, esta casita», veo un letrero de venta de minutos de celular. Este no puede ser el lugar, me digo. Pero sí lo es porque de inmediato reconozco al hombre que sale a mi encuentro. Es el mismo de la foto de Facebook y su voz es idéntica a la que escuché a través del celular. Su forma de vestir sencilla y su rostro sonriente completan el panorama.

No hay mucho protocolo. El sol de la mañana empieza a calentar las tejas de Eternit de la humilde vivienda, mientras la esposa de Cortés atiende a algunos clientes. La conversación fluye sin presiones. ¡Ya quiero saber cómo diablos terminó siendo el abogado de oficio del principal entrenador israelí de los paramilitares! Pero como siempre, hay que conocer el comienzo para entender

el final. Flavio Amador me explica que nació en Caicedonia en 1954, en una época en la que la violencia entre liberales y conservadores azotaba esa zona noroccidental del Valle del Cauca.

* * *

Mi padre fue arriero colonizador. Al igual que mi madre, era oriundo y desplazado del occidente de Boyacá; así que soy valluno con barriga boyacense. Fui el séptimo de once hermanos. Nos tocó la famosa época de los «chusmeros» y los bandoleros: cuando yo tenía siete años, hubo una masacre en la zona de La Rivera de Caicedonia, por la pugna entre conservadores y liberales. En nuestra casa velaron a unos siete y alcanzaba yo a observar unos ataúdes sobre unas banquitas. Les hacían el corte de franela, les sacaban la lengua acá [muestra la garganta], y a las señoras embarazadas les colocaban planchas calientes en el vientre; fuera de eso los apuñalaban, les daban plomo. La barbarie viene de muchos años atrás. A la plaza llegaban los occisos –las víctimas– en bestia, los ponían encima de las mesas de madera donde vendían la carne los expendedores de ganado (...) Un común denominador –la sangre, el derramamiento– en todo el país. Me contaron que les tocaba a veces trasladarse de noche y dormir en el monte, fuera de la casa, para evitar que llegaran y los masacraran; es que ellos eran señalados porque venían de zonas liberales.

Caicedonia fue tildada «zona roja». Todavía lo es: allá operan la pena de muerte y la ley del silencio, diferente a otras partes en el país donde la gente se atreve a denunciar... Allí no. El fiscal y el secretario me dijeron no hace mucho: «Aquí los autos inhibitorios¹ son innumerables, porque aquí nadie denuncia nada». Allá opera la pena de muerte, por problemas de narcotráfico, el microtráfico de los jíbaros y todo eso.

Me cuenta historias de sus hermanos y, de repente, al hablar del comienzo de su adolescencia, su mirada se nubla y no puede controlar

el llanto. Recuerda —tal vez ya lo había borrado de su mente— el maltrato al que era sometido por sus padres. Porque no era solo la violencia política. Los abusos intrafamiliares lo obligaron a huir del hogar familiar. Aquí aparece el lado humano de este hombre peculiar, lleno de anécdotas, la mayoría de ellas de una crudeza sobrecogedora.

Avanzamos rápidamente en el tiempo. Flavio Amador Cortés era ya un joven abogado, cuando llegó «por pura palanca» al cargo de auditor en la Contraloría del Departamento de Boyacá, entidad que dirigía en ese momento un compañero de colegio suyo. Fue cuando conoció a Iván Roberto Duque, quien después tomaría el alias de Ernesto Báez y sería reconocido en Colombia como uno de los más temibles jefes paramilitares. En ese entonces era secretario general de la Gobernación.

Existían los famosos auxilios parlamentarios; se creaban fundaciones fantasmas para cobrar los dineros; entonces llegaba la genticita del campo de todos los sectores de Boyacá, que «mire, vengo por la “platica”», pero no les pagaban, solo los invitaban a almorzar, y yo decidí hacer una reestructuración en la oficina. En dos meses, yo encontré los expedientes guardados, desocupé esa oficina e hice cambiar a varios funcionarios; me amenazaron. Había una fundación que era manejada por un político, un diputado del grupo del liberal Jorge Perico Cárdenas, y me llegaron a cuestionar por un auxilio de 15 millones. Yo lo tramité inmediatamente —el contralor era de ese sector político y amigo mío—, le apreté el acelerador. Pero la plata no apareció y se me estaba formando qué problema. Les dije: «Yo hace rato ordené esa cuestión». Entonces, el diputado les dijo: «Es que allá tenemos un fulano, un “falseto”». Ese era yo, me iban a matar. Henry Pérez ordenó que yo bajara a Puerto Boyacá y yo bajé. Fue cuando conocí a Henry Pérez.

Estaba asustado con el cuento. De Bogotá a Puerto Boyacá eran como siete horas de camino. Y yo, sentado en ese carro, con Iván Roberto. Estaba aterrorizado. Llegué a una parte que se llama el «Dos y medio» y ahí me recogieron; yo di la contraseña, entonces, «Usted es fulano de tal, el patrón lo espera en tal parte». La contraseña me la habían mandado con un muchacho que iba seguido

a Tunja. Como el contralor había metido su gente en Puerto Boyacá, lógicamente se daban cuenta de todos los detalles y los movimientos, y había contacto con él, con Henry Pérez, porque él prácticamente era el que hacía y deshacía, a la fuerza hacía subir a su gente al poder. Ellos ponían concejos, la señora de Henry estuvo de concejal en Puerto Boyacá mucho tiempo.

Yo tenía todas las pruebas del desembolso de ese auxilio.

—Doctor, tráigame las pruebitas —me dijo Pérez.

—Claro, cómo no le voy a hacer la gestión.

Lo llamaban El Libertador, era un Titán, el jefe de las auto-defensas a nivel nacional, no cualquier pintado en la pared. ¡A quién no le van a dar nervios! Regresé a Tunja a sacar la prueba heliográfica del cheque del banco y la cuenta de cobro pagada por tesorería; entonces Henry mandó a llamar al diputado y le tocó llevar la plata.

—¿El diputado se había robado la plata?

—Pues, Olga, le cuento que la tenía en el bolsillo. Eso es una película completa, así se maneja eso allá. Si no, uno se convierte en el objetivo militar.

A raíz del contacto que tuve con esa gente, conocí a varios políticos de la zona, los concejales y los líderes, los ganaderos. Me di a conocer, y cuando salí de la Contraloría, empecé a litigar. Entre los primeros casos que me llegaron fue el de la gente de Cimitarra, el Negro Vladimir: eso fue en el 90, por la muerte de la periodista Sylvia Margarita Duzán². Prácticamente fue el primer caso que conocí de ellos. El Negro denunciaba a una cantidad de gente. Al Negro Vladimir yo no lo conocía, él había caído preso en Puerto Berrio el 16 de agosto del 89. Defendí a varias personas que estuvieron vinculadas con ese crimen, entre ellos al ex alcalde Salvador Pardo Lobo. Ya varios de ellos están muertos. Fueron condenados y después de que estuvieron purgando la pena como por cuatro años, el extinto Tribunal Nacional los absolvió porque la prueba estrella que había era que el Negro Vladimir había dicho, «yo le hice campaña a usted, Salvador Pardo», y resulta que para la fecha en que Vladimir llegó al pueblo, él ya había sido elegido por voto popular³. Mentiroso. El grito ese quería ser protagonista de todo,

de todo. El que me contactó fue Salvador Pardo. Dentro del mismo proceso estaba un muchacho Bernabé Vergara Beltrán, que después fue personero de Puerto Boyacá. Pardo me enganchó con los otros que estaban presos.

En ese proceso, a mí me tocó llamar a declarar hasta al doctor Alfonso Valdivieso⁴ porque en la campaña política de Tiberio Villareal, de Morales Ballesteros⁵, con la gente de Santander que iba para ese sector, también los quería ensillar el Negro.

En las primeras entradas procesales, él nunca dijo nada y después de dos años mataron al patrón de él, Henry Pérez. Ahí sí se le organizó la memoria y empezó a echar gente al agua. Después me tocó defender a una hermana de él, María Teresa Baquero; él mismo prácticamente la señaló como operadora de las autodefensas. Entonces, bueno, hice todo el trabajo jurídico. En el 98, la gente fue absuelta.

A raíz de estos procesos, se vino desprendiendo la actuación mía en ese sector de gente. Pero yo actuaba en Bogotá porque la competencia no era regional sino en Bogotá.

Para Flavio, es claro de dónde provino la orden para ejecutar a la periodista Duzán y a los líderes campesinos.

La orden fue por el lado de Gonzalo Rodríguez Gacha y de Henry Pérez, y el autor material fue El Mojado. Ya están todos muertos. Para Henry no había amistad: él también era drogadicto, era un campesino con poder, era un garitero de mesas de billar de Medellín. A él lo llevó el papá, Gonzalo de Jesús, que tenía un problema en la garganta y no podía hablar. Era malo, era perverso, y los hijos perversos. Ese es otro asunto, la muerte de los diecinueve comerciantes⁶, y a mí me tocó llevar ese negocio. También apoderé a la viuda de Henry Pérez⁷, a quien vincularon.

Le ayudé al mayor Echandía Sánchez, que fue alcalde militar en Puerto Boyacá. Después fue alcalde un hermano de él que se llamaba Alejandro Echandía, alias *Chocolate*, que también fue dado de baja. Acusaron de ese crimen a la guerrilla y al parecer fue el mismo Henry, porque creo que ellos no estaban de acuerdo con el congresista liberal Pablo Guarín y con Chocolate, que se

oponían a que entrara el narcotráfico a la región. Chocolate resultó muerto por la vía a Cundinamarca y Henry fue el que lo mandó a matar, según las versiones de algunos ex miembros de ACDEGAM, de las autodefensas.

¿Que cómo fue la muerte de los comerciantes? Esos señores acamparon cerca de donde fueron ultimados. Ellos parqueaban en caravana por seguridad, y allí cerca había unos laboratorios de procesamiento de droga y estaban los hermanos de Henry Pérez, que eran periqueros a la lata —a uno le decían Cara de Vieja—; eran malos, malos. Fueron los hermanos de Henry, yo creo que no fue ni orden de Henry. Llevaban artículos como electrodomésticos, de Cúcuta hacia Medellín; entonces echaron el cuento disfrazado de que llevaban municiones a la guerrilla y total, eso fue un grado de locura de los hermanos de Henry; y después de hecho el daño, les tocó seguir. De hecho desaparecieron, regalaron y vendieron la mercancía. En ese momento como que eran dos hermanos, y de pronto en parte el viejo Gonzalo. Pero Henry no tuvo que ver en eso. Creo que hasta el Negro Vladimir se hizo cargo de esa masacre, y él no estuvo en eso —para que vea—: él no estuvo en la masacre de los comerciantes, él convirtió sus autoincriminaciones en un negocio. Como la acumulación ni le quita ni le pone (la pena máxima son treinta años), lo convirtió en negocio; le daba «dedo» a la gente y luego mandaba la razón para que le dieran plata. Él le mandó a pedir plata a don Nelson Lesmes⁸, y Nelson dijo: «¿Yo qué plata le voy a dar para que se retracte de lo que yo no he hecho?». Después, yo estuve hablando con el Negro y él me dijo que Nelson no estuvo en eso, pero fue condenado, como fue fundador y era una persona de mostrar. Había sufrido parálisis y tenía la boca toda torcida... y él no tuvo que ver.

Los conoce a todos. Flavio Amador Cortés Delgado habla con familiaridad de Gonzalo Rodríguez Gacha, de Henry Pérez, de los autores de esta masacre, de la otra. Fue el apoderado de oficio de los desmovilizados de 1991 en Manizales⁹ y de otros tantos criminales. A muchos de ellos de oficio, sacando de su propio dinero para las fotocopias de los expedientes, para los viajes a las diligencias judiciales.

Un abogado de oficio se escoge, no es por reparto, como los fiscales o jueces. Es al primero que acepte. ¿No ve que a mí me tocó hacerle defensa a Carlos Castaño también por las muertes de Carlos Pizarro¹⁰ y de Bernardo Jaramillo¹¹? Y así fue con los israelíes: yo estaba en Bogotá y el proceso empezó en esta ciudad. Me llamaron de la Unidad Nacional de Derechos Humanos [y Derecho Internacional Humanitario] de la Fiscalía [General de la Nación]; me preguntaron si aceptaba que me designaran, pues yo ya estaba apoderando al ex alcalde Luis Rubio y conocía el proceso.

Cortés aceptó apoderar a Klein y a los otros israelíes. El 6 de octubre de 1997 selló su suerte al firmar el «Acta de posesión como defensor de los sindicados: Yair Gal Klein y Arik Piccioto Afek», en la secretaría de la Unidad Nacional de Derechos Humanos de la Fiscalía. Así, el sumario 198 entró a su vida y hoy, catorce años después, sigue siendo el fantasma que ronda toda su existencia.

Notas

¹ Artículo 327 del Código de Procedimiento Penal. Resolución inhibitoria: El fiscal general de la Nación o su delegado, se abstendrán de iniciar instrucción cuando aparezca que la conducta no ha existido, que es atípica, que la acción penal no puede iniciarse o proseguirse o que está demostrada una causal de ausencia de responsabilidad.

² La periodista Sylvia Duzán fue asesinada el 26 de febrero de 1990 en Cimitarra, Santander, junto a Josué Vargas, Raúl Barajas y Saúl Castañeda —tres líderes de la Cooperativa Campesina del Carare que desarrollaban un proyecto de paz en el Magdalena Medio—, cuando realizaba un documental para el Canal 4 de Londres. En 2010, su hermana María Jimena publicó el libro *Mi viaje al infierno*, donde relata todo lo sucedido.

³ Salvador Pardo Lobo fue el primer alcalde elegido por voto popular en la ciudad de Cimitarra. Gobernó entre los años 1988 y 1990.

⁴ Alfonso Valdivieso Sarmiento, dirigente del Nuevo Liberalismo en el departamento de Santander, fue congresista, ministro y fiscal general de la Nación.

⁵ Políticos santandereanos, adversarios del Nuevo Liberalismo y después vinculados con el paramilitarismo en esa región de Colombia.

⁶ Diecinueve comerciantes santandereanos fueron asesinados el 6 de octubre de 1987, en el Magdalena Medio. Según la investigación judicial, los paramilitares fueron los autores de la masacre y tuvieron el apoyo de la Segunda División del Ejército, cuyo comandante era el general Farouk Yanine Díaz.

⁷ Luz Marina Ruiz de Pérez fue acusada de recibir la mercancía de contrabando que les encontraron a los comerciantes asesinados. Según esta versión, con esos electrodomésticos y enseres montaron un almacén en el parque central de Puerto Boyacá. A raíz de las investigaciones judiciales, el establecimiento fue cerrado y la mercancía repartida entre los miembros de la Asociación de Campesinos y Ganaderos del Magdalena Medio, ACDEGAM (tomado de *Colombia: Nunca más* <http://www.derechos.org/nizkor/colombia/libros/nm/2141/anexo.html>)

⁸ Nelson Lesmes Leguizamón, dirigente paramilitar procesado y que se entregó voluntariamente. Murió en la cárcel de Manizales.

⁹ La primera desmovilización de paramilitares del Magdalena Medio se desarrolló en diciembre de 1991, bajo el gobierno del presidente César Gaviria y después de comenzar la vigencia la nueva Constitución Nacional.

¹⁰ Carlos Pizarro, comandante del M-19, cuyos integrantes se desmovilizaron en marzo de 1990. Fue asesinado el 26 de abril de 1990, en pleno vuelo, en un avión de Avianca que hacía la ruta Bogotá-Barranquilla, cuando era candidato presidencial.

¹¹ Bernardo Jaramillo Ossa, presidente de la Unión Patriótica y candidato presidencial asesinado en la puerta del Puente Aéreo de Bogotá, el 22 de marzo de 1990.

Capítulo XVI: Cruce de caminos

Reviso y reviso las sentencias de la justicia sobre el caso de Yair Klein y no percibo una labor entregada, consagrada, del abogado de oficio. Sé que Klein nunca pagó por su trabajo. Tampoco hubo una conversación que le permitiera a Flavio Amador Cortés Delgado conocer las interioridades de lo decidido y actuado por Klein. Fue un trabajo a ciegas el de este abogado humilde y sensible. Tampoco habrá sido fácil asumir un proceso en el que estaban de por medio la imagen de Colombia, la infiltración y financiación del narcotráfico y las acciones posteriores de los aventajados «estudiantes» que bañaron de sangre al país.

¿Cómo saber si Klein había sido contratado por los campesinos minifundistas y de mediano orden del Magdalena Medio? ¿Cómo constatar si el israelí ignoraba o no que hubo dineros de Rodríguez Gacha y de Pablo Escobar, del esmeraldero Víctor Carranza y de varios criminales de gran calado en todo este asunto?

Al otro lado del mundo, Klein no entiende —hasta ahora— por qué no tuvo una verdadera defensa durante el proceso. Y reclama con vehemencia:

Vivo en la misma casa desde 1988. Este apartamento lo hice comprar en una subasta mientras yo estaba en Colombia y desde entonces es mi domicilio. Todo el mundo lo sabe, la Policía israelí, hasta el MOSSAD, nos dice Klein en la cocina, mientras en la cafetera turca hierve el agua que permitirá drenar la exquisita bebida.

—¿Sin azúcar, como siempre?

—Sin azúcar, gracias.

Según Klein, no hubo un solo conducto regular que se siguiera para intentar una notificación por parte de la justicia colombiana: ni a través de la Embajada de Colombia en Tel Aviv, ni mediante la valija diplomática que pudo haber traído desde la delegación de Israel en Bogotá, se gestionó un sencillo oficio que le indicara que había una causa abierta en su contra.

Me juzgaron sin darme la oportunidad de nombrar a un abogado; incluso, sin la opción de comparecer para dar mis explicaciones. Me enteré por Internet de la condena, se violaron todos mis derechos.

Mientras escribo esto, veo por televisión, una y otra vez, el cadáver del derrocado líder libio Muamar El Gadafi¹. Ahora se discute si se violó o no su derecho a la vida. Es que en el mundo entero hay unos derechos consagrados por la jurisprudencia internacional. Así como ahora se plantea el derecho a la vida de Gadafi, Klein invocó durante nuestro encuentro en Israel otro de esos derechos: el de defenderse y dar sus explicaciones, el de estar allí aunque, al final, fuera vencido en juicio. Por eso está convencido de que otra hubiera sido su suerte de haber podido presentarse ante quienes lo estaban procesando. Porque aunque sus abogados han dicho y redicho que su vida en Colombia no está garantizada, Klein asegura que el gobierno —cualquiera en su momento— hubiera hecho todo lo posible para garantizar que a él no le pasara nada en un centro de reclusión colombiano. Aunque, de nuevo, duda. Sirve el café humeante en dos vasos de vidrio —los jóvenes no toman café, ya lo sé— dice mirando sonriente a Carolina y a nuestro traductor, pero pronto desaparecen sus dientes blancos, por la mueca de disgusto al pensar en voz alta: Lo sé, tengo enemigos poderosos en Colombia. De pronto, ningún presidente hubiera podido garantizar que no me mataran en una cárcel colombiana.

Luciendo sus dotes de equilibrista, sube frutas y la jarra con el café restante por las vetustas y estrechísimas gradas de cedro, hasta su maravillosa terraza.

* * *

Muy lejos de este lugar, Flavio Cortés, el abogado, lucha por conseguir unos pesos para poder hacerle seguimiento a su solicitud de rebaja de pena para Klein y sus compañeros de infortunio judicial. Es

su última gestión y pronto tendrá que ir desde Neiva hasta Manizales. En vueltas, pasajes, un hotelito sencillo, se me pueden ir dos millones de pesos —dice con tristeza—, plata que nadie me va a reembolsar y que, obvio, no tengo —sentencia. Muestra con orgullo el oficio como para decirnos, como para convencerse a sí mismo de haber hecho todo lo que estuvo a su alcance para defender a su desconocido cliente. Es una solicitud de rebaja del diez por ciento de la pena impuesta, acogiéndose a la Ley de Justicia y Paz². Un mes después, el juez niega la solicitud. Si viene a Colombia, Yair Klein tendrá que pagar la sentencia completa. Ahora, solo le queda relatarnos, de principio a fin, su lucha por defender a Yair Gal Klein.

A los abogados penalistas, la justicia, en esa época —y todavía ahora, el Consejo Superior de la Judicatura— nos exigía tener unos diez procesos de oficio gratuitos, como un servicio social. Son trabajos dispendiosos y hay ocasiones en que sancionan abogados, a pesar de que la parte instructiva está en un departamento y la etapa de la causa está en otro, y a veces uno tiene que desplazarse con sus propios medios porque no hay presupuesto para eso. Algunos funcionarios aceptan que uno renuncie, otros no. La defensa que me correspondió de los ciudadanos israelitas Yair Gal Klein, Ari Piccioto Afek, Ishack [así figura en el expediente] Shoshani Meraiot, Terry Melnik y Tzedaka Abraham, fue de oficio, porque en la unidad y en la antigua Fiscalía Regional yo era uno de los abogados más antiguos para esa época. Yo no le vi ningún tipo de malicia, sino una defensa como cualquiera —además [de] que los hechos estaban ya trasnochados. Pues dije, vamos a trabajarle y hay que trabajar con más ahínco y ser más acucioso que cuando es uno defensor de confianza. Y por tratarse de un hecho de amplio conocimiento nacional, pues asumí con toda entereza y presenté los alegatos correspondientes, con base en que las pruebas que existían dentro del plenario favorecían a estos ciudadanos, porque apuntaban a que los hechos habían sucedido en el 87. Entonces de una vez dije, «yo no puedo hacer más gravosa la situación». Además yo no tenía ni los medios económicos, ni los contactos, para ampliar un sistema probatorio. Pero por lo que estaba

en el expediente, el tipo penal no se configuraba porque, para la época, la vigencia del Estatuto Antiterrorista³ no existía. Yo me la jugué, me dije: «Vamos a aceptar el caudal probatorio en relación con las entrevistas y los videos que presentó el Noticiero Nacional».

Yo presenté los alegatos, se le hizo un estudio completo y le resolvieron su situación jurídica el 27 de mayo del 97, donde se demostraba el tipo penal del Artículo 7 del Decreto 180 del 88 (que es el Estatuto), que guarda consonancia con el Decreto 2266 del 91, denominándose «concierto para delinquir». Los cuentos clave que existían para prueba fueron lo declarado por el periodista Daniel Alfonso Coronell Castañeda⁴, junto con su video, quien manifestó en Bogotá el 26 de junio del 89, cómo consiguió el video que publicó en su noticiero.

Precisamente, en un oficio que le dirigí a la Unidad de Fiscalía de Derechos Humanos, solicité la preclusión de la investigación y la revocatoria de la medida de aseguramiento, recordé que el periodista Coronell se presentó con el casete el 26 de junio de 1989 al Juzgado Tercero de Orden Público y declaró bajo la gravedad del juramento que había obtenido el video a través del buzón que tiene el noticiero —sin estampillas ni nada que identificara su procedencia—, pero que [ni] él ni ninguno de los periodistas del Noticiero Nacional intervinieron [ni] directa ni indirectamente en la filmación.

Entonces, Cortés Delgado argumentó: El documento sobre el cual se soporta la acusación de la Fiscalía es un documento anónimo, es un documento cuya autenticidad no se encuentra probada dentro del proceso. Es un documento que no se sabe de qué manipulaciones pudo ser objeto, aseveración esta que se hace porque no se conoce su autor y en consecuencia carece de la prueba testimonial que le diera eficacia probatoria.

Patadas de abogado, porque el rostro de Klein, inconfundible, plenamente identificable, aparecía en el video. Y además porque el propio Klein confiesa, como ya lo dijo en páginas precedentes, que él mismo fue el autor del video con el que pretendía promocionar su empresa Hod haJanit (Punta de Lanza). Hoy, Flavio Cortés no puede ocultar esta realidad. Por eso admite que el video es legal y auténtico.

Se puede presumir que en realidad se hayan dado estos entrenamientos dentro de nuestro país. Pero la legislación colombiana no regulaba ese tipo de conductas hasta que, con posterioridad —mediante el Decreto 180 del 88—, se complementaron los códigos penales. Por lo tanto, yo alegué que los cargos no eran ilícitos. Este fue el soporte, el andamiaje jurídico que se le dio en todas las instancias, y es muy claro que la prueba y el texto de la norma es posterior y el fallo violó el debido proceso, aplicando normas inexistentes para la época cuando fueron los entrenamientos. Por lo tanto, fue un fallo fuera de todo contexto de derecho. ¿Por qué no se apeló? Porque en la parte de instructiva y en la etapa del juicio, en ningún momento tocaron el tema crucial que es el soporte de la defensa, que es la vigencia de la norma. Por ninguna parte lo tocaron; entonces yo dije, «esto es un fallo político, este negocio está satanizado, aquí no hay nada que hacer».

Salió el fallo en primera instancia, yo estaba en Bogotá y no tenía los recursos para arrancar para Manizales a apelar. Sin embargo, la sorpresa es que a mi cliente de confianza, a quien habían absuelto en la primera instancia —Luis Rubio, el ex alcalde de Puerto Boyacá, ese pobre viejito que no tuvo nada que ver con todos esos hechos—, en la consulta lo condenaron y a los israelíes les bajaron la sentencia a diez años y nueve meses.

De todas formas, haberle metido a eso hubiera sido como tirarle pólvora a gallinazo. Los alegatos que ya había presentado durante todo el proceso eran los mismos que hubiera podido interponer. Si algún día va para la Corte [Suprema de Justicia] será igual. Lamentablemente el negocio fue satanizado. Yo quiero que este señor —Klein— se dé cuenta de que realmente sí se le hizo una defensa seria, pero no tuvo eco porque los funcionarios tenían que ganar ascensos y mostrar a la opinión pública como fuera, que se castigaría al supuesto criminal. Mire que el viejito [Rubio] que no tuvo nada que ver y fue absuelto en primera instancia, pagó los diez años. Él estaba huyendo de otro proceso de concierto para delinquir con Pablo Escobar, Rodríguez Gacha y Henry Pérez, y lo enredaron al viejito. Llevaba siete años huyendo, estaba por ahí en

Boyacá trabajando en fincas, cayó preso y luego le clavaron este otro proceso. Se logró acumular penas, recuerdo que estuvo con Ramiro Lucio preso en La Picota, en el pabellón A.

En esta valoración probatoria existen testigos poco creíbles que buscaban protagonismo; aquí hay unos alegatos del Ministerio Público donde tocan a militares y todo eso; está muy clarito. Todos los que los apoyaron a ellos, a las autodefensas allá, ahí está muy clarito; lo de los comandantes del Batallón Bárbula es aterrador. Beto Panesso, Fercho, Platino hacen un recuento; este Beto⁵ dice: «Yo hice el curso con él, fue comandante mío; no estuve en esa masacre, pero como ustedes le creen a él, yo también lo acepto. Pero cómo les voy a dar detalles, si yo no estuve...»

Pero el más fantasioso es el Negro Vladimir. Sí, el mismo que sale en el video promocional de la compañía de Yair Klein. Él confiesa, pero luego se retracta. Por ejemplo, en una indagatoria el Negro saca a un mayor; decía que si se le arrimaban y le daban algo (si le pagaban por lo que tenía que decirle al fiscal o al juez), luego se echaba para atrás.

Flavio Cortés guarda partes del voluminoso expediente como si fuera oro puro. Entresaca una de las comparecencias de Alonso de Jesús Baquero, alias Vladimir.

Aquí hay una copia de Baquero donde él se retracta; porque él inicialmente había metido a Víctor Carranza como uno de los promotores para la traída de los instructores israelíes; aquí está la retractación del Negro. Él la rindió en Palmira, Valle, el 8 de mayo de 2001. Fue larguita; allí estuvo el abogado de Víctor Carranza; se retractó y ubicó los cursos, dice que a los Llanos [Orientales] también se los llevaron, habla clarito. Según Vladimir, Henry Pérez no participó en el segundo curso, y él tampoco, porque en esos días se había metido a la zona Braulio Herrera⁶, que fue un congresista de la UP que se metió a la guerrilla. Braulio entró con una coordinadora al Magdalena Medio que era la zona que estaba bajo el control del Negro. *Me explica que entonces...* Vladimir no pudo participar en el curso pues debía repeler a las FARC con los paramilitares bajo su mando.

Veo que nos vamos saliendo del tema: el proceso contra los israelíes. Luego del fallo en segunda instancia, le pregunto si era posible interponer un nuevo recurso.

El fallo de segunda instancia fue una consulta, no una apelación. Hoy en día ya no puede apelarse nada. Hasta ahora es cosa juzgada, lo que queda es pedir una revisión o presentar una tutela a la Corte Suprema, como última instancia. Pero se necesita la firma del señor Klein y unos requisitos especiales: eso es dispendioso.

Pero independientemente de si él tiene ánimo o no de interponer una casación, hay mucho por aclarar. Vladimir mismo hace la relación, cuáles eran los militares comprometidos y toda esa joda. Aquí está lo de Luis Alberto Arrieta Morales, alias *Piraña*, que era el guardaespaldas del Negro; él iba a dar una declaración por el caso de Luis Carlos Galán y lo mataron en Villavicencio, según me contaron, en la cárcel. Arrieta Morales sí estuvo en los cursos, pero no estuvo en el atentado, en el asesinato de Galán. Pero la Fiscalía se pegaba de todo.

Flavio Cortés insiste en aclarar que Luis Alberto Rubio, el ex alcalde de Puerto Boyacá condenado por los mismos hechos, es inocente y pagó una condena injusta. Según él, Arrieta Morales aseguró que en 1987, el mandatario local no era Rubio sino Alejandro Echandía (alias Chocolate) y que ese año fue cuando los israelíes dictaron los cursos.

Aquí es donde está el problema del defensor. Toda su argumentación se basa en que los hechos sucedieron en 1987. Pero Klein, los jueces, los fiscales y los testigos coinciden en afirmar que todo sucedió en 1988. De tal manera que, aparentemente, Rubio sí era el alcalde. Además, los hechos serían posteriores a la expedición del Estatuto Antiterrorista.

Lo que no puede negar es que Rubio conoció a Yair Klein y a los que estuvieron en Puerto Boyacá por esa época: Rubio los conoció, y es muy posible que haya estado cuando fue la clausura de algún curso. Él era político, era habitante del pueblo, sí fue el primer alcalde elegido por voto popular; y decir que era amigo de Henry Pérez... claro, pero que él haya traído a esos señores, ¡no!

Era un pobre parroquiano, pero veía a un periodista y él le caía allá, le quitaba el micrófono. Y como en ese entonces la gente estaba envalentonada, a Henry Pérez lo llamaban *El Libertador*, —se decía que Puerto Boyacá era «territorio libre de Colombia»—, le hacían calle de honor. Los desbordamientos que hubo fueron espectaculares: montaje, *show*, cortina de humo para tapar la verdadera responsabilidad sobre la llegada de los israelíes. Por todos los lados condenaron al viejito.

Quiero conocer su opinión sobre los verdaderos responsables de todo lo que se gestó en esos entrenamientos: Los verdaderos responsables... Todo fue orquestado por Rodríguez Gacha y Pablo Escobar. Y al viejito Carranza le pidieron plata al principio, pero como es tan tacaño, no le jaló porque tenía que invertir. Salió con que estaba pelado.

Desde el comienzo Escobar y Gacha tenían la mano metida, independiente de si los instructores supieran o no. Henry Pérez era un pichón —le estaban creciendo las alas—, pero él le quitó el mando al papá; dicen que mandó a matar al papá, que entre Ariel Otero y la mujer de Henry lo quebraron. Lo que pasa es que Henry Pérez había matado a unos amigos de Escobar que tenían una finca cerca de Puerto Boyacá, y los familiares de las víctimas y Pablo, en retaliación, por venganza, le mandaron los «suicidas» allá. Henry Pérez murió en una procesión de la Virgen del Carmen en Puerto Boyacá⁷. Iba caminando con los habitantes, la mayoría iban desarmados. A dos sicarios los cogieron ahí mismo y los mataron. La viuda⁸ de pronto tuvo algo que ver con Meneses, pero me decía un amigo, «a qué horas si ella mantenía protegida, a qué horas». Meneses era «perro», y la esposa de Henry Pérez era bonita, trigueñita.

Sobre los entrenamientos, Flavio Cortés conoce algunas historias que obtuvo de primera mano. Otras las extrajo de los expedientes, con la consideración de que —con tanta denuncia y retractación— puede que no todo sea cierto.

El Mexicano mandó a hacer la Isla de la Fantasía, le hizo construcciones, como el centro de atención; allí hubo mariachis,

bacanales. En la Isla fue el segundo entrenamiento. Pero por una inspección del DAS, se fueron como a dos horas. Según las confesiones del Negro, dizque también los llevaron a los Llanos a otro curso. Pero él es muy claro en que son versiones —a él le comentaron los otros— porque él estuvo solo en el primer curso.

* * *

Poco tiempo después de los cursos, empezaron los atentados. Aunque no hay un listado completo de los noventa alumnos —es más, solo hay verdadera claridad sobre algunos de los integrantes del primer entrenamiento—, es importante esclarecer ciertas responsabilidades en los crímenes atroces que bañaron de sangre, ya no al Magdalena Medio sino a Colombia entera. Después de mucho trajinar con los expedientes, Cortés Delgado ha llegado a varias conclusiones:

Dicen que Rueda Rocha⁹ fue uno de los que estuvo en uno de los cursos. Él fue el que mató a Luis Carlos Galán. Él pensó que con esa actitud iba a ser el jefe paramilitar. También había un alcalde [Gustavo] Londoño en Puerto Boyacá: lo descuartizaron, lo halaron así con tacos y apareció despresado. Eso fue después de la muerte de Galán. Él era del mismo cartel, era muy «sacamicas» con Henry Pérez y se metía en torcidos.

Los que mataron a Galán se escondieron en un apartamento, pero terminaron en Puerto Boyacá. Fueron después a reclamar el triunfo: me cuenta eso Narciso Fajardo, un primo de Rueda Rocha que está detenido, que es el segundo al mando de [El] Águila, de Yacopí. La Fiscalía no buscaba sino al Negro Baquero, ese era el de mostrar, pero está muy revaluado. Tanto, que en una diligencia pedimos la prueba siquiátrica de mitomanía y él no quiso prestarse —claro, porque la pierde. Él habla como un niño, tiene su cosa, su problema de desarrollo motor.

Para este abogado de provincia, el caso Klein ha marcado su vida. Lleva más de quince años acompañado de esa sombra. Pero él,

que estuvo cerca de tantos poderosos del mal, siente que: Es como algo muy normal, porque yo soy un tipo sin incentivo económico. Soy tranquilo en ese sentido. Persecuciones sí, me estuvieron amenazando al comienzo. No era que no hubiera defensa, sino que la prueba era contundente. Después se descubrió que el «sapo», el que entregó el video, fue el mayor Echandía, el que lo dejó allá en el noticiero. Fue en represalia por la muerte de su hermano, alias Chocolate. Él se dio cuenta de que a Chocolate, que estaba de alcalde, lo había mandado a matar Henry Pérez; después tomó represalias con Luz Marina, la mujer de Henry.

Pero, ¿qué motivó a Echandía a divulgar lo del video?

Esa es la pregunta del millón: es que la única prueba era la de Echandía, y si ese señor se hubiera quedado callado, no hubiera habido tanta vaina, no habría existido pruebas. Él tuvo problemas con su esposa, que se fue para Estados Unidos y lo dejó. Y él estaba aspirando a trabajar con la DEA. Yo lo fui a visitar cuando estuvo preso en Puente Aranda y me contó que cuando regresó de los Estados Unidos le echaron mano, pero la mujer se quedó allá y lo abandonó. El otro sentimiento de él era que había quedado muy relegado; era miedoso, le tenía pavor a Henry Pérez. Es que ese hombre era un Titán, ¡yo no sé por qué le caí en gracia a ese señor! Era un montañero con plata y poder, lo habían denominado *El Libertador*, le hacían la venia, y los militares y toda esa gente, era un Atila, ja ja ja ja.

La captura de Echandía fue después de lo del video. Él metió una tutela y le hicieron una rebaja. Creo que fue por autoincriminación.

Se acerca el momento de la despedida. Es claro que ya el juego está muy barajado y quedan pocas partidas jurídicas para Klein y sus compañeros de aventuras. Sigo con la duda que me asaltó desde el momento en que vi el barrio donde Flavio Cortés y su esposa habitan; sobreviven. ¿Por qué no nada en billetes el abogado de los paras? Por fin me atrevo a preguntárselo.

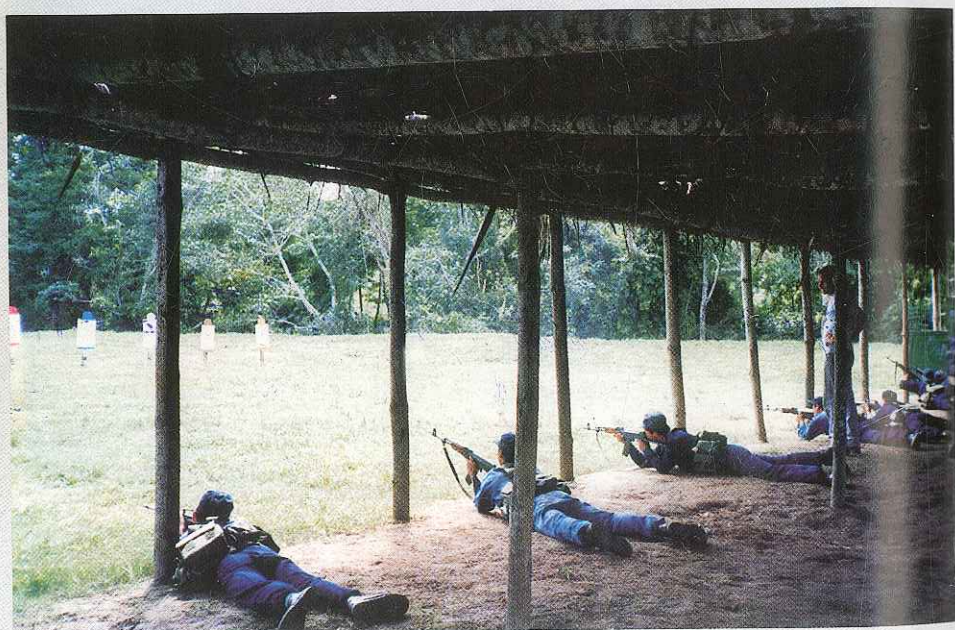
El problema es que yo no he servido para meterme, como se dice, en torcidos. Muchos abogados han muerto, porque para



▲ Instructor de tiro al blanco da indicaciones a los estudiantes. En su mano, un fusil.



▲ En Puerto Boyacá, los alumnos paramilitares ensayan tiro al blanco con armas cortas.



▲ De pie (a la derecha de la foto), Amatzia Shuali supervisa una práctica de tiro al blanco durante uno de los entrenamientos.



▲ Amatzia Shuali entrena a los paramilitares en el Magdalena Medio.



▲ Arik Afek (tomando algo de un vaso) con Ariel Otero a su lado (ambos en trajes de baño de rayas), disfrutan con Teddy Melnik las ostras en una isla cerca de Cartagena.

ÁLBUM DE FOTOS

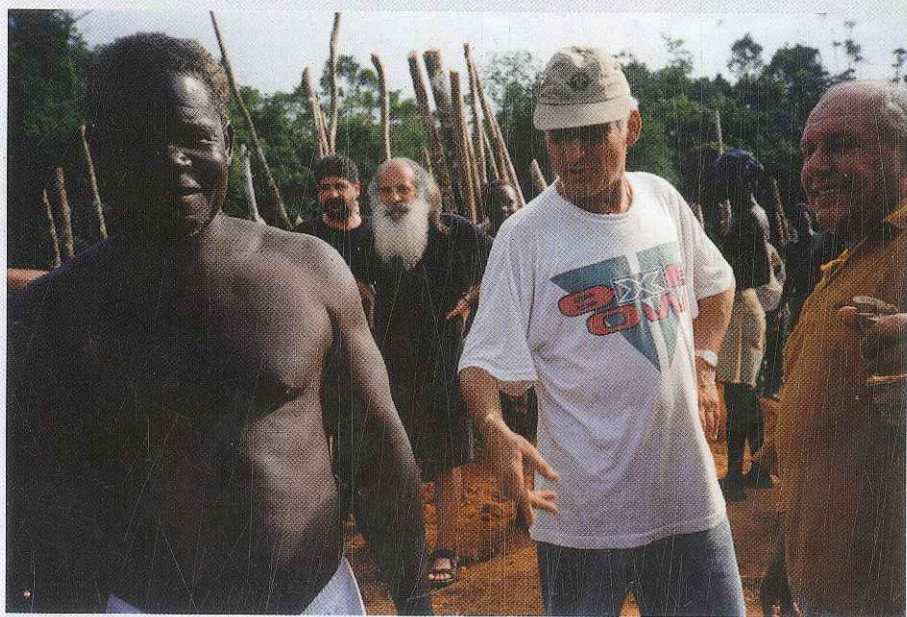


▲ Amatzia Shuali, uno de los entrenadores que trajo Klein a Colombia, en la ciudad de Beer Sheva, Israel.

EL CASO KLEIN



▲ Klein en el interior de su celda en la cárcel de Sierra Leona.

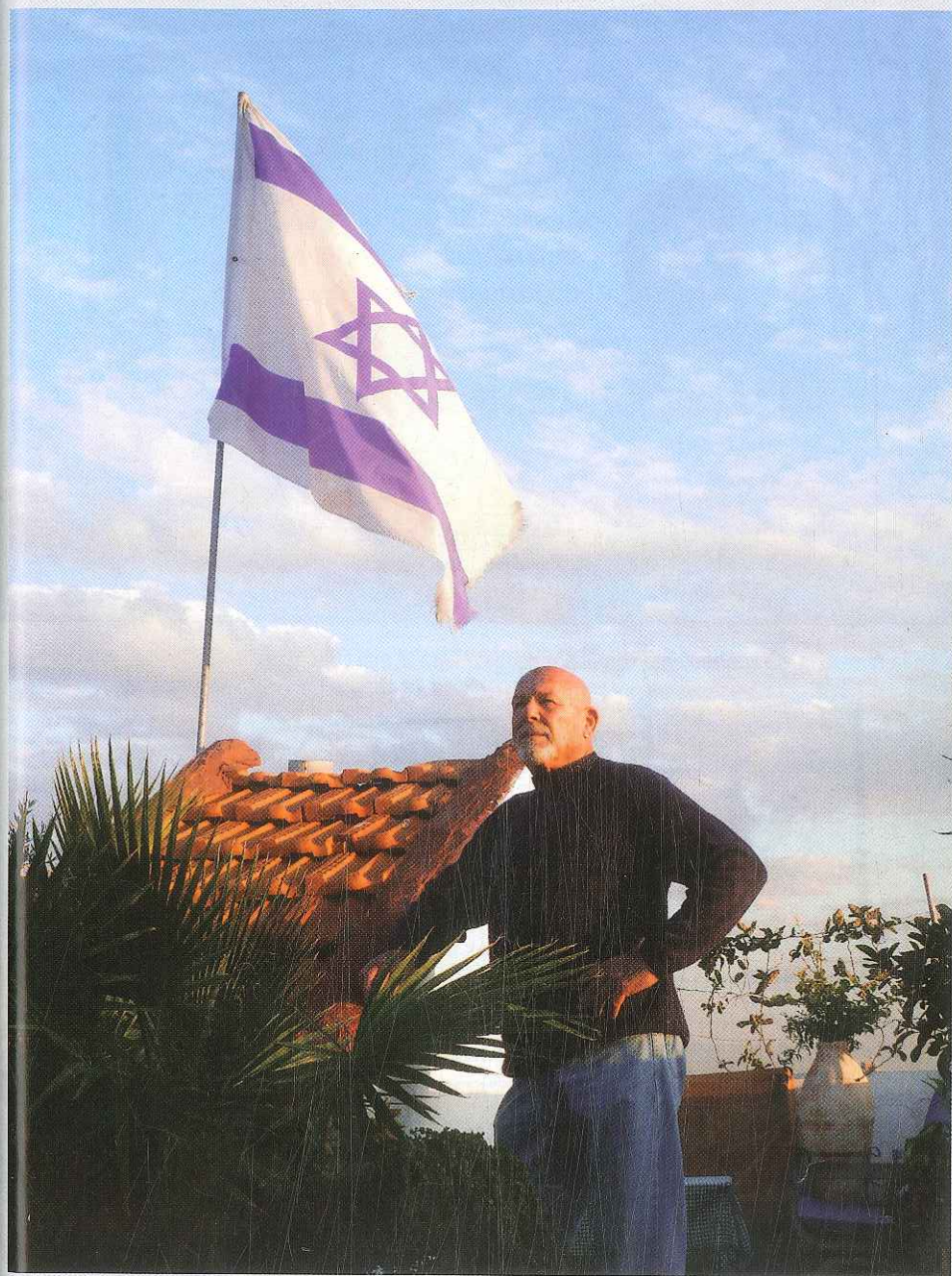


▲ En Liberia, África, en la zona de las minas de diamantes, Klein (derecha) con Jungle Jim y su socio Dov.



▲ Yair Klein (izquierda) sentado en la entrada de la cárcel, en Sierra Leona.

EL CASO KLEIN



▲ Imagen actual de Yair Klein en su residencia localizada en la ciudad de Yafo, en Israel.

ÁLBUM DE FOTOS



▲ En la terraza de su apartamento con una magnífica vista al mar.



▲ Fachada de su negocio Pollo Campero en Israel, cuyo nombre fue tomado de un restaurante similar en Colombia.

esa gente no hay amistad: ellos prefieren coger al funcionario y darle la plata. El negocio así vale mucho porque hay que tener para cuadrar a las autoridades: entonces por ejemplo, uno podría decir, «yo le cobro cincuenta millones por la defensa»; contestan, «eso es muy caro»... eso vale —póngale veinte millones—, pero el resto es para arreglar.

Y yo hasta ahora a ningún funcionario he sobornado. ¿Irlé yo a llevar plata a un funcionario? No sirvo para eso. A mí me tocó defender a gente humilde, yo los ahorros que tengo es por demandas administrativas, por detenciones injustas, son procesos que están caminando.

Pero estoy con vida. De resto, le repito, con esa gente no hay amistad. Como somos a veces los colombianos, la ingratitud y las vainas... y lamentablemente le digo, a la gente le gusta que le digan mentiras, que yo soy amigo de la tía de Dios y de ahí para abajo; y póngale fechas, yo le cuadro esto por aquí y por allá, son abogados que saben cobrar, y le dicen mentiras a la gente; si no sale, le dicen... es que la plata que le dio, fulano de tal se quedó con ella, no se la entregaron al juez, resultan matando al inocente. Todo eso lo he visto en la profesión y a la gente le gusta que le digan mentiras y le saquen la plata. Esos abogados no han sacado a nadie, no sacan una presa de un tamal; al que no extraditan, lo matan o se fuga, pero no han sacado a nadie por la vía jurídica.

Por ejemplo, el Negro Vladimir está en alta seguridad en Palmira. Cuando estuvieron el narcotraficante Pacho Herrera y toda esa gallada allá, él era el que les probaba los alimentos, y entonces lo «billeteaban»; cuando yo iba, veía al negrito con tenis de 200.000 pesos. En todo este asunto, he dado con una serie de «chichipatos», gente muy humilde, a quienes han involucrado injustamente; realmente, no he estado con peces gordos. Finalmente, casi todos se han eliminado, entre ellos.

Me pregunta si tengo manera de «llegarle» a Klein. «Obviamente, tengo la forma de hacerle saber lo que usted quiera decirle», respondo.

Dígale que si él llega a llegar a Colombia, lleva las de ganar, porque entra a desvirtuar ese fallo; además, la condena es de diez

años, no como decía el ex vicepresidente Francisco Santos, que se pudriera aquí en Colombia. Con descuentos, pagaría las tres quintas partes, más la rebaja por trabajo, esos diez años los paga con tres años y medio, y con una buena asesoría podría tumbar ese fallo, y hasta demandar al Estado, porque el argumento que tenemos sobre la palestra es fuerte —no son inventos míos, mejor defensa no puede haber. Olga, usted dice que él se pregunta por qué yo no hice más, por qué no busqué testigos para desvirtuar y defenderlo. Le contesto: yo qué me iba a poner a buscar más gente, si el Estado es el que tiene que probar los delitos. Le complicaba la vida a él trayendo gente que me dijera lo que no era, por estrategia nomás. Me dije, «con esto que hay aquí, no hay más que agregar».

Pienso que, a pesar de toda la parafernalia, a pesar de años de declaraciones y gestiones, en el fondo no hay un verdadero interés de tener a Yair Klein en Colombia, con su cascada de denuncias e incriminaciones. Flavio parece estar de acuerdo. Trae a la memoria las gestiones que se hicieron cuando Klein fue detenido en Sierra Leona:

Me enteré por la televisión. Pero yo sabía que no había tratado de extradición con Sierra Leona. Yo sí dije, «se van a ir a viaticar» porque, ¿sabes?, creo que fue Virgilio Hernández —el jefe de la Unidad de Derechos Humanos de la Fiscalía— y todo se exponía por televisión. Fueron dos meses en que se hablaba del ciudadano israelí, eso daba *rating*, sacaban el [dinero] de una vez, el amarillismo ahí. Eso fue tiempo perdido; dije: «No lo traen» y así fue. Y cuando lo de Moscú, estuve hablando no sé con quién en la Embajada de Israel, y yo les dije que si él llegaba, era muy probable que lo envenenaran en la cárcel por silenciarlo, y como vinieron a inspeccionar la cárcel —vino una delegación de la embajada rusa en Colombia—, dijeron que no había garantías. Por eso fue que pasaron ese derecho y la corte allá advirtió que corría peligro la integridad de él acá. Yo hablé con varios periodistas que me entrevistaron para la televisión cuando lo de Rusia y yo dije que no lo traían. Crucé una apuesta con Jairo Tarazona y Arnulfo Méndez¹⁰, uno flaquito que trabaja con Noticias Uno. Yo les dije que no lo traían, que 99 a 1, y claro, un ciudadano de estos... Aquí si mandamos por camionadas a extraditados, en cambio allá sí tienen

sentido de pertenencia, es un militar de honor allá, los abogados allá sí se movieron. No lo trajeron y no creo que lo traigan nunca. Probablemente, eso se queda así.

Ha pasado mucho tiempo y ya casi no hay restos de estos terribles episodios. La mayoría está a punto de prescribir y quedar en la más absoluta impunidad. Pero debe quedar una huella indeleble, sobre la cual quiero conocer su punto de vista:

Puerto Boyacá es una ciudad cosmopolita donde convergen todas las razas; es como el ombligo de Colombia. Y allá, el que llegue, allá se ubica; pero el orden público actualmente está bastante delicado, porque anteriormente, con la desmovilización de esa gente, aparentemente había orden, pero ahora hasta en los bancos están robando, hay fleteo y de todo... lo que se llamaría inseguridad ciudadana. Hace unos años, allá usted podía dejar el carro afuera con las puertas abiertas y no le pasaba nada. Guerrilla, narcos, yo creo que allá confluye todo. Hace unos días en Doradal cogieron una volqueta con mil kilos. No sé de quién sería eso, se lo achacan a un hijo del jefe paramilitar desmovilizado Ramón Isaza; a mí no me consta nada de eso, pero me hace pensar que tiene que haber un contubernio y será difícil acabar ese flagelo. Yo lo analizo así: es que los grupos de autodefensa cambiaron de ideología como todos, con el ánimo de hacer cada cual lo suyo. Entonces ya viene el secuestro, el boleteo, la vacuna; empiezan a hacer todo lo que hacía la guerrilla para poder sobrevivir y estar en las mismas condiciones. Es tanto que ya no se oye de enfrentamientos entre ellos, creo que hasta unen capitales para mandar droga para el otro lado.

La despedida es extraña. La prevención ha dado paso a una rara mezcla de sentimientos. Es probable que no hayamos encontrado algunas respuestas clave para entender este asunto. Pero queda claro que el hombre hizo lo que pudo y que está dispuesto a seguir colaborándole a su sombra. No pierde la esperanza de conocer algún día a Yair Klein, de poder explicarle que quiso hacerlo todo honestamente, pero que la prueba y los testimonios tenían tanta fuerza, que no quedó mucho por argumentar. Pero que si está dispuesto a regresar, él hará hasta lo imposible para buscar una ruta jurídica que permita que Colombia conozca su verdad.

Notas

¹ El líder libio murió el 20 de octubre de 2011 en hechos aún no aclarados jurídicamente. Un video grabado durante su captura muestra cómo Gadafi salió vivo y sin mayores heridas de su escondite, pero fue acribillado con su propia pistola dorada por uno de sus contradictores.

² Cortés Delgado solicitó a mediados de 2011 al juez primero de Ejecución de Penas y Medidas de Seguridad de Manizales la aplicación del Artículo 351 de la Ley 906 de 2004 y el Artículo 70 de la Ley 975 de 2005 sobre la redosificación de la pena, para que se le rebajara el diez por ciento de la misma. Petición que fue negada por el juez a finales de octubre de 2011.

³ El Estatuto para la Defensa de la Democracia, más conocido como Estatuto Antiterrorista, fue expedido a través del Decreto 180 de 1988 por el gobierno del presidente Virgilio Barco Vargas. Empezó a regir el 27 de enero de 1988.

⁴ Entonces jefe de redacción del Noticiero Nacional.

⁵ Se refiere a Marcelino Panesso Ocampo, alias *Beto*, desertor de las FARC que se unió luego a los paramilitares del Magdalena Medio. Fue testigo en el proceso contra el comandante de la Segunda División del Ejército, general Farouk Yanine Díaz, el presunto patrocinio de grupos de paramilitares. Luego, el mismo Beto se retractó y aseguró que fue presionado por fiscales sin rostro para que declarara en contra del militar. Beto fue condenado en mayo de 1997 a treinta años de prisión por dos masacres, la de los comerciantes y la de la comisión judicial en La Rochela.

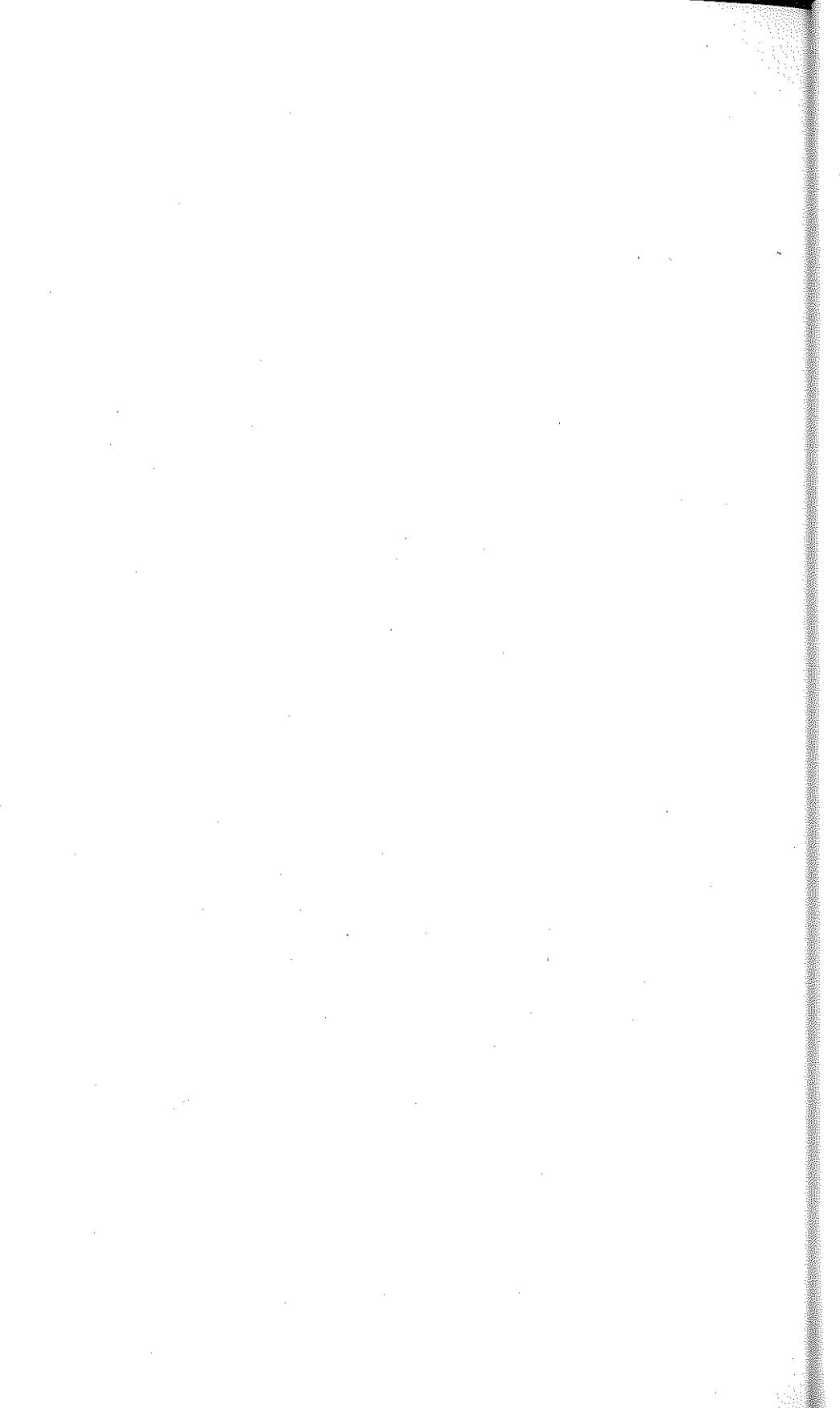
⁶ Braulio Herrera, político de la Unión Patriótica, fue representante a la Cámara, pero debió refugiarse en el monte con las FARC, debido a la campaña de exterminio a la que fue sometido su partido político por el paramilitarismo. Fue comandante en el Magdalena Medio.

⁷ Henry de Jesús Pérez fue asesinado el 20 de julio de 1991, durante la Procesión de San Isidro, junto con otras ocho personas (su escolta Evelio, dos de los sicarios y cinco niños). Dos semanas antes, su padre también había sido acribillado. Luis Meneses, alias *Ariel Otero*, acusó al narcotraficante Pablo Escobar de la autoría intelectual del hecho.

⁸ Luz Marina Ruiz de Pérez, también condenada por la masacre de los comerciantes.

⁹ Jaime Eduardo Rueda Rocha, hombre de confianza de Gonzalo Rodríguez Gacha, participó en el primer curso de los israelíes. Luego, habría estado presente en la reunión celebrada en la Isla de la Fantasía, en donde se planeó el asesinato de Luis Carlos Galán, según confesiones de Vladimir y de John Jairo Velásquez Vásquez, *Popeye*, el jefe de sicarios del Cartel de Medellín. Fue quien disparó el arma asesina en el magnicidio de Galán. Murió el 23 de abril de 1992, en un enfrentamiento con la Policía (información del 14 de agosto de 2009 tomada de *El Tiempo*: [//www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-5855809](http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-5855809)).

¹⁰ Periodistas colombianos que han cubierto por varios años el caso de Yair Klein. El primero de ellos (Tarazona), reportero de la cadena radial RCN, publicó el libro *El profeta de la muerte* (Planeta, Bogotá, 2008).



Capítulo xvii: África

Una vez más, Yair Klein se refugia en la seguridad de su país, Israel. Sabía que allí nadie podría tocarlo y que mientras aparecía una nueva aventura, podría intentar ganar algún dinero, como dice él, más que nada para su supervivencia. Pero en el fondo de su corazón y de su mente, el principal objetivo era enriquecerse y aprovechar su experiencia de años en las lides de la guerra y la contrainsurgencia. De modo que Israel se convierte de nuevo en su «escampadero», a la espera de una nueva emoción. Su compañía, Punta de Lanza, le permitía continuar vigente.

Seguí entrenando en Israel, a pesar de que no me gustaba ese trabajo. Entrené a las compañías de seguridad más importantes, solo las involucradas en trabajos de seguridad con el gobierno: a la compañía estatal de guardas de ferrocarriles de Israel, a los guardas de los Puertos de Israel, a la Administración Civil de los Territorios, y también comencé a desarrollar proyectos de turismo. Monté tres restaurantes, uno de ellos se llamaba Kumkum (Cafetera) y dos años después monté el Pollo Campero.

Con mi compañía, tuve contratos: el aeropuerto de Dallas, otro en Bolivia, otro en Guatemala con el fin de entrenar al Ejército en el cambio de su estructura de operaciones para combatir con más eficacia a la guerrilla.

Hasta que una vez me contactaron de una compañía de diamantes de Israel para ir a Liberia como encargado de seguridad de las minas. La calma que tenía aquí no iba bien con mi personalidad, por mi espíritu aventurero; eso me llamó la atención de África.

Sin embargo, muy pronto entendimos que el dinero no se hacía con diamantes, sino con caucho. ¿Por qué? Liberia, años atrás, había sido el primer exportador de caucho del mundo, pero las llantas de los carros empezaron a fabricarse de nafta. Además, debido a la guerra que estalló en Liberia¹, el fabricante Goodrich Co.

se fue y dejó abandonadas las plantaciones de caucho, Country Plantation: así nomás, dos millones de hectáreas de árboles de caucho.

Cuando nosotros llegamos, hubo una nueva situación: por el temor al SIDA, todo el mundo empezó a tener relaciones con condones. Y como para fabricar condones se necesita el caucho que se extrae de los árboles, el precio del caucho subió de 200 a 940 dólares por tonelada.

Yo fui a extraer el caucho de la Goodrich. Se necesitan condones para meterse en un campo deshabitado como ese. Un grupo israelí me lo propuso y acepté.

Después de estar un corto tiempo en la preparación del «ordeño» de los árboles, mi novia Mijal vino a visitarme. Yo estaba renovando los campos de los gringos y solía salir temprano para traer material de construcción; ya teníamos tres habitaciones lindas y organizadas. A las seis desperté a Mijal.

—Nos vamos.

—¿Qué? Vengo por una semana a visitarte... ¿y que tengo que salir a las seis de la mañana? Yo quiero sexo en la mañana.

Salimos a las siete en el campero. De repente sentí ese frío en mi nuca: «Habrán problemas», y paré. En Liberia, los maderos se caen de los camiones. Había un árbol tirado en la vía y no sé que hizo que me detuviera y decidí devolverme. Mijal me preguntó que qué había pasado, le dije que no sabía, pero el impulso me hizo salir de allí.

Luego de andar un kilómetro, solicité por radio que vinieran guardas armados, y cuando llegaron en un campero, les pedí que fueran delante de nosotros porque creía que había un problema.

Cuando estábamos a trescientos metros del árbol, les ordené que bajaran y siguieran a pie. Al llegar al árbol caído, encontraron un campero y dos cadáveres, uno a cada lado del árbol. Mijal se puso histérica. «Ahora sabes por qué me regresé», le dije.

Es una fuerza que no es mía, y tengo muchos ejemplos. Como en África, ustedes ven cómo me ha sucedido muchas veces.

Empezamos, pues, en ese negocio, que iba a ser como una mina de oro. Pero, uno de los israelíes que estaba en Liberia, Jacky

Asayag², por celos o por maldad —como dijo Dios, el impulso de la maldad en el corazón del hombre es peor que su juventud— regó el cuento de que yo iba a matar a Charles Taylor³. Aquí le voy a relatar un poco de historia.

Taylor era un terrorista y corrupto. Había estado en prisión en Estados Unidos por tomar dinero del gobierno liberiano: como agregado militar de Liberia en Estados Unidos, recibió un dinero para comprar un armamento y se lo robó, por lo que fue juzgado y hecho prisionero. Pero la CIA lo excarceló con el fin de mandarlo a Liberia a dar un golpe de Estado. ¿Para qué? Para devolver a los «negros congos», habitantes de Liberia perseguidos que habían huido a Estados Unidos. Ahora querían el retorno de ellos a su país. Y se hizo una contrarrevolución para devolver a los congos a Liberia. Como Taylor era congo, la CIA escogió a este criminal y lo envió a hacer la revolución. Taylor fue el terrorista que conquistó a Liberia por la fuerza, mató al presidente y se tomó el poder.

Y a él, al presidente, le contaron que yo había llegado para asesinarlo. Me enteré de esta falsa acusación por el periódico. Tenía que salir de Liberia, no podía quedarme allí —pero no escapé. Simplemente viajé hacia Costa de Marfil. Después de rectificado el *show*, pude regresar. Pero como sentía que era peligroso seguir en la zona, decidí dedicarme a la explotación de diamantes en las minas de Lofa Bridge.

Un día aparecieron unos personajes vestidos de negro... estaba seguro de que habría problemas. Los hombres subieron rápidamente a la casa de madera que yo había construido y en la entrada los vi forcejeando con los guardas. Al verme, me ordenaron: «Klein, sube al campero, vamos a Monrovia»⁴.

Desperté a Dov Katz⁵:

—Dov, vamos a encontrarnos con el presidente.

—¿De dónde sacas esto? Otra vez tú con tus bobadas.

—Entonces, ¿para qué crees que vinieron a recogernos?

Traté de sacarles algo a esos negros, pero no pude, no logramos concluir nada: dijeron que eran del grupo de la Guardia Presidencial y que su comandante era el hijo del presidente.

A las dos de la madrugada llegamos al apartamento del ministro de Defensa, quien nos dijo que a las ocho de la mañana tendríamos una cita con el presidente, pero que no sabía por qué ni de qué iba a hablarnos. Allí también se encontraba nuestro socio en el negocio de los diamantes, un negro llamado Jungle Jim⁶. Él era uno de los generales del grupo rebelde que había dado el golpe con Charles Taylor y quien organizó la parte económica —con diamantes—, para financiar la toma del poder. Hay una película [*Diamante de sangre*] con Leonardo DiCaprio que cuenta esa historia.

En la mañana, Jungle Jim nos llevó donde Taylor. No solo eran buenos amigos, sino buenos borrachos [*risas*]. Nos quedamos sentados en la sala de espera, mientras Jim entraba a la oficina de Taylor. Le dije a Dov:

—Charles Taylor tiene miedo de verme.

—De nuevo tú con tus pendejadas. ¿De dónde sacas eso?

—Ese es mi trabajo.

Después de media hora, salió Jungle Jim riéndose:

—Ahorita entro con ustedes. Esperen un poco más.

Volvió adentro y dos horas después salió completamente borracho, riéndose. Dijo que el presidente quería beber para no tener miedo y que luego decidió que más bien yo debía ir a hablar con el comandante de las Fuerzas Armadas.

—¿Y de qué tengo que hablar con él?

—El comandante de las Fuerzas Armadas te lo va a decir.

Llegué donde el comandante de las Fuerzas Armadas. Nos sentamos frente a una mesa y la primera pregunta que me hizo fue:

—¿Usted está con nosotros o contra nosotros?

Las leyendas sobre mí en Liberia son como las que hay en Colombia: cada cual insiste en que me conoce en persona y le añade lo que le da la gana, y al final hay un cuento peligroso rodando. Tanto, que hasta un presidente golpista teme a Yair Klein, todo su personal, toda su guardia, su Policía, todo el país tiene miedo de mí, y el presidente está asustado.

—Cómo que si estoy contigo o contra ti. Si estoy trabajando en este país es porque estoy con ustedes.

—¿Estás seguro de que estás con nosotros?

—¡Obviamente!

El comandante sacó las llaves de un campero Land Rover nuevo y me las dio. Era un campero que había visto antes de entrar a su oficina.

—Ese campero que viste a la entrada es tuyo.

Le devolví las llaves.

—No, gracias. No acepto sobornos de nadie. Mi palabra es más importante que cualquier otra cosa y ya le dije que no estoy contra ustedes; vine a trabajar y no quiero que me molesten.

—¿Y quién te está molestando por trabajar?

—De aquí hasta donde yo trabajo hay cinco retenes de Policía. Cada vez tengo que pagar; una vez me retuvieron y no me soltaron durante toda la noche porque no quería pagar. Están armados, toman trago y eso es peligroso.

Llamó a su secretario y le dictó una carta en la que decía que yo trabajaba con los servicios de seguridad y que todos me tenían que ayudar, que quien me molestara sería procesado. Y me preguntó:

—¿Tú estarías dispuesto a entrenar al Ejército de Liberia?

—Sí, pero Israel no me dará permiso.

—Ese es nuestro problema.

Estuve en la mina durante tres meses, hasta cuando empezaron las lluvias. Era enero de 1997. Recibí una llamada telefónica de Dov en la que me proponía ir a Sierra Leona, porque había otro sitio de donde podríamos sacar diamantes. En ese instante, además de ser el encargado de la seguridad del lugar, era el director de la extracción de los diamantes. Sin trabajo en Liberia —por el invierno—, acepté.

Los socios de Klein en Sierra Leona estaban en la cúspide del poder. Se conectó muy rápido con Alex Koroma y Cherno Berti, cuñados del vicepresidente Joe Demby.

Llegué a Sierra Leona y me entrevisté con el ministro de Defensa, Hinga Norman, y con el presidente Ahmad Tejan Kabbah. Como en esa época allí había una guerrilla rampante, me

preguntaron si estaría dispuesto a armarles un grupo antiterrorista. Les contesté que sí, pero que necesitaría primero tener autorización de Israel.

Tres semanas después de estar en Sierra Leona y de haber traído el equipo y los carros que teníamos, la guerrilla se tomó el poder e hizo una revolución con el apoyo del Ejército. Nosotros estábamos en el hotel. Al segundo día de la revolución pararon el combate y todos los derrocados se escaparon, incluido el presidente. Yo veía toda la guerra desde el techo del hotel. Un día después de acabarse las hostilidades, bajé al bar a tomarme una Coca-Cola. En ese momento, llegan dos camperos con rebeldes, cada uno con dos armas, granadas encima, mucho alarde y empiezan a quitarle el dinero a la gente. Yo estaba sentado a un lado tomando mi bebida, cuando se me acerca el comandante, me empieza a hablar y me pide plata: le hago «pistola» con el dedo, me atacó verbalmente en inglés y vuelve a pedirme el dinero. «Ya te dije que si no te vas, te mato», le despaché. Me miró, se dio la vuelta y se fue.

Y lo hubiera matado. El tipo estaba medio borracho, de pronto hasta drogado, con el arma cruzada, no en sus manos... Seguramente lo hubiera podido matar con facilidad. Dos días después, los estadounidenses mandaron helicópteros de la Sexta Armada para evacuar a la gente, y recibí llamadas de todo el mundo, de personas que tenían contactos y que podían ayudar en la evacuación.

Entró una llamada de Israel, y sucedió algo ridículo. Querían hablar con Yair Klein. En la recepción les preguntaron: «¿Será Yair Gal? Aquí no hay ningún Yair Klein, solo un Yair Gal».

No sabían quién era, pero pasaron la llamada al cuarto de los israelíes. El encargado de seguridad del Ministerio de Relaciones Exteriores de Israel estaba al otro lado de la línea y yo le dije:

—Habla con Yair Gal.

Yo estaba sentado en Sierra Leona, y ellos en Israel en una sala de crisis, porque había despelote.

—No, yo necesito es a Yair Klein.

—No hay ningún Yair Klein, aquí está Yair Gal.

—No tengo tiempo para sus pendejadas; pásame urgente a Klein, sé que está en Sierra Leona.

—Mire, yo era antes Yair Klein, pero ahora soy Yair Gal, y soy yo. Ahora soy Gal, aunque antes era Klein.

—No tenemos tiempo para juegos: tu situación es peligrosa y tenemos que conectarte con la evacuación de los norteamericanos. ¿Cómo se llama tu hijo?

—Shiri.

—¿Y cuál fue el problema de Shiri en la escuela de entrenamiento de oficiales en Israel?

—Él pidió que lo echaran, porque no quería ser oficial.

—¿Y qué pasó después?

—Llegué allá y lo convencí de seguir el curso.

—Sí, eres Yair Klein.

Mi interlocutor había estado en el mismo cuarto con mi hijo Shiri cuando hicieron ese curso. Sabía que solo el verdadero Klein podría responder esas preguntas tan personales. Me dijo que tenía una hora para ir a la costa donde aterrizarían los helicópteros. Llegué allí y me llevaron a un barco norteamericano, el *Independence*.

Fueron horas de mucha tensión para Klein porque, técnicamente, estaba en territorio de EE.UU. Si el capitán del barco, un coronel de la Marina estadounidense lo identificaba, sería su final. En ese momento, Colombia y Estados Unidos tenían plenamente activo el tratado de extradición, y Klein sería enviado —sin remedio— a pagar la condena que se le había impuesto en una cárcel colombiana. El israelí decidió tener un bajo perfil y a duras penas salió de su camarote: solo en una ocasión a reunirse con otro de los pasajeros del buque, el ministro de Defensa Hinga Norman. Pero nada pasó y dos días después llegaron a Guinea, donde se había instalado el gobierno en exilio de Sierra Leona.

Me pusieron una cita para pedirme que les ayudara a recuperar el poder en su país. «No hay problema, pero se necesita financiación, el problema es de plata», les dije. En esta ocasión no pedí permiso a Israel porque no había ninguna relación con quienes estaban en el poder en ese país y yo estaba en otro, con un gobierno fantasma. Todas mis inversiones del trabajo de explotación de diamantes habían quedado en Sierra Leona y yo quería recuperarlas y salir volado. Por eso quería ayudarlos.

Les alegué que sin dinero no podríamos hacer nada y me contestaron que se encargarían de conseguirlo y que sabían cuál era el hotel donde me hospedaba.

Al día siguiente vino el ministro de Seguridad en el exilio:

—Hay contacto con nuestro vicepresidente, sabemos dónde está y queremos que usted vaya a rescatarlo.

—No hay problema.

Tenía que salir en un bote y viajar durante seis horas, de Guinea a Sierra Leona. Ya estaba montado, a punto de salir, cuando me avisaron que habían rescatado al vicepresidente en una canoa de motor.

Después, con el ECOMOG⁷—el Ejército de la ONU en África Occidental— y con el Ejército de los antiguos nativos —los kamajors⁸, negros que viven en la selva— ayudé al gobierno derrocado de Sierra Leona a regresar al poder. Dos semanas después de volver, me llamaron a donde el presidente, quien me agradeció y me preguntó:

—¿Ustedes qué quieren?

—Yo quiero que me dé el área de diamantes llamada Zimmi, donde hay diamantes de colores, que antes del golpe de Estado no me habían querido otorgar.

—Es de ustedes.

Llamó al Ministerio de Minas y le dijo al ministro:

—Hazlo legalmente: que sea de ellos, que compren el área sin rebajar un centavo.

Pasaron varias semanas. Cada viernes hacíamos la comida de Shabat y el ministro de Defensa, Hinga Norman, que ahora era mi amigo, era mi invitado de honor esa noche. Siempre salía a la playa a comprar pescado. Desde mi casa veía cuando llegaban los barcos pesqueros y sabía cuándo bajar.

Cuando estaba yendo a comprar el pescado llegó un campero militar.

—Súbete.

—¿Y qué hago con mi carro?

—Okey, tráelo y maneja detrás de mí.

Viajamos a la comandancia de ECOMOG y el jefe del comando me dijo:

—Nosotros te acusamos de ser espía, de espionaje.

—¿Espionaje de qué?

—Tú haces observaciones sobre el aeropuerto.

—¿Y quién le contó ese cuento?

—El equipo que te trajo.

—¿El grupo que me agarró cuando estaba bajando a comprar el pescado para la cena con el ministro de Defensa?

—¿Está tratando de confundirme?

—Si tiene tiempo, puede venir a mi casa a tomarse una Coca-Cola y darse cuenta de que desde mi casa se puede ver el aeropuerto, no desde la playa. A mí me agarraron en la playa cuando estaba comprando pescado y me acusaron de estar haciendo espionaje desde allí. ¿Para qué voy a ir a la playa, si desde mi casa se ve el aeropuerto?

Le expliqué dónde vivía y el funcionario reconoció:

—Sí, desde la casa te queda más fácil.

Dós semanas después apareció en el periódico:

«ASESINOS ISRAELÍES EN LA CIUDAD», con mi foto. Con el diario bajo el brazo, me fui a donde el mismo oficial de inteligencia.

—Suerte que viniste, porque ya había mandado a traerte.

A la hora llegó el jefe del ECOMOG. Me informó:

—Te harán un interrogatorio. Hasta entonces, estás bajo arresto.

—Bueno, no hay problema.

Una hora después llegó el general, me subieron a su oficina, me sentaron y esperé, mientras todos los «sabios» estaban en una reunión con él. Una hora después salen todos y me meten a mí.

—Siéntate. ¿Cuál es la historia? —me pregunta el general.

—La historia comenzó en Liberia: me acusaron falsamente de que iba a matar a Charles Taylor, es la misma gente. Pero yo ayudé al doctor Kabbah, a tu presidente, a volver; puedes hablar con el presidente, puedes hablar con el ministro de Defensa.

—Ellos no me interesan.

—Pues voy a usar mis conexiones.

—Voy a averiguar quién eres tú. Ven mañana a las diez de la mañana. Puedes recibir permiso para quedarte o te podemos expulsar.

Regresé a las diez de la mañana, seguí derecho a la oficina y nadie me detuvo. El general se levantó sonriente, me estrechó la mano y me dijo:

—Tienes mucha suerte de que no te expulse.

—¿Por qué?

—Porque estás considerado como una de las personas más peligrosas del mundo.

—¿Dónde oíste ese cuento?

—Mira, hace dos meses recibí este trabajo. Yo era el comandante de las fuerzas de la ONU en Líbano, y yo dormí en Naharia, Israel. Por razones de mi trabajo, conozco al MOSSAD, al Shabac y también al Ejército, y eso es lo que ellos me reportaron. Somos amigos, mucho gusto; cada problema que tengas, puedes llamarme.

Una semana después viajé a Liberia para terminar de traer el equipo de minería de extracción de diamantes. Al llegar, me dijeron:

—Tienes que encontrarte con Charles Taylor.

—¿Y ahora qué?

—Él cree que estás tratando de tumbarlo.

—Pero yo estoy trabajando en Sierra Leona, no en Liberia. ¿De qué están hablando?

—Bueno, vamos a vernos con Charles Taylor, que está en Burkina Faso.

Llegamos allí y Taylor no quería hablar conmigo.

Me dijeron:

—Regresa a Liberia, en dos días lo encuentras allá.

Pero Charles Taylor tenía miedo. Organicé mi equipo con un amigo, a quien le dije:

—¡Regreso a Sierra Leona! ¡Lleva todas las cosas allá!

Lo que descubrí por accidente fue que Charles Taylor y el presidente de Burkina Faso estaban organizando la reocupación de

Sierra Leona⁹. Entonces volé a Sierra Leona y hablé con Norman, el ministro de Defensa, para contarle mi percepción. Él dio el reporte al presidente, general Abu Ahmadu, y al general del ECOMOG.

Luego nos encontramos los tres, sin el presidente Ahmadu. Me preguntaron:

—¿Por qué piensas eso?

Yo les conté la historia, Abu Ahmadu hizo una cita con el cónsul de Nigeria (Ahmadu también es nigeriano, y ese era el cónsul más importante de los acreditados en Sierra Leona) y todos entendieron que habría guerra.

Cinco días después de dar mi reporte, en la Navidad de 1999 los rebeldes atacaron la capital, Freetown. Entraron, pero Abu Ahmadu logró recuperarla a los dos días.

Luego de dos días de frenar el ataque, yo vi por la ventana que toda la retaguardia estaba descubierta; entonces, llamé a Ahmadu para decirle que quería encontrarme con él y comentarle la situación... «Ven a mi oficina a las diez de la mañana».

Al mismo tiempo, el general Khobe¹⁰, comandante de las Fuerzas Armadas, regresó en helicóptero al saber que tenía la cita. A las diez me estaba esperando Khobe en la base: «Estás arrestado».

Me quitaron los cordones de los zapatos, la pistola y me metieron a una cárcel militar, con la acusación de haber ayudado a los rebeldes. ¿Por qué? Abu Ahmadu era mi amigo y Khobe tenía celos.

Llegó Ahmadu a la cárcel, los guardas eran suyos, él les pidió que me brindaran las mejores condiciones posibles, y me preguntó:

—¿Por qué te arrestaron?

—No sé, pero creo que es por celos del general Khobe.

—Yair, ¿estás seguro?

—Sí.

Un día después de mi arresto, los rebeldes atacaron la ciudad otra vez, incluido el campamento donde yo estaba retenido. Los guardas se cagaron en los pantalones; quedó uno solo. Le pedí un arma y me dio una de las armas de los que huyeron. Le dije: «Yo cuido esta puerta y tú me guardas la espalda». Así me quede cuidando la prisión.

Al otro día le llegó el cuento al general Ahmadu, y me comentó que iba a hablar con el presidente. Ahmadu venía a visitarme todos los días, pero después del cuarto día, dejó de venir. Y no volvió. ¡Lo acusaron de que los rebeldes habían atacado por su culpa! Él, que había defendido el país, que había parado a los rebeldes, a él fue a quien acusaron de haberlos traído. Lo mandaron a Nigeria, y el general se convirtió en el responsable de la defensa de Sierra Leona.

En la cárcel militar de Sierra Leona estuve dos meses. Cuatro horas después de llegar me dijeron que tenía una visita —yo estaba seguro de que era de mi embajada, pero el que llegó fue el embajador estadounidense. Empezó a hablarme en inglés, pero yo le contestaba en hebreo.

—Yo no hablo hebreo.

—Tú hablas hebreo perfectamente, tú eres el cónsul en Israel.

Obviamente, empezó a hablarme en hebreo. Llegó con un comandante estadounidense a filmarme para mostrar que atraparon al animal. Los gringos estaban seguros de que yo iba a morir en la cárcel de Sierra Leona. Ellos trataron de asesinarme, me arrojaron fuego por la ventana: si se hubiera prendido el colchón, me hubiera asfixiado. En las noches sacaban a los presos para atacar mi celda.

Los nigerianos de las Fuerzas de Paz en Sierra Leona, que cuidaban la cárcel militar donde estuve preso durante tres meses, eran muy violentos —metían y sacaban gente de la cárcel y la mataban solo por sospechas. Yo le pedí al guardia que me cuidaba que me trajera un cuchillo tipo comando. Me dije: «A mí no me van a matar sin pelear». En esos tres meses bajé entre quince y veinte kilos. No sabías cuándo iban a ejecutarte. Durante ese tiempo dormí en el piso, en una pieza de cuatro metros por tres, con entre diez y treinta personas. A veces no era posible pararse allí, no estoy hablando de acostarme y dormir. Una vez al día venían con una bolsa (de las pequeñas de campaña) —yo era el que la cogía primero, tenía ese privilegio— y cada cual comía una cucharada: eran las

sobras de lo que comían los soldados, había hasta huesos adentro... eran las sobras. Me bañaba con una botella de agua cuando salía al baño.

Y un delegado del gobierno israelí vino a visitarme. Yo entendía la situación para Israel: yo les generaba problemas todo el tiempo. Pero en realidad no es que yo los creara, a mí me los creaban. Y por estos casos le caían a Israel encima. El cónsul de Israel logró que me trasladaran a una cárcel civil.

Un día después de llegar allí, trataron de asesinarme. En la cárcel tienes un colchón de paja, una cobija, un balde de agua y un balde para las necesidades. Salí a vaciar el balde de las necesidades y de repente oí la voz del tipo que ordenó tirar el fuego a mi pieza. Era un negro descomunadamente grande; fui donde él y le pregunté en mi inglés quebrado:

—¿Tú quieres matarme?

—Sí.

Le di un golpe en la garganta, un puñetazo con todo lo que tenía —eso se siente como si estuvieras ahogándote en el mar: quieres respirar, pero no puedes porque la tráquea está adentro. El negro se tiró al piso, empezó a hacer sonidos roncós; el guarda se me acercó, me haló y le pegué una patada en la rodilla. Vino otro guarda que se quedó un poco alejado y me dijo:

—¡Sálvalo, se va a morir!

—Lo quiero matar porque él quería matarme.

Yo sabía que toma de medio minuto a un minuto salir de ese estado y que no se iba a morir.

—¡Sálvelo, sálvelo!

Entonces fingí con un movimiento como si fuera a salvarlo, pero él iba a estar bien. Desde ese instante me convertí en el rey de la cárcel.

El juicio fue de película: el fiscal, que era el viceministro de Justicia, leyó la acusación de querer matar al presidente. «Eres un idiota», le dije; empezó a gritar y a dirigirse a la jueza, quien le indicó: «Tú solo hablarás conmigo, no con él». Él continuó y yo le repetí, «idiota». La jueza le ordenó sentarse y seguir leyendo,

mientras yo le soltaba en su cara: «Gran mierda». Ella me reclama: «Le dijiste mierda», y yo le respondo: «No, le dije gran mierda». Saltaron los guardias de seguridad y le dijeron al fiscal, «ese, con las manos vacías, te mataría; con una tarjeta te mataría». Él se alejó, dos guardias se pararon a mis costados y yo les solté: «Salgan o los mato», y salieron *ipso facto*.

Tuve un altercado con la jueza, y ella me mandó a callar. De pronto se me acercó uno del ECOMOG que la cuidaba; lo miré, él se movió hacia atrás, le di un golpe en el pecho, y esa combinación de golpe y movimiento hizo que se le cayera el arma. La jueza se escapó, pateé el arma hacia el cuarto de la jueza... y durante un año no me procesaron porque ella suspendió el juicio.

Después de un año sin juicio en que jugaban conmigo todo el tiempo, diseñé un plan y escapé de la cárcel. Me agarraron porque la barca que preparé, que supuestamente estaba lista para la huida, no se encontraba a punto. Alguien del pueblo donde esperaba el navío cogió el mismo taxi que me había dejado en la zona, y se fue directo a la Policía. Llegó la Policía especial: era muy claro que venían a disparar (después mi abogado Yigal Shapira me contó que tenían la orden de disparar a matar), pero como yo manejo psicología de guerra y supervivencia, aproveché que había tenido la oportunidad de conocerlos bien. Como podía charlar muchísimo con ellos, y hacía lo que quería en la cárcel, sabía que no solo son idólatras, sino que tienen muchos agüeros y supersticiones. Entonces, decidí convertirme en mago también.

¿Por qué mago? Cuando los policías vinieron a atraparme, yo estaba detrás de un árbol. Apenas cogieron los rifles les dije: «No disparen, porque la bala rebotará en mí y se devolverá al que me disparó». Levantaron los rifles y no hicieron fuego.

Cuando nos arrestaron a mí y a Igor¹¹, querían amarrarnos las manos por detrás. A él lo patearon y así lo hicieron. Cuando vinieron hacia mí, les dije que por delante. Dos tipos trataron de agarrarme las manos hacia atrás: me agarré las dos manos, y no hay fuerza en el mundo que pueda separarlas. Vino un tercero a tratar de abrirlas con el cañón del rifle, y como no lo logró, me dio con

el rifle en la cabeza y empecé a sangrar. Luego trató de ahorcarme y tirarme al piso. Solté las manos, le agarré la pierna desde atrás, lo halé hacia mí y le di una patada en la cabeza; él empezó a aullar y se escapó. Los otros dos me preguntaron:

—¿Qué quieres?

—Quiero que me aten las manos por delante.

Así lo hicieron.

Nos llevaron al departamento de Seguridad. A Igor lo halaron y bajaron de la camioneta como a un perro. Se me acercó otro, me agarró, trató de bajarme del campero y entonces le di una patada en la cabeza. Cayó sangrando y había gente que miraba. Vino un gorila y me preguntó:

—¿Ahora qué es lo que quieres?

—Quiero zapatos.

Lo único que me rondaba en la cabeza era: «Yo no soy ningún egipcio, yo no ando sin zapatos, no voy a andar descalzo». El tipo me puso zapatos, salí del carro y, claro, había televisión filmando; me abrazó como si me estuviera llevando, y yo, pum, le di un codazo en las costillas, él se cayó y yo seguí caminando solo. Al llegar arriba, se notaba mi rebeldía; se acabó el interrogatorio y fui trasladado a la cárcel. Los presos estaban encerrados. Apenas entré, todos empezaron a golpear paredes, puertas y ventanas. Vi que tenía la ropa llena de sangre, yo estaba lleno de sangre. Nos metieron al corredor y me ordenaron que entrara a la celda, pero me rehusé.

—¡Nosotros te metemos!

—El que me toque, termina en el hospital.

Para ellos, alguien que se escapa de la cárcel más segura de África es un mago. Empezaron a tratarme con algo de consideración.

—Quiero ducharme.

De inmediato me llevaron a la ducha. Cuando salí de la ducha les dije que no entraría a mi celda hasta tanto no trajeran a un médico —no para mí, sino para Igor: lo habían quemado con cigarrillos, le habían golpeado los pies con rifles. Fueron por el médico y yo aproveché y les dije:

—Mi puerta no la cierran.

—¿Por qué?

—Si la cierran, me escapo de nuevo esta noche.

—¿Cómo así?

—¿Ustedes vieron esa película con Schwarzenegger donde un tipo (el robot) atraviesa los barrotes?

Y no cerraron la celda. Al otro día llegó el sicólogo de los servicios de Seguridad y me preguntó por mis necesidades allí: tres comidas al día, el menú que yo quisiera e ir al juicio todos los días.

En la cárcel hacía lo que se me daba la gana. Con excepción de ser libre, yo hacía lo que quería.

Durante su cautiverio estableció una relación muy especial con Eleazar, un nigeriano que fue asignado para custodiarlo. Una simple cita bíblica al joven católico¹², hizo que se convirtiera en una especie de ángel de la guarda para él.

Un día vino Eleazar, se sentó a mi lado en las escaleras y empezó a llorar como un bebé.

—¿Por qué lloras?

—Mañana estaré paralizado.

—¿Por qué piensas eso?

—El jefe de la cárcel me dijo que mañana estaré inválido porque cogí dos raciones de comida.

Me le acerqué, le di un golpe en una pierna, otro en la otra pierna, y le dije:

—Mañana no estarás paralizado.

Dejó de llorar. Al día siguiente, como es obvio, no estaba paralizado y eso hizo que aumentara mi fama de héroe en la cárcel.

Una semana después de la visita del sicólogo, se reinició el juicio, pero ya no con la jueza, sino con la Corte Suprema.

Allí no entendía qué pasaba, porque no hablo inglés. No sabía de qué se me acusaba. Israel mandó al consejero legal para convencerme de permanecer callado. Y yo le dije que me callaría cuando tuviera un abogado, porque nadie me iba a volver a juzgar sin abogado, como sucedió en Colombia.

Estábamos casi a finales de 1999. Obtuve entonces un abogado¹³ que me aconsejó no dejarme juzgar; me defendió y cuatro

meses después fui declarado inocente. También quisieron juzgarme por la fuga, pero Israel intervino y me expulsaron de Sierra Leona.

De regreso a Israel, sano pero con veinticinco kilos menos de peso, Klein agradeció a todos los amigos que recolectaron miles de dólares para pagar los gastos de su proceso en África, la mayoría de ellos, sus antiguos compañeros de la fuerza de paracaidismo del Ejército israelí.

Traté de comenzar de nuevo con los negocios de seguridad, pero ya era difícil porque el mercado estaba inundado. Había mucha competencia pero, además, por mi fama —por todo lo que decían de Yair Klein— era difícil. Sin embargo, tenía claro que la cuestión militar me iba a perseguir siempre. Durante un año viví por cuenta de mi mujer y recomencé dos proyectos de turismo para los que ya tenía permisos. Me ganaba la vida, pero no había nada especial.

Por eso, a finales de 2002, Klein decidió regresar a África: una idea que aparentaba ser un salto al vacío, luego de todo lo que había vivido y sufrido en ese continente. Pero ahora, Klein parecía más racional: iría a Sudáfrica, un país más organizado y también lleno de diamantes. Sin embargo, tiempo después terminó de vuelta en Liberia.

Decidí ir de nuevo a Liberia porque ya habían arrestado a Taylor¹⁴. Compré un terreno grande para extraer oro y otro también grande para talar árboles. Tuve contacto con un oligarca ruso que estaba dispuesto a entrar en el negocio de los árboles. Para convencerlo, le argumenté: «El oro puede producir más plata, pero mientras el oro no se ve, los árboles sí».

Fue cuando viajé a Rusia para cerrar el contrato con él, antes de empezar el trabajo. No tuve miedo de ir a Rusia porque con el certificado de salida de Israel que ustedes vieron¹⁵, consta que había entrado y salido como catorce veces de varios países en esos años.

Una vez más, Klein desafiaba el destino. Hoy lo resume así:

Alguien me cuida, me contiene —y como soy creyente, creo que el lío en Colombia lo armó Dios. Y también se encargó de que estuviera en prisión en Sierra Leona y me puso en la cárcel en Rusia, donde lo maldije como nunca he maldecido en toda mi vida porque es la tercera vez que pierdo todo. Pero allá tuve tiempo

para pensar y entender por qué estaba preso y por qué me sacó de todos los problemas.

Al regresar a Israel, después del difícil episodio de Rusia, quiso tener un bajo perfil, pero decidió atender a una periodista que le propuso participar en un especial sobre su caso, en la televisión colombiana.

Cada año llega un periodista o corresponsal de televisión, hay un día al año en que quieren hablar con Yair Klein. En abril de 2010, di una entrevista a una corresponsal israelí, que habla español y trabaja para el Canal 1 de Israel y el Canal RCN de Colombia¹⁶. Le dije que el presidente [Juan Manuel Santos] ni trataba ni quería acabar con el terrorismo; que Estados Unidos dicta toda la política de Colombia y que Colombia no tiene ni el interés ni el objetivo de acabar con la guerrilla, la droga y el terrorismo. Y también dije que en un año yo podría acabar con la guerrilla en Colombia, pero que nadie quiere acabarla porque de los terrenos de la guerrilla sale la droga para Estados Unidos. Eso causó un escándalo, alborotó la rabia de los colombianos y de los norteamericanos otra vez. Yo puedo decir que es mi «bocota» la que me mete en problemas.

Una semana después de la entrevista, Colombia volvió a pedir a Israel mi extradición. Desde hacía diez años tenía solicitada mi extradición internacional, pero no la había renovado. Y ahora se acordó otra vez de hacerlo; después de la entrevista fue que retomaron la petición. Pero al mundo no le importa lo que pide Colombia, porque Colombia misma no respeta los derechos humanos y no tiene tratados de extradición con otros países, como Israel.

Notas

¹ Liberia, país ubicado en la costa oeste de África, vecino de Sierra Leona. Por esa época hubo violentas disputas internas, en las que Klein terminó inmiscuido.

² Según Klein, Jacky Asayag «se encuentra hoy en Israel y en Liberia hay un proceso judicial en su contra por relaciones sexuales con una menor y por el robo de un camión de repuestos».

³ Charles Taylor, presidente de Liberia después de un golpe de Estado promovido desde Estados Unidos.

⁴ Monrovia, capital de Liberia.

⁵ Dov Katz, hombre de negocios belga-israelí que montó una compañía de explotación de diamantes en África (Liberia y Sierra Leona) y fue el mentor de Klein en ese continente.

⁶ Jungle Jim –liberiano, amigo de Klein y de Dov Katz–, después del triunfo de Taylor, se convirtió en el gran empresario de la minería de diamantes en su país. Los tres establecieron una empresa para la explotación de esa piedra preciosa en Liberia.

⁷ ECOMOG, fuerzas de pacificación de los países de África Occidental.

⁸ Kamajors son un grupo de milicianos no uniformados de Sierra Leona, de la etnia Mende, también conocidos como cazadores. Se encargan de la protección de la población civil.

⁹ Aparentemente, Taylor pretendía reanexar la zona de Zimmi –perteneciente a Sierra Leona– al territorio liberiano, debido a su inmensa riqueza por la minería de diamantes.

¹⁰ General Maxwell Khobe, comandante del Ejército de Sierra Leona.

¹¹ Igor Klynchakov, el amigo ruso de Klein en África, tenía una empresa de diamantes, con la que se relacionaron Klein y sus socios. Fueron apresados juntos.

¹² Klein le relató a Eleazar la gesta de Massada: le aseguró que el héroe de ese episodio se llamaba Eleazar y que el padre de este, Yair. Para el joven carcelero, esto fue como un pacto de sangre.

¹³ Su abogado fue el israelí Yigal Shapira, el mismo que por esa época manejaba el proceso de extradición a Colombia.

¹⁴ El 29 de marzo de 2006 Taylor fue detenido mientras intentaba cruzar la frontera de Camerún huyendo de la extradición. Se decidió que su juicio sería en la Corte Penal Internacional de La Haya. El 21 de junio, Taylor fue trasladado a la Institución Penitenciaria Haaglanden en La Haya, donde se le juzga en la actualidad por crímenes cometidos durante la guerra civil de Sierra Leona. Entre otros testigos, se destaca la

modelo Naomi Campbell, quien aceptó haber recibido unas piedras impuras llamadas diamantes de sangre por gente próxima al dictador.

¹⁵ Klein guarda como un tesoro todos los documentos que permiten verificar la veracidad de sus palabras. Se refiere a un informe de migración que detalla sus entradas y salidas de Israel durante los años 2006 y 2007.

¹⁶ Reportaje realizado por Reyna Frescó, corresponsal del programa *La noche* del Canal RCN y el canal internacional NTN24, que fue emitido el 10 de abril de 2010.

Capítulo XVIII: Yafo

Si hay algo intimidante, son las despedidas. Por fortuna, la de hoy será atropellada y quedarán demasiadas cosas entre el tintero. Así, la sentiremos como un hasta luego, aunque nunca más nos volvamos a ver.

¿Se puede llegar a sentir afecto por alguien tan diferente a uno, alguien acusado de los peores crímenes, alguien con una ideología tan alejada de tus principios y de tu forma de ver el mundo? Creo que hoy, eso que termina llamándose «calidad humana», sale de las buenas personas. Hoy, ambas —Olga y Carolina— podemos decir que sentimos compasión por alguien que destruyó su vida teniendo un gran futuro, por malas decisiones, por intolerante y por no entender la mentalidad de otras personas. De pronto también, por no hablar el mismo idioma de sus interlocutores; tal vez, por no conocer los límites.

Hoy también estamos convencidas de que hay mucha gente en Colombia esperando un paso hacia adelante de este hombre, que quiere que al final de sus días haya verdad y reparación. Como siempre, nuestro papel termina aquí. Ahora tienen la palabra los fiscales, los jueces, los abogados, todos los que pueden contribuir a encontrar una solución a este caso.

Olga Behar: «Primero que todo, quiero agradecerle su hospitalidad, y la oportunidad que nos da para que contemos su historia. Sabemos que este esfuerzo, este libro, va a servir para empezar a entender qué fue lo que pasó. No podemos decir —porque no somos jueces— que pueda cambiar su situación jurídica, pero sí le aseguramos que va a ser posible que la gente sepa el otro lado de la historia, ese que nunca se había contado porque hasta el momento nadie lo había oído a usted en realidad. Le han hecho muchas entrevistas de prensa, radio y televisión, pero es la primera oportunidad real que usted ha tenido de hablar, y también es el

primer chance para los colombianos de escuchar su versión sobre el mismo tema».

El atardecer cae por tercera vez. El Mediterráneo recibe el sol anaranjado, mientras el cielo pasa de naranja a lila, de lila a gris. Klein enciende las luces de su terraza. Ya no se siente incómodo ni tenso. Sabe que no hay doubles intenciones en esta obra y que, al menos, puede contar con una ética que extrañó en obras anteriores sobre su vida. Aunque no le podemos garantizar que el resultado final sea el de una absolución emocional por parte de los colombianos —que seguramente no ocurrirá así.

Yair Klein: «Gracias por la buena voluntad de ustedes. Pese a que el libro nació por el interés de Olga, sé que ella ha desentrañado una verdad que me ayudará. Chanan Azran —que era mi amigo, pero también es periodista y un periodista siempre será periodista— lo primero que presenta en su libro *Punta de Lanza, la historia de un mercenario israelí* es toda la porquería que se hablaba en el mundo sobre mí, y luego mi historia, porque él quiere que el libro se venda. A quien lo lee le impresionan ante todo las cosas negativas. Y de las positivas piensa: bueno, eso sucedió. Es como el cuento del periódico *Yediot Aharonot*: «Yair Klein recibió del cartel de la droga 800.000 dólares». Lo llevé a juicio, los 800.000 venían de Estados Unidos, del gobierno norteamericano, y de inmediato suspendieron toda investigación; pero en Israel, el periodista fue declarado inocente por falta de pruebas. Porque hay cosas “interesantes” y hay cosas verdaderas, y lo que le importa al periodista es lo interesante».

Ahora se dirige a nuestro traductor:

«Si Olga va a hacer un recuento de la historia de Colombia, un libro que quede en la historia, un libro para que la época negra de Colombia no regrese, ella tiene que buscar la verdad. Puede que la verdad que yo veo no sea la misma que ella ve, pero yo no digo una sola palabra que no sea verdadera. A pesar de haber tenido que escaparme de Colombia, allá siempre supieron lo que yo estaba haciendo. Nadie lo mencionaba pero todos estaban al tanto de a quiénes iba a entrenar y a quiénes iban a combatir.

»He tenido que empezar tres veces mi vida, por culpa de lo que me pasó en Colombia. Y ahora no puedo salir de territorio israelí. Tengo proyectos, voy a publicar varios libros. Ya les mostré los diseños del centro de entrenamiento y supervivencia que quiero construir acá, en Israel. Es lo que yo sé hacer y quiero seguir haciéndolo».

Pero, a sus 69 años, Yair Klein tiene claro que sus sueños son difíciles de realizar. Entre otras, porque su seguridad en Israel no es la ideal. Sabe que lo vigilan y nos relata incidentes que son, por decir lo menos, extraños.

«Cuando estaba detenido en Rusia, mandé todo el material para mi libro desde Moscú. Yo escribí tres libros allá: uno, *Oz, Emuná ve Shalom* [*Valor, fe y paz*]; el segundo que le escribí a mis nietos, *Ustedes son el futuro*, y el tercero es *¿Por qué yo?* Este salió en forma clandestina, poco a poco, desde mi centro de reclusión en Rusia —lo hice sacar como material jurídico para el juicio en mi defensa— y llegó hasta Israel. Le pedí a quien era mi esposa entonces, Mijal, que lo guardara en la caja fuerte para que nadie lo tocara. Sobre todo el material que despachaba, Mijal me escribía que había llegado, con los números de las páginas. Y le pedí que lo metiera en la caja fuerte del banco porque yo sabía que ese libro causaría un serio revuelo en Israel. Cuando acabé de escribir el primero, seguí con el de mis nietos. Y el tercero fue sobre mí: en él relaté desde el día en que nací hasta el fin de lo de África. Lo de Rusia no me interesó.

»Cuando volví a Israel, desde el hotel [diagonal a su vivienda] había un grupo de observación sobre mi apartamento. Hace seis meses hubo una tormenta de invierno terrible que duró tres días y el grupo de observación permaneció fijo, durante la tormenta, en su punto de observación. Llegó un momento en que me harté de ellos, abrí la ventana y los miré directamente con unos binóculos. Al otro día, ya no estaban. Seguro eran israelíes, parecían combatientes; solo puedo adivinar quién los mando, pero no puedo decirlo porque no tengo pruebas.

»Una de las primeras cosas que hice en Israel fue revisar el material que había mandado desde Rusia y estaba todo: el libro de los niños llegó, del libro sobre mí estaba todo... menos los capítulos sobre Suramérica.

»Entiendo que fueron ellos –los mismos que vigilaban mi casa– los que la allanaron antes de que yo llegara de Rusia. El problema es que Mijal no llevó el libro a la caja fuerte del banco, sino que lo puso en un cajón del apartamento. Eso fue hecho por profesionales. Trabajaron despacio, correctamente, sabían con exactitud lo que iban a llevarse. Eso fue en octubre de 2010. Yo llegué un mes después.

»Luego de cinco meses de haber llegado de Moscú, se metieron a mi casa de nuevo, se metieron de una forma vulgar, a mediodía: como sabían que yo no estaba aquí, rompieron la puerta, cortaron toda la tapicería, hicieron un revuelto espantoso, creo yo que buscaban armas con el fin de acusarme de tener armas sin licencia. Esto fue gracias a mi abogado de ese momento, un idiota que dijo a los medios que yo andaba armado; el mismo que se ocupó de mis asuntos en Rusia, el que más alardeó y el que menos hizo. A ellos –a quienes destrozaron todo– tengo que agradecerles que a través de mi seguro pude comprar muebles nuevos, puerta nueva... muchas gracias. En esta segunda ocasión no se llevaron nada, solo vinieron a buscar armas. No sé si tenían orden de allanamiento. Pero aquí en Israel se puede allanar sin que esté presente el dueño de la casa. Pero no me encontraron nada y tampoco intentaron meterme un arma. Si hubieran encontrado un arma sin huellas digitales, o con algún número de serie que el Shabac pusiera, yo habría podido llevar el arma a un laboratorio para desmontar toda la mentira.

»Yo no sé por qué entraron a mi casa. Lo único que sé es que entraron después de que el abogado dijera que estaba armado. No sé qué buscaban, de pronto hasta metieron algo para escuchar. Pero se hizo de una manera vulgar; ya ni los ladrones hacen las cosas así porque saben que nadie guarda la plata en los colchones.

»Me di cuenta del asalto cuando volví de Jerusalén, unas cuatro horas después. Todo estaba abierto y roto. Lo primero que hice fue llamar a la Policía; en diez minutos llegaron, una hora después llegó el investigador de huellas y no encontraron nada. Fue un trabajo vulgar, pero experto. Era el *show* de un criminal profesional y violento. Un ladrón violento siempre deja huellas y aquí no había nada. No importa, me gané tapicería nueva, muebles nuevos y puerta nueva. ¡Que traten de romper esta puerta!».

Le preguntamos por sus miedos. Un hombre recio y terco como él, a quien le han pasado las cosas más inverosímiles del mundo, ¿tiene espacio en sus emociones para el miedo?

«Miren, la gente dice que Yair Klein no tiene miedo. Yair Klein se asusta como cualquier persona, pero sabe controlar el miedo. Hay dos clases de personas que no temen a nada: los que están mentalmente perturbados o quienes están fingiendo. No existe una persona que no tenga miedo, pues el miedo es necesario para sobrevivir. Nacemos con el miedo, es lo que nos cuida la vida. ¿Que si yo temo que me asesinen? Tengo miedo solo de una cosa: Dios, y Él se encargará de que no me pase nada: como me ha cuidado hasta ahora, me cuidará después. Y si decide que me tengo que ir, pues me voy. Toda persona tiene su destino predeterminado, no hay modo de cambiarlo. No existe sino el que creó el destino y es Él el que lo puede cambiar. Tenemos que ayudarlo a cambiarlo, pero nosotros no podemos cambiar el destino».

Es un hombre solo, muy solo. La soledad lo abruma, pero no llega a enojarlo con la vida. Después de Mijal, no ha habido nadie más que pueda penetrar su corazón.

«Estuvimos muchos años juntos; mi historia con Mijal es larga: ella trabajaba para mí en la estación de gasolina y restaurante de Mifgash en el valle del Jordán, el negocio que monté después de mi retiro del Ejército. Mijal se retiró del puesto un año más tarde, pero después de los asuntos de Colombia —los buenos y los malos—, cuando estalló el lío, ella volvió a ver qué me había pasado, vino a oír la historia y se quedó. Fueron veinte años. Mijal no era aventurera como yo, sino todo lo contrario. Si hubiera sido

aventurera, no se habría quedado conmigo ni dos días. Es la persona más estable que conozco y por eso se fue, se hartó de todo lo que pasaba. Además, yo no quería hijos; ella tenía 46 años y se acordó muy tarde».

Como no quiere que lo invada la melancolía, su final es cortante y definitivo. Se pone de pie, nos da la mano, uno por uno, y sentencia: «Se acabó la fiesta».

Cronología

1943– Nace Yair Klein en el kibutz Nitzanim de Israel.

1962– Como voluntario y miembro del Ejército israelí, Klein ingresa al grupo de paracaidistas. Sigue con su rutilante carrera militar hasta llegar al grado de coronel. Participa en varios conflictos, entre ellos la Guerra de los Seis Días (1967) y la de Yom Kippur (1973).

1972– En una operación cinematográfica, Klein y sus soldados liberan, en el aeropuerto de Lod en Israel, a un grupo de rehenes de un avión que había sido secuestrado por terroristas palestinos, que son capturados.

1973– Klein estudia Historia Militar (grado universitario) y es nombrado comandante de la Brigada del Valle Beit Shean.

1977– El coronel Yair Klein se retira del Ejército.

1978– Klein monta un parador turístico, con restaurante y estación de gasolina en Mifgash HaBika.

1982– Como oficial de la reserva, Yair Klein participa en la guerra Paz para Galilea en el Líbano. Hace negocios con la falange libanesa, para proveerla de uniformes y pertrechos, como dueño de su compañía Punta de Lanza.

Este mismo año, el 7 de agosto, Belisario Betancur asume como nuevo presidente de Colombia.

1984– El 30 de abril es asesinado el destacado dirigente del Nuevo Liberalismo y ministro de Justicia colombiano, Rodrigo Lara Bonilla, por orden del narcotraficante Pablo Escobar.

1987– En el segundo semestre, Klein viaja a Colombia por primera vez, con el fin de negociar un posible contrato de entrenamiento de guardias de seguridad privados para los bananeros de Urabá.

1988– En tres ocasiones (presumiblemente en febrero, mayo y octubre del mismo año), Yair Klein y sus entrenadores dictan cursos a noventa jóvenes colombianos en el Magdalena Medio. A comienzos de este mismo año el gobierno del presidente Virgilio Barco expide el Estatuto Antiterrorista (Decreto 180 de 1988).

1989— Un barco zarpa con armas de Israel, supuestamente para la escuela de Klein, pero nunca llega al destino original (Antigua). Las armas terminan en manos de narcotraficantes colombianos.

Yair Klein prepara un plan para invadir Panamá. También establece una escuela de entrenamiento en la isla caribeña de Antigua. En junio de este mismo año es revelado el video que muestra los entrenamientos de Klein y los otros israelíes en el Magdalena Medio. Son asesinados varios militantes de partidos políticos como la Unión Patriótica y el Nuevo Liberalismo, siendo el más importante el candidato presidencial por esta última organización, Luis Carlos Galán Sarmiento. Ese mismo 18 de agosto, pero en horas de la mañana, sicarios aprovechan un cambio de semáforo en una calle de Medellín, para acribillar al coronel (ascendido a general póstumamente) Valdemar Franklin Quintero, el principal enemigo del Cartel de Medellín. Como Quintero estaba convencido de que nada podría impedir que lo mataran, llevaba una escolta muy pequeña, para impedir una masacre de policías en el atentado que esperaba. El 27 de noviembre de 1989, un avión de Avianca explota en el aire, en la localidad de Soacha, a pocos kilómetros de Bogotá. Ciento siete personas murieron por efecto de la bomba, instalada en la aeronave por sicarios del Cartel de Medellín.

El 15 de diciembre de 1989, el capo de la droga Gonzalo Rodríguez Gacha, más conocido como *El Mexicano*, muere durante un enfrentamiento con la Policía en Tolú —municipio caribeño colombiano—, cuando intentaba escapar junto con su hijo Freddy (uno de los alumnos del primer curso dictado por Klein) y varios de sus escoltas.

El 20 de diciembre el Ejército de Estados Unidos invade Panamá con el objetivo de deponer a su gobernante, el general Manuel Antonio Noriega, quien logra asilarse en la Nunciatura Apostólica pero luego se entrega a las fuerzas de ocupación estadounidenses.

1990— César Gaviria Trujillo da inicio a su período presidencial de cuatro años el 7 de agosto en la República de Colombia.

1991— Mediante los oficios del sacerdote Rafael García Herreros, en junio se entrega el capo de las drogas Pablo Escobar Gaviria, con

la condición de no ser extraditado a Estados Unidos. Es recluso en una cárcel especialmente construida para él llamada La Catedral, desde donde luego se comprobaría que siguió delinquiendo. En julio es asesinado Henry de Jesús Pérez. En diciembre, un grupo de paramilitares del Magdalena Medio se desmoviliza; entre ellos, varios conocidos y alumnos de Klein. El día 4 del mismo mes, en una imponente ceremonia los presidentes de la Asamblea Nacional Constituyente—Álvaro Gómez Hurtado, Antonio Navarro Wolf y Horacio Serpa Uribe— firman la nueva Constitución Política de Colombia.

1992— Muere asesinado Luis Meneses—más conocido como el jefe paramilitar *Ariel Otero*—, testigo y protagonista de primera línea de todo lo vivido con Klein en el Magdalena Medio. El 22 de junio Pablo Escobar huye sin mayores contratiempos de La Catedral.

1993— «El zar de la cocaína» es rastreado hasta un barrio residencial de Medellín y, en su intento de escapar, cae acribillado por miembros del Bloque de Búsqueda de la Policía Nacional de Colombia.

1994— Ernesto Samper Pizano jura como nuevo presidente de los colombianos.

1995— Yair Klein se establece en Liberia, África, para manejar una empresa destinada a extraer el caucho de los árboles de un gran zona. Logra escapar al ser uno de los blancos de la guerra civil que estalla en ese país.

En Colombia, estalla el escándalo del llamado «Proceso 8.000» por el ingreso de dineros del Cartel de Cali en la campaña presidencial de Samper.

1997— Empieza una aventura por diversos lugares de África (donde es encarcelado y juzgado), con el propósito inicial de trabajar en una compañía explotadora de diamantes. Entretanto, Flavio Amador Cortés se convierte en su defensor de oficio a partir del 6 de octubre dentro del juicio que se le adelanta en Colombia.

1999— Klein recupera su libertad en África y regresa a Israel.

2001— El 23 de febrero, el Juzgado Penal del Circuito Especializado de Manizales condena a Klein y a otros sindicados a más de doce años de prisión.

2002— Regresa a África para explotar minas de diamante y maderas finas. En este mismo año, el Tribunal Superior de Manizales confirma la condena de Klein, pero rebaja la pena a diez años y ocho meses de prisión. Es elegido presidente de Colombia Álvaro Uribe Vélez, quien permanecerá en el poder hasta el año 2010. Sus períodos consecutivos se han visto salpicados por escándalos de corrupción y paramilitarismo.

2007— El 27 de agosto, Yair Klein es capturado en Moscú por solicitud del gobierno colombiano que pide su extradición para ser juzgado por entrenar a paramilitares en el Magdalena Medio. Durante los siguientes tres años, se desarrolla una verdadera batalla jurídica que termina con la decisión de Rusia de no extraditarlo.

2010— Juan Manuel Santos gana las elecciones presidenciales en mayo y se posesiona como nuevo mandatario de los colombianos el 7 de agosto. En noviembre de este mismo año, Yair Klein recupera la libertad y viaja de Moscú a Israel. Desde entonces permanece en su país, pues la INTERPOL mantiene su nombre en el listado de circulares rojas.

2011— El abogado Cortés solicita la disminución de un diez por ciento de la pena de Klein por acogerse a la Ley de Justicia y Paz, pero la petición es negada por el juez primero de ejecución de penas.

Bibliografía

- Aranguren, Mauricio, *Mi confesión*, Oveja Negra, 2001.
Arenas, Jaime, *La guerrilla por dentro*, Icono Editorial, 2009.
Azran, Chanan, *Spearhead (Punta de Lanza, la historia de un mercenario israelí)*, Tammuz, Israel, 2004.
Código de Procedimiento Penal de Colombia
Código Penal de Colombia
Diario Oficial de Colombia, No. 44.097 del 24 de julio de 2000.
Duzán, María Jimena, *Mi viaje al infierno*, Norma, Bogotá, 2010.
García Márquez, Gabriel, *Noticia de un secuestro*, Norma, 1996.
Legarda Martínez, Astrid, *El verdadero Pablo: sangre, traición y muerte*, Dipón, Bogotá, 2005.
Medina Gallego, Carlos, *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia*, Documentos Periodísticos, Bogotá, 1990.
Tarazona, Jairo, *El profeta de la muerte*, Planeta, 2008.

FUENTES AUDIOVISUALES Y ON-LINE

www.eltiempo.com

www.elespectador.com

www.semana.com

www.vimeo.com

www.youtube.com

Convención Europea de Derechos Humanos:

http://www.unioviedo.es/constitucional/miemb/presno/p_tortura.pdf,

<http://www.derechos.org/nizkor/colombia/libros/nm/z14I/cap1.html>,

<http://www.derechos.org/nizkor/colombia/libros/nm/z14I/cap1.html>

Nunca Más:

<http://www.derechos.org/nizkor/colombia/libros/nm/z14I/anexo.html>

Programa *La Noche*, Canal RCN de Colombia y NTN24.

Índice onomástico

A

Abraham, Tzadaka 47
 ACDEGAM 44, 57, 65, 80, 89, 94, 96,
 164, 166
 Afek, Arik 86, 89, 102, 105, 108-112, 120
 África 23, 25, 74, 183, 184, 190, 197,
 199-201, 205, 211, 212
 África Occidental 190, 201
 Ahmadu, Abu 193
 AK-47 80
 Amar, Meirav 99
 Amazonas 105, 108
 América Latina 137, 138
 Angulo, Pedro Nel 144
 Antequera, familia 148
 Antequera, José 136, 149, 156
 Antigua 71, 116, 117, 126, 129-133, 156,
 210
 Antigua y Barbuda 129, 132
 Antioquia, departamento de 138, 139,
 153
 Aranguren, Mauricio 83
 Ardila, Carolina 16, 17, 20, 60, 92,
 168, 203
 Arrieta Morales, Luis Alberto alias
Piraña 173
 Asayag, Jacky 185, 201
 Atenas 19
 AUC, Autodefensas Unidas
 de Colombia 58, 135
 Avianca 113, 152, 153, 158, 166, 210
 Azerbaiyán 31
 Azran, Chanan 109, 123, 127, 129, 204

B

B-2 151
 Banco Ganadero 44

Baquero, Alonso de Jesús alias
*Negro, Negro Baquero, Negro
 Vladimir, Vladimir* 53, 58, 159, 162,
 164, 172, 173, 175, 177, 181
 Baquero, María Teresa 163
 Bar, Zvi 115, 116, 118, 126
 Barajas, Raúl 165
 Barak, Ehud 27
 Barco, Virgilio 113, 136, 157, 180, 209
 Barranquilla 156, 166
 Batallón Bárbula 57, 172
 Becerra, Francisco 145
 Behar, Olga 15, 19, 24, 136, 162, 178,
 203, 204
 Beer Sheva 59, 70, 98
 Beetar Dow, Juan 57
 Beit Shaán 122
 Bélgica 25
 Bella 121
 Ben Gurion, David 98
 Ben Yishai, Ron 112, 113
 Berezovski, Serguei 24
 Berti, Chernó 187
 Binah, Barukh 132
 Biran, Joseph 89, 110
 Bird, familia 130, 133
 Bird, Lester 133
 Bird, Vere 130, 133
 Bogotá 38, 39, 43, 45, 48, 49, 70, 71,
 74, 77, 84, 89, 90, 102, 105, 133, 135,
 137, 140, 147, 156-158, 161, 163, 165-
 167, 170, 171, 181, 210, 213
 Bohórquez Montoya, Luis Arsenio
 57
 Bosa 144
 Boyacá, departamento de 46, 57, 160,
 161

Brasil 107-109

Budapest 138

Burkina Faso 192

Bush, George 113

Buss, Hero 157

C

Caicedonia 160

Cajanal, clínica de 136, 144

Caldera, Rafael 137

Calderón, Chucho 143

Cali 70, 150, 152, 158

Camérún 201

Campbell, Naomi 202

Canal 1 109, 200

Canal 4 165

Canal RCN 200, 202, 213

Cara de Vieja *alias* 164

Carabinieri 52

Carranza, Víctor 58, 167, 172

Cartagena 88, 100, 110, 113, 140

Cartel de Cali 57, 87, 149-152, 211

Cartel de Medellín 113, 138, 149-152, 156-158, 181, 210

Castañeda, Saúl 165

Castaño, Carlos *alias El Pelao* 50, 58, 83, 135, 165

Castaño, Fidel 58

Cepeda, familia 148

Cesaria 96

CIA, Agencia Central de Inteligencia de EE.UU. 110, 112, 115, 116, 118, 119, 121, 130, 185

Cimitarra 70, 162, 165

CNN 54, 120, 123, 127

Colegio Unidad Pedagógica 141

Colombia 16, 17, 19, 21, 26-31, 33, 34, 36-38, 40, 41, 43-50, 53, 54, 56-60, 62, 63, 70, 71, 73, 74, 77, 82-86, 88, 89, 91, 92, 97, 99-103, 105-113, 115-117, 120, 122, 124, 126, 127, 129, 131, 132, 135, 136, 139, 141, 147-149, 153, 154,

158, 161, 165-169, 174, 175, 177-179, 186, 189, 198-201, 203-205, 207, 209-213

Colombia: Nunca más 57, 166

Comunidad Europea 31

Congo 185

Contras 72, 73

Cooperativa Campesina del Carare 165

Córdoba, departamento de 133

Coronell Castañeda, Daniel Alfonso 170

Cortés Delgado, Flavio Amador 159-161, 164, 167, 211

Coscuez, minas de 57

Costa de Marfil 185

Country 85 45, 49

Country Plantation 184

Cruz, Víctor Julio 144

Cúcuta 164

Cuervo, Santiago 144

Cundinamarca, departamento de 58, 70, 74, 151, 164

Chatila, Matanza de 41

Chía 141

Chile 47, 64

Chipre 25

D

DAS, Departamento Administrativo de Seguridad 44, 57, 149-151, 175

David *traductor* 9, 19-21

Deas, Malcolm 136, 156

Decreto 2266 de 1991 170

Del Valle, Erick Arturo 115, 126

Demby, Joe 187

DiCaprio, Leonardo 186

Diamante de sangre 186

DIJIN 89

Domodédovo 23, 25

Doradal 179

Drori, Zeev 25

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Duzán, María Jimena 165, 213
Duzán, Sylvia Margarita 162

E

ECOMOG 191, 193, 196, 201
Escobar Gaviria, Pablo Emilio 58,
137-139, 149, 150, 152, 156, 167, 171,
174, 180, 209-211
Escuela de Supervivencia y
Antiterrorismo 130
Echandía, Alejandro alias *Chocolate*
163, 173, 176
Echandía Sánchez, mayor 163
EGGED 96
Ejército 33, 35, 37-41, 43-45, 47, 50-52,
56, 65, 66, 70, 72, 75, 78, 81, 83, 87-89,
91, 92, 96, 97, 101, 116, 117, 121, 122,
125, 126, 151, 152, 166, 180, 183, 187,
188, 190, 192, 199, 201, 207, 209, 210
El Águila *alias* 175
El Al 121-123
El Camino 44
El Duruelo, hotel 141
El Mojado *alias* 163
El Tiempo 133, 157, 181
Else Thuesen 131
El clan de Los Doce Apóstoles 21
Eleazar 198, 201
El profeta de la muerte 90, 181, 213
Equipo Nizkor 57, 58, 166, 213
ESMERACOL 57
EE.UU., Estados Unidos 48, 49, 83, 89,
100, 101, 110, 112, 113, 116, 121, 122, 126,
127, 130, 131, 157, 176, 185, 189, 200,
201, 204, 210, 211
Entebbe 89
Estatuto para la Defensa de la
Democracia *Estatuto*
Antiterrorista, Decreto 180 de 1988
180
Evelio *escolta* 180
Eyal, Dror 48, 69, 84, 115

Extradición 26, 28-32, 34, 121, 138, 154,
157, 178, 189, 200, 201, 212

F

Fajardo, Narciso 175
FARC, Fuerzas Armadas
Revolucionarias de Colombia 55,
105, 149, 172, 180
Fercho *alias* 172
Fiscalía de Rusia 29
Flórez Franco, Carlos Humberto 151
Forbes 34
Forero, Teófilo 151, 158
Freetown 193
Frescó, Reyna 202
Fuerzas Armadas 38, 39, 49, 52, 73,
75, 83, 100, 186, 193

G

Gadafi, Muamar El 168
Galán, José Antonio 147
Galán Pachón, Juan Manuel 135, 148,
149, 152, 154
Galán Sarmiento, Luis Carlos 74, 132,
135, 136, 155, 157, 173, 175, 181, 210
Galerías, barrio 151
Galil 130-132
García Herreros, Rafael 210
García Márquez, Gabriel 157
Gaviria Trujillo, César 152, 210
Gemayel, Bashir 36, 41
Gleser, Leo 84-86, 89
Global CST 33
Golani 47
González *coronel* 143
Goodrich Co. 183
Gran Bretaña 118
Green Card 110, 112, 113
Guarín, Pablo 163
Guerra de Shalom HaGalil 36
Guillermo Plazas Alcid, aeropuerto
159
Guinea 189, 190

H

Haaglanden, Institución
Penitenciaria 201
Haifa 59, 98, 131
HanCal 37, 38, 40
Harari 117, 127
Harel, Abe 73
Hernández, Virgilio 178
Herrera, Braulio 172, 180
Herrera, Eduardo 115-119, 126, 130
Herrera, Hélmér alias *Pacho* 177
Herzliya Pituach 52, 58
Hezbollah 36
Honduras 53, 71-74, 77, 89
Huila 159

I

Independence 189
Indonesia 139
Industrias Maguen David, MDT 23
Industria Militar de Israel, IMI 41,
130, 131, 133
INTERPOL 17, 19, 26, 27, 212
Isaza, Ramón 179
ISDS, International Security and
Defense Systems 89
Isla de la Fantasía 77, 79, 95, 174, 181
Israel 15, 19, 21, 23-37, 40, 41, 45-49, 51,
52, 54, 56-58, 61, 62, 68, 69, 72, 74, 75,
78, 80-86, 88, 89, 91-94, 96, 98-100,
102, 103, 105, 106, 109-112, 115-127, 129-
133, 155, 167, 168, 178, 183, 187-189, 192,
194, 195, 198-202, 204-206, 209-213
Italia 47, 51, 52, 58, 62, 111, 138

J

Jaramillo Ossa, Bernardo 166
Jerusalén 35, 95, 122, 207
Jim, Jungle 186, 201
Jodorkovski, Mijail 34
Jordán 35, 61, 62, 207
Júbiz Hasbún, Alberto 157

K

Kabbah, Ahmad Tejan 187
Kalachnikov 80
Kamajors 201
Katz, Dov 201
Kennedy, Hospital de 145
Kfar Saba 95
Khobe, Maxwell 201
Klein, Shirí 32, 189
Klein, Yair *Gal* 24, 26, 121, 122, 165,
169, 188, 189
Klynochakov, Igor 201
Koroma, Alex 187

L

La Catedral 150, 152, 211
La Dorada 102
La Haya 201
La Noche 213
La Picota, Penitenciaría 172
Lago Kineret 35
Lara Bonilla, Rodrigo 157, 209
La Rivera 160
La Rochela 180
Las Granjas, barrio 13, 159
Las Palmeras 44, 48
Leen, Jeff 132
Lennox, Alexander 89
Lesmes, Nelson 166
Leticia 107, 108
Levin, Michael 19, 20
Ley de Justicia y Paz 212
Líbano 36, 41, 116, 192, 209
Liberia 23-25, 74, 183-187, 191, 192,
199, 200, 201, 211
Liévano, Azucena 157
Livni, Tzipi 27
Llanos Orientales *Llanos* 172, 175
Lofa Bridge 185
Londoño, Gustavo 175
Londoño Paredes, Julio 147
Los Extraditables 157

Lozano, Juan 143
Lucio, Ramiro 172

M

[Muerte A Secuestradores], MAS 151,
158
M-1 80
M-16 40, 80
Movimiento 19 de Abril, M-19 135,
157, 166
Maganda, Zadok 120, 121
Magdalena, departamento del 143
Magdalena, río 44
Magdalena Medio 16, 43, 56-58, 60,
74, 117, 127, 139, 150, 152, 153, 165-
167, 172, 175, 180, 209-212
Mancomunidad Británica 133
Manizales 166, 169, 171, 180, 211, 212
Mar Muerto 35
Massada 201
Maza Márquez, Miguel 57, 149
McAleese, Stuart 89
Medellín 58, 137, 138, 149-152, 157, 163,
164, 210, 211
Medina, Santiago 139
Medvedev, Dimitri 27, 29
Melnik, Teddy 47, 70
Mende 201
Méndez, Arnulfo 178
Méndez Silva, Benito 57
Meneses, Luis alias *Ariel Otero* 44,
55, 56, 62, 77, 79, 83, 85, 88, 95, 99,
102, 112, 117, 118, 127, 174, 180, 211
Methamorfosis, barrio 19
Miami 74, 77, 109, 110, 112, 113, 115,
116, 118-123, 126
Mifgash HaBika 35, 61, 209
Mijael *abogado* 27
Mijal *novia de Yair Klein* 30, 32, 74,
184, 205-207
Miki 27, 127
Mini Atlanta 135, 145

Mishmar HaKbul 62
Mitzpe Ramon 95, 97
Mi viaje al infierno 165, 213
Monrovia 185, 201
Montoya, Germán 157
Montoya, Marina 157
Morales Ballesteros 163
Mora, Rosita 136
Moscú 13, 23, 24, 26,-29, 178, 205, 206,
212
Moshav 127
MOSSAD 27, 33, 57, 111, 117, 127, 167, 192
Movimiento de Renovación Liberal
138

N

Naharia 192
Nevzlin, Leonid Borisovich 34
Nigeria 193, 194
Nitzanim 33, 77, 209
Noches de humo 21
Noriega, Manuel Antonio 117, 126,
210
Norman, Hinga 187, 189, 190
Noticia de un secuestro 157, 213
Noticias Uno 178
Noticiero Nacional 54, 127, 170, 180
Nova International 130
NTN24 202, 213
Nuevo Liberalismo 138, 139, 146, 147,
153, 157, 165, 209, 210
Nunca Más 57, 166, 213

O

Ochoa Vásquez, Fabio 58, 157
Ochoa Vásquez, Jorge Luis 157
Ochoa Vásquez, Juan David 157
Ochoa, Martha Nieves 157
ONU, Organización de Naciones
Unidas 190, 192
Orli 123
Ortega, Jairo 138

Oxford 136, 139

Oz, *Emuná ve Shalom* (Valor, fe y paz) 205

P

Pacheco *alias* 137

Pacho 58

Pachón de Galán, Gloria 135, 157

Pachón, Maruja 148, 153, 157

Páez, Lucy 143

Palacio de Miraflores 137

Palmira 159, 172, 177

Panamá 13, 48, 71, 109, 115-119, 122, 126, 129, 130, 133, 210

Panamá, ciudad de 117

Panesso Ocampo, Marcelino *alias Beto* 180

Paramilitares, paras 31, 57, 77, 81, 88, 89, 113, 124, 131, 151, 159, 161, 166, 172, 176, 180, 211-213

Pardo Leal, Jaime 149

Pardo Lobo, Salvador 162, 165

Parejo, Enrique 138, 148

París 147, 148

Partido Liberal Colombiano 135, 140, 146

Pastrana Borrero, Misael 57

PCA, Posibles Cursos de Acción 68

Peres, Shimon 27, 33, 130

Pérez, Carlos Andrés 137

Pérez Durán, Henry de Jesús *alias El Libertador* 58, 162, 174, 176, 180, 211

Pérez, Gonzalo de Jesús 57, 163

Perico Cárdenas, Jorge 161

Periodistas Asociados 137, 156

Perú 106, 107, 113

Pesaj 70

Pescador *alias* 117, 127

Petach Tikva 97, 122

Pizarro, familia 148

Pizarro Leongómez, Carlos 135, 156, 165, 166

Platino *alias* 172

Policía 48, 51, 52, 57, 58, 62, 72, 94-96, 100, 110, 112, 113, 122, 124, 126, 132, 136, 137, 139, 143-145, 150-152, 157, 167, 186, 187, 196, 207, 210, 211

Pollo Campero 45, 64, 95, 183

Ponzoña *alias* 58

¿Por qué yo? 205

Puente Aéreo 156, 166

Puente Aranda 176

Puerto Berrío 162

Puerto Boyacá 13, 43-45, 52, 53, 57, 64, 77, 78, 85, 87, 89, 93, 94, 102, 105, 135, 139, 161-163, 166, 171, 173-175, 179

Punta de Lanza *Hod haJani* 36, 43, 53, 62, 117, 127, 131, 170, 183, 209

Punta de Lanza, la historia de un mercenario israelí 127, 129, 204, 213

PSB, Presidentskaya Sluzhba

Bezopasnosti 26, 27, 28, 32, 33

Q

Quintero, Valdemar Franklin 137, 157, 210

R

Rabin, Yitzhak 130

Ramat Gan 126

Rincón, Héctor 136

Rodríguez Gacha, José Gonzalo *alias El Mexicano, Gacha* 58, 94, 95, 129, 131, 132, 139, 149-151, 156, 163, 164, 167, 171, 174, 181, 210

Roiter, Zvi 46

Rosas, Gabriel 147

Rubio Rojas, Luis Alfredo 89

Rueda Rocha, Jaime Eduardo 135, 181

Rueda Silva 151

Rueda, Vicente 141

Ruiz de Pérez, Luz Marina 166, 180

Rusia 23-34, 178, 199, 200, 205, 206, 212

S

Sabra, Matanza de 36, 41
 Sachar, Pinchas *Pini* 71, 75, 117, 133
 Samper Pizano, Daniel 137
 Samper Pizano, Ernesto 136, 156, 211
 San Pedro Sula 71
 Santa Marta 143
 Santander 70, 88, 163, 165
 Santofimio Botero, Alberto 149
 Santos, Francisco 31, 34, 157, 178
 Santos, Hernando 148, 157
 Santos, Juan Manuel 27, 200, 212
 Sarfati, Maurice 130, 133
 Sde Boker 13, 91, 98
 Sea Gulf Overseas, Inc. 133
Sea Point 131, 133
 Shapira, Ygal 46, 51, 57, 111, 112
 Shabac 192, 206
 SHABAK 46, 47, 61, 62
 Shabat 190
 Shamir, Moshe 97
 Shoalei (*Shuali*) Shimshon 97
 Shoshani Merayot, Isaac (Ishack) 36, 70
 SIBAT 46, 47, 57, 85, 86, 125
 SIDA 100, 184
 Sierra Leona 57, 106, 178, 187-190, 192-194, 199-201
 Soacha 13, 74, 113, 135, 142, 143, 152, 210
 Suramérica 206

T

Taylor, Charles 185, 186, 191, 192, 201
 Tafur, Pilar 136
 Tangney, Terrence John 89
 Tarazona, Jairo 90, 178
The Miami Herald 132
 Toronto 121-123
 Torregrosa, Arturo 142
 Torrijos, Omar 126
 Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo *Estrasburgo* 31

Tzavá 36, 41, 43, 48
 TAAS 36, 37, 41, 71, 75
 Tegucigalpa 71
 Tel Aviv 13, 19, 20, 23, 26, 43, 58, 70, 77, 88, 97, 115, 121-123, 126, 127
 Telearepa *alias* 53, 91, 92
 Texas Petroleum Company 88, 89
 Tomkins, David 89
 Turbay Ayala, Julio César 157
 Turbay, Diana 157
 Tzavá 36, 41, 43, 48
 Tzemach 61
 Tzivin, Mordejai 30, 34

U

UNESCO 147
 UP, Unión Patriótica 135, 139, 149, 151, 153, 154, 156, 166, 172, 180, 210
 Uganda 89
 Urabá 13, 35, 43, 153, 209
 Uribe Vélez, Álvaro 212
Ustedes son el futuro 205
 Uzi 130, 131

V

Valdivieso, Alfonso 163, 165
 Valle del Cauca, departamento del 160
 Vargas, Josué 165
 Velandía Pastrana, Diego Hernán 88
 Vélez, William 138
 Viáfara Salinas, Diego *alias El Médico* 88, 89
 Villa de Leyva 141
 Villamizar, Alberto 138, 139, 148, 150
 Villareal, Tiberio 163
 Villavicencio 173
 Velásquez Vásquez, John Jairo *alias Popeye* 135, 149, 152, 156, 181
 Venezuela 137
 Vergara Beltrán, Bernabé 163

W

Weiner, Benzi 123

Y

Yacopí 175

Yafo 13, 15, 23, 115, 203

Yair Klein 9, 15, 16, 19-21, 23, 26-29, 33,

35, 40, 43, 52, 57, 59-62, 65, 71, 77, 84,

89, 99, 105, 107, 109, 110, 112, 115, 121,

122, 129-131, 135, 148, 151, 153, 156, 159,

167, 169, 172, 173, 178, 179, 181, 183,

186, 188, 189, 199, 200, 204, 205,

207, 209-212

Yampolsky, Dimitri 32

Yanine Díaz, Farouk 166, 180

Yakarta 139

Yediot Aharonot 110, 112, 113, 123, 204

Yugoslavia 147

Yukos 34

Z

Zimmi 190, 201

Ziv, Israel 33

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de Editorial Nomos S.A.,
en el mes de marzo de 2012,
Bogotá, D. C., Colombia.